ANÍBAL GALINDO

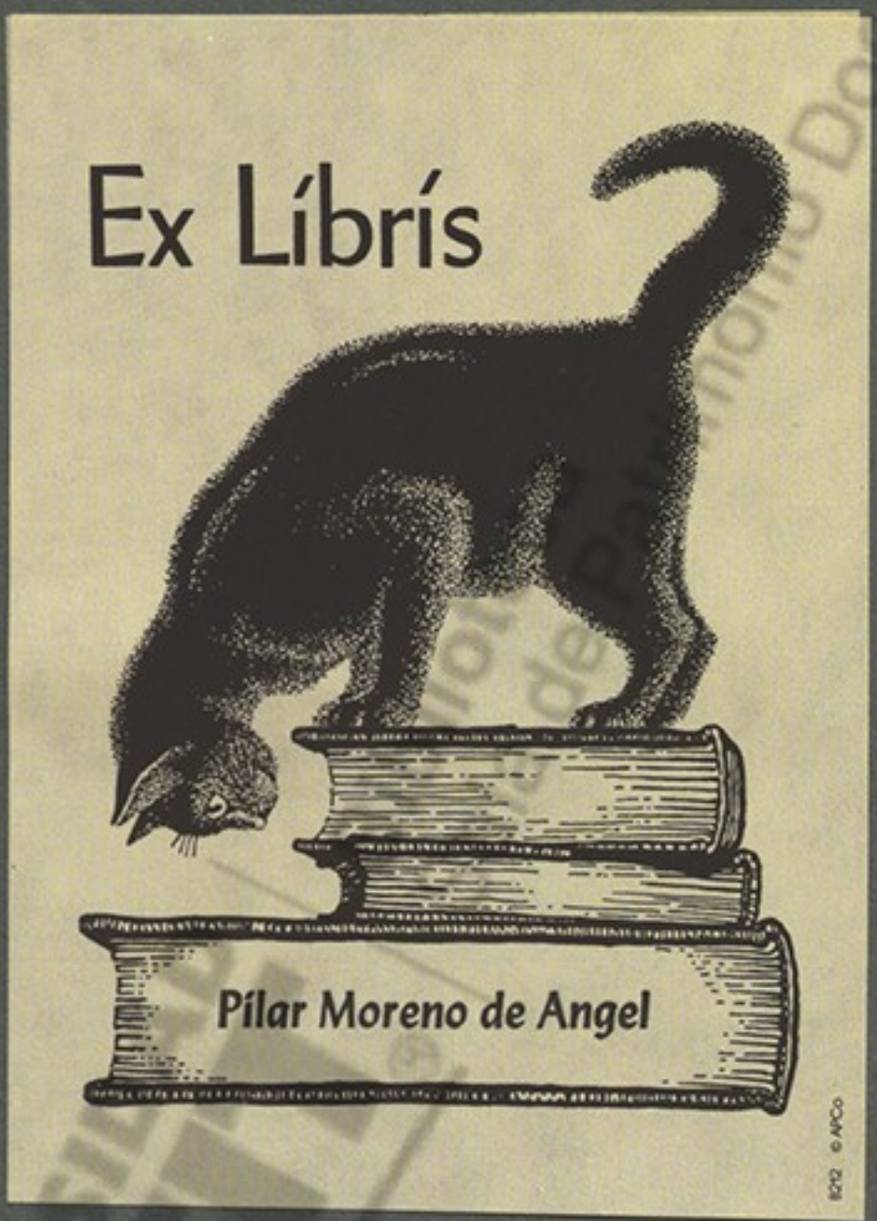
LAS

BATALLAS DECISIVAS

DE

LA LIBERTAD

libros las aguas
antigüedades - precolombinos
carrera 3 no. 18A-42 Tel. 823264



UNIVERSIDAD DE LA SALLE
CENTRO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN
Fondo Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

#2648 ENN.
5174.
Q.P.
UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

LAS

BATALLAS DECISIVAS

DE LA LIBERTAD

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

Es propiedad del autor.

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

LAS

BATALLAS DECISIVAS

DE

LA LIBERTAD

POR

Aníbal GALINDO

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1888

Al Señor General
Alfredo Tomas Ortega
en testimonio de aprecio
Aníbal Galindo
Mayo de 1894.

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

909
G158
1888

DEDICATORIA

(DE LA EDICIÓN COLOMBIANA.)

En los momentos en que la Libertad ha perecido en Colombia, dedico este libro, inspirado en su amor y en sus doctrinas, á la memoria de los que por ella se han sacrificado en nuestro país y á los que deben reivindicarla en lo porvenir.

ANÍBAL GALINDO.

Bogotá, 1887.

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

EXPLICACIÓN

El eminente clásico inglés, sir Edward Creasy, concibió la bellísima idea de escribir la mejor parte de la historia guerrera de la humanidad, en la de 15 batallas, que dan por título á su obra —*Las 15 batallas decisivas del mundo*,— por considerar, y con razón, que si ellas se hubieran decidido de otra suerte, esta civilización que conocemos no existiría, ó habría sufrido muchos retardos ó perjudiciales modificaciones en su desarrollo. Esas batallas son :

La de *Marathón* (año 490 a. de J. C.), entre los Griegos y los Persas. Si los últimos hubieran derrotado á los primeros, no habría habido cultura helénica, ni mundo romano; la Europa se habría convertido en satrapías del Asia.

La de *Siracusa* (año 413 a. de J. C.) Si los Atenienses hubieran conquistado este baluarte que servía de antemural á Italia, la Europa meridional habría pertenecido á las turbulentas democracias griegas, y no á los gobiernos de ponderación y de equilibrio, en que se combina el derecho social con el derecho individual, para asegurar la libertad.

La de *Arbela* (año 331 a. de J. C.), en que Alejandro venció á Darío. Sir Edward le atribuye resultados sobre la civilización y la cultura de los países conquistados por Alejandro, que en nuestro concepto no están justificados.

La del *Metauro* (año 207 a. de J. C.), entre Romanos y Cartagineses, precursora de la derrota de Aníbal en Zama. Si este último hubiera destruído el poder romano, la Italia y todas las costas del Mediterráneo habrían quedado convertidas en colonias Phenicias, y esta civilización, hija de aquellas sapientísimas instituciones, de aquel poderoso organismo del mundo romano, no existiría.

La victoria de *Arminius* (año 9 de nuestra era) sobre las legiones romanas del cónsul Varrón, de la cual data la emancipación de la raza teutónica, y la formación de la gran patria alemana.

La de *Châlons* (año 451) sobre las tribus bárbaras de Atila.

La de *Tours* (año 732), de Carlos Martel, sobre los Musulmanes.

La de la conquista normanda en *Hastings* (año 1066), de donde trae sus orígenes el pueblo inglés y el imperio británico.

La victoria de Juana de Arco en *Orleáns* (año 1429), que preservó para la Europa y la civilización la nacionalidad francesa.

La de la destrucción de la *Invencible Armada* de Felipe II (año 1558), que, dice sir Edward, salvó á la Inglaterra de la conquista española.

La de *Blenheim* (año 1704), contra los despotis-

mos combinados de Luis XIV y de Felipe II, que salvó la causa de la reforma religiosa del siglo XVI y á la Europa de un despotismo universal.

La de *Pultawa,* (año 1709), en que la Rusia venció á la Suecia.

La de *Saratoga* (año 1777), que representa la independencia de los Estados Unidos de América.

La de *Valmy* (año 1792) que representa el triunfo de la Revolución Francesa contra la primera coalición europea; y

La de *Waterloo* (año 1815), que puso término al despotismo napoleónico.

Prendados del mérito histórico y literario del libro de sir Edward, por muchos años su lectura nos satisfizo completamente, y nada nos parecía faltar en él; pero á fuerza de estudiarlo, á fuerza de interesarnos en su asunto y de penetrarnos de su criterio y de sus ideas, un día nos resaltó la injusticia que él contenía. De sus 15 batallas, 4 son de la antigüedad, 5 sajonas, 5 francesas, 1 rusa; y el mundo español no cuenta una sola en ellas. Para reparar y desagraviar este olvido escribimos á *Lepanto*. Allí justificamos su elección.

Animados por este primer ensayo, otro día dijimos: « Sí; la batalla que dió en tierra con el despotismo napoleónico, debe contarse entre las batallas decisivas de la libertad y de la civilización; pero esa página no pertenece á la batalla de los reyes, sino á la de los pueblos: Napoleón fué vencido en España »; y entonces sustituímos *Bailén* á Waterloo, donde hemos alzado un canto al patriotismo y al valor español.

La destrucción de la Invencible Armada de Felipe II, la hemos suprimido, porque no la contamos como batalla ó victoria de los hombres, sino de los elementos. En su lugar damos á la Inglaterra la página gloriosa que de derecho le corresponde en las luchas guerreras por la libertad: la del *Boyne*, donde quedaron postrados los últimos restos del partido de los Stuardos, aliados á Luis XIV; donde terminó la gran Revolución del pueblo inglés contra la tiranía, y de la cual data el afianzamiento de las libertades políticas de la Gran Bretaña.

También hemos suprimido á Pultawa: no ponemos nuestra pluma al servicio del despotismo.

Arbela, aunque de muy secundaria importancia, la hemos conservado para hacer en ella una refutación comprobada de las opiniones de sir Edward, sobre el carácter de Alejandro y sobre los resultados de sus conquistas.

Arminius, escrito cuando la patria alemana estaba dividida, se ha renovado sobre la base de la unidad germánica y de la influencia del arte, de la fantasía y del espíritu alemán en los destinos del mundo.

Hastings, que en sir Edward presupone conocimientos poco comunes de la historia de Inglaterra, está explicado y puesto al alcance de todos, con un estudio completo sobre los orígenes del pueblo inglés.

Blenheim, *Saratoga* y *Valmy* han sido completamente rehechas. Á excepción de los datos y fechas puramente militares de las dos primeras,

nada queda en ellas del libro de sir Edward. Blenheim lo hemos escrito más bajo el punto de vista de la Reforma protestante, que bajo el punto de vista político del triunfo de la coalición europea contra Luis XIV. Saratoga, en que sir Edward hace un pálido estudio de los Estados Unidos, cuarenta años atrás, está escrita presentando el cuadro de la grandeza del pueblo americano en 1885. Y Valmy que representa la Revolución Francesa, estudio que es la piedra de toque de las sanas ideas liberales, ha sido escrito de nuevo, teniendo en cuenta, con la más grande imparcialidad, las rectificaciones que el tiempo ha hecho sobre los acontecimientos y sobre los hombres, y con la misma acentuación contra el despotismo de los reyes, que contra los crímenes de la demagogia y del terror.

El fondo del cuadro en Juana de Arco, es el mismo, pero retocado é iluminado.

Sobre *Marathón, Siracusa,* el *Metauro, Châlons* y *Tours*, estudios agotados, nada nuevo hay que decir, y se han conservado para no perder la unidad histórica de la idea dominante del libro, en simples y muy abreviados extractos del suceso militar que conmemoran.

Y finalmente, después de desagraviar á España, era preciso desagraviar á la América. El acontecimiento político más grande del siglo XIX, es la emancipación de las colonias españolas del Continente Americano, desde México hasta el Cabo de Hornos. Por tanto el libro debía cerrarse con la página guerrera que simboliza esta gran trans-

formación, este inmenso cambio en las condiciones políticas, económicas y comerciales del mundo, y que se llama AYACUCHO.

Ayacucho no es una batalla colombiana, ni una batalla peruana, sino la victoria final que coronó la guerra de emancipación de la América Española, y á la cual concurrieron los esfuerzos y los sacrificios de todos, desde el Orinoco hasta el Plata. Me lisonjeo, pues, de haber restituído á la lucha su interés histórico y su unidad dramática. El compendio de esta historia, que sirve de marco á la batalla de Ayacucho, ocupa más de la mitad del libro, dividido en diez cuadros, á saber :

I. La Colonia y la Revolución. — II. Campaña mexicana. — (Campañas al norte del Guayas). III. Miranda. — IV. La Guerra á Muerte. — V. Nueva Granada. — La Federación. — VI. De Ocumare á Guayana. — VII. De Guayana á Boyacá. — VIII. De Boyacá á Carabobo, á Maracaibo y á Puerto-Cabello. — IX. De Carabobo á Pichincha. — (Campañas al sur del Guayas). X. De San Lorenzo á Chacabuco, á Maipú, á Junín y Ayacucho.

Réstame decir que no habría acometido este trabajo, á no haberme sentido inspirado de la más grande imparcialidad. La que presento es una historia de nuestra guerra de independencia, que no está ya escrita con el solo criterio del patriotismo, sino como una página de la historia del mundo, con el criterio de las leyes de la moral universal y de los fueros de la humanidad; *y esto lo dice*

todo. Guiado por él, no he temido aventurarme en los grandes pasos de la historia, que los historiadores antiguos debían evitar. Actores del gran drama, á ellos no les correspondía emitir estos juicios. Lo que hoy es un deber, habría sido en ellos deslealtad ó infidencia. Su probidad está satisfecha con haber dejado, como el señor Restrepo, en su preciosa obra, reflejo de la conciencia de un hombre de bien, cuidadosamente compilados todos los datos necesarios para el juicio imparcial de la posteridad.

Tal es, en compendio, el libro — un nuevo libro sobre el tema de sir Edward — que, fruto de las convicciones formadas en esta escuela expiatoria de las revoluciones sur-americanas, de muchos años de estudio y de paciente investigación, tengo el honor de ofrecer á las letras españolas de ambos mundos en servicio de la Libertad.

Aníbal Galindo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Samuel Gutiérrez Jaramillo

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

LAS

BATALLAS DECISIVAS

DE

LA LIBERTAD

BATALLA DE MARATHÓN

(Año 490 antes de Jesucristo)

Hace 2,375 años que los oficiales generales de una de esas pequeñas repúblicas de la antigua Grecia — Atenas — cuyo territorio no excedía de 700 millas cuadradas, acampados en el declive de una de las montañas que descienden á las llanuras de Marathón, deliberaban si deberían ó no atacar al numeroso ejército del más poderoso monarca de la tierra entonces conocido, que yacía acampado á su vista, con las numerosas naves que lo habían traído á la costa occidental del mar de Eubea.

El gran Darío, rey de los Persas y los Medos, mandaba á vengar la ofensa que los Atenienses habían hecho á la majestad de su poder con la expedición que nueve años antes habían armado y llevado en auxilio de los Griegos Jonios del Asia Menor, contra el sátrapa Artaphernes, y la destrucción y el incendio de Sardis, capital de aquella Satrapía.

Darío no había oído nunca hablar de los Atenienses antes de estos sucesos, y cuando se hubo informado de la insignificancia de aquel pueblo, su indignación

fué tal, que temiendo olvidar la ofensa, por el desprecio que le inspiraban los ofensores, ordenó á uno de sus criados que todos los días al tiempo de servir la mesa le dijera : « Señor, acordaos de los Atenienses ».

El sometimiento de los Jonios duró algunos años; pero tan pronto como se hubo terminado, Darío dió orden de que las fuerzas victoriosas cruzaran el Egeo para castigar á los Atenienses y conquistar la Grecia europea. La primera expedición naufragó á la altura del Monte Athos; pero la cólera del monarca persa no se desarmó por este desastre, y 600 galeras y numerosos transportes condujeron á las costas de Ática, en septiembre del año 490 antes de Jesucristo, el formidable ejército destinado á la conquista de Atenas, que los generales de la pequeña República veían acampado á sus pies en las llanuras de Marathón.

La disparidad de fuerzas entre las potencias contendoras no podía ser mayor. Atenas, como antes hemos dicho, era un pequeño Estado, cuyo territorio no excedía de 700 millas cuadradas, al paso que, con excepción de la China, todos los reinos del Asia estaban por aquel tiempo sujetos á la autoridad del monarca persa. Las Indias del Norte, los Asirios, los Syrios, los Babilonios, los Caldeos, los Phenicios, las naciones de Palestina, los Armenios, los de Lydia, los de Phrygia, los Parthos y los Medos, todos obedecían al cetro de Darío. El Egipto, las colonias griegas del Asia Menor y las Islas del Egeo, eran también provincias persas.

Había, sin embargo, algo que no se veía, porque no estaba en la materia sino en el espíritu, que balanceaba la inmensa disparidad de las dos fuerzas; y era que el uno era un ejército de aventureros, de mercenarios y de esclavos, y el otro, un ejército de hombres libres, con una misma lengua, unas mismas creencias y unas mismas leyes, que defendían la Patria, el Hogar, la Libertad; y esto, y sólo esto, puede explicar la victoria de Atenas en Marathón.

Pero en lo que de seguro no pensaron los generales atenienses, preocupados exclusivamente del peligro que amenazaba á su patria, fué en que de ese mismo esfuerzo pendían también los destinos de la humanidad. Nada había entonces detrás de la Grecia para detener la invasión del Asia. Roma estaba en su cuna; y vencida Atenas, los pueblos de Europa habrían sido por muchos siglos satrapías de Persia.

¿Qué curso habría seguido entonces la civilización del mundo? Nadie puede saberlo; pero es probable que en vez de esta civilización en que vivimos, basada en el respeto á la dignidad personal del hombre, el más sanguinario despotismo y un orden político y social fundado en la división y el predominio de unas castas sobre otras, fuera también el lote del hemisferio occidental en que habitamos.

Fuera de Milcíades, que se preciaba de llevar en sus venas sangre de Aquiles, mandaban el ejército ateniense dos caudillos más, destinados también á inmortal renombre : — Temístocles, el futuro vencedor de Salamina, y Aristides, el futuro vencedor de Platea.

Una preocupación religiosa privó á los Atenienses del auxilio de Esparta. La luna apenas contaba seis días, y los Espartanos no entraban nunca en campaña sino después del plenilunio. Resuelta la batalla sin esperar la llegada de los Espartanos, y también para no dar lugar á que el enemigo completara su organización, el problema militar consistía en que teniendo los Atenienses que extender considerablemente su línea de batalla para cubrir todo el frente del terreno por donde podían ser cargados y flanqueados por la caballería persa, esta prolongación debilitaba la falange griega, cuya formación regular era de ocho en fondo.

El genio militar de Milcíades halló el medio de conciliar las necesidades del campo con las reglas de la táctica : extendió su línea cuanto fué preciso; pero sólo debilitándola en el centro, donde colocó las me-

jores tropas al mando de Temístocles y Aristides, y conservando la formación de ocho en fondo en los dos extremos, para que pudieran venir en auxilio del centro, en caso necesario. Calímaco tomó el mando del ala derecha, y Milcíades el del ala izquierda.

La superioridad de la disciplina y de las armas — de las largas lanzas contra la cimitarra —; pero no nos equivoquemos, la superioridad del espíritu, dió en sangriento y desesperado combate la victoria á los Griegos; y los dueños y señores del Asia huyeron en vergonzosa derrota á refugiarse en las orgullosas naves que los habían conducido en triunfo á las costas de Ática.

El día de Marathón forma la época crítica en la historia de las dos naciones. Aquella derrota concluyó para siempre con la jactancia de la invencibilidad de los Persas, que preocupaba la imaginación del mundo entero; inflamó en los Griegos el espíritu guerrero que derrotó á Xerxes, y condujo después en terrible retaliación á Xenofonte, á Agesilao y Alejandro al través de las conquistas asiáticas; aseguró para la humanidad los tesoros intelectuales y artísticos de Atenas, el desarrollo de instituciones libres y el ascendiente de la civilización europea en la civilización del mundo.

UNIVERSIDAD EAFIT

BATALLA DE SIRACUSA

(Año 413 antes de Jesucristo)

Desde un punto de vista exclusivamente político, la derrota de los Atenienses en Siracusa, constituye la más decisiva de las batallas narradas en la obra de sir Ed. Creasy. No hay despotismo que no deba ser preferido al de la demagogia. De todas las tiranías, ninguna hay más caprichosa, más sanguinaria, más brutal, ni más implacable que la de la plebe. La democracia pura, fundada en el imperio de las mayorías numéricas, no ha conducido ni conducirá jamás sino al reinado de la violencia, con la proscripción de todas las clases educadas de la sociedad del manejo de los negocios públicos, supeditadas por la violencia y por la tiranía del mayor número. La igualdad no es la nivelación; es y debe ser simplemente la ausencia de toda distinción artificial de nacimiento, de condición ó de casta, que de antemano restrinja ó excluya la lucha de todas las capacidades para llegar á las condiciones de honorabilidad, de ciencia y de virtud, que en un sistema político bien ordenado deben exigirse para el ejercicio del poder público.

Luis Blanc, nada sospechoso al liberalismo, tratando de la Constitución Americana, se expresa así en la página 283 del Tomo I de su reciente obra titulada: *Diez años de Historia de Inglaterra.*

« ¿Con qué objeto disimularlo? la Constitución de los Estados Unidos, cualesquiera que sean sus méritos tiene esto de defectuoso: — que al fundar el poder de las mayorías en América lo ha dejado sin contra-

peso (*controle*) de ninguna clase, contrapeso de que todo poder necesita y más que ninguno el de las mayorías. Muchas gentes piensan que el gobierno del mayor número realiza el principio de la soberanía popular, de cualquier modo que este gobierno se organice y funcione. Por lo que á mí toca, lo confieso, conozco pocos errores más peligrosos (*peu d'erreurs aussi dangereuses*). La soberanía no es asunto de adición y sustracción. Un pueblo es algo más que un guarismo. Lo que constituye verdaderamente una nación, lo que forma su grandeza, lo que engendra su poder, es todo lo que hay en ella de capacidades, de razón, de experiencia y de luces. Una democracia en que la fuerza numérica no sirva sino para anular la acción de la fuerza inteligente en lugar de servir para confiarle la dirección de los negocios, no sería una democracia; sería un despotismo múltiple, ciego y confuso, un despotismo fatalmente condenado á perecer, más tarde ó más temprano, por el suicidio. »

Y si esto dice Luis Blanc de la democracia de las mayorías numéricas que tiene que pasar por el tamiz del sistema representativo, ¿qué podrá decirse de la democracia que reune sus muchedumbres en la plaza pública para hacer las leyes, para administrar justicia, para decretar la paz ó la guerra, para dirigir y administrar los negocios públicos?

Y Atenas era por excelencia la levadura de esa democracia espuria, turbulenta, demagógica, que no conoció freno á sus pasiones ni á sus vicios. Si Atenas hubiera conquistado á Italia, en vez de las sabias leyes romanas fundadas en la familia y el derecho individual, que todavía forman la base de la legislación del mundo civilizado; en vez de las instituciones políticas de un gobierno basado en la división de los poderes públicos, gobierno de ponderación y de equilibrio, entre los intereses de las mayorías numéricas y los de la minoría inteligente, entre las clases populares y las clases edu-

cadas de la sociedad, único que puede satisfacer á la libertad y á la justicia, gobierno admirablemente organizado y sostenido por la República romana; en vez de estas instituciones y de estas leyes, habríamos tenido el gobierno de la plaza pública, donde seis mil demagogos estipendiados, como en Atenas, eran los encargados de administrar justicia. El idealismo griego, la cultura helénica habríanse al fin hundido en la anarquía y en el caos, si no hubieran podido encarnar en el vigoroso organismo del mundo romano : prueba de ello es que ningún rastro ni simiente de su civilización quedó en el Asia después de las conquistas de Alejandro.

Setenta años de victorias y conquistas, á partir de Marathón, habían dado á Atenas la supremacía de todas las ciudades y estados de la Grecia, á los cuales tiranizaba sin piedad. Ser aliado de Atenas era desgracia mayor que ser aliado de Napoleón I en los tiempos modernos. Con insignificantes excepciones todas las islas del Egeo, y las ciudades griegas de las costas del Asia Menor, del Helesponto y de Thracia, eran tributarias de Atenas. El Egeo era propiamente lago ático. Con ejércitos numerosos y aguerridos, con un poder naval formidable, la ambición, el sueño dorado de sus oradores y de sus generales, era la ocupación de Sicilia, como punto estratégico y de escala para la conquista de Italia y de Cartago.

Decretada la guerra á instancias de Alcibíades, ésta debía principiar por la toma de Siracusa, plaza fuerte de primer orden para los medios de destrucción entonces conocidos. La ciudad, defendida por el mar y por una muralla de 18 millas de circuito, dentro del cual habitaban 1.200,000 almas, no podía ser rendida sino por las operaciones combinadas de fuerzas muy superiores á las de los sitiados, por tierra y por mar.

El modo usual de atacar una plaza fuerte como Siracusa en aquellos tiempos, consistía en levantar á su

alrededor, fuera de la escuadra que la bloqueara por mar, una doble línea de circunvalación, la interior para defenderse contra las salidas de los sitiados, y la exterior para rechazar el ataque de fuerzas auxiliares; y así pusieron los Atenienses por obra el sitio de Siracusa.

Afortunadamente para Siracusa y para el mundo, de los tres generales atenienses á quienes la expedición fué confiada, Alcibíades fué depuesto y llamado por los demagogos de Atenas para responder á una acusación de sacrilegio; Lamaco pereció al dar principio á las operaciones, en insignificante escaramuza, y el mando en jefe quedó confiado al lento y prudente Nicias, que aunque no estuviese destituído de habilidad ni de valor personal, carecía de las otras cualidades necesarias para tan grande empresa.

Alcibíades, ofendido y ardiendo en deseos de vengar los ultrajes del pueblo de Atenas, se refugió en Esparta, que dirigía la confederación de los Estados griegos que á la sazón luchaban por sacudir el yugo de Atenas, en la guerra del Peloponeso; y descubriendo los planes ambiciosos de su patria, persuadió á los Espartanos para que enviasen auxilio á Siracusa. Esparta aceptó el consejo, y confió el mando de la expedición auxiliar á Gylippo, en quien el éxito se encargó de confirmar la elección. Gylippo cruzó el estrecho de Mesina, que la culpable negligencia de Nicias había dejado desguarnecido, desembarcó al norte de la Isla, y sobre las tropas que había traído del Peloponeso, completó un ejército de 2,000 hombres, que con hábiles maniobras logró introducir en la plaza antes de que Nicias hubiera cerrado sus líneas de circunvalación, y después de desalojar á los Atenienses del Fuerte Epípolis, que dominaba la ciudad.

Nicias, en el mayor desaliento por este primer desastre, escribió á Atenas solicitando el regreso de la expedición, por la inutilidad de continuar el sitio.

Pero Atenas, en el colmo del orgullo y del poder, tenía por máxima de su política no retroceder ante ninguna dificultad ni desmayar ante ninguna empresa, y lejos de acceder á los pusilánimes consejos de Nicias, resolvió despachar una segunda expedición en auxilio de la primera, cuyo mando confió al más hábil de los generales distinguidos en la larga guerra del Peloponeso — á Demóstenes el general, nombre oscuro que ha quedado completamente eclipsado y borrado por el de Demóstenes el orador.

Demóstenes llegó en los momentos críticos en que por una estratagema de los almirantes corintios, la escuadra ateniense había sufrido su primer derrota; pero la llegada del ejército auxiliar cambió la suerte de la guerra y reanimó el valor de los sitiadores. Con el ojo experimentado de un verdadero general, Demóstenes comprendió que el Fuerte Epípolis era la llave de la victoria, y resolvió sin tardanza tomarlo por asalto. Al principio nada pudo resistir su empuje; pero sobrevino la noche, y en la confusión de la pelea, un cuerpo de la vanguardia ateniense, contenido de improviso por la vigorosa resistencia de un cuerpo de línea de la infantería beocia, que mantuvo su formación en medio del desastre, volvió repentinamente caras, é introdujo en las tinieblas de la noche, la confusión y el pánico en sus propias filas. Sobre el desconcierto de los Atenienses, los Siracusanos cargaron con el valor de la desesperación, y la derrota fué completa.

Á la pérdida del ejército de tierra siguióse en varios combates la pérdida total de la escuadra ateniense. Demóstenes y Nicias cayeron prisioneros, y, ó se dieron la muerte por sus propias manos, á usanza de los héroes antiguos, que no podían sobrevivir á la deshonra, ó la recibieron de sus vencedores. Atenas retrocedió de Italia. Roma estaba destinada á conquistar y gobernar el mundo.

BATALLA DE ARBELA

(Año 331 antes de Jesucristo)

Por muy enamorados que estemos de la obra de sir Edward Creasy, no podemos aplaudir ni el criterio con que ha colocado á Arbela entre las batallas decisivas del mundo, ni mucho menos la ciega admiración que tributa al héroe macedonio.

Alejandro, llamado con razón el Grande, grande por el valor, por la audacia y por el heroísmo, no tuvo por móvil de sus acciones el bien de la humanidad, sino el explendor de la conquista en servicio de su ambición y de su gloria. Fundó á Alejandría, pero á la postre de una bacanal, ebrio de amores y de vino, para contentar el capricho de una de sus queridas, la cortesana Thais, y para vengar el incendio de Atenas por Xerxes, incendió con sus propias manos á Persépolis. Llevó al más alto grado el valor personal y el desprecio de la vida en los combates; pero se manchó con la bárbara y cruel destrucción de la opulenta Tebas, donde sólo perdonó la casa de Píndaro, y con los asesinatos de Tiro, donde hizo pasar á cuchillo más de 8,000 víctimas indefensas, vender á 30,000, y ahorcar á los jóvenes de la guarnición que se rindió, en número de 2,000. Trató generosamente á la mujer y á la familia de Darío, y castigó á su asesino; pero por un sentimiento tan pequeño como ruin de celos y de envidia, hizo dar fríamente la muerte á su mejor amigo y á su mejor general, á Parmenio, y á su hijo Philotas. No, semejante monstruo de grandeza y de crueldad no es

acreedor al respeto ni á la gratitud de la especie humana. Su grandeza, como todas las grandezas impulsadas por la ambición y el egoísmo, como la de Napoleón I en los tiempos modernos, no dejan rastro de bien sobre la tierra; « nacen, como dice Dumas, en el crepúsculo de la mañana, atraviesan como un metéoro el horizonte que iluminan, y van á perderse para siempre en el crepúsculo de la noche ».

Esforzarse en buscar justificación ó títulos de gratitud á las conquistas de Alejandro, diciendo que éste sembró en el Asia los elementos de la cultura helénica, los cuales fueron diez siglos después recogidos por los Sarracenos y vueltos á traer á Europa por los Árabes, es una adulteración de la verdad tan impropia del talento como de la seriedad de la Historia. Toda la carrera de Alejandro en Asia, desde el paso de los Dardanelos en 334 hasta su muerte en Babilonia en 324 antes de Jesucristo, duró sólo diez años, en medio del fragor y de los estragos de la guerra. ¿Qué elementos de la civilización y del arte griego podían fundarse en tan corto período de tiempo, en tan dilatados países, en tan inmensas poblaciones, y en medio de las fatigas, el estruendo y la devastación de la conquista?

Á su muerte sus generales se dividieron los pueblos conquistados, y 79 años después los Parthos, los formidables Parthos, de la familia de los Scytas, principiaron á fundar su imperio sobre las disensiones y los despojos de aquella herencia. ¿Qué rastros de civilización y cultura helénica encontraron los Romanos, desde Craso y Antonio, hasta Trajano y Caracalla, en sus frecuentes guerras contra estos bárbaros? Ningunos.

Alejandro, más que un rey y un héroe macedonio, debe ser considerado como un rey y un héroe asiático. La batalla de Arbela, allende el Tigris, decidió de la suerte de los pueblos de Asia, desde el Helesponto hasta el Hindus, y desde el Mar Caspio hasta el Golfo

Pérsico, no entre el predominio de la civilización griega y la barbarie oriental, sino entre el imperio de dos sátrapas — Alejandro y Darío — y por lo mismo no merece ser contada entre las batallas decisivas del mundo.

Pero si Arbela en donde después de las derrotas del Gránico y del Iso, sucumbió Darío y con él el cetro del imperio persa, no merece ser contada entre las batallas decisivas de la humanidad, la portentosa carrera de conquistas de Alejandro, sin disputa el más joven, el más brillante, el más audaz y el más afortunado de los héroes, merece ser aquí relatada. Pero, ¿quién podría hacerlo mejor que aquel digno émulo de su ambición y de su gloria, que aquel hermano gemelo que la posteridad debía darle 2,000 años después? Cedámosle pues la palabra al héroe de las Pirámides, de Marengo, de Jena y de Austerlitz, en las Memorias del Conde de Montholón. Dice así :

« Alejandro atravesó los Dardanelos el año 334 antes de J. C. con un ejército de unos 35,000 infantes y unos 5,000 caballos; forzó el paso del Gránico, venciendo á un ejército mandado por el griego Memnón, teniente de Darío, en la costa de Asia, y empleó todo el año 333 en afirmar su poder en el Asia Menor, secundado por las colonias griegas establecidas en las costas del Mar Negro y del Mediterráneo, y en Esmyrna, Epheso, Tarso y Mileto. Los reyes de Persia permitían que sus provincias y ciudades se gobernasen conforme á sus leyes : su imperio era una confederación de estados que no formaba una nación ; esto facilitó su conquista. Como Alejandro no ambicionaba sino el trono de monarca, pudo fácilmente suplantarlo, respetando los hábitos, costumbres y leyes del pueblo, que así no experimentaba cambio alguno en su condición.

» En el año 332 encontró á Darío, que había tomado posiciones con un ejército de 60,000 hombres cerca de Tarso, sobre las márgenes del Iso, en la Cilicia; lo

derrotó, entró á Syria, tomó á Damasco, que encerraba todos los tesoros y riquezas del gran rey, y enseguida puso sitio á Tiro. Esta soberbia metrópoli del comercio del mundo lo detuvo nueve meses. Tomó á Gaza, después de un sitio de dos meses; atravesó el desierto en siete días, entró á Pelusa y Memphis, y fundó á Alejandría. En menos de dos años, después de dos batallas y de cinco sitios, la costas del Mar Negro, desde Phasis hasta Bizancio, y las del Mediterráneo hasta Alejandría, toda el Asia Menor, La Syria y el Egipto, se habían sometido á sus armas.

» En 331 repasó el desierto, acampó en Tiro, recruzó la Syria, entró á Damasco, pasó el Eufrates y el Tigris y derrotó á Darío en los campos de Arbela, cuando aun tenía un ejército más numeroso que el que había sido derrotado en Iso; y Babilonia le abrió sus puertas. En 330 recorrió en triunfo á Susa, tomó esta ciudad, á Persépolis y á Pasárgada, que guardaba la tumba de Cyro. En 329 se dirigió al Norte, entró á Ecbatana y extendió sus conquistas hasta las costas del Caspio; castigó á Besso, el cobarde asesino de Darío, penetró en la Scytia y subyugó á los Scytas. En 328 forzó el paso del Oxus, recibió 16,000 reclutas de Macedonia y redujo los pueblos circunvecinos á su obediencia. En 327 atravesó el Indo, derrotó á Poro en sangrienta batalla, lo hizo prisionero y lo trató como á rey. Se preparaba á pasar el Ganges, pero su ejército se resistió á seguirlo, y entonces bajó el Indo el año 326, con 800 naves. Llegado al Océano, envió á Nearco con una escuadra á recorrer las costas del mar y del Golfo Pérsico hasta las bocas del Eufrates. En 325, después de 60 días de navegación, desde la Gedosia, entró en la Carmania, volvió á Pasárgada, Persépolis, y Susa, y se casó con Estatira, hija de Darío. En 324 marchó de nuevo al norte, pasó por Ecbatana y terminó su carrera en Babilonia. »

La batalla de Arbela tuvo lugar en la llanura que se

extiende detrás de la margen izquierda del Tigris, unas 20 millas al norte de la ciudad que le dió su nombre, cerca de la pequeña población de Gaugamela, que aun se señala en los mapas antiguos sobre el paralelo 37 de latitud norte. El campo fué escogido por Darío mismo, con mucha pericia militar, después de los costosos desastres del Gránico y del Iso, para que en él pudiera maniobrar libremente su numerosa caballería, y la victoria fué una obra maestra de la estrategia y de la táctica de Alejandro.

Darío había hecho nivelar cuidadosamente el terreno para que ningún obstáculo pudiera detener la impetuosa carga de sus carros de guerra, con los cuales tenía seguridad de romper y destrozar la renombrada falange macedónica.

En Arbela, esta falange se componía de 18,000 hombres, divididos en seis regimientos de á 3,000 con escuadrones de caballería interpuestos, para sostener sus flancos. Alejandro combatía con unos 47,000 hombres de todas armas, contra un ejército tres veces más numeroso, y su admirable táctica en este día decisivo para su fortuna y para su gloria, en esta jornada sin retirada posible, teniendo detrás el Eufrates y el Tigris y más allá el Desierto, consistió, al revés de la de Milciades en Marathón, no en pretender igualar la línea de batalla de su enemigo, sino por el contrario, en concentrar sus fuerzas en dos columnas paralelas; la primera para atacar sucesivamente, como las circunstancias lo indicaran, corriéndose á la derecha ó á la izquierda, un punto dado; y la segunda, de reserva, para estar pronta á rechazar los movimientos de flanco del enemigo; y esta táctica dió la victoria á los Griegos.

Contra los carros de guerra, Alejandro dió orden de que á su aproximación, los escuadrones y regimientos abrieran filas para dejarlos pasar sin combatir y hacerlos prisioneros en medio de sus tropas; y así se ejecutó con admirable precisión.

Alejandro se mantuvo durante el combate á la cabeza de la caballería de su guardia, esperando el momento decisivo. Éste se presentó cuando un numeroso cuerpo de caballería persa abandonó su colocación en el ala izquierda, para venir en ayuda de las tropas que combatían con el ala derecha de los Griegos. Por el claro que la salida de estos cuerpos dejó en las filas enemigas, Alejandro se precipitó con su guardia, seguido de cinco regimientos de la falange, y contra este empuje nada pudo resistir en el centro y ala izquierda de los Persas, que quedaron desorganizados y deshechos.

Darío, á quien durante la batalla no había abandonado su reconocido valor, flaqueó, viendo brillar ya muy cerca de su carro las picas y las lanzas macedonias; y apeándose, tomó un caballo y huyó á todo escape en dirección de Arbela, cuando toda su ala derecha estaba intacta, cuando Mazea sostenía en ella con ventaja la lucha contra Parmenio, cuando con su presencia aun habría podido disputar á la fortuna la victoria.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

BATALLA DEL METAURO

(Año 207 antes de Jesucristo)

La victoria campal obtenida por los cónsules Cayo Claudio Nerón y Marco Livio el año 207 antes de Jesucristo, en las márgenes del *Metaurus*, sobre las fuerzas de Asdrúbal, victoria que preparó la derrota de Aníbal en Zama, y puso á Cartago á los pies de Roma, se considera y con razón como una de las batallas decisivas de la humanidad, porque ella decidió, no de la suerte de dos ciudades rivales, sino de la de dos civilizaciones, y del predominio entre dos grandes familias de la especie humana : — la Indo-germánica, y la Semítica. Si Cartago hubiera triunfado en el Metaurus, habría quedado rota, destruída la fábrica del futuro imperio romano, que después de recibir y asimilarse la cultura helénica, fundó y transmitió á los modernos pueblos de Europa la portentosa civilización que hoy conocemos. Con Cartago vencedor, todos los pueblos del Mediterráneo habrían quedado reducidos á simples colonias phenicias, y es imposible prever qué curso habría seguido la civilización del mundo.

Aníbal, después de haber destrozado á los Romanos en Cannes y en Thrassymena, no había podido sin embargo atacar á Roma. Para dar el golpe mortal al poder romano, esperaba que su hermano Asdrúbal viniera en su auxilio desde España. Aquél, burlando en efecto la vigilancia de Scipión, pasó los Pirineos, cruzó la Galia, atravesó los Alpes, y después de una marcha

asombrosa, sin rival en la historia militar del mundo, cayó sobre el norte de Italia en Etruria y Umbría.

Los Romanos dividieron su ejército en dos: el uno, al mando de Livio, marchó á hacer frente á Asdrúbal, y el otro, al mando de Nerón, se dirigió al sur á hacer frente á Aníbal; pero repentinamente Nerón cambió de plan, y tomando 7,000 hombres escogidos de sus legiones, marchó rápidamente á unirse al ejército de Livio, del cual lo separaban ya unas 200 millas. La marcha fué tan rápida, el secreto de la operación tan completo, que la primera noticia que Aníbal tuvo de la destrucción de su hermano, fué la cabeza de éste traída de regreso por Nerón y arrojada en el campo del vencedor de Cannes.

Y sin embargo, ¡ oh ironía del destino ! la celebridad del crimen ha eclipsado y borrado por completo la celebridad del patriotismo y del valor. Nadie sabe que existió un Nerón vencedor de Asdrúbal y salvador de Roma: aquel nombre pertenece exclusivamente al monstruo que incendió á Roma por ociosidad y deshonró á la humanidad con sus torpezas.

El terror que Aníbal había infundido en los Romanos era tal, que aun viendo á los vencedores entrar en la ciudad no podían dar crédito á la noticia del triunfo.

VICTORIA DE ARMINIUS

(Año 9 de nuestra era)

La famosa batalla en que Hermann, divinizado por los Germanos bajo el nombre de Irminsul y latinizado después en Arminius ó Arminio, despedazó las legiones romanas mandadas por Quintilius Varo, en los desfiladeros de las montañas que todavía conservan el nombre de Teutoburger-Wald, Teutoburgiensis-Saltus, no puede propiamente considerarse como decisiva; porque aunque la pequeña parte de la Germania que los Romanos poseían del otro lado del Rhin, y que probablemente no se extendió más allá de los límites del moderno reino de Westfalia, no se hubiera independizado hasta la desmembración del Imperio en el siglo V, esto en nada habría afectado ni la existencia ni la preponderancia del elemento teutónico, sajón ó alemán, en la composición de los modernos estados de Europa, como el mismo hecho no impidió que las otras familias ó razas subyugadas, como los Francos ó Galos, los Españoles ó Iberos y los Helenos mismos, conservasen su individualidad y la desarrollasen é hiciesen preponderar después de la desmembración del Imperio, á la medida de sus propias fuerzas.

Pero la hazaña de Arminio, atreviéndose á desafiar, y concluyendo por vencer el omnipotente poder de Roma, en un tiempo en que la corrupción de sus costumbres y sus disensiones internas no habían dado aún ningún signo de su debilidad en el exterior; el ardiente patriotismo que inspiró su valor; el martirio del héroe,

que vió sacrificados por su patria los más caros afectos del corazón; y los episodios legendarios de esta jornada, la colocan sin disputa al nivel de las más brillantes páginas de la historia guerrera de la humanidad.

Y aunque esta batalla no tuviese en sí ni el brillo ni la importancia de las demás que aquí se conmemoran, bastaría el que ella se relacionase con los orígenes de la nacionalidad germánica, para que no pudiera pasar desapercibida en un libro en que se honran los esfuerzos del patriotismo y del valor, que han preservado para bien de la humanidad los elementos constitutivos de la civilización europea.

El espíritu alemán es al alma de los pueblos, lo que las nebulosas son á la formación del mundo planetario: allí se condensan los vapores que salen después á convertirse en las constelaciones del espíritu. De ese pedazo de tierra comprendido entre el Rhin y el Vístula, y entre el mar del Norte y el Danubio, han salido á derramarse los pueblos, los idiomas, las ideas, la libertad. Imperdonable sería no trasplantar á este estudio la pintura que de esa alma ha hecho Víctor Hugo.

« ¡ Qué espectro el de esta Alemania ! Es la India del Occidente. Todo se contiene en ella: no hay una formación más colosal. En esta bruma sagrada dentro de la cual se agita el espíritu alemán, Isidro de Sevilla ha hecho la Teología ; Alberto el Grande, la Escolástica; Maur, la Lingüistica; Stadianus, el Método; Lutero, el Libre Examen; Alberto Dürer, el Arte; Leibnitz, la Ciencia; Puffendorf, el Derecho; Kant, la Filosofía; Fichte, la Metafísica; Winckelmann, la Arqueología; Herder, la Estética; los Vossius, la Erudicción; Euler, el espíritu de Integración ; Humboldt, el Cosmos ; Niebuhr, la Historia; Gottfried, la Fábula ; Hegel, la Duda; Werner, el Fatalismo, Schiller, el Entusiasmo ; Gœthe, la Indiferencia; Keplero ha puesto los Astros; Arminius, la Libertad.

» La Alemania lo lleva todo consigo: participa de Carlomagno con la Francia y de Shakespeare con la Inglaterra, porque el elemento sajón está mezclado con el elemento británico. Ella tiene un Olimpo en el Walhalla.

» Necesita una escritura propia, y Ulfilas, obispo de Mesia, se la inventa. Como la China, la Alemania ha inventado la imprenta. Sus burgraves son para nosotros lo que los Titanes son para Eschylo. Al templo de Tanfana, destruído por Germánico, ha hecho suceder la catedral de Colonia. Los idiomas salen de ella. De sus desperdicios corren al norte el danés y el sueco; al oeste el holandés y el flamenco; el alemán pasa La Mancha y se convierte en el inglés. En el orden de los hechos intelectuales, el genio germánico no reconoce fronteras. Tal pueblo que resiste á la Alemania, cede al germanismo. El espíritu alemán se asimila los Griegos por Muller, los Servios por Gehard, los Rusos por Goëte, los Magiares por Mailath.

» La Polonia está unida á ella con todas sus glorias, desde Kopérnico hasta Kosciusko, y desde Sobieski hasta Mickiewicz. La Alemania es el pozo de los pueblos: salen de allí como ríos, y vuelven á ella como el mar.

» La música es el verbo de la Alemania. El pueblo alemán tan comprimido como pueblo, tan emancipado como pensador, canta con místico amor. Cantar es algo como emanciparse. Lo que no puede decirse, pero que no puede callarse, lo expresa la música. Así, la Alemania entera es toda música, mientras le llega la hora de ser la Libertad. Los coros de Lutero son una Marsellesa. El canto es para la Alemania una respiración. Por el canto respira y conspira. Siendo la nota la sílaba de una lengua universal, vaga, indefinida, la gran comunicación de la Alemania con el género humano se hace por la armonía. Todas estas ideas que penetran las almas, salen de la Alemania por la música, como salen

del mar en los vapores condensados que forman las nubes, las lluvias, que fecundan la tierra. »

Víctor Hugo, poeta, debía naturalmente extasiarse en la contemplación del arte alemán; pero lo que debemos á la fantasía soñadora de la Alemania, es nada en comparación de lo que debemos á su mente. Es la metafísica alemana la que ha preservado la individualidad, la personalidad y la libertad del alma humana; la que mantiene al hombre atado al rayo de luz de su origen divino, y cerniéndose por la inmortalidad sobre los espacios infinitos del progreso. Es la filosofía de sus robustos pensadores, fundada en la observación y la experiencia, la que, formando como un baluarte inconmovible alrededor del hombre, ha podido resistir victoriosamente á la escuela materialista, que armada de ciertos estudios empíricos sobre la anatomía comparada del hombre y del animal, pretende haber hecho el singular descubrimiento de que el hombre es simplemente el producto superior de un animal inferior — del gorilla ó mono sin cola — y que entre el hombre y el animal no hay diferencia específica ó psicológica, sino diferencia de organismo y de formas; que en suma, lo que nosotros llamamos nuestra alma inmortal es una simple creación de la soberbia humana; que nuestra inteligencia es un producto químico de nuestro organismo; y que cada porción del cerebro ó de la médula espinal secreta una facultad, como el hígado secreta la bilis.

Un día, no muy lejano, hicimos en la cátedra del Colegio del Rosario de Bogotá, nuestra profesión de fe contraria á esta doctrina, y hoy queremos dejarla asociada á la página en que se conmemoran los orígenes de la patria alemana.

Si todo el misterio de la creación y de la vida puede explicarse por el movimiento y la afinidad de las moléculas de la materia, ¿por qué no puede esa ciencia, con todo el poder de sus retortas y de sus filtros, devolver la vida á las hojas que seca el otoño? Si el hombre

Pérsico, no entre el predominio de la civilización griega y la barbarie oriental, sino entre el imperio de dos sátrapas — Alejandro y Darío — y por lo mismo no merece ser contada entre las batallas decisivas del mundo.

Pero si Arbela en donde después de las derrotas del Gránico y del Iso, sucumbió Darío y con él el cetro del imperio persa, no merece ser contada entre las batallas decisivas de la humanidad, la portentosa carrera de conquistas de Alejandro, sin disputa el más joven, el más brillante, el más audaz y el más afortunado de los héroes, merece ser aquí relatada. Pero, ¿quién podría hacerlo mejor que aquel digno émulo de su ambición y de su gloria, que aquel hermano gemelo que la posteridad debía darle 2,000 años después? Cedámosle pues la palabra al héroe de las Pirámides, de Marengo, de Jena y de Austerlitz, en las Memorias del Conde de Montholón. Dice así :

« Alejandro atravesó los Dardanelos el año 334 antes de J. C. con un ejército de unos 35,000 infantes y unos 5,000 caballos; forzó el paso del Gránico, venciendo á un ejército mandado por el griego Memnón, teniente de Darío, en la costa de Asia, y empleó todo el año 333 en afirmar su poder en el Asia Menor, secundado por las colonias griegas establecidas en las costas del Mar Negro y del Mediterráneo, y en Esmyrna, Epheso, Tarso y Mileto. Los reyes de Persia permitían que sus provincias y ciudades se gobernasen conforme á sus leyes : su imperio era una confederación de estados que no formaba una nación; esto facilitó su conquista. Como Alejandro no ambicionaba sino el trono de monarca, pudo fácilmente suplantarlo, respetando los hábitos, costumbres y leyes del pueblo, que así no experimentaba cambio alguno en su condición.

» En el año 332 encontró á Darío, que había tomado posiciones con un ejército de 60,000 hombres cerca de Tarso, sobre las márgenes del Iso, en la Cilicia; lo

derrotó, entró á Syria, tomó á Damasco, que encerraba todos los tesoros y riquezas del gran rey, y enseguida puso sitio á Tiro. Esta soberbia metrópoli del comercio del mundo lo detuvo nueve meses. Tomó á Gaza, después de un sitio de dos meses; atravesó el desierto en siete días, entró á Pelusa y Memphis, y fundó á Alejandría. En menos de dos años, después de dos batallas y de cinco sitios, la costas del Mar Negro, desde Phasis hasta Bizancio, y las del Mediterráneo hasta Alejandría, toda el Asia Menor, La Syria y el Egipto, se habían sometido á sus armas.

» En 331 repasó el desierto, acampó en Tiro, recruzó la Syria, entró á Damasco, pasó el Eufrates y el Tigris y derrotó á Darío en los campos de Arbela, cuando aun tenía un ejército más numeroso que el que había sido derrotado en Iso; y Babilonia le abrió sus puertas. En 330 recorrió en triunfo á Susa, tomó esta ciudad, á Persépolis y á Pasárgada, que guardaba la tumba de Cyro. En 329 se dirigió al Norte, entró á Ecbatana y extendió sus conquistas hasta las costas del Caspio; castigó á Besso, el cobarde asesino de Darío, penetró en la Scytia y subyugó á los Scytas. En 328 forzó el paso del Oxus, recibió 16,000 reclutas de Macedonia y redujo los pueblos circunvecinos á su obediencia. En 327 atravesó el Indo, derrotó á Poro en sangrienta batalla, lo hizo prisionero y lo trató como á rey. Se preparaba á pasar el Ganges, pero su ejército se resistió á seguirlo, y entonces bajó el Indo el año 326, con 800 naves. Llegado al Océano, envió á Nearco con una escuadra á recorrer las costas del mar y del Golfo Pérsico hasta las bocas del Eufrates. En 325, después de 60 días de navegación, desde la Gedosia, entró en la Carmania, volvió á Pasárgada, Persépolis, y Susa, y se casó con Estatira, hija de Darío. En 324 marchó de nuevo al norte, pasó por Ecbatana y terminó su carrera en Babilonia. »

La batalla de Arbela tuvo lugar en la llanura que se

extiende detrás de la margen izquierda del Tigris, unas 20 millas al norte de la ciudad que le dió su nombre, cerca de la pequeña población de Gaugamela, que aun se señala en los mapas antiguos sobre el paralelo 37 de latitud norte. El campo fué escogido por Darío mismo, con mucha pericia militar, después de los costosos desastres del Gránico y del Iso, para que en él pudiera maniobrar libremente su numerosa caballería, y la victoria fué una obra maestra de la estrategia y de la táctica de Alejandro.

Darío había hecho nivelar cuidadosamente el terreno para que ningún obstáculo pudiera detener la impetuosa carga de sus carros de guerra, con los cuales tenía seguridad de romper y destrozar la renombrada falange macedónica.

En Arbela, esta falange se componía de 18,000 hombres, divididos en seis regimientos de á 3,000 con escuadrones de caballería interpuestos, para sostener sus flancos. Alejandro combatía con unos 47,000 hombres de todas armas, contra un ejército tres veces más numeroso, y su admirable táctica en este día decisivo para su fortuna y para su gloria, en esta jornada sin retirada posible, teniendo detrás el Eufrates y el Tigris y más allá el Desierto, consistió, al revés de la de Milcíades en Marathón, no en pretender igualar la línea de batalla de su enemigo, sino por el contrario, en concentrar sus fuerzas en dos columnas paralelas; la primera para atacar sucesivamente, como las circunstancias lo indicaran, corriéndose á la derecha ó á la izquierda, un punto dado; y la segunda, de reserva, para estar pronta á rechazar los movimientos de flanco del enemigo; y esta táctica dió la victoria á los Griegos.

Contra los carros de guerra, Alejandro dió orden de que á su aproximación, los escuadrones y regimientos abrieran filas para dejarlos pasar sin combatir y hacerlos prisioneros en medio de sus tropas; y así se ejecutó con admirable precisión.

Alejandro se mantuvo durante el combate á la cabeza de la caballería de su guardia, esperando el momento decisivo. Éste se presentó cuando un numeroso cuerpo de caballería persa abandonó su colocación en el ala izquierda, para venir en ayuda de las tropas que combatían con el ala derecha de los Griegos. Por el claro que la salida de estos cuerpos dejó en las filas enemigas, Alejandro se precipitó con su guardia, seguido de cinco regimientos de la falange, y contra este empuje nada pudo resistir en el centro y ala izquierda de los Persas, que quedaron desorganizados y deshechos.

Darío, á quien durante la batalla no había abandonado su reconocido valor, flaqueó, viendo brillar ya muy cerca de su carro las picas y las lanzas macedonias; y apeándose, tomó un caballo y huyó á todo escape en dirección de Arbela, cuando toda su ala derecha estaba intacta, cuando Mazea sostenía en ella con ventaja la lucha contra Parmenio, cuando con su presencia aun habría podido disputar á la fortuna la victoria.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala

BATALLA DEL METAURO

(Año 207 antes de Jesucristo)

La victoria campal obtenida por los cónsules Cayo Claudio Nerón y Marco Livio el año 207 antes de Jesucristo, en las márgenes del *Metaurus*, sobre las fuerzas de Asdrúbal, victoria que preparó la derrota de Aníbal en Zama, y puso á Cartago á los pies de Roma, se considera y con razón como una de las batallas decisivas de la humanidad, porque ella decidió, no de la suerte de dos ciudades rivales, sino de la de dos civilizaciones, y del predominio entre dos grandes familias de la especie humana : — la Indo-germánica, y la Semítica. Si Cartago hubiera triunfado en el Metaurus, habría quedado rota, destruída la fábrica del futuro imperio romano, que después de recibir y asimilarse la cultura helénica, fundó y transmitió á los modernos pueblos de Europa la portentosa civilización que hoy conocemos. Con Cartago vencedor, todos los pueblos del Mediterráneo habrían quedado reducidos á simples colonias phenicias, y es imposible prever qué curso habría seguido la civilización del mundo.

Aníbal, después de haber destrozado á los Romanos en Cannes y en Thrassymena, no había podido sin embargo atacar á Roma. Para dar el golpe mortal al poder romano, esperaba que su hermano Asdrúbal viniera en su auxilio desde España. Aquél, burlando en efecto la vigilancia de Scipión, pasó los Pirineos, cruzó la Galia, atravesó los Alpes, y después de una marcha

asombrosa, sin rival en la historia militar del mundo, cayó sobre el norte de Italia en Etruria y Umbría.

Los Romanos dividieron su ejército en dos: el uno, al mando de Livio, marchó á hacer frente á Asdrúbal, y el otro, al mando de Nerón, se dirigió al sur á hacer frente á Aníbal; pero repentinamente Nerón cambió de plan, y tomando 7,000 hombres escogidos de sus legiones, marchó rápidamente á unirse al ejército de Livio, del cual lo separaban ya unas 200 millas. La marcha fué tan rápida, el secreto de la operación tan completo, que la primera noticia que Aníbal tuvo de la destrucción de su hermano, fué la cabeza de éste traída de regreso por Nerón y arrojada en el campo del vencedor de Cannes.

Y sin embargo, ¡ oh ironía del destino ! la celebridad del crimen ha eclipsado y borrado por completo la celebridad del patriotismo y del valor. Nadie sabe que existió un Nerón vencedor de Asdrúbal y salvador de Roma: aquel nombre pertenece exclusivamente al monstruo que incendió á Roma por ociosidad y deshonró á la humanidad con sus torpezas.

El terror que Aníbal había infundido en los Romanos era tal, que aun viendo á los vencedores entrar en la ciudad no podían dar crédito á la noticia del triunfo.

VICTORIA DE ARMINIUS

(Año 9 de nuestra era)

La famosa batalla en que Hermann, divinizado por los Germanos bajo el nombre de Irminsul y latinizado después en Arminius ó Arminio, despedazó las legiones romanas mandadas por Quintilius Varo, en los desfiladeros de las montañas que todavía conservan el nombre de Teutoburger-Wald, Teutoburgiensis-Saltus, no puede propiamente considerarse como decisiva; porque aunque la pequeña parte de la Germania que los Romanos poseían del otro lado del Rhin, y que probablemente no se extendió más allá de los límites del moderno reino de Westfalia, no se hubiera independizado hasta la desmembración del Imperio en el siglo V, esto en nada habría afectado ni la existencia ni la preponderancia del elemento teutónico, sajón ó alemán, en la composición de los modernos estados de Europa, como el mismo hecho no impidió que las otras familias ó razas subyugadas, como los Francos ó Galos, los Españoles ó Iberos y los Helenos mismos, conservasen su individualidad y la desarrollasen é hiciesen preponderar después de la desmembración del Imperio, á la medida de sus propias fuerzas.

Pero la hazaña de Arminio, atreviéndose á desafiar, y concluyendo por vencer el omnipotente poder de Roma, en un tiempo en que la corrupción de sus costumbres y sus disensiones internas no habían dado aún ningún signo de su debilidad en el exterior; el ardiente patriotismo que inspiró su valor; el martirio del héroe,

que vió sacrificados por su patria los más caros afectos del corazón; y los episodios legendarios de esta jornada, la colocan sin disputa al nivel de las más brillantes páginas de la historia guerrera de la humanidad.

Y aunque esta batalla no tuviese en sí ni el brillo ni la importancia de las demás que aquí se conmemoran, bastaría el que ella se relacionase con los orígenes de la nacionalidad germánica, para que no pudiera pasar desapercibida en un libro en que se honran los esfuerzos del patriotismo y del valor, que han preservado para bien de la humanidad los elementos constitutivos de la civilización europea.

El espíritu alemán es al alma de los pueblos, lo que las nebulosas son á la formación del mundo planetario: allí se condensan los vapores que salen después á convertirse en las constelaciones del espíritu. De ese pedazo de tierra comprendido entre el Rhin y el Vístula, y entre el mar del Norte y el Danubio, han salido á derramarse los pueblos, los idiomas, las ideas, la libertad. Imperdonable sería no trasplantar á este estudio la pintura que de esa alma ha hecho Víctor Hugo.

« ¡Qué espectro el de esta Alemania! Es la India del Occidente. Todo se contiene en ella: no hay una formación más colosal. En esta bruma sagrada dentro de la cual se agita el espíritu alemán, Isidro de Sevilla ha hecho la Teología; Alberto el Grande, la Escolástica; Maur, la Lingüistica; Stadianus, el Método; Lutero, el Libre Examen; Alberto Dürer, el Arte; Leibnitz, la Ciencia; Puffendorf, el Derecho; Kant, la Filosofía; Fichte, la Metafísica; Winckelmann, la Arqueología; Herder, la Estética; los Vossius, la Erudicción; Euler, el espíritu de Integración; Humboldt, el Cosmos; Niebuhr, la Historia; Gottfried, la Fábula; Hegel, la Duda; Werner, el Fatalismo, Schiller, el Entusiasmo; Gœthe, la Indiferencia; Keplero ha puesto los Astros; Arminius, la Libertad.

» La Alemania lo lleva todo consigo: participa de Carlomagno con la Francia y de Shakespeare con la Inglaterra, porque el elemento sajón está mezclado con el elemento británico. Ella tiene un Olimpo en el Walhalla.

» Necesita una escritura propia, y Ulfilas, obispo de Mesia, se la inventa. Como la China, la Alemania ha inventado la imprenta. Sus burgraves son para nosotros lo que los Titanes son para Eschylo. Al templo de Tanfana, destruído por Germánico, ha hecho suceder la catedral de Colonia. Los idiomas salen de ella. De sus desperdicios corren al norte el danés y el sueco; al oeste el holandés y el flamenco; el alemán pasa La Mancha y se convierte en el inglés. En el orden de los hechos intelectuales, el genio germánico no reconoce fronteras. Tal pueblo que resiste á la Alemania, cede al germanismo. El espíritu alemán se asimila los Griegos por Muller, los Servios por Gehard, los Rusos por Goëte, los Magiares por Mailath.

» La Polonia está unida á ella con todas sus glorias, desde Kopérnico hasta Kosciusko, y desde Sobieski hasta Mickiewicz. La Alemania es el pozo de los pueblos: salen de allí como ríos, y vuelven á ella como el mar.

» La música es el verbo de la Alemania. El pueblo alemán tan comprimido como pueblo, tan emancipado como pensador, canta con místico amor. Cantar es algo como emanciparse. Lo que no puede decirse, pero que no puede callarse, lo expresa la música. Así, la Alemania entera es toda música, mientras le llega la hora de ser la Libertad. Los coros de Lutero son una Marsellesa. El canto es para la Alemania una respiración. Por el canto respira y conspira. Siendo la nota la sílaba de una lengua universal, vaga, indefinida, la gran comunicación de la Alemania con el género humano se hace por la armonía. Todas estas ideas que penetran las almas, salen de la Alemania por la música, como salen

del mar en los vapores condensados que forman las nubes, las lluvias, que fecundan la tierra. »

Víctor Hugo, poeta, debía naturalmente extasiarse en la contemplación del arte alemán; pero lo que debemos á la fantasía soñadora de la Alemania, es nada en comparación de lo que debemos á su mente. Es la metafísica alemana la que ha preservado la individualidad, la personalidad y la libertad del alma humana; la que mantiene al hombre atado al rayo de luz de su origen divino, y cerniéndose por la inmortalidad sobre los espacios infinitos del progreso. Es la filosofía de sus robustos pensadores, fundada en la observación y la experiencia, la que, formando como un baluarte inconmovible alrededor del hombre, ha podido resistir victoriosamente á la escuela materialista, que armada de ciertos estudios empíricos sobre la anatomía comparada del hombre y del animal, pretende haber hecho el singular descubrimiento de que el hombre es simplemente el producto superior de un animal inferior — del gorilla ó mono sin cola — y que entre el hombre y el animal no hay diferencia específica ó psicológica, sino diferencia de organismo y de formas; que en suma, lo que nosotros llamamos nuestra alma inmortal es una simple creación de la soberbia humana; que nuestra inteligencia es un producto químico de nuestro organismo; y que cada porción del cerebro ó de la médula espinal secreta una facultad, como el hígado secreta la bilis.

Un día, no muy lejano, hicimos en la cátedra del Colegio del Rosario de Bogotá, nuestra profesión de fe contraria á esta doctrina, y hoy queremos dejarla asociada á la página en que se conmemoran los orígenes de la patria alemana.

Si todo el misterio de la creación y de la vida puede explicarse por el movimiento y la afinidad de las moléculas de la materia, ¿por qué no puede esa ciencia, con todo el poder de sus retortas y de sus filtros, devolver la vida á las hojas que seca el otoño? Si el hombre

es el producto de un animal inferior en el desenvolvimiento gradual de la especie ¿dónde están los monos que continúan engendrando hombres? ¿dónde se encuentran los hombres que continúan naciendo de monos? ¿dónde, cómo, en qué época se produjo este fenómeno?

Lo que separa al hombre de la bestia no es un eslabón en la cadena de la supuesta graduación insensible, sino un abismo impasable, que formará una solución de continuidad eterna entre el hombre y el bruto; esta muralla, este abismo, es la facultad de raciocinar, ó en otros términos, la facultad de elevarse á la formación de las ideas generales, por medio de un lenguaje articulado. Lo que hay que demostrar no es que el hombre y el mono nacen ambos sin la facultad de hablar; lo que hay que explicar satisfactoriamente es por qué el hombre forma siempre un lenguaje y el mono no.

« Con excepción de los nombres propios, dice el profesor *Max Muller*, no hay palabra en el diccionario de la lengua que corresponda á una idea intuitiva ó de representación sensible en el mundo corpóreo. Nadie ha visto la flor, sino cierta clase de flores; nadie ha visto el árbol, sino cierta clase de árboles; las ideas abstractas de árbol y de flor son, pues, el producto de otra facultad que tiene nuestro espíritu, para elevarse de las representaciones intuitivas á las concepciones racionales de la abstracción.

« Vivimos, dice el mismo profesor, en dos mundos, el de las percepciones sensibles, y el del pensamiento propiamente dicho », que es el mundo de la inteligencia.

En la facultad de formar ideas generales por medio del lenguaje reside el poder de desenvolverse y progresar. Si el hombre fuera simplemente el producto superior ó mejorado de un animal inferior, el vestigio de la afinidad habría quedado necesariamente en que ambos participarían, aunque en grado distinto, de la ley

del progreso; pero es así que el hombre ha continuado y continúa elevándose por la razón en la escala de una perfección sin límites, mientras que el bruto ha quedado estereotipado, petrificado en el molde de las ideas intuitivas, sin que jamás animal alguno haya podido formar la idea general más simple, la de juntar 1 á 1, para elevarse á la idea de 2; luego entre el hombre y el animal no hay una simple diferencia antropomórfica, sino una diferencia psicológica, separada por la barrera impasable del lenguaje, de la razón, del progreso y de la conciencia.

Tiberio, el que fué después emperador, mandaba en Germania; Tiberio, « el emperador espía, amado de los delatores, asesino de los ciudadanos, de los caballeros, del Senado, de su mujer, de su familia; el que tenía dos tronos : para su ferocidad Roma, para sus torpezas, Caprea; el que inventaba vicios y les daba nombres; viejo, con un serrallo de niños; flaco, calvo, encorvado, fétido, comido de lepras, cubierto de supuraciones, envuelto en emplastos, coronado de laureles, teniendo la úlcera como Job, y además el cetro »; á este Tiberio, mandado á contener una insurrección en Panonia, vino á reemplazarlo como procónsul de Alemania Quintilius Varo, recientemente llegado del proconsulado de Siria. Varo era el verdadero representante del refinamiento de las altas clases romanas, con toda su cultura, y con toda su corrupción y sus vicios. « Acostumbrado, dice sir Edward, á gobernar un pueblo tan depravado y tan degradado como el de Siria, donde el valor en el hombre y la virtud en la mujer hacía muchos siglos que habían desaparecido, Varo creyó que podía satisfacer con la misma impunidad sus pasiones licenciosas y su rapacidad, entre los agrestes y altivos hijos y entre las recatadas y pudorosas mujeres de la Germania. » Los Romanos habituados á violar la santidad del hogar doméstico y á insultar el honor de la mujer, debían excitar la indig-

nación y la cólera, y enardecer el patriotismo y el valor de un pueblo distinguido por la pureza de sus costumbres y en quien el respeto á la mujer, la fe de la palabra empeñada y la santidad de la familia, han sido su religión y su ley.

Pero la empresa de sacudir el yugo del formidable poder de Roma debía hacer vacilar aún á los ánimos más resueltos. Lo que no habían podido Aníbal y Mithridates, ¿irían á realizarlo pueblos semibárbaros, inermes é indefensos? ¿Cuál había sido la suerte de Viriato? ¿Qué no debían decirle al valor temerario las ruinas de Numancia? Ni faltaban más cercanos ejemplos que debieran disuadirlos de tan temerario proyecto. Los Galos habían luchado en vano ocho años contra César, y el gallardo Vercingetorix, que en el último año de aquella guerra había logrado levantar á todos sus compatriotas contra los opresores de su país; que había puesto á César al borde de la ruina en Alesia, también había al fin sucumbido : llevado cautivo en el triunfo de César, había sido cobardemente asesinado en un calabozo romano.

Pero la causa de la independencia nacional debía encontrar su héroe y lo encontró en el joven Hermann, perteneciente á una de las más nobles casas de la tribu de los Cherusci.

La diestra política de Roma procuraba siempre asimilarse en los pueblos conquistados los vástagos de las más ilustres familias del país. El joven Hermann y uno de sus hermanos menores, que siguió el partido de Roma y asumió el nombre romano de Flavio, habían sido educados en todo el refinamiento de la cultura romana, habían servido en el ejército, habían sido admitidos á la ciudadanía romana y elevados á la dignidad del orden ecuestre; pero Hermann permaneció incorruptible á los honores y á las riquezas : aspiraba á obtener de la enemistad de Roma un título más alto del que pudieran darle sus favores. No es en

los historiadores patrios; es en las páginas de Tácito donde su nombre ha pasado á la posteridad con el título de *Liberator haud dubie Germaniæ*.

Y lo que el patriotismo inspiraba vino á templarlo el amor.

Arminio había solicitado la mano de Thusnelda, una de las más nobles doncellas de Alemania; pero su padre Segestes, acérrimo partidario de Roma, se la negó, probablemente por la oposición que Arminio hacía á los opresores de su país. Thusnelda que lo amaba ciegamente, y que sin duda prefería el espíritu varonil de su amante á la dócil servidumbre de su padre, consintió en casarse á despecho y contra la voluntad de él. Segestes enfurecido denunció entonces á Arminio ante el gobernador romano, no sólo por el rapto de su hija, sino por planes de traición contra Roma. Vióse pues Arminio obligado á acelerar la ejecución de sus proyectos para no perder á su prometida; pero habría sido insensata temeridad desafiar á campo raso y en guerra abierta la guarnición romana, compuesta de tres legiones que montaban á unos 14,000 infantes y 1,000 jinetes. Pensóse pues con prudencia y con razón en recurrir á un ardid de guerra, y digamos la palabra, en preparar una verdadera celada al enemigo, donde las ventajas del terreno compensasen la inferioridad del número, de la disciplina y de las armas con que los patriotas alemanes iban á combatir las aguerridas legiones del Imperio. En consecuencia, Arminio y sus compañeros concertaron el plan de atraer el ejército de Varo á los desfiladeros de las montañas que separan las cabeceras del Lippa de las del Ems, en la selva Hercynia. Las cumbres de estas montañas forman una vasta altiplanicie cortada por numerosas y profundas cañadas, que en invierno recogen el agua de impetuosos torrentes, cubiertas de selva secular, y con sus flancos erizados de escarpadas rocas. Tal fué el sitio escogido por Arminio y los jefes de las

tribus confederadas para la destrucción del ejército romano.

Ocultáronse con el mayor cuidado todos los síntomas de descontento que pudieran revelar el plan de una insurrección general, y dióse simplemente la orden á las tribus de las márgenes del alto Lippa, del Weser y del Ems para que se pusiesen en armas, mientras todo el resto del país permanecía aparentemente tranquilo. Los jefes aliados de Arminio, que por orden de éste continuaban frecuentando el cuartel general de Varrón, para adormecer su confianza, y á quienes el Procónsul creía sumisos vasallos de Roma, lo persuadieron para que sin demora marchase á atacar y someter las tribus rebeldes, antes de que á su ejemplo la insurrección se propagase. Varo cayó en el lazo, y creyendo que se trataba de un simple paseo militar por aquellas comarcas, se puso en marcha con todo el ejército, y cargando además, contra la costumbre y los principios de la severa disciplina romana, con un inmenso tren de bagajes y de equipo. Servíanle muy probablemente de prácticos ó guías los mismos conjurados.

Los patriotas alemanes, y éste es el juicio de la Historia y de la posteridad que los admira, en nada se deshonraron por estas maniobras. Contra la tiranía, todas las armas de un pueblo oprimido é indefenso son legítimas. Los tiranos y los traidores están fuera de la ley de la humanidad : su único derecho es la fuerza; el de los pueblos por ellos oprimidos, el de la propia defensa, por cualesquiera medios que ella pueda obtenerse.

Al segundo día de marcha, el ejército se había internado ya en el laberinto de las cañadas y desfiladeros del paso de la montaña. Sin tener enemigo al frente, las fuertes lluvias, las tupidas malezas que entretegían la selva, los pantanos y médanos formados en el bajo fondo de las cañadas, y el paso de los torrentes que por ellas corrían, hacían casi imposible la marcha de las

tropas. Los ingenieros principiaban ya á cortar árboles para formar puentes y calzadas, cuando los guerreros alemanes aparecieron repentinamente cubriendo por todas partes los flancos de las cañadas y lanzando al abrigo de las rocas y los árboles, nubes de dardos sobre los legionarios. Éstos, imposibilitados por la naturaleza del terreno para cargar al enemigo, caían por centenas sin poderse defender. Con grandes esfuerzos de disciplina y de valor, Varo logró fortificar un campo para pasar la noche. Al día siguiente el ejército se puso de nuevo en marcha sin ser molestado. Arminio lo dejó avanzar hasta un punto en que el paso de los desfiladeros se estrecha por la prolongación de un contrafuerte de la cordillera, que los rebeldes habían además barricado con grandes palizadas. Arminio dió entonces la orden para un ataque general, y los soldados romanos, imposibilitados como el día anterior para formar sus columnas y cargar al enemigo al arma blanca, no puede decirse que combatieron, sino que perecieron. Roma, que no conocía la compasión con los rendidos, tampoco podía esperarla de los vencedores. Las tribus germanas hicieron una verdadera carnicería en los soldados de Varo, reservando unos pocos prisioneros para inmolarlos después en los altares de la antigua mitología de las selvas germanas. Varo, como todos los generales de la antigua Roma, no pudiendo ni debiendo sobrevivir á la deshonra, se dió la muerte, después de haberla buscado inútilmente en el combate.

Jamás victoria alguna fué más decisiva, ni más instantánea, ni más completa para la libertad de un pueblo. Por todas partes las guarniciones romanas fueron asaltadas y despedazadas, y pocos días después de la derrota de Varo, el suelo entero de la Germania estaba libre de sus opresores.

El golpe dado por Arminio fué irreparable. Roma devoró el ultraje bajo el disfraz de la moderación, y el

Rhin quedó desde entonces separando las dos naciones y las dos razas, hasta el siglo V en que las tribus germanas tomaron la ofensiva y convirtieron con sus armas vencedoras las provincias de la Roma imperial en los reinos de la moderna Europa.

La noticia del desastre causó en Roma la más honda impresión de tristeza, de vergüenza y de dolor. Sabemos por Suetonio cómo Augusto al recibirla, desgarrando sus vestidos, mesándose el cabello y golpeándose la frente contra los muros de su palacio exclamaba : « ¡Quintilius Varo, devuélveme mis legiones! »

Tiberio, el mismo que había precedido á Varo en el proconsulado de la Germania, fué enviado el primero á reparar esta derrota y á vengar este ultraje ; pero ni Arminio se aventuró á encontrarlo en campo raso, ni Tiberio á perseguirlo en las montañas, y sus marchas y contramarchas fueron tan incruentas como estériles.

Después de Tiberio fué Germánico, quien, con la complicidad de Segestes, se apoderó de Thusnelda, la esposa de Arminio. Germánico la envió á Ravena, donde dió á luz un niño, del cual sabemos por Tácito que fué conducido cautivo y paseado en triunfo por las calles de Roma á la edad de cuatro años.

La campaña entre Arminio y Germánico fué larga y varia. Arminio derrotó á Germánico en una primera batalla, obligándolo á retirarse por el Ems, y derrotó en varios encuentros al general romano Cæcina, á quien Germánico dejó el mando de la parte del ejército que debía replegarse por tierra hasta la margen izquierda del Rhin.

Al año siguiente, Germánico trajo una nueva expedición, que desembarcó por el Ems y acampó á las márgenes del Weser, en las inmediaciones de Minden. En la batalla general que allí tuvo lugar, Arminio fué gravemente herido y la infantería alemana derrotada con grandes pérdidas. Los Romanos quedaron dueños del campo y Germánico hizo erigir allí un tro-

feo con la ostentosa inscripción de que todas las naciones comprendidas entre el Elba y el Rhin habían sido conquistadas por sus armas; pero el hecho fué que su ejército se vió pronto obligado á retirarse del otro lado del Rhin. Tácito, burlándose de estos triunfos de los generales romanos, dice que los Germanos eran *triunphati potius quam victi*.

La independencia de la patria alemana cuéntase pues, y con razón, desde la victoria de Arminio en la selva Hercynia.

Arminio dejó un nombre que los mismos historiadores romanos no se han negado á honrar. Muchos años después de la muerte de Arminio, Tácito dice de él : *Canitur adhuc barbaras apud gentes*.

Cuando el tiempo hubo modelado y completado su gloria, la gratitud de las tribus germanas por su gran Libertador se convirtió en adoración, y por siglos enteros las razas teutónicas tributaron honores divinos á su memoria. El Irmin-Sul ó la columna de Hermann, coronada por la estatua del semidiós, ó guerrero divinizado, levantada cerca de Eresburg, la moderna Stadtberg, era objeto particular del culto de las tribus teutónicas. El Irmin-Sul era considerado como el símbolo de la deidad y el Paladión de la nacionalidad sajona, hasta que el templo de Eresburg fué destruído por Carlomagno y la columna transportada al monasterio de Carbey.

Al cabo de diez y ocho siglos, hoy, después de la reintegración de la nacionalidad alemana — los tiranuelos de la Alemania dividida no podían honrar á un héroe que representaba la unidad de la patria alemana — se ha levantado la estatua colosal de Arminio sobre el monte Osning, que forma el cono más elevado de las cimas del Teutoburger-Wald, á 1,800 pies sobre el nivel del mar. Es una estatua colosal, de bronce, que representa al héroe mirando al Rhin y blandiendo su espada en la mano derecha. Su altura es

de 80 pies desde la base hasta la punta de la espada. Está colocada dentro de un templo gótico, de forma circular, con árboles de encina por columnas. Desde la cima de la montaña se descubre el campo de batalla en que perecieron las legiones de Varo, y la estatua misma es visible á 60 millas de distancia.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

BATALLA DE CHÂLONS SUR MARNE

(Año 451 de nuestra era)

La última batalla ganada por el agonizante poder de la Roma imperial en las llanuras de Châlons, sobre las armas victoriosas de Atila, no estaba destinada á revivir el poder material de aquel Imperio, que ya dividido en las dos grandes monarquías de Oriente y Occidente, se desplomaba por todas partes bajo el peso de su grandeza y de sus vicios. Roma había cumplido su destino : había asimilado y difundido la civilización griega : había roto las estrechas barreras que dividían en pequeñas é impotentes nacionalidades á los pueblos que habitaban las costas del Mediterráneo : había fundido todas estas tribus y razas en un poderoso imperio, ligándolas entre sí por gobierno, instituciones y leyes de la más alta civilización; y, finalmente, al amparo de su poder había nacido y desarrolládose la fe del cristianismo.

Pero si el mantenimiento del poder político de Roma no tenía ya objeto en el mundo, era de la más alta importancia para la civilización decidir qué naciones dividirían la opulenta herencia romana; si los Godos y Germanos que habían abrazado el Cristianismo formarían de sus despojos los Estados de la moderna Europa, ó si las tribus salvajes y paganas de los desiertos del Asia Central destruirían las reliquias de la civilización helénica, y hundirían en el caos de bárbara conquista las nacientes instituciones de la nueva

de esto decidió la suerte de las armas en las llanuras de Châlons.

Hay razones para creer que la formidable tribu de los Hunos precedió á las Scytas en la irrupción de los imperios asiáticos. Arrojados de los confines de la China por tribus más poderosas, vinieron envolviendo en su movimiento á todos los pueblos bárbaros que habitaban al norte del mar Negro, en las fronteras del Imperio Romano, hasta que unos en pos de otros rompieron las barreras del mundo civilizado. Los Hunos entraron en Europa atravesando el Tanais el año 375, y rápidamente redujeron á su obediencia á los Alanos, á los Ostrogodos y demás tribus que poblaban las márgenes del Danubio. Setenta y cinco años después, en 450, Atila, su poderoso rey, llamado « el azote de Dios », fundaba á Buda sobre el Danubio y extendía su imperio por todo el territorio que demora al norte de aquel río y del mar Negro, y al oriente del Cáucaso, comprendiendo en sus vastos dominios muchas naciones de origen slavo, gótico y teutónico. Al sur del Danubio todo el país que se extiende desde el río Sau, hasta Novi en la Thracia, era también provincia huna.

El singular capricho de una mujer vino en estos momentos á agravar las calamidades que por todas partes afligían al moribundo Imperio Romano. Honoria, la hermana de Valentiniano III, emperador de Occidente, sin cuidarse de la monstruosidad física de su héroe, mandó ofrecer su mano á Atila. Descubierta la traición por los Romanos, encerraron á Honoria en estrecha prisión; pero esto proporcionó á Atila el pretexto caballeresco de marchar al rescate de su espontánea y desconocida esposa.

Sabedor de que dos caudillos ó jefes de los Francos se hacían la guerra; que uno de ellos había implorado el auxilio de Roma, y que el otro imploraba el suyo, resolvió buscar primero un aliado en las Galias, vencer allí y marchar después sobre Roma.

Atila, con un ejército de 700,000 hombres, pasó el Rhin abajo de Coblenza, derrotando al rey de los Borgoñeses que quiso cerrarle el paso : en seguida dividió sus numerosas fuerzas en dos ejércitos, de los cuales el uno se dirigió al N. O. sobre Tongres y Arras, y el otro, mandado por él en persona, subió por el valle del Mosela, destruyendo á Besançon y otras ciudade de la Borgoña. Después de haber conquistado la parte oriental de Francia, Atila se preparaba para invadir el territorio occidental allende el Loira. En 451 puso sitio á Orleans, donde 978 años después debía Juana de Arco salvar la independencia de la Francia y con ella la parte que aquel gran pueblo ha tenido en la civilización y en la libertad del mundo.

Entre tanto el general romano Aetius, y su aliado Theodorico, rey de los Visigodos, reunieron y organizaron un ejército, el último que asumió el pomposo nombre de las Legiones romanas, capaz de desafiar á los Hunos en campo raso. Á la aproximación de las fuerzas aliadas de Aetius y Theodorico, Atila levantó el sitio de Orleans y se replegó detrás del Marne, concentrando todas sus fuerzas en las vastas llanuras de Châlons, donde su temible y valerosa caballería podía obrar ventajosamente. En el campo romano Aetius mandaba el ala derecha, Theodorico la izquierda, y Sangipán, rey de los Alanos, el centro. Atila dió principio al combate por una furiosa carga sobre el ala derecha de los aliados, que Aetius sostuvo y rechazó vigorosamente. Al mismo tiempo Theodorico cargó sobre la derecha de los Hunos, que rompió y deshizo á costa de su vida. En tan crítica situación, Atila se replegó sobre el campo que para tal evento había fortificado; y sosteniendo hasta el último momento el temido renombre de su fama y de sus armas, hizo levantar una pirámide formada con las sillas de madera de su numerosa caballería y con todas las riquezas y despojos ganados en la guerra; allí puso también á sus mujeres, y él mismo se colocó en

la cima de aquel trofeo, que las llamas debían devorar si los enemigos lograban romper sus atrincheramientos.

Cuando el día amaneció, Aetius, horrorizado de la carnicería y de la feroz resolución de su enemigo, no quiso ó no se atrevió á atacarlo, y dejó que el mismo Atila completara la victoria con su fuga.

Atila se dirigió en seguida sobre Italia, con los restos de su ejército, llevando por todas partes la desolación y la muerte. « La yerba, decía, no volverá á nacer bajo los cascos de mi caballo. » Destruyó á Aquilea y muchas otras ciudades del norte de Italia; pero se detuvo á las puertas de Roma, contenido por la elocuencia y la majestad de San León; y contentándose con exigir un tributo al emperador Valentiniano III, regresó con sus hordas á las selvas del Danubio, en el territorio que hoy ocupan la Esclavonia y la Croacia.

Murió en 453 en los excesos de una orgía.

El crimen mismo, cuando asume estas proporciones se impone á la admiración de los hombres. Las musas de la Epopeya y de la Música—Calíope y Euterpe—se han apoderado de su nombre para divinizarlo. Corneille lo ha cantado en portentosa tragedia.

UNIVERSIDAD EAFIT

BATALLA DE TOURS

(Año 732 de nuestra era)

Carlos Martel debería ser por excelencia el héroe de la admiración femenina. Sin la victoria ganada por él sobre los musulmanes en Tours el año 732 de nuestra era, los pueblos cristianos de Europa y América que forman el mundo civilizado, estarían deletreando el Corán en vez del Evangelio; y como son las mujeres las que principalmente abdican de su dignidad en la religión del Islamismo, es por eso que hemos dicho que Carlos Martel debería ser el héroe de la admiración femenina. Da horror pensar en que Santa Teresa de Jesús, Heloísa, Juana de Arco, María Estuardo, Isabel la Católica, Margarita de Anjou, Carlota Corday, Cristina de Suecia, Madame Roland, Madame d'Arblay, Madame de Stael, María Teresa de Austria, María Antonieta, Catalina II de Rusia, Juana de Navarra, Ana Bolena, Enriqueta Beecher Stow, la de *La Cabaña del Tio Tom*, es decir, la verdadera libertadora de cuatro millones de esclavos, y Delfina Gay, hubieran vivido en el rebaño del Harem, bajo el látigo de un eunuco.

En las historia guerrera de la humanidad, nada hay comparable al portentoso empuje y á la brillante carrera de conquistas de los árabes. Un siglo después de la muerte de Mahoma, los sectarios del profeta habían conquistado la Persia, la Syria, el Egipto, el África y la España. Estas dilatadas regiones obedecían al Califa. Desde los Pirineos hasta el Oxus, la oración se elevaba en nombre de Mahoma, y el Corán era reverenciado

como el libro de la Ley; pero Francia estaba destinada ahora, como la veremos después en Orleans, y últimamente en Valmy, á salvar con el denuedo de sus armas la causa general de la civilización, de la libertad y del progreso humano.

Dueños de España y orgullosos con un siglo de triunfos y conquistas, los Sarracenos atravesaron los Pirineos para emprender la conquista de las Galias en el verano de 732, con un ejército que algunos escritores árabes hacen subir á 800,000 hombres de todas armas, mandados por *Abderramán*, uno de sus más esforzados y valerosos caudillos; y fué para salvar la Europa en tan terrible crisis, que la Cristiandad puso al frente de sus ejércitos al más gallardo de sus guerreros, al joven Carlos, duque de los Austro-Francos.

Al fin los dos pueblos, las dos creencias, las dos religiones, los dos estandartes — la Cruz y la Media Luna — se encontraron frente á frente en los campos de Tours. El combate fué furioso; la batalla terrible; la carnicería espantosa. Algunos cronistas hacen subir la pérdida de los Musulmanes á 375,000 hombres, y la de los Cristianos á sólo un mil. El joven Carlos recibió en aquella memorable jornada, por la pujanza de su brazo y por el gran número de enemigos que perecieron bajo sus golpes, el sobrenombre de Martel (Martillo), con que había de pasar á la inmortalidad; y los Sarracenos principiaron en Tours la marcha retrógrada, que aun debía prolongarse por ocho siglos, al través de España, hasta la reconquista de Granada, para volver al desierto.

BATALLA DE HASTINGS

(14 de octubre de 1166)

Si el período de virilidad de un pueblo guarda, como en los individuos, proporción con el de su infancia y su adolescencia, la Gran Bretaña debe contar aún largos siglos de desarrollo y de crecimiento, porque no hay en la familia europea un pueblo que tardara más en formarse y en incorporarse al movimiento de la civilización que el pueblo inglés.

Las armas romanas subyugaron la mayor parte de la isla desde el año 78 de nuestra era, pero los salvajes que la habitaban, muy poco superiores á los que en la actualidad pueblan las islas Sandwich, como dice Macaulay, nada recibieron ni guardaron de la cultura romana, de sus leyes, de sus artes, ni siquiera del idioma. El latín que forma la base del español, del francés, del italiano y del portugués, no pudo penetrar en el antiguo dialecto gálico de los bretones.

Abandonados por Honorio el año 411, é incapaces de defenderse contra los Pictios, los bretones llamaron en su auxilio á los Sajones de la Germania en 449, los cuales fundaron, entre 455 y 527, los cuatro reinos de Essex, de Sussex, de Wessex y de Kent, después de haber exterminado completamente á los Celtas. Á los Sajones siguió la otra tribu germana de los Angles, de donde trae su origen el nombre Inglaterra, quienes fundaron con Bernicio, entre los años 540 y 584 de nuestra era, los tres reinos de la Estanglia, la Mercia y Deiria,

hasta que ambos pueblos se fundieron en uno solo bajo el sajón Egberto, rey de Wessex, en 827.

Pero aquellos fueron siglos de completa barbarie para la Inglaterra. «Mientras que todos los jefes que fundaron dinastías teutónicas en las provincias continentales del imperio romano — Alarico, Teodorico, Clovis, — dice Macaulay, eran fervorosos cristianos, las hordas de Ida y Cérdico llevaban á las Islas Británicas todas las supersticiones de las orillas del Elba. Mientras que los príncipes germanos que reinaban en París, Toledo, Arles y Ravena, recibían con reverencia la instrucción que les daban los obispos, adoraban las reliquias de los mártires y se interesaban en las controversias de la teología de Nicea, los caudillos que reinaban en Wessex y Mercia celebraban sus ritos salvajes en los templos de Thor y de Woden».

Todavía en los tiempos de Bizancio los habitantes de aquellas distantes islas, que habían permanecido separados de todo trato y comunicación con el resto de Europa, eran objeto de misterioso terror en las orillas del Bósforo. Decíase allí que una parte de ellas estaba literalmente cubierta de serpientes, y que el aire era tan pestilente que nadie podía respirarlo sin perecer.

Cuando al fin los Sajones se convirtieron al cristianismo; cuando la luz de la civilización principiaba á disipar las tinieblas de la barbarie, vino en 835 la invasión danesa, mucho más brutal, mucho más exterminadora que la de los Sajones y los Angles. Más de 200 años duró la guerra entre estas dos ramas de la gran familia teutónica, los Sajones y Daneses. Asesinatos en masa, ciudades incendiadas y arrasadas, monasterios saqueados, provincias enteras asoladas, forman la historia de aquel luctuoso período. En esta triste condición halló á Inglaterra el acontecimiento que conmemora la batalla de Hastings.

En frente de esta isla desolada y bárbara, había crecido, en las vecinas costas de Francia, el pueblo más

conspicuo por su valor y por su cultura de cuantos habían salido de los fragmentos del mundo romano. Hay historiadores que pueden y aun deben ser extractados; pero extractar á Macaulay sería una profanación. Limitémonos, pues, á traducir la gráfica y bellísima descripción que el eminente escritor hace de la cultura de aquel pueblo en el tomo 1.° de su historia de Inglaterra, y sin la cual sería incomprensible la conquista normanda. Dice así :

« Los Normandos eran entonces el pueblo más temido de la cristiandad. Su valor y su ferocidad los había hecho conspicuos aún entre los piratas que la Escandinavia enviaba á devastar la Europa occidental. Sus naves fueron por mucho tiempo el terror de ambas costas del Canal. Muchas veces llevaron sus armas victoriosas hasta los muros de Maestrich y de París, en el corazón del imperio de Carlo Magno, hasta que al fin uno de los débiles herederos de aquel príncipe cedió á los extranjeros esta fértil provincia, bañada por un magnífico río y contigua al mar, que era su principal elemento. En esa provincia los normandos fundaron un poderoso estado, que gradualmente fué extendiendo su influencia sobre los principados vecinos de la Bretaña y del Maine. Sin descuidar el indómito valor que había sido el terror de todos los pueblos desde el Elba hasta los Pirineos, los Normandos pronto adquirieron todos los conocimientos y todo el refinamiento de cultura que encontraron en el país en que se habían establecido. Su valor los defendía contra toda invasión extranjera. Fundaron un gobierno que aseguró su orden interior, tal como no lo había tenido el imperio franco. Abrazaron el cristianismo y con él aprendieron todo lo que el clero podía enseñarles. Abandonaron su dialecto nativo y adoptaron el francés, en que el latín era el elemento predominante, y pronto levantaron su nueva lengua á un grado de importancia á que no había antes llegado : era un dialecto bárbaro y ellos la fijaron por

la escritura y la enriquecieron empleándola en la legislación, en la poesía y en el romance. Abandonaron aquella intemperancia brutal á que todas las otras ramas de la gran familia germánica eran tan inclinadas. El lujo cortesano del Normando hacía contraste con la repugnante voracidad y la embriaguez de sus vecinos los Daneses y Sajones. Aquéllos ostentaban su magnificencia, no en groseros montones de viandas y cántaras de bebidas espirituosas, sino en nobles y majestuosos edificios, riquísimas armas, magníficos corceles, escogidos halcones, banquetes delicados, más bien que abundantes, y vinos deliciosos más por el aroma que por su poder embriagador. El espíritu caballeresco que ejerció tan grande influencia en la política, en las costumbres y maneras de todas las naciones de Europa, poseíanlo en el más alto grado los señores de Normandía. Aquellos nobles se distinguían por su gallardo porte y sus maneras insinuantes, como por su habilidad para el trato de los negocios y por una elocuencia natural que cultivaban asiduamente. Préciase uno de sus historiadores de que los caballeros normandos nacían oradores. Pero su fama principal les venía de sus hazañas militares. Todos los países, desde el Atlántico hasta la Judea, fueron testigos de los prodigios de su disciplina y de su valor. Un caballero normando á la cabeza de un puñado de hombres dispersó á los Celtas en Connaught. Otro fundó la monarquía de las dos Sicilias y vió á los emperadores de Oriente y Occidente huír ante sus armas. Un tercero, el Ulises de la primera cruzada, recibió de sus compañeros de armas la púrpura de Antioquía. Y un cuarto, aquel Tancredo cuyo nombre vive en el poema inmortal del Tasso, fué celebrado en toda la cristiandad como el más denodado y el más generoso de los campeones del Santo Sepulcro.

« La notoriedad de un pueblo tan distinguido tenía que hacerse sentir sobre la vecina Inglaterra. Antes de la conquista, los príncipes ingleses recibían ya su edu-

cación en Normandía, y prebendas y feudos ingleses obteníanlos con facilidad nobles normandos. El francés de Normandía se hablaba familiarmente en el palacio de Westminster. En suma, la corte de Ruán era á la corte de Eduardo el Confesor, lo que la de Versalles fué después á la corte de Carlos II. »

Hardicanuto, de estirpe danesa, había muerto repentinamente en un banquete en 1041. Á su muerte, los Sajones acaudillados por Godwin, conde de Kent, se sublevaron contra los Daneses y eligieron rey á Eduardo llamado el Confesor, séptimo hijo del rey sajón Ethelredo. Pero habiendo muerto Eduardo sin hijos en 1066, tres poderosos caudillos se presentaron á disputar la corona: — Harold, segundo hijo de Godwin, que representaba el elemento nacional, sajón, y que había heredado las brillantes cualidades guerreras y la popularidad de su padre; Harald-Hardrade, el más poderoso y caballeresco de los reyes noruegos, alegando que Hardicanuto había designado á su predecesor el rey Magno como heredero del trono de Inglaterra; y últimamente el poderoso duque Guillermo, bastardo, y sucesor de Roberto el Diablo, duque de Normandía, próximo pariente del difunto Rey, que alegaba que éste le había prometido también la sucesión al trono.

Poco antes de la muerte del Confesor, en 1065, Harold pasó á Normandía, sin duda con el objeto de explorar las intenciones de Guillermo respecto á la sucesión, y si posible era para captarse su voluntad y su apoyo; pero habiendo comprendido que el Duque estaba resuelto á no cejar en sus pretensiones, y debiendo temerlo todo, inclusive la muerte, del carácter sanguinario y feroz del astuto normando, vióse obligado á suscribir á todas las promesas que aquél quiso arrancarle.

En presencia de una numerosa asamblea de barones normandos, Harold rindió homenaje á Guillermo como á heredero presunto del trono de Inglaterra, y para

sellar su alianza con el Duque prometió además casarse con su hija Adela, y que enviaría á una de sus hermanas para que Guillermo la diese en matrimonio á uno de los más poderosos nobles de su corte. No contento Guillermo con estas promesas, exigió que Harold las jurase sobre la Biblia; y después del acto, alzando la carpeta sobre la cual estaba el misal, hizo ver á Harold que el juramento se había prestado sobre una caja llena de huesos y reliquias de los santos venerados en los monasterios normandos.

Harold regresó á Inglaterra, resuelto, como fácilmente se comprende, á no cumplir ninguna de estas promesas obtenidas por la superchería y el temor; y proclamado á la muerte de Eduardo, acaecida el 5 de enero de 1066, rey, por el voto de la nobleza y el clero, fué jurado y consagrado el 7 de enero en Westminster, recibiendo de manos del arzobispo la corona de oro y el cetro de Inglaterra, junto con la pesada hacha de batalla, antiguo símbolo de la majestad nacional.

Guillermo le envió en el acto un mensajero reclamando el cumplimiento de sus promesas y amenazándolo con que antes de que el año expirara las haría efectivas por medio de las armas, y lo perseguiría y castigaría como á traidor y perjuro, si no le devolvía inmediatamente la corona que había usurpado. Harold contestó que esa corona no le pertenecía á él, sino á la nación que la había puesto sobre sus sienes, y que los juramentos prestados eran nulos delante de Dios y de los hombres, porque habían sido arrancados por la violencia.

Guillermo, comprendiendo cuánto valdría para su causa poner de su lado la autoridad de Roma, antes de dar principio á las hostilidades propuso astutamente á su rival que sometieran la contienda á la decisión del Papa. Harold no quiso tampoco admitir semejante tribunal por juez de sus derechos, y como Guillermo lo había previsto, después de un examen de la causa, el

Papa y el Colegio de cardenales declararon que la sucesión á la corona de Inglaterra pertenecía al duque normando.

Armado de semejante poder, absoluto y omnímodo en el siglo XI, Guillermo vió afluír de toda la cristiandad mercenarios y guerreros á alistarse bajo sus banderas en busca de fortuna y de gloria. El Papa mismo envió al Duque una bandera consagrada y bendecida para la invasión de la Isla.

Y para colmo de fortuna, el príncipe noruego se le anticipó; su ataque no debía servir sino para que Guillermo encontrara debilitadas por costosa victoria las fuerzas inglesas. Hardrada en efecto unido al príncipe Tosty, hermano renegado de Harold, había invadido á Inglaterra con una poderosa expedición, que desembarcó en Yorkshire, en septiembre de 1096. Harold por una marcha rápida de cuatro días sorprendió á los invasores, antes de organizarse, y los despedazó en Stamford-Bridge el 25 de septiembre. Fué ésta una de las más sangrientas batallas de aquellos tiempos. Hardrada, Tosty y los principales jefes noruegos perecieron en ella. Cincuenta años después, dice el historiador Wade, aún se veía blanquear el campo con los huesos de los muertos.

Harold se encontraba todavía en York celebrando la espléndida victoria obtenida sobre los antiguos enemigos de Inglaterra — Escandinavos y Daneses — y reorganizando el gobierno de los Condados, teatro de la guerra, cuando recibió la noticia del desembarco de la expedición normanda en la costa de Sussex.

Harold, envanecido con su reciente triunfo sobre Hardrada, en vez de concentrar sus fuerzas en Londres, como sus hermanos y sus generales lo aconsejaban, marchó resueltamente al encuentro de los Normandos, y después de un reñido combate, en que por una y otra parte se hicieron prodigios de valor, fué completamente vencido en la batalla de Hastings el 14 de octubre.

La falta militar cometida por los Ingleses fué la de haberse dejado engañar, casi victoriosos, á las tres de la tarde, por la estratagema del enemigo, que fingió una falsa retirada para sacarlos de sus atrincheramientos á la llanura, donde fueron destrozados por la caballería normanda. La desgracia que, unida á la falta militar, completó la derrota, fué la cruel herida del dardo que clavó el ojo derecho del príncipe Harold, que lo puso en el acto fuera de combate y dió con su muerte la señal del desastre.

La victoria de Hastings fué completa. Con ella terminó la conquista. El duque Guillermo se hizo coronar rey de Inglaterra el 25 de diciembre en la misma Abadía de Westminster y con toda la pompa con que un año antes lo había sido su rival.

He aquí la curiosa carta de privilegios expedida á favor de los habitantes de Londres, con que el Conquistador dió principio al ejercicio de su poder real. Fué escrita en sajón y dice así: « Guillermo el rey saluda á Guillermo el obispo y á Godofredo el bailío y á todos los burgueses de Londres, Franceses é Ingleses. Y yo declaro que os concedo á todos las garantías legales como en los días del rey Eduardo, y otorgo que todo hijo será el heredero de su padre después de los días de su padre; y que Yo no permitiré que á nadie se haga mal. Dios os guarde. — *Guillermo* ».

Sólo en los pueblos del Asia puede verse ejemplo de una subyugación tan completa como la que los Normandos efectuaron sobre los Sajones. El Conquistador dividió todas las tierras entre sus tenientes, sin que hubiera quedado un solo palmo del territorio conquistado en poder de sus antiguos señores. Sólo en la condición de los siervos ó esclavos no se hizo alteración alguna: éstos pasaron como rebaño á poder de los nuevos amos. Los Ingleses, más que objeto de opresión, eran objeto de desprecio por parte de los conquistadores. La exclamación común de un Nor-

mando para expresar el más alto grado de disgusto ó de desdén por alguien ó por algo era ésta: « ¿Soy yo por ventura Inglés? ¿ me tomais por Inglés? »

Cerca de un siglo duró esta separación; pero al fin los dos pueblos y las dos razas fueron lentamente mezclándose y amalgamándose para formar el pueblo que hoy lleva con orgullo el nombre de Inglaterra. Sólo una aristocracia territorial tan poderosa como la que fundó la conquista normanda pudo adelantarse seis siglos al resto de la Europa feudal para haber arrancado en 1199 la Magna Carta de donde traen su origen las libertades políticas y civiles de los modernos pueblos de Europa.

« Aquí principia, dice Macaulay, la historia del pueblo inglés. La de los siglos precedentes es la historia de los males que recíprocamente se hacían las tribus que habitaban el suelo de Inglaterra, las cuales se miraban con más aversión de la que pueda existir entre pueblos separados por grandes barreras naturales, pues se ha observado que aun la animosidad de dos pueblos extranjeros que se hacen la guerra, es menos violenta que la de comunidades que, aunque habiten un mismo suelo, se hallan moralmente divididas por diversidad de sentimientos y de ideas. Y en ningún país ha sido la enemistad de las razas más profunda que en Inglaterra. No nos son bien conocidos los grados por los cuales fueron fundiéndose estos elementos hostiles en la masa homogénea y compacta de la nación inglesa; pero es un hecho cierto que cuando el rey Juan ascendió al trono en 1199, aun existía fuertemente marcada la distinción entre Normandos y Sajones, y que dos generaciones después, antes de que terminara el reinado de su nieto Eduardo I, en 1307, esa distinción había casi desaparecido. En tiempo de Ricardo I la imprecación ordinaria de un caballero normando era : « ¡Soy yo por ventura Inglés! » Y cien años después los descendientes de

estos mismos nobles llevaban ya con orgullo el nombre inglés.

» Las fuentes de los grandes ríos, que comunican su fertilidad á un continente y llevan al mar flotas enteras cargadas de sus riquezas, hay que buscarlas en los abruptos y estériles flancos de ignotas montañas, incorrectamente trazados en los mapas y rara vez explorados por los viajeros; y á tales puede con propiedad compararse la historia de nuestro país en el siglo XIII. Infecunda y oscura como á primera vista aparece aquella porción de nuestros anales, es sin embargo á ella á la que hay que ocurrir para buscar los orígenes de nuestra libertad, de nuestra prosperidad y de nuestra gloria. Entonces principió la formación del pueblo inglés; el carácter nacional principió á exhibir las condiciones peculiares que siempre lo han distinguido después, y nuestros padres se hicieron enfáticamente insulares, no sólo en su posición geográfica, sino en su política y en sus costumbres. Entonces apareció por primera vez aquella Constitución, que desde ese día, y al través de todos los cambios, ha preservado siempre su identidad; aquella Constitución de la cual las otras constituciones libres del mundo no son sino copias, y que, á pesar de sus defectos, merece ser considerada como la única que haya podido regir por muchos siglos los destinos de un gran pueblo. Fué entonces cuando tuvo sus primeras sesiones la Cámara de los Comunes de Inglaterra, este architipo de todas las asambleas representativas que hoy existen en el antiguo y en el nuevo mundo. Fué entonces cuando el derecho común se levantó á la dignidad de una ciencia, y creció rápidamente hasta hacerse el rival de la jurisprudencia de los reyes. Fué entonces cuando el valor de aquellos marineros que tripulaban los toscos barcos de los Cinco Puertos, hizo por primera vez temible en los mares la bandera inglesa. Fué entonces cuando se fundaron los más antiguos colegios que aun existen dentro de las dos

grandes universidades del saber inglés. Fué entonces cuando se formó este idioma menos musical, es cierto, que las lenguas del sur, pero apenas inferior al griego en riqueza, en fuerza y en variedad de formas y expresión para las más altas concepciones del poeta, del filósofo y del orador. También aparecieron entonces los albores de aquella noble literatura que es la más espléndida y la más duradera de todas las glorias de Inglaterra.

» Al principiar el siglo XIV la fusión de las razas estaba ya hecha, y podía presentirse por signos inequívocos que de la mezcla de las tres ramas de la gran familia teutónica — Sajones, Daneses y Angles — entre sí y con el elemento bretón de los primeros aborígenes, se había formado un pueblo en nada inferior á ninguno de los que hoy pueblan el mundo. Muy poco había ya de común entre la Bretaña á la cual fué arrojado Juan sin Tierra por Felipe Augusto, y la Inglaterra de donde salieron los ejércitos de Eduardo III á conquistar la Francia. »

Sin la victoria de Hastings no existiría, pues, la Inglaterra. Un pueblo adocenado, una nación de tercero ó cuarto orden ocuparía el lugar de 18 millones de hombres que pueblan la Inglaterra y el país de Gales, y que constituyen el más poderoso foco de actividad de los tiempos modernos; de esta orgullosa Inglaterra que lleva por fajas de su pabellón las más extensas regiones de las cinco partes del mundo, por ella pobladas ó civilizadas, y por estrellas de su bandera, la abolición de la esclavitud, la libertad de conciencia y de cultos, el asilo político, la libertad política y civil, y que puede preciarse con orgullo de ser el único pueblo que tiene un gobierno dirigido por la opinión de las clases educadas de la sociedad, en servicio de la libertad y la justicia.

BATALLA DE ORLEANS

(7 de mayo de 1429)

Esta historia se encierra entre 1415 y 1451.

La Francia, destrozada por numerosas facciones rivales de pretendientes al trono y de poderosos señores de la nobleza feudal, algunos de ellos más poderosos que el Soberano mismo, que de largos años atrás venían luchando por el predominio de su poderío y su grandeza, había llegado ya al último grado de insania á que la guerra civil puede conducir á un pueblo — al de la extinción de todo sentimiento de patriotismo, sacrificado á los odios de partido; al estado de preferir cada bando la disolución misma de la nacionalidad, ó la dominación del extranjero, antes que la de su rival.

Ocupaba nominalmente el trono Carlos VI, apellidado « el mentecato », *l'insensé*, sumido hacía muchos años en estado de verdadera demencia; y gobernaban el reino las facciones que alternativamente lograban adueñarse de la Regencia, por las armas, la intriga ó el crimen. Eran jefes principales de estas facciones el gran duque de Orleans, hermano del Rey, y amante de la Reina, su cuñada, la bella Isabel de Baviera, y los tíos del Rey, los duques de Berry, de Anjou y de Borgoña.

El duque de Orleans fué asesinado una noche al salir del palacio de la Reina. El rumor público acusó del crimen al duque de Borgoña, de aquiescencia al joven Delfín y de complicidad á todo su partido. La Reina, para vengar la sangre del que era su amor y su fuerza,

se unió con el condestable de Armagnac, suegro del duque de Orleans, contra el duque de Borgoña, sin perjuicio de reemplazar á su desgraciado amante con el joven Boisbourdon. Celosos los de Armagnac de la elevación y el ascendiente de un nuevo favorito, lo asesinan á los pies de la Reina. Isabel, que reunía á la belleza y á las veleidades de la cortesana, las pasiones de la ambición, sacrifica sus resentimientos pasados á su cólera presente, y busca al duque de Borgoña para que la vengue, dándole en cambio de esta venganza su poder y su amor. El Duque entra en París al favor de esta alianza, extermina á los Armagnac, satisface y domina á la Reina, toma la tutela del Rey, y para asegurar su triunfo, se une al partido de Enrique V, rey de Inglaterra y pretendiente del trono de Francia.

Debe recordarse que este rey de Inglaterra era de la casa de Anjou, de la rama colateral de los reyes normandos, descendientes de Guillermo el Conquistador, duque de Normandía, que desde Eduardo III, en 1327, venían disputando la sucesión á la corona de Francia.

En agosto de 1415 el rey de Inglaterra desembarcó en Normandía con un ejército de 30,000 hombres. Lo que quedaba de la Francia, los dioses penates de la patria, andaban errantes de ciudad en ciudad con el Delfín, proscrito por su madre y por sus tíos.

Esta guerra se peleaba todavía á usanza de caballería, y merecen relatarse y conocerse algunos de estos detalles.

Enrique envió cartel de desafío al Delfín para que decidieran la contienda en combate singular; pero no recibió respuesta.

El 30 de octubre los franceses, guiados por el bravo duque de Alençón, mandaron ofrecer batalla á los ingleses, por medio de un heraldo en el campo de Azincourt, cerca á Calais. El rey de Inglaterra la aceptó, y el 25 tuvo lugar el combate, en que pereció la flor de la nobleza francesa.

Fué aquella una de las últimas batallas peleadas con las armas antiguas, en que era preciso unir el valor á la fortaleza física. Los héroes principales del combate fueron los arqueros ingleses, que esparcieron el terror en las filas enemigas, por su descomunal estatura y su aspecto salvaje y feroz. Muchos de ellos peleaban completamente desnudos; los más con el pecho y brazos descubiertos, y todos ellos lanzando gritos y aullidos feroces. El rey de Inglaterra peleó á pie, sosteniendo combates singulares con extraordinario valor. Llevaba sobre el yelmo una corona de oro para que todos pudieran distinguirlo. El duque de Alençon se adelantó gallardamente á su encuentro. De un golpe dejó postrado en tierra al duque de York, y de otro hundió en el yelmo la corona del Rey; pero cayó despedazado bajo las armas de los caballeros que rodeaban el estandarte real. La muerte del Duque hizo inevitable la derrota. La carnicería fué espantosa. Los Ingleses mancharon la victoria con el asesinato de más de 14,000 prisioneros.

Enrique regresó á Inglaterra é hizo su entrada triunfal en Londres el 23 de noviembre.

Los Franceses perdieron con la batalla de Azincourt todo el norte de la Francia, teniendo que retirarse á las provincias comprendidas entre el Sena y el Loira.

En abril de 1416 apareció envenenado el Delfín en Compiegne. Sucedióle su hermano Carlos, el tercero de los hijos de Carlos VI.

En julio de 1417 volvió Enrique de Inglaterra, trayendo una segunda expedición de 26,000 hombres, para continuar la guerra, como jefe del numeroso partido que lo aclamaba y sostenía por rey de Francia.

En represalia del asesinato del duque de Orleans, y del envenenamiento del Delfín, el duque de Borgoña cayó en una celada bajo el puñal asesino en 1419. Enrique, después de la toma de Roán y de Pontoise, pactó con el joven duque de Borgoña, para vengar

la muerte de su padre, asesinado por el Delfín, y con la reina Isabel, que tomaría por esposa á la princesa Catalina, hija de Carlos VI; y que en virtud de este matrimonio asumiría la regencia del Reino, durante la vida del Rey demente, para sucederle en el trono después de su muerte. Á este pacto se dió el nombre de « Tratado de paz de Troyes, entre Inglaterra y Francia », de 24 de diciembre de 1419; y en virtud de él Enrique hizo su entrada en París el 2 de junio de 1420, y se hizo coronar rey de Francia, después de sus bodas con Catalina, en 1421. Pero no sobrevivió largo tiempo á su fortuna : aquéllos á quienes tocaba el amor ó la complicidad de Isabel quedaban heridos de muerte. Enrique murió en Vincennes el 31 de agosto de 1422, dejando por sucesor á un niño de nueve meses de edad. Nombró regente de Francia al duque de Bedford, y de Inglaterra al duque de Gloucester.

Los pactos de los cortesanos no habían impedido que la guerra civil continuara con encarnizamiento entre los dos partidos. La Escocia, que luchaba aún por mantener su independencia, apoyaba por propio interés al partido del Delfín, y había enviado á sus filas más de 15,000 soldados.

Sin embargo, Franceses y Escoceses fueron derrotados por los Ingleses en Crevant, en abril de 1423, con pérdida de 3,000 escoceses, y en la batalla de Narbona, en febrero de 1424, con pérdida de 9,700 muertos. Estos reveses obligaron á los últimos restos que defendían la moribunda independencia de la Francia, á encerrarse en la ciudad de Orleans, que conmemora las hazañas y el nombre inmortal de Juana de Arco.

« Todas las naciones, dice Lamartine, cuentan en sus anales algunos de estos milagros del patriotismo, de que una mujer es instrumento en manos de Dios. Cuando todo se ha perdido para una causa nacional, no hay que desesperar aún si esta causa se ha asilado en el corazón de una mujer, llámese Judit, Clelia, Juana

de Arco, la Cava de España, Victoria Colonna de Italia, Carlota Corday en nuestros días.»

Para los que no admitidos otra intervención de la Providencia en la dirección de los negócios humanos, que la de la acción de las leyes naturales que rigen los fenómenos del mundo físico y moral, permanecerá siempre como uno de los más extraordinarios portentos de la mística alucinación de las almas empapadas en el entusiasmo de una gran pasión, la historia de Juana de Arco.

Una niña de trece años de edad, de oscura y pobre familia, nacida y criada en el recogimiento de la vida campestre, en la pequeña heredad paterna de la aldea de Domremy, siéntese de improviso visitada por misteriosa alunciación; dice que repentinamente se ha sentido llamada por voces celestiales á ser la libertadora de su patria, cuasi conquistada ya por los ejércitos ingleses. Ni los ruegos de sus padres, ni la debilidad de su sexo, ni los sarcasmos y las burlas de los doctos, nada la detiene en su camino. Conducida á Chinón, donde estaba la corte de los reyes de Francia, logra hacerse presentar al Delfín, cuyo trono va á salvar de la conquista extranjera; le anuncia en tono y voz solemnes la misión celestial de que viene investida; predícele la victoria; y que después de ella será coronado rey de Francia en la catedral de Reims.

La Doncella lleva impreso en todo su continente, en su púdica belleza, en la iluminación de su mirada, en la solemnidad de sus afirmaciones, la inspiración de los Profetas. El Delfín vacila contenido por el temor del ridículo ó por la censura de admitir una hechicera en su corte; los cortesanos se burlan de la iluminada; los jefes del ejército resisten enrolarla en sus banderas; pero el pueblo cree instintivamente en su misión, y arrastrado por su entusiasmo y por los resplandores de su fe, la impone á los descreídos. La niña deja entonces el femenil ropaje; reviste la pesada armadura

de los caballeros de su tiempo, menos el casco, que desdeña, para que todos pueden conocerla; empuña el hacha y la espada; monta en blanco y brioso corcel; y desde aquel momento, no Dunois, sino ella, es el verdadero general en jefe del del ejército.

Los más grandes capitanes que tuvieron por teatro de sus hazañas un mundo, la exceden por el pedestal, pero por la gloria, no. El Cid, Bayardo, Tancredo, Ricardo Corazón de León, Francisco I, Páez, apenas pueden igualarla por el heroísmo y el valor; y es verdaderamente incomprensible que un hombre del talento y de la incontestable superioridad de Voltaire, se hubiera dejado arrastrar por el sarcasmo hasta haber pretendido ridiculizar y manchar con sucias bufonerías una de las más puras glorias de la Francia y de la humanidad; lo que prueba que el genio mismo es incapaz de ennoblecer el alma cuando ésta lleva en sí gérmenes de pequeñez y de ruindad.

« Si se encontrase en el siglo en què vivimos, dice sir Edward, alguien que fuese capaz de participar de las bufonerías de Voltaire contra la Doncella de Orleans, y contra las voces celestiales de que se creía inspirada, remitámoslo á la vida del más sabio y del mejor de los hombres que produjeron las naciones paganas; que lea en la vida de Sócrates lo de aquella voz celestial de que él se creía constantemente acompañado, la misma que lo guió en su camino desde el campo de batalla en Delium, y que desde su niñez acostumbraba visitarlo de tiempo en tiempo para darle sobrenaturales advertencias. Que el lector moderno reflexione en esto, y á menos que se crea autorizado para llamar á Sócrates loco ó impostor, se atreverá á burlarse de la inspiración de Juana de Arco. »

Como antes dejamos dicho, el último baluarte de las armas francesas era Orleans, y aun la guarnición de esta plaza, desesperando de ser socorrida, había ofrecido ya rendirse al duque de Borgoña, aliado del pre-

tendiente inglés; pero el regente Bedford había rehusado esta capitulación.

Extiéndese la ciudad de Orleans sobre la margen septentrional del Loira. Un puente de mampostería la comunica con los arrabales y campos de la margen austral. El puente en realidad se compone de dos tramos distintos : el primero, que es propiamente el de sólida mampostería, que extiende sus arcos desde la ciudad hasta una isla contigua ya á la otra orilla ; y el segundo, que no es sino un puente levadizo, de la isla á la ribera opuesta. Aquí se levanta una fortaleza que defiende la entrada del puente, en combinación con dos torres construidas sobre el punto en que el puente descansa en la isla. Estas fortificaciones, capaces de contener una numerosa guarnición, estaban ya en poder de los Ingleses.

Cuando el ejército auxiliar en que iba la Doncella, llegó á Orleans, el problema militar de la defensa consistía en adueñarse sin pérdida de tiempo de estas fortificaciones, aunque hubiera que tomarlas por asalto, antes de que llegara el nuevo ejército inglés que venía en auxilio de los sitiadores. Dispuesto el asalto en la mañana del 7 de mayo de 1429, los Franceses pasaron el río para principiar el ataque por la fortaleza que defiende la entrada del puente en la margen austral. La Doncella empuña su bandera, marcha á la cabeza de las tropas, pasa la primera el foso, arrima la primera escala, y aunque gravemente herida por un dardo que le atraviesa la parte posterior del cuello, vuelve de nuevo á la carga, toma la fortaleza, en seguida asalta y rinde las torres, y hace en el mismo día su entrada victoriosa á Orleans. Tres meses después asistía á la coronación del Delfín, consagrado con el nombre de Carlos VII en la catedral de Reims.

La Doncella quiso entonces retirarse para volver al silencio de la heredad paterna, pero tuvo la debilidad de rendirse á las súplicas del Rey, de sus compañeros

de armas y del pueblo, que le exigieron continuara acompañando sus ejércitos, á los cuales ayudó con el heroísmo de siempre en la toma de Laon, Soissons, Compiégne, Beauvais y otras plazas fuertes. En un ataque prematuro sobre París, instigado por ella, en septiembre de 1429, los Franceses fueron rechazados con grandísimas pérdidas, y la Doncella quedó gravemente herida. El ejército se diseminó después de este desastre, que la entristeció sobremanera y disminuyó mucho su prestigio; y entonces fué á reunirse en Normandía al duque de Alençon. En el sitio de Saint-Pierre-le-Moutier hizo prodigios de valor. En la primavera de 1430 se encontraba defendiendo á Compiégne, sitiado por los aliados del Pretendiente, y allí cayó prisionera en una salida contra los sitiadores. Queriendo ser la última que se retiraba, para animar y proteger á sus soldados, cuando fué á hacer saltar su caballo sobre el puente levadizo, éste se alzó y la dejó en poder del enemigo.

La Inquisición, la Universidad de París, infamemente aliada á los Ingleses, los Ingleses y los Franceses aliados de los Ingleses, se disputaron la víctima; pero como sucede siempre, fueron los traidores, colocados eternamente en la necesidad de ir hasta el crimen, hasta la infamia, para que no se dude de ellos, los que más sedientos se mostraron de su sangre, y los que apuraron los oficios y las artes de la vileza para obtener su suplicio. Lionel de Ligny, á quien la Doncella se rindió prisionera de guerra, la entregó al señor de Luxemburgo, y el señor de Luxemburgo al vicario general de la Inquisición, al feroz Cauchón, obispo de Beauvais « que fué el Caifás de este Calvario ». « Crimen colectivo, dice Lamartine, en que cada uno se descarga de su responsabilidad, pero en que París tiene la acusación, Luxemburgo la infamia, la Inquisición la sentencia, los Ingleses (que eran el brazo secular), el suplicio, y la Francia la vergüenza y la ingratitud ».

El proceso de Juana de Arco es un padrón de infamia para sus jueces. No hubo vileza á que no se apelara para inventarle crímenes, y para pretender manchar la virtud, la castidad y la inocencia de esta virgen del patriotismo francés, inclusive la de servirse de un miserable, llamado Loiseleur, clérigo, que fingiéndose su compatriota de provincia y su correligionario político, le arrancase, bajo el secreto mismo de la confesión, revelaciones que debían convertirse en crímenes de herejía.

Más de cien doctores, eclesiásticos y seculares, se reunieron en Ruan para formar este tribunal de infamia y de sangre. « Hubiérase dicho, agrega Lamartine, que los perversos jueces de esta causa habían querido aumentar su número, para disminuír la responsabilidad y el horror de cada uno de ellos, á los ojos de la Francia y de la posteridad ».

La Inquisición, como Pilatos, se lavaba las manos. Pronunciaba su sentencia de herejía en contumacia y decía á la víctima, como dijo á Juana de Arco al pie de la hoguera : — « Ve en paz Juana; la Iglesia no puede ya defenderte y te abandona al brazo secular ».

El infame, el atroz suplicio se consumó el 30 de mayo de 1431.

Dios parece permitir estos crímenes para confundir el orgullo humano; para que ningún pueblo, por grande que sea, ningún genio, ninguna filosofía, ninguna religión, ninguna iglesia puedan atribuírse á sí solos la misión de haber salvado y regenerado el mundo. La antigüedad pagana le habría levantado templos y altares; la Cristiandad la quemó.

Pero cuando aquel inicuo tribunal, instrumento de la dominación extranjera, creyó haber consumido en aquella hoguera el espíritu y el brazo que disputaba la Francia á la servidumbre, la Francia despertada al sentimiento del honor por la inspiración, la fe, el entusiasmo y el valor de su heroína, estaba ya salvada.

El golpe dado con su aparición al partido inglés era irreparable. Los ejércitos del Pretendiente, por numerosos que fueran, no podrían ya conquistar un pueblo devuelto por ella á la conciencia de su vida y de su libertad. La guerra durará largos años aún, pero una serie no interrumpida de victorias completará la liberación del territorio, hasta dejar á los ingleses reducidos á la ciudad y puerto de Calais, en 1451.

Pero sin ella, en el estado á que las facciones tenían reducida á la Francia en 1419, ésta habría sido conquistada por la Inglaterra; y sin la Francia faltaríanle al mundo la pasión de las ideas y el calor de la simpatía por toda noble causa, que tiende á hacer una sola familia de todos los pueblos de la tierra.

Sin la Francia no existiría sino un mundo sajón, vestido de negro, con la Biblia debajo del brazo, lleno de seguridad y de progreso, sobre el cual se alzaría el humo de las fábricas y la horca del verdugo.

¡Qué horror vivir en ese mundo!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

BATALLA DE LEPANTO

(7 de octubre de 1571)

Al apreciar la importancia de la batalla de Hastings, y en la que á ella sigue — en la del Boyne — hemos hecho plena justicia á la influencia de Inglaterra en los destinos del mundo; pero sería mucho conceder á la infatuación británica dejar pasar en silencio, y sancionar acatándola, la injusticia de sir Edward. ¡Cómo! ¿de las quince páginas que él asigna á la historia guerrera de la humanidad, cuatro pertenecen al mundo antiguo, seis son sajonas, cuatro francesas, una rusa, y el mundo español no cuenta una sola en ellas? Más todavía; ¿la única en que figura es en la de una derrota? ¡Cómo! aquel pueblo, tipo del valor caballeresco, aquellos tercios españoles, sin rival en los campos de batalla, mezclados á todas las contiendas de Europa, desde Pavía hasta Bailén, aquel pueblo que recobró palmo á palmo el suelo de la patria en 700 años de rudo batallar contra los moros; la España que adivinó á Colón, descubrió la América, la que en menos de un siglo conquistó y pobló estas inmensas regiones, asimilándose sus razas, implantando en ellas su religión y su lengua, y cubriendo el continente de ciudades y de aldeas, desde México hasta el Cabo de Hornos, la misma que en los tiempos modernos enseñó á las naciones abatidas de Europa cómo es que un pueblo se hace inconquistable defendiendo su libertad y su independencia, cuando se tiene el valor de morir por ellas; cómo, repetimos, este pueblo y esta nación no

tienen más página en la historia guerrera de la humanidad, que la de la destrucción de la « Invencible Armada », destrucción en que tuvieron más parte los elementos embravecidos de la naturaleza, que el poder y la pericia de sus enemigos?

Muchas páginas podríamos escoger en la gloriosa historia de España para este desagravio; pero hay dos tan conspicuas, tan grandes, tan verdaderamente heroicas y gloriosas — las de Lepanto y Bailén — que es preciso no querer, para no verlas.

La lucha defensiva de la Europa cristiana contra los musulmanes principiada en Tours con la victoria de Carlos Martel, el año 732 de nuestra era, no terminó en la conquista de Granada en 1490; no terminó en Lepanto en 1571; no terminó en la memorable batalla de Viena, que conmemora el inmenso servicio prestado á la Europa por la desgraciada Polonia, con Sobieski, en 1683; no terminó en la victoria ganada por Eugenio de Saboya en Zenta en 1697; terminó después de la batalla de Peterwardein, en 1716, con la paz de Passarowits en 1718, que estableció el *uti possidetis* entre la Turquía y el Austria, con la intervención de la Inglaterra y de la Holanda. Entonces, dominado, abatido ya el poder de la Media-Luna, principió la guerra ofensiva contra los turcos, que aun forma uno de los más complejos problemas de la política europea; pero esa lucha no se debate ya entre dos civilizaciones, como en el período de diez siglos comprendido entre la batalla de Tours y la paz de Passarowits; ésta es una lucha de intereses políticos, de engrandecimiento territorial, de extensión de fronteras y de preponderancia marítima y guerrera, entre las potencias de Europa, para la repartición de la herencia otomana.

Granada, como término de la lucha entre Españoles y Moriscos, Lepanto, Viena y Zenta, se presentan naturalmente á disputar la página de la victoria decisiva

entre el estandarte del Profeta y el de la Cruz; pero la elección no es dudosa : hay que escoger entre ellas la más heroica, la más brillante, la más sangrienta; y ninguna puede disputar la palma á Lepanto, porque aunque todas pudieran igualarse por el número de los combatientes y por la carnicería de la matanza, ninguna de ellas tiene para coronarla la figura del héroe que tiene Lepanto; ninguna de ellas contó en sus filas un soldado, que viniera á llamarse después en el mundo, Miguel de Cervantes Saavedra, « el Manco de Lepanto » — « afortunadamente, dice Prescott, de la mano izquierda; la derecha estaba destinada á tejer con las artes pacíficas del ingenio, laureles más envidiables para la humanidad ».

El poder marítimo y militar de Turquía en 1570 era formidable. Los piratas berberiscos por ella protegidos, y las escuadras turcas eran el terror del Mediterráneo. Los dominios del Sultán se extendían entonces desde Hungría y Candía en Europa, hasta Bagdad en Asia. En África era dueño de Egipto, Argel, Túnez y Trípoli. En el Archipiélago poseía La Morea, Lepanto y Nicomedia. Transilvania, Moldavia, Valaquía y Ragussa eran sus tributarios. La única bandera que osaba disputar su preponderancia era la de Venecia, y la Puerta resolvió buscar cualquier pretexto para destruír á su rival. Codiciaba la posesión de la opulenta Chipre; reclamóla como perteneciente á los dominios del Imperio, y sobre la denegación de entregarla declaró la guerra á la República.

Era imposible que Venecia sola pudiera hacer frente al formidable poder que la amenazaba. Pío V, que ocupaba el trono pontificio, tomó bajo su amparo la causa de Venecia, y apeló, con el mismo ardor con que Pedro el Ermitaño predicó la primera Cruzada, á los príncipes católicos, en defensa de la iglesia y de la fe; pero sólo encontró eco este llamamiento en Felipe II. La Francia, como dice Cantú, compraba por aquel tiempo al precio

de su honor, la seguridad de sus costas en el Mediterráneo, con la alianza del Sultán.

Á fines de 1570 firmóse en Roma por los representantes del Papa, España y Venecia, el famoso tratado llamado de « La Santa Liga », contra los Turcos, que fué solemnemente proclamado y jurado en el consistorio del 24 de mayo de 1571. Por aquel pacto comprometiéronse las potencias aliadas á reunir 200 galeras, 100 transportes ó buques menores, 50,000 infantes y 4,500 caballos, con su correspondiente dotación de artillería y municiones. España debía contribuir con tres sextas partes del total; la República con dos, y el Papa con una. El mando en jefe de la expedición fué confiado á aquel hijo privilegiado de los amores novelescos de Carlos V con la hermosa Bárbara Blomberg; á aquel niño que al verle obligó á Felipe II y á la altiva y puntillosa corte de Castilla á reconocerlo, no tanto por las credenciales de su padre, cuanto porque vieron marcada en él la estirpe de su raza y de su genio; á don Juan de Austria, que aunque apenas contaba veinte y cuatro años, llenaba ya el mundo con la fama de su gloria y sus hazañas. El mando de la división española se dió al famoso almirante Juan Andrés Doria, terror del Turco en el Mediterráneo; el de las galeras venecianas á Sebastián Veniero, encanecido en servicio de la República; y las del Papa á Marco Antonio Colonna, representante de una de las más antiguas é ilustres familias romanas. La reserva se puso á las órdenes de don Álvaro Bazán, marqués de Santa Cruz, distinguido ya por más de una hazaña en las aguas del Mediterráneo, y destinado á levantarse rápidamente en la carrera de la gloria á una altura que debía pronto eclipsar la de todos los almirantes de Castilla. Acompañábalo como su pupilo, y para que recibiera sus primeras lecciones y el bautismo de fuego en el campo del honor, el joven Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, destinado á ser el primer capitán del siglo. Los soldados estaban

mandados por la flor de la nobleza española, de Roma, Venecia y Nápoles.

¿Qué espera, pues, Lepanto para ser, como es, la primera batalla naval de los tiempos modernos? — La sangre, y la victoria del pabellón cristiano.

El Sultán, por su parte, bien apercibido de la inminencia del conflicto, reunió con sus propios recursos y con los contingentes de todos los países musulmanes, feudatarios ó aliados de la Puerta en el Mediterráneo, una poderosa escuadra, cuyo mando en jefe confió al renombrado pachá Pioli, que unía á su valor muchos nobles sentimientos de humanidad y generosidad. Era su segundo, el terrible corsario, renegado calabrés Uluch Alí.

Don Juan, después de un viaje triunfal por Barcelona, Génova y Nápoles, donde recibió el estandarte que le enviaba el Papa para la Guerra Santa, y después de desembarazarse de los obsequios y atenciones de las damas italianas, prendadas de su juventud y gentileza, llegó el 25 de agosto á Messina, que era el puerto designado para la reunión de la flota y partida de la expedición. El número total de buques, grandes y pequeños, que componían la armada, llegaba á 300, montados por 51,000 marineros y 29,000 soldados. Debe recordarse que el puesto del vapor, para la celeridad y la precisión de los movimientos de las pesadas galeras, lo suplían en aquel tiempo los brazos de innumerables remeros.

Un nuncio del Papa, Odescalco, obispo de Pena, vino á despedir la escuadra, á dar la bendición pontificia á sus naves y á sus hombres, y á comunicar á su jefe ciertas revelaciones y profecías de san Isidoro, que Su Santidad no dudaba se referían directamente á los futuros destinos de don Juan. Así preparada la expedición, se dió á la vela en busca de la armada turca, el 16 de septiembre.

El capitán Gil de Andrada, enviado á buscar noticias

del enemigo, regresó avisando que la flota turca, después de haber asolado las costas venecianas del Adriático, había tomado posiciones en el Golfo de Lepanto. Tan alarmantes eran los informes traídos sobre el poderío de la armada enemiga, que el mismo Doria, nombre de terror para los Musulmanes, fué de opinión que no debía atacárseles en tan ventajosa posición, y que la expedición debía limitarse por el momento á embestir á Navarino ó alguna otra plaza ó posesión turca en el Mediterráneo; pero don Juan desechó el consejo y se hizo á la vela para Corfú, donde arribó el 26. El 3 de octubre, después de haber concertado el plan de operaciones y comunicado por escrito á sus almirantes las más minuciosas instrucciones sobre el orden de la batalla, don Juan hizo rumbo en derechura al Golfo de Lepanto. La escuadra pasó el 4 por las aguas en que Octavio y Antonio disputaron en la más sangrienta batalla naval de la antigüedad el imperio del mundo — por aquel *Actium* en que Antonio perdió á Roma por seguir á su desleal amante, á aquella Sirte engañosa, á aquella Cleopatra que se transfería con el cetro de Roma al vencedor del mundo. El 5 costearon á Itaca, la antigua patria de Ulises, y el memorable 7 de octubre el vigía del *Real*, la galera capitana dió la voz de alerta « El enemigo », voz que repetida de galera en galera desde los altos mástiles de aquella selva flotante, estalló al fin en un inmensso clamor que ensordeció los aires, proferido por el grito de guerra de aquellos 80,000 combatientes, para la mayor parte de los cuales ese debía ser el último día de su vida.

Era un caluroso día de otoño, cuasi canicular en las latitudes meridionales. El cielo no tenía una nube; el sol no habría hecho á aquellos héroes el insulto de velar sus hazañas.

La línea de batalla de don Juan tenía tres millas de frente. El ala derecha, compuesta de 64 galeras, la mandaba el temido Doria; el centro, compuesto de 63,

lo guiaba don Juan, sostenido de un lado por Colonna y del otro por Veniero; el mando del ala derecha se confió al noble veneciano Barbarigo.

La flota otomana se componía de 250 galeras reales, montadas por 120,000 hombres. El centro, como en la flota cristiana, lo mandaba el general en jefe Alí Pachá; el ala derecha Mahomet-Sorocco, virrey de Egipto, y la izquierda el corsario Uluch Alí.

La orden principal de don Juan, aquélla á la cual fiaba la victoria, fué la de preferir en todo caso el combate singular de galera á galera, yéndose sin demora al abordaje; y para que sus capitanes y soldados no fueran á confiar más en la resistencia y el poder de sus naves que en la bravura de sus corazones, hizo aserrar ó cortar las largas proas de sus galeras, principiando por la del *Real*, para obligarlos al combate acoderado.

Al bárbaro clamor que había levantado la vista del enemigo, sucedió el silencio precursor de la muerte cuando las dos armadas formadas en su larga línea de batalla marcharon á su encuentro. Renunciamos á pintar las escenas de aquel combate sangriento, en que la ferocidad, el valor heroico, la sed de sangre, el desprecio de la vida, asumieron las proporciones de un canto homérico. Las densas nubes de humo en que pronto quedaron envueltas las dos escuadras, rasgadas por el fuego de la artillería, daban al combate la perfecta similitud de prolongada tormenta, hasta que la sangre de los combatientes cubrió el Océano con un manto de púrpura. Veinticinco mil musulmanes, y ocho mil cristianos muertos en la batalla, fueron el precio de esta victoria y de la libertad de 12,000 cautivos cristianos, que yacían encadenados á los remos de las galeras turcas. Los Musulmanes estuvieron en esta jornada, como siempre, á la ultura de su merecida reputación militar, sin que pueda decirse que su derrota fuera efecto de la inferioridad del valor, sino de la infe-

rioridad de su disciplina y de su pericia en el manejo de las armas de fuego.

Los confederados perdieron en el combate á Barbarigo, el segundo en jefe de la escuadra veneciana; los turcos á Alí Pachá y á Sorocco el virrey deEgipto. Los primeros no tuvieron fuera de combate sino 15 galeras; los segundos sólo salvaron 40, que llevó á Constantinopla Uluch Alí.

La victoria de Lepanto llenó á la Europa de agradecimiento y de admiración; y aunque ella no hizo perder una pulgada de territorio á la Puerta, su poder marítimo quedó moralmente abatido; pero si los cristianos hubieran sido derrotados, Venecia, Génova y Nápoles habrían sucumbido, y con ellas el comercio de Europa con el lejano Oriente. Del Mediterráneo y del Adriático habrían quedado dueños los piratas berberiscos y las escuadras turcas. Las potencias cristianas ribereñas de estos mares habrían tenido que mendigar la alianza otomana, y esta situación habría detenido ó desviado la obra de la civilización europea por más de un siglo.

Entre los prisioneros turcos quedaron los dos hijos del desgraciado Alí Pachá, el uno de diez y siete y el otro de trece años de edad. Don Juan se apoderó de ellos y los hizo tratar con toda la delicadeza y todas las consideraciones debidas á su rango. El mayor, desgraciadamente, murió de tristeza en Nápoles. Por el menor envió su hermana la princesa Fátima, con una carta muy sentida, dirigida á don Juan, acompañada de ricos presentes. Don Juan entregó el niño al enviado Mahomet Bey con esta respuesta :

« El presente que me embió dexé de rescibir, y lo huvo el mismo Mahomet Bey, no por no preciarle como cosa venida de su mano, sino porque la grandeza de mis antecesores no acostumbra rescibir dones de los nescessitados de favor sino darlos y hazerles gracias. »

BATALLA DEL BOYNE

(1.° de julio de 1690)

Sir Edward coloca entre las batallas decisivas del mundo, por haber servido de baluarte contra el despotismo y de egida á la gran reforma religiosa del siglo XVI, la destrucción de la Invencible Armada, que Felipe II aprestó para conquistar la Inglaterra en 1588, y la victoria de Blenheim contra la Liga Católica y el formidable poder de Luis XIV en 1704. Admitimos de todo corazón la última; pero no podemos admitir la primera, no porque desconozcamos cuánta miseria habría traído al mundo el triunfo de la España de Felipe II sobre el naciente poder de la libre Inglaterra. Carlos V destruyendo las libertades municipales de España; Felipe II resumiendo la obra de su padre en el ominoso despotismo de aquella alma sombría; quebrantando el altivo espíritu de la nación con las delaciones y los terrores de la Inquisición; despoblando sus Estados de sus más industriosos súbditos, con las matanzas de las Alpujarras, la expulsión de los moriscos y el hacha del duque de Alba, y derrochando en cuarenta y tres años de reinado los tesoros de ambos mundos, y las vidas de veinte millones de hombres, en insensatos proyectos de dominación universal, había minado el organismo y agotado la savia del tronco de aquel dilatado imperio, cuyos marchitos vástagos caerían abatidos al primer viento de adversa fortuna. No es porque desconozcamos esto, decimos, tino porque estamos narrando batallas ganadas por es

heroísmo de los hombres en servicio de la civilización, y no catástrofes del despotismo, aunque éstas hayan sido en definitiva igualmente útiles á la libertad; y la destrucción de la Invencible Armada no fué obra de una victoria, sino de una tempestad y de un naufragio; y no debemos cantar al furor de los vientos y las olas lo que debe cantarse á los héroes.

Ni es tampoco porque desconozcamos á qué altura se levantó el patriotismo inglés para hacer frente á este peligro. La Inglaterra de Isabel, con una población que no excedía de 5 millones — Londres apenas contaba 160,000 almas — y una escuadra de 36 buques, reunió en pocos meses para su defensa una flota de 191, tripulados por 17,472 marineros, y un ejército de 80,000 hombres de todas armas, suministrados y equipados en su mayor parte por el espontáneo y gratuito concurso de todos sus hijos. La sola ciudad de Londres, fuera de ingentes sumas de dinero, dió á la Reina 30 buques y 10,000 soldados. Todo induce pues, á creer, que esta Inglaterra tan poseída ya del sentimiento de su dignidad y de su independencia, no se habría dejado conquistar por los 100 á 200,000 soldados extranjeros que hubieran llevado á sus costas el príncipe de Parma y el duque de Medina-Sidonia; pero como fueron los elementos los que se anticiparon á conjurar el peligro, no podemos contar la destrucción de la Invencible Armada — no porque no hubiera podido suceder, repetimos, sino porque no sucedió así — entre las victorias del valor inglés.

Aunque el hecho que afirmamos es de notoriedad universal, debemos comprobarlo aquí, no con el testimonio de historiadores españoles, sino con el de los mismos historiadores ingleses. Sir Edward, empeñado en componer y narrar una batalla donde no la hay, evita naturalmente, más de lo que se empeñaron en evitarlo las galeras españolas, el encuentro con las tempestades y vientos contrarios que las dispersaron y

rompieron; pero como era imposible omitirlo, se ve al fin obligado á confesarlo así:

« El desertor sir William Stanley había aconsejado á Felipe que la expedición no se dirigiera directamente sobre Inglaterra, sino que efectuara un desembarco y asegurara antes una fuerte posición en Irlanda. Su almirante Santacruz recomendaba el plan de apoderarse en primer lugar de una buena bahía en las costas de Holanda ó de Zelandia, donde la armada, después de entrar en el Canal pudiera abrigarse en caso de tempestad, y desde la cual pudiera sin dificultad hacerse á la vela para Inglaterra; pero Felipe rechazó ambos consejos y decidió que el ataque se dirigiese directamente sobre las costas inglesas. En consecuencia, el 20 de mayo de 1588 la armada dejó el Tajo, con toda la pompa y el orgullo de su supuesta invencibilidad, y en medio de las aclamaciones de una multitud entusiasta, que daba ya por hecha la conquista de Inglaterra; pero navegando hacia el norte, y antes de perder de vista las costas de España, fué acometida por una violenta tempestad, que la arrojó con grandes pérdidas (*considerable damage*) á los puertos de Vizcaya y Galicia. Ya había sufrido antes de dejar el Tajo la mayor de sus pérdidas en la muerte de su irreemplazable almirante Santacruz, destinado á guiar la expedición. »

Sabemos por Cantú (Tom. V. pág. 294) que estas considerables pérdidas (*considerable damage*), costaron á la Armada 30 buques y 10,000 hombres; y que cuando el mismo duque de Medina-Sidonia se presentó á dar cuenta al Rey de este desastre, Felipe II pudo con mucha propiedad contestar: « Duque, yo había mandado mis galeras á luchar contra los hombres, no contra los elementos ».

Reparados como mejor se pudo los restos de la Invencible, ésta volvió á hacerse á la vela para las costas inglesas el 12 de julio de 1588, con el propósito de reunirse á la flotilla que el príncipe de Parma pre-

paraba en los puertos de la costa flamenca, y que debía traer á Calais, para el transporte de las fuerzas de desembarco; pero implacables vientos contrarios la persiguieron sin descanso. Lo que sir Edward ha pretendido elevar á la categoría de una batalla, lo refiere él mismo en estos términos:

« La armada estaba anclada en Calais, con sus buques mayores como fortalezas flotantes, formando su línea exterior de circunvalación; los pequeños dentro para protegerlos. El almirante inglés no podía atacarlos en esta posición sin grandes desventajas; y en la noche del 29 de julio les arrojó ocho buques incendiados, los cuales les causaron tanto daño como los buques de igual clase que los griegos emplearon contra las escuadras turcas en su última guerra de independencia. Los Españoles cortaron sus amarras y se echaron mar afuera en gran confusión. Una de sus más grandes galeras chocó con otro buque y se fué á pique. El resto de la flota se desperdigó por la costa flamenca, y cuando el día amaneció, á duras penas pudieron obedecer las órdenes de su Almirante para volver á reunirse en Gravelines. ¡Y aquí de la ocasión para atacarlos! (*now was the golden opportunity for the English to assail them*), de la cual se usó gallardamente. Drake y Fenner fueron los primeros capitanes que cayeron sobre los montruosos Leviathanes; después llegaron Fenton, Southwell, Burton, Cross, Raynor, el lord almirante Effingham, lord Howard y lord Sheffield. Los buques españoles sólo pensaron en mantenerse bien unidos, y fueron arrojados por los Ingleses (*by the English*), más allá de Dunquerque, lejos de la flotilla del príncipe de Parma, quien presenciando desde la costa esta derrota, ha debido sentirse, como dice Drake, más rabioso que la fiera á quien roban sus cachorros. Esta fué con efecto (*indeed*) la última y decisiva batalla (*battle*) entre las dos armadas.

El concienzudo historiador inglés, autor de la mejor cronología inglesa, sir John Wade, hablando de lo que sir Edward llama una batalla en persecución de la Armada española, que tuvo que doblar la Escocia para regresar á España, dice así :

« La pérdida de los ingleses fué tan insignificante (*inconsiderable*) que ninguno de nuestros historiadores menciona la pérdida de un solo buque. » Wade. Tomo 1.° pág. 151.

¿Cómo elevar, pues, á la categoría de una batalla naval, cómo pretender parangonar con Actium, Navarino, Lepanto ó Trafalgar, unas escaramuzas en que el vencedor no tiene un héroe, escasamente derrama una gota de sangre, y no pierde un solo buque?

Pero no hay necesidad de falsificar la historia para escribir la página que corresponde al patrimonio y al valor inglés en la historia guerrera y en las victorias decisivas del mundo. Su inmortal Revolución, principiada en 1640, y tan gloriosa como sólidamente terminada con el destronamiento de Jacobo II y la elección del príncipe de Orange, como rey constitucional de Inglaterra, en 1688, que precede de siglo y medio á la gran Revolución Francesa, es y debe considerarse, después de la reforma religiosa del siglo XVI, como el movimiento generador de las libertades políticas del mundo moderno ; y como esa revolución no se consumó sin el heroísmo y el sacrificio de millares de hombres, que le ofrendaron su vida en los campos del honor, de sus fastos militares no puede prescindirse al escribir la historia de las batallas decisivas del mundo.

Dos de ellas se presentan á disputar la palma. Naseby, la victoria con que Cromwell y Fairfax cerraron la larga lucha entre el Parlamento, que representaba los derechos del pueblo inglés, y los partidarios de la monarquía absoluta y de derecho divino, con Carlos I en 1645 ; y el Boyne, la victoria con que 45 años después se cierra el período de la revolución, para fundar

el de la libertad, con el definitivo establecimiento del gobierno constitucional que hoy rige los destinos de la Gran Bretaña.

La justicia, con prescindencia de las simpatías por los caudillos populares que condujeron el primer período de la Revolución Inglesa, nos obliga á dar la palma del triunfo á la segunda; porque la primera, obtenida en nombre del Parlamento, terminó en la arbitraria disolución de aquel poder, y en el establecimiento del gobierno autoritario y personal, aunque firme y benéfico del vencedor, y porque se manchó además con la venganza de la injusta ejecución del Rey. Carlos I era simple prisionero de guerra en manos de los vencedores. Su único derecho era el de destronarlo, puesto que le habían vencido. El Rey había defendido las que él creía sus prerrogativas, en prolongada guerra civil contra el Parlamento, habiéndose portado en ella con gran valor, y sin que hubiera ningún estatuto anterior que declarara que el Parlamento era el poder supremo del Estado. Para imponerle la pena capital tuvieron los vencedores que expedir una *ex-post-facto* ley, erigiendo en traición la resistencia al Parlamento. La injusta decapitación del Rey, como muchos republicanos lo anunciaron, debía traer más ó menos tarde la reacción en favor del poder absoluto; por manera que, lógicamente, pueden imputarse á Cromwell todos los males de la restauración.

La segunda victoria — la del Boyne — que no sirvió para falsear la causa popular, ni se manchó con ningún crimen de Estado, fué la que condujo, como antes hemos dicho, al firme establecimiento del gobierno constitucional que rige los destinos de la Gran Bretaña, y es con justicia la que debe considerarse como la batalla decisiva de la Revolución de Inglaterra; y es de extrañar que sir Edward, que le da una página á la Revolución Francesa en Valmy, y otra á la Revolución Americana en Saratoga, no considerara á la de su patria

digna de figurar en el escalafón de las victorias del mundo.

La historia es muy conocida.

Al protectorado de Cromwell siguió la restauración fanática de los Stuardos, con Carlos II, « cuya escéptica prudencia no le pidió á la reacción monárquica, como dice Guizot, sino que le dejara satisfacer sus apetitos y su egoísmo ».

Pero á Carlos II sucedió su hermano Jacobo II, que agotó la paciencia de la nación en el torpe y ciego empeño de restablecer el poder absoluto, por encima de la autoridad del Parlamento, que era ya el poder supremo de la nación. Toda su conducta es la de una continuada traición. Secreto católico y devoto papista, consiente sin embargo en ser coronado rey protestante de la protestante Inglaterra, para iniciar desde el primer día, con el pretexto hipócrita de restablecer la libertad de conciencia, sorda y pérfida guerra contra la religión dominante y la iglesia reformada del Estado. En este propósito, arrogándose una de las extinguidas prerrogativas del poder absoluto, llamado *the dispensingpower* — « el poder de perdonar, amnistiar ó indultar », relaja y suspende de hecho el cumplimiento de las leyes represivas contra los católicos y los disidentes, expulsando de allí á los protestantes. Impone y recauda contribuciones sin autorización del Parlamento. Desorganiza las universidades protestantes para introducir en ellas á los jesuítas ; y nombra comisiones y tribunales especiales para el juzgamiento de las causas eclesiásticas y políticas, los cuales por medio de jueces corrompidos y venales, que aun recuerdan con horror el nombre de Jeffrey, imponen los más atroces y bárbaros castigos, y llevan á todas partes la inseguridad, la confiscación, la deshonra y la muerte. La historia no recuerda, en los tiempos modernos, ejemplo de más pérfida traición á las libertades públicas.

Pero existía afortunadamente en aquel tiempo un hombre que debía destacarse á las miradas ávidas de la nación para que fuera el salvador del país. Este hombre era Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, hijo de Enriqueta María Stuardo, hija de Carlos I, á la vez sobrino y yerno del rey Jacobo. Elegido stathouder de Holanda en 1662, había puesto ya de relieve todas sus grandes cualidades de general, de soldado, de negociador y caudillo de grandes y poderosas alianzas, de administrador y de hombre de Estado, en la larga guerra sostenida contra Luis XIV en defensa de la independencia de las Provincias Unidas, que el monarca francés se había visto al fin obligado á reconocer en la paz de Nimèga. Impenetrable, « taciturno », frío; pero no cruel ni inhumano; dotado de extraordinaria capacidad para concebir y desarrollar grandes proyectos; de inquebrantable energía y de indomable valor personal, el príncipe de Orange fué realmente uno de los más grandes hombres de su siglo, y á él apeló la Inglaterra para que viniera á unir al título de protector y defensor de la independencia de Holanda, el de restaurador de la libertad inglesa.

El Príncipe aceptó el llamamiento, y autorizado por las Estados generales de Holanda, y liberalmente auxiliado por ellos, desembarcó en Torbays el 5 de noviembre de 1688. La armada, el ejército, la nobleza, la nación entera se agrupó bajo sus banderas. Hasta sus propios hijos abandonaron el palacio del tirano, que éste encontró desierto al regresar de Salisbury á Witehall el 26 de noviembre. El príncipe de Orange hizo su entrada en el palacio de Saint James el 18 de diciembre sin haber disparado un tiro, y el 13 de febrero de 1689 fué elegido rey constitucional de Inglaterra por ambas Casas del Parlamento, sobre el acta de « Declaración de Derechos » que contiene la libertad del pueblo inglés, y que es todavía el *desiderátum* de la mayor parte de los que se llaman pueblos libres del

mundo, pricipalmente en las desgraciadas repúblicas de la América española. En resumen, la « Declaración de Derechos » estatuye :

« Que el pretendido poder de suspender las leyes, ó la ejecución de las leyes, por autoridad real, sin el consentimiento del Parlamento, es ilegal.

» Que el establecimiento y recaudación de impuestos, por prerrogativa real, sin consentimiento del Parlamento, ó más allá del tiempo ó en una forma distinta de la autorizada por el Parlamento, es ilegal.

» Que es un derecho de todo súbdito dirigir peticiones al Rey, y que todo procedimiento ó persecución por el ejercicio de este derecho, es ilegal.

» Que el reclutamiento y mantenimiento de un ejército permanente, dentro del Reino, en tiempo de paz, sin autorización del Parlamento, es ilegal.

» Que los súbditos protestantes pueden tener las armas que les permita la ley para su propia defensa.

» Que las elecciones de miembros del Parlamento deben ser libres.

» Que la libertad de palabra y discusión en los debates, y los procedimientos del Parlamento no puedan ser cuestionados ni traídos á juicio (*impeached*) ante ninguna corte de justicia.

» Que no podrán exigirse fianzas ni multas excesivas, ni imponerse castigos desusados y crueles.

» Que los jurados deben ser debidamente sorteados y citados, y que los jurados que se nombren para juzgar causas capitales deben ser propietarios (*free holders*).

» Que todo secuestro, decomiso ó embargo de bienes, ó imposición de multas, sin previa condenación en juicio (*before conviction*), es ilegal.

» Y, finalmente, que el Parlamento se reunirá con frecuencia para la reforma de las leyes y satisfacción de agravios (*redress of grievances*). »

La Revolución Inglesa, que se resume en esta famosa

Declaración de derechos, es una etapa miliaria en el largo camino de la libertad; ella abre el segundo período de la transmigración de la idea liberal en el mundo.

Para derrocar el feudalismo, la idea liberal suscitó contra los barones el principio de la soberanía nacional, con la monarquía absoluta. En vez de la céntuple, de la implacable, de la infamante tiranía de los señores feudales, el derecho prefirió asilarse bajo el despotismo de la nación, que debía ser más ilustrado cuanto más grande era. El establecimiento de la monarquía absoluta, sobre las ruinas del feudalismo, fué, pues, aunque á primera vista se considere paradógico, un gran triunfo obtenido en el camino de la libertad.

Dos siglos transcurrieron bajo el imperio de la monarquía absoluta, para fundar el régimen del derecho contra el de la violencia. Pero una vez cumplida esta misión, el liberalismo llamó en su auxilio el principio de la libertad individual, y se armó de él como de un ariete poderoso para despedazar la confiscación que se había hecho de casi todas las facultades del individuo en el despotismo de la nación. Esta segunda época se cierra en la historia, primero con la Revolución de Inglaterra, y definitivamente con la gran Revolución Francesa. Con el individualismo la humanidad ha hecho sus más preciosas conquistas : *habeas corpus*, abolición de la esclavitud, libertad de conciencia y de cultos, libre expresión del pensamiento, libertad de industria, libre cambio, todo es obra suya.

Pero así como la sociedad no pudo salir del feudalismo á un régimen legal cualquiera, sino exagerando el poder ó la soberanía de la nación, tampoco logró salir del despotismo absorbente del Estado, al principio de la libertad individual, sino exagerando este principio.

Faltaba, pues, corregir, rectificar, depurar, modelar la obra de la libertad, abarcando en el código de los

derechos humanos, la doble naturaleza individual y social del hombre; y este tercer período de la evolución liberal se inicia y se abre con la Revolución Francesa, que vino, por decirlo así, á humanizar el derecho individual, haciendo funcionar á su lado la idea, la noción de una igualdad social para corregir sus abusos.

La escuela inglesa, rígidamente individualista, quería que el derecho individual no terminase sino donde principiara la violencia ó el fraude. No podemos negar que ésta sería una regla más segura, pero dentro de ella cabría la sanción de todos los abusos de ese derecho, que abandonado á su propia incontinencia degeneraría en absurdo, en tiránico, en cruel. El problema se encuentra netamente planteado en *El Comerciante de Venecia* de Shakespeare. ¿ Debe obligarse á Antonio á dejarse cortar la libra de carne comprada por Shylock?

Cuando se pretende resolver por el criterio de un solo interés los problemas políticos de las sociedades humanas, sin tomar en cuenta los demás elementos del orden social, no hay abuso, no hay iniquidad que no pueda justificarse. Con el simple criterio de lo *tuyo* y de lo *mío*, aplicado al derecho de propiedad, la ley romana que concedía al acreedor el derecho de esclavizar al deudor, era perfectamente justa, porque la economía política, auxiliada de la fisiología y de la química, demuestra que en virtud de las leyes de la descomposición, transformación é indestructibilidad de la materia, el que nos debe algo, ha incorporado en su organismo, en su fuerza vital, en la masa de su sangre *algo* que nos pertenece, y que por lo mismo estamos en nuestro perfecto derecho para extraerle lo que nos debe, apropiándonos el uso de sus fuerzas musculares, sin tener en cuenta los derechos más sagrados de la dignidad humana.

Hallar el engranaje, fundar el equilibrio, establecer la armonía de los dos principios — el de la libertad individual y el del derecho social — determinar en cada

orden de hechos, dónde es que principia la extensión del uno á dañar el derecho del otro, constituye la Esfinge de los derechos político-sociales del siglo en que vivimos. De esta lucha ha nacido el socialismo, con sus más aberrantes y sus más absurdas teorías : — falansterios, talleres nacionales, derecho al trabajo, nadie tiene derecho á lo superfluo mientras haya quien carezca de lo necesario, impuesto único, directo y progresivo, abolición de las herencias, fijación de salarios y horas de trabajo, etc., etc., productos han sido de la mórbida y enfermiza exageración del derecho social; pero á ella, á esa lucha también debemos conquistas inmortales, que han entrado ya como correctivos del abuso de la libertad individual, en el derecho común de la humanidad : — desconocimiento de servicios personales obligatorios, ó en otros términos, extinción de toda servidumbre civil, abolición de la prisión por deudas, partición de herencias, desamortización civil y eclesiástica, abolición de mayorazgos, sustituciones y vinculaciones, educación primaria gratuita, asistencia pública justificada... progresos son en el camino hacia un ideal de justicia y de libertad, que debemos al funcionamiento de un principio abstracto de igualdad social, proclamado un siglo después de la Revolución de Inglaterra, por la gran Revolución Francesa. Da horror leer en la página 45 del libro de Spencer *El individuo contra el Estado*, estos conceptos verdaderamente impíos :

« El mandamiento « comerás el pan con el sudor de tu frente », es sencillamente el enunciado cristiano de una ley universal de la naturaleza, ley á que debe la humanidad su estado actual de progreso *y por la que toda criatura incapaz de bastarse á sí misma debe perecer;* la única diferencia consiste en que en el un caso la ley se impone artificialmente, mientras en el otro es una necesidad natural. »

El armonizamiento de los dos principios producirá

aún terribles choques en el mundo; pero debemos esperar que la civilización saldrá triunfante de esta prueba, como ha salido de las anteriores.

En todo caso la regla segura deberá ser ésta:

No excluír de la acción de la libertad individual sino aquello que notoria, clara, evidentemente, vaya á degenerar en tiranía y en crueldad; en caso de duda, preferir la libertad á la igualdad; es decir, el derecho individual al derecho social.

Imposible me sería expresar mis ideas sobre la libertad de una manera menos anfibológica, ni con más precisión, con más sinceridad, ni con más entusiasmo, que copiando literalmente la exposición de principios que con tal motivo hacía yo en la Memoria dirigida, como secretario de Estado, al Congreso colombiano de 1884. Dice así:

« Desde 1871, ó 1872, principiamos á separarnos, gradual é insensiblemente, de los sanos y rígidos principios de la Escuela liberal doctrinaria, y sin saber cómo ni cuándo, nos encontramos hoy sumidos en todas las dificultades de un Gobierno completamente *socialista*, paternal y protector, y por lo mismo *expoliador* de la libertad individual y de la fortuna de los ciudadanos.

» ¡Qué inmensa extensión la que hemos dado á las funciones del Gobierno! ¡Qué enjambre de zánganos el que so pretexto de innumerables empresas de utilidad pública se mantiene con los expolios de las clases trabajadoras! ¡Qué enorme suma de contribuciones la que con este pretexto pesa sobre los pueblos! ¡La contribución directa, equivaliendo ya al pago de un arrendamiento de la propiedad raíz. El impuesto sobre las transacciones, mucho más fuerte que la alcabala española. La sal, que el gobierno español vendía á cuatro reales arroba, se ha sostenido por muchos años á diez, doce y diez y seis reales. Por todas partes los peajes internos de los Estados, equivaliendo á una segunda

contribución de aduanas. Y ésta, con todos sus recargos, igual ya, por término medio, sobre la totalidad de las mercaderías, á un 50 por 100 de derechos *ad valorem!*

» El impuesto no es admisible sino como la justa retribución de un servicio público, cierto, positivo, efectivo, oportuno y fielmente prestado al contribuyente; y debe ser, moderado en su cuota, extenso ó general, y proporcionalmente repartido; en otros términos, debe ser esencialmente necesario y justo. Sólo en el régimen de los gobiernos arbitrarios, de una administración desordenada, dilapidadora, sin doctrina y sin principios, los impuestos son *los pechos* que desangran á los pueblos, para alimentar esos enjambres de zánganos que viven de la fortuna pública.

» El liberalismo no es caridad, que ésta pertenece á las virtudes privadas; es fuerza, seguridad, estímulo, impulso, derecho.

» El liberalismo no es obra de misericordia; no da limosna, sino vida. El liberalismo no es el nivel salvaje que se pasa sobre todas las capacidades; es el campo igual y sin trabas, son los horizontes sin límites que se abren á todas las energías. El liberalismo no le dice á nadie : levántate de la indolencia en que yaces, de la pereza que te anonada, que yo me encargo de educarte, de alimentarte, de vestirte y de divertite. No; el liberalismo les dice á todos, como Cristo á Lázaro : levántate y marcha; yo he roto con el poderoso brazo de la democracia todos los obstáculos, todas las cadenas con que el despotismo y las preocupaciones querían mantenerte atado al poste de ignominioso destino. Yo soy la Libertad, pero no soy la Filantropía ni la Caridad. Merced á mí no has nacido esclavo, ni siervo, ni pechero, ni vasallo, ni plebeyo, por clase y por destino, sino hombre libre; pero tu suerte no depende ya de mí, sino de ti; depende de la suma de virtud, de energía, de actividad, de abnegación, y de trabajo que pongas tú en labrarla.

» Levántate y marcha, porque te advierto que mi carro triunfador pasará aplastando con sus ruedas á todos los soldados viciosos, desidiosos ó cobardes que se dejen vencer en este combate. Así se ha formado, desarrollado y crecido este coloso del pueblo americano, que, prestando á Santiago Pérez su robusta frase, « cubre hoy con su bandera más espacio, del que necesitaron, del lado allá de Constantino, las águilas victoriosas del Lacio, para sacudir sus alas triunfadoras. »

» Esa es la libertad; lo demás es tiranía y expoliación; es socialismo, comunismo, nihilismo, disfrazado con los nombres de filantropía ó fomento.

» No se cierra, no, con la doctrina el paso al progreso, fomentado por la *ilustrada* iniciativa y la cooperación de los gobiernos; pero manteniéndolo dentro de este principio fundamental: que la beneficencia dada, la instrucción sostenida, y los grandes trabajos públicos fomentados por el Gobierno, no sean discrecionales ni arbitrarios, sino que se pongan, como la buena medicina, para ayudar á la naturaleza, al lado de la actividad individual, para ayudarla á vencer aquellos obstáculos *absolutamente* superiores á su previsión y á sus fuerzas. Por consiguiente, no hay derecho de dar *con mi dinero* pensiones ó limosnas á todo el que las pida. No hay derecho de enseñar *con mi dinero* música, osteología, fisiología, astronomía, botánica, ni antropología, en las escuelas primarias. Y no hay derecho de andar inventando, proyectando y acometiendo todos los ferrocarriles posibles, para divertirse á costa de mi necesario físico.

» De estos sanos principios venimos desviándonos desde 1871, y hoy andamos como viajeros extraviados en noche oscura en el desierto del empirismo. »

Hecha esta digresión sobre la parte política de la Revolución Inglesa, volvamos á la guerra.

El Rey destronado, mártir del absolutismo, no podía

sucumbir sin encontrar poderosos aliados en el Continente: su causa había sido y era solidaria de la de Luis XIV, el implacable perseguidor de los hugonotes, el enemigo de la libre Holanda, y la personificación del despotismo monárquico en Europa. Con efecto; Jacobo, auxiliado con una escuadra de transporte, armas y municiones para 10,000 hombres, más de 400 oficiales y artilleros para organizar y disciplinar el ejército irlandés, y medio millón de coronas de oro, equivalentes á 112,000 libras esterlinas, desembarcó en Kingsale, en Irlanda, el 12 de marzo de 1689, donde el infatigable Tyrconnel había ya reunido 30,000 soldados de infantería y 8,000 caballos para unirse al Rey.

El peligro era inminente. Guillermo, abarcándolo en toda su extensión, comprendió que para dominarlo era preciso combatir á Luis XIV, no sólo en Irlanda, sino también en Europa, y con la rapidez con que él desarrollaba y ponía por obra sus proyectos, firmóse en Viena, el 12 de mayo siguiente, la alianza contra la Francia, entre el Emperador, la Holanda y la Inglaterra. Marlborough fué enviado á reforzar el ejército holandés con 10,000 hombres. Por el mismo tiempo el conde de Lanzun desembarcaba en Irlanda con 5,000 tropas francesas.

Era, pues, como se ve, la suerte de la gran Revolución de Inglaterra, principiada desde 1640 contra el poder absoluto, la que iba á jugarse en esta campaña. La Cámara de los Comunes votó cuantos auxilios de dinero se necesitaron; suspendióse, por la primera vez, el *habeas corpus;* y el rey Guillermo marchó en persona á dirigir la campaña en Irlanda, donde desembarcó el 14 de junio de 1690. Acompañábalo el primer veterano, el primer soldado de su tiempo, el mariscal duque de Schomberg.

El 1.° de julio los dos ejércitos se encontraron frente á frente sobre las orillas del Boyne, cuyo paso debía forzar el ejército inglés.

El combate fué terrible, y sostenido por ambas partes con asombroso valor.

El príncipe de Orange, que la víspera, pasando revista á las tropas había sido alcanzado por una bala de cañón en el hombro derecho, entró en batalla llevando la espada en la mano izquierda. Bajo una constitución enfermiza y raquítica, aquel hombre ocultaba el valor de Héctor ó de Ayax.

Neil O'Neil cae defendiendo el paso del puente de Slane.

Ricardo Hamilton, al frente de la caballería irlandesa, disputó heroicamente el paso á las « blusas azules » de Holanda, hasta caer herido y prisionero en manos del enemigo.

Gaillemot sucumbe peleando á la cabeza de los hugonotes franceses.

Walker, obispo de Derry, muere exhortando á la carga las columnas de Ulster.

Schomberg, que en el Consejo se había opuesto á que se diera la batalla en esas posiciones, resolvió hacerse matar. En el momento decisivo se arrojó en medio del combate, sin coraza, y pereció bajo el sable de los soldados irlandeses, peleando como un león, á los ochenta y dos años de edad. Su hijo Meinhart, que mandaba el ala izquierda vengó la muerte de su padre haciendo destrozos en las filas enemigas.

La grandeza de alma del príncipe de Orange, su rectitud y su elevada generosidad, tuvieron ocasión de hacerse conspicuas en esta jornada. Traído á su presencia Ricardo Hamilton que lo había traicionado, el príncipe, sin inmutarse, le preguntó : — « ¿ Cree usted que su caballería continuará resistiendo ? »

— Por mi honor, por mi honor, Sire, dijo Hamilton, creo que ellos...

— ¡ Por mi honor ! ¡ por mi honor ! murmuró el Rey, y le volvió la espalda, dando orden de que llamaran á sus cirujanos para asistir al paciente. Á esto se limitó su venganza.

Habiendo dado severas órdenes para que se respetara la vida de los rendidos en la persecución, hizo colgar sobre el puesto á uno de sus soldados que encontró asesinando á tres Irlandeses indefensos.

Sólo el rey Jacobo se mantenía retirado de todo peligro sobre las alturas de Dunore, presenciando aquella batalla que decidía para siempre de la suerte de su raza y de su honor.

Al fin el Príncipe, que mandaba el ala derecha, y que con muchas dificultades había logrado pasar el río, cayó por retaguardia del enemigo y completó la derrota. El ejército irlandés se desbandó. El rey Jacobo huyó á Dublín y de allí á Francia, y sobrevivió diez años á esta derrota, para vivir y morir ignominiosamente recibiendo el pan de Luis XIV.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

BATALLA DE BLENHEIM

(13 de agosto de 1704)

« Lo que más me asombra es la impotencia de la fuerza », decía Napoléon en Santa Helena. Para que este pensamiento sea rigurosamente exacto; para que revista toda su verdad histórica, hay que completarlo agregándole lo que Napoléon no podía agregarle, á saber : « cuando la fuerza no se ha puesto al servicio del derecho », que tanto equivale como decir, al servicio de la justicia, de la libertad, del progreso, del bien de la humanidad, que todo es uno mismo.

Por lo que hace á la fuerza puesta al servicio de la tiranía, de la ambición y del orgullo, ninguno mejor que él podía apreciarla. Ensangrentó y asoló la Europa en veinte años de guerras; llevó al matadero de los campos de batalla dos generaciones enteras, la suya y la que debía sucederle, sin perdonar á los niños que aun tenían caliente el beso maternal sobre los labios; venció en Mondovi, en el Cairo, en Montenotte, en Millésimo, en Dego, en Lodi, en Castiglione, en Roveredo, en Bassano, en Rívoli y en Mantua; en Malta, en Alejandría, en las Pirámides, en El-Arich, en Gaza, en Jaffa, en el Monte Thabor y en Aboukir; en Marengo, en Ulm, en Viena y en Austerlitz; en Jena, en Eylau, en Friedland, en Abensberg, en Eckmühl, en Essling y en Wagram; en Vilna, en Vitepsk, en Smolenko, en el Borodino, en Moskow, en Lutzen, en Bautzen, en Wurschen, y en Dresde; en Saint-Dizier, en Brienne, en Champaubert, en Montmirail, en Chateau-

Thierry, en Vauchamp, en Montereau, en Mery y en Ligny. ¿Y con qué objeto? ¿en servicio de qué causa, de qué idea, de qué principio de bien para la humanidad?

De ninguno.

En servicio exclusivo de su ambición y de su orgullo; con el objeto de formar un gran rebaño que se llamara « El Imperio », sobre el cual se levantase un trono, para que sobre él se sentara el héroe de estas victorias, á recibir el homenaje de los pueblos aplastados bajo las ruedas de su carro triunfal.

¿Qué quedó de su obra?

Nada, excepto un inmenso lago de sangre sobre Europa.

Aun no habían transcurrido veinte años, que son menos de un instante en la vida de una nación, á contar desde el día en que se dió principio á esta cruzada de *la Gloria* contra el derecho de los pueblos, cuando el humo de estos triunfos se había desvanecido; la Francia no conservaba un palmo siquiera de los vastos territorios anexados por la conquista; sólo quedaba el héroe de esta sangrienta epopeya encadenado cual otro Prometeo á un peñón solitario en la inmensidad del Océano, exclamando : « Lo que más me asombra es la impotencia de la fuerza ».

Los triunfos de estas bastardas ambiciones de los hombres ó de los pueblos, describen parábolas, que concluyen siempre por hundirse con sus proyectiles en la tierra. Pero no sucede lo mismo con los triunfos obtenidos en servicio de la humanidad. La fuerza inicial de sus victorias llevada, empujada por la ley del progreso, sufrirá todas sus transformaciones, pero no se separará ya del ulterior destino de nuestra especie en el mundo. Y de esta clase fué la victoria obtenida en Blenheim en 1704 por las fuerzas unidas de los Estados libres de Europa, en defensa de las libertades políticas y religiosas nacidas de la Reforma religiosa del siglo XVI.

Si el ejército mandado por el duque de Marlborough y el príncipe Eugenio hubiera sucumbido en Blenheim, sería difícil formarse una idea del cambio adverso á la civilización y á la libertad, que habría seguido á esta derrota. Figurémonos que no hubiera existido ni existiera la protestante Inglaterra, ni la gran República del Norte de América, ni la libre pensadora Alemania; suprimamos del movimiento del mundo civilizado estas fuerzas vivas de la libertad y del progreso; supongamos que en vez de ellas la Europa hubiera quedado partida desde principios del siglo XVIII entre el revocador del edicto de Nantes en Francia, y el poder que encendió las hogueras de la Inquisición en España, entre el despotismo de Luis XIV y el de Felipe II, y dígase si es posible representarse con exactitud lo que habría pasado en el mundo.

Alison en su admirable historia militar del duque de Marlborough, esforzándose en juzgar cuáles habrían sido las consecuencias de este desastre, aun se queda atrás de la verdad. « Si un poder animado por la ambición, guiado por el fanatismo, y dirigido por la habilidad del de Luis XIV, dice, hubiera obtenido la supremacía de Europa, un despotismo universal se habría establecido sobre los cuerpos y una servidumbre espiritual sobre las almas. Francia y España unidas en la casa de Borbón —el Imperio de Carlomagno con el de Carlos V — el poder que revocó el edicto de Nantes y perpetró las matanzas de la San Bartolomé, con el que desterró á los moros y estableció la Inquisición, habrían sido en el más alto grado funestos y destructores de los más caros intereses de la humanidad. Los protestantes habrían sido arrojados, como los paganos, más allá del Elba; los Stuardos, y con ellos el predominio de Roma, habrían vuelto á Inglaterra; las hogueras encendidas por Latimer y Ridley se habrían apagado en sangre, y la energía que alienta la libertad religiosa en la raza anglo-sajona se habría extinguido. Los destinos del mundo

habrían sufrido un cambio completo. La Europa, en vez de sus diversos Estados independientes, cuya mutua hostilidad mantiene vivo el valor, mientras que sus rivalidades nacionales estimulan el talento, se habría hundido en el marasmo de un despotismo universal. El imperio colonial de Inglaterra, falto de vida que lo alimentase, habría perecido, y la raza anglo-sajona habría quedado paralizada en su movimiento de colonización sobre la tierra. El despotismo centralizador del Imperio Romano se habría renovado sobre el continente europeo. Las cadenas de la Roma pontificia, como en Francia antes de la Revolución, habrían ahogado el pensamiento y el alma de la libre Inglaterra ».

Aunque librada aparentemente por una causa política, por la sucesión á la corona de España, disputada á la muerte de Carlos II entre la casa de Austria y la de Borbón, de la batalla de Blenheim pendía en el fondo, como dice Alison, la suerte de los Estados que habían abrazado el protestantismo, los cuales habrían quedado anulados por las armas victoriosas de Luis XIV y de España. Un juicio, pues, sobre la victoria de Blenheim, que prescinda de traer á consideración lo que la libertad política debe á la gran Reforma religiosa del siglo XVI, no sería completo, ó mejor dicho, sin él no se justificaría el carácter de batalla decisiva para la felicidad y el progreso de la especie humana, que le asigna un puesto en el libro de sir Edward.

Mas no por esto vaya á creerse que es la pluma del sectario la que traza estas líneas. No estamos tan atrasados para aceptar sin beneficio de inventario el arsenal de lugares comunes en que toma sus armas el odio al catolicismo. Preciámonos de conocer todos los servicios prestados por la Iglesia á la civilización y á la humanidad; pero como no son las batallas, como simples hechos de armas, sino las ideas en cuyo triunfo se emplearon, lo que aquí nos ocupa, un ligero bosquejo

de lo que la libertad civil y política debe á la gran Reforma religiosa del siglo XVI, que puesto tan eminente ocupa en la marcha del progreso, era de rigor en este estudio.

Macaulay, en la *Historia de Inglaterra*, ha trazado con noble imparcialidad, el cuadro de los inmensos servicios prestados á la humanidad y á la civilización por el poder de la Iglesia, en aquellos siglos, y nosotros creemos de justicia traducirlo y trasladarlo á estas páginas.

« Es cierto, dice el eminente historiador, que la iglesia se había corrompido inmensamente por el contagio de aquella superstición y de aquella filosofía contra las cuales había luchado por tanto tiempo, y sobre las cuales había al fin triunfado. Había admitido, con mucha facilidad, doctrinas prestadas á las antiguas escuelas y ritos prestados á los antiguos templos. La política de la antigua Roma y la ignorancia gótica; la simplicidad griega y el ascetismo sirio habían contribuído á corromperla. Sin embargo, aun conservaba lo bastante de aquella sublime teología y de aquella piadosa moral, para ennoblecer muchas inteligencias y purificar muchos corazones. Muchas cosas que, andando los tiempos, fueron justamente contadas entre sus faltas, deben contarse en el siglo VII, y aun mucho después, entre sus principales méritos. Que la gerarquía eclesiástica invada las funciones del orden civil, es en nuestros días un grave mal. Pero lo que en un siglo de luces y de buen gobierno es un mal, puede ser un beneficio en un siglo de ignorancia y de violencia. Es, sin duda, mejor que el género humano sea gobernado por leyes justas y bien administradas, y por una opinión pública ilustrada, que por una teocracia; pero es mejor que los hombres sean gobernados por una teocracia, que por la fuerza bruta, por un prelado como Dunstan, que por un soldado como Penda. Una sociedad sumida en la ignorancia y gobernada por la

fuerza física, tiene muchos motivos para alegrarse de que se levante en ella una clase cuya influencia sea puramente intelectual y moral. Esta clase puede, sin duda, abusar de su poder; pero un poder intelectual, aun abusado, es sin embargo un poder mejor y más noble que el que nace de la fuerza material. Nuestras crónicas del tiempo de los reyes sajones están llenas de ejemplos de tiranos, que asaltados repentinamente por crueles remordimientos, renunciaron en el colmo de su grandeza á los placeres y á las dignidades que habían adquirido por el crimen, y se retiraron á expiar sus pecados en la penitencia y la oración. Estas historias han arrancado expresiones de profundo desprecio á ciertos escritores, que á pesar de llamarse liberales, tienen en realidad un horizonte intelectual tan estrecho como el del último fraile de los siglos del oscurantismo, habituados á aplicar á todos los acontecimientos y á todas las épocas de la historia el criterio recibido en la sociedad parisiense del siglo XVIII. Pero un espíritu verdaderamente liberal, libre de toda preocupación, debe considerar que un sistema religioso, que aun desfigurado por la superstición, fué capaz de sujetar con tan poderosos frenos morales á comunidades regidas por la violencia y la audacia; un sistema que enseñaba á los más feroces y temidos caudillos de esa edad, que eran seres morales tan responsables de sus acciones como el último de sus vasallos, debería haber merecido una mención más honrosa de los filósofos y de los filántropos.

» Las mismas observaciones son aplicables al desprecio con que en el último siglo era de moda hablar de las peregrinaciones, de los Santos Lugares, de las Cruzadas y de las instituciones monásticas de la edad media. En un tiempo en que los hombres carecían de facilidades y de estímulos para viajar, ni por la ciencia y las artes, ni por el lucro, era mejor que los rústicos habitantes de los países del norte de Europa visitaran

la Italia y el Oriente, como peregrinos, que el que vivieran y murieran sin ver otra cosa que las toscas y desapacibles cabañas y los espesos bosques en que habían nacido. En tiempos en que la vida del hombre y el honor de la mujer estaban diariamente expuestos á ser violados por los tiranos y los merodeadores, era mejor que el recinto de un templo fuese mirado con supersticioso respeto, que el que no hubiera ningún refugio inaccesible á la crueldad y á la licencia. En tiempos en que los gobiernos eran incapaces de formar extensas combinaciones políticas, era mejor que las naciones cristianas se levantasen y uniesen para rescatar el Santo Sepulcro, que el que hubieran sido, una en pos de otra, abatidas por el Turco. Á pesar de cuanto con justicia se haya podido después reprochar á la indolencia y al sibaritismo de las órdenes religiosas, fué indudablemente benéfico que en siglos de ignorancia y violencia hubieran existido apacibles y tranquilos claustros, en que las artes de la paz pudieran ser cultivadas, en que las almas dulces y contemplativas pudieran hallar un asilo, en que un hermano pudiera emplearse en traducir ó copiar la *Eneida*, y otro en meditar las *Analíticas* de Aristóteles; en que, el que se sintiera con genio para el arte pudiera iluminar un martirologio ó tallar un crucifijo, ó en que, el que tuviera disposición para el estudio de la naturaleza, se empleara en hacer experimentos sobre las propiedades de las plantas ó de los minerales. Si no hubieran existido, exparcidos aquí y allá, estos sagrados retiros, entre las cabañas de miserables aldeanos y los soberbios castillos de una aristocracia feroz, la sociedad europea de aquellos siglos se habría compuesto exclusivamente de bestias de carga y bestias de presa.

» La Iglesia ha sido muchas veces comparada por los teólogos al Arca sagrada de que nos habla el Génesis; pero jamás fué la comparación más perfecta que

durante aquellos tiempos calamitosos en que ella sola bogaba en medio de las tinieblas y de la tempestad, sobre el diluvio debajo del cual yacían sepultadas todas las grandes obras de la antigua sabiduría y del poder del antiguo mundo llevando consigo los débiles gérmenes de los cuales debía nacer una segunda y más gloriosa civilización.

» Aun la supremacía espiritual que los Pontífices se arrogaron, fué en definitiva mucho más benéfica que mala en aquellos siglos de tinieblas y de barbarie. Su resultado fué la unión de las naciones de la Europa occidental en una gran confederación de todos los pueblos cristianos. Lo que las carreras de los juegos olímpicos y el oráculo de Pithia fueron para todas las ciudades griegas, desde Trebizonda hasta Marsella, eso fueron para toda la Cristiandad de los pueblos latinos, Roma y sus obispos desde Calabria hasta las Hébridas.

» Fué de esta manera como se mitigaron los rigores de la barbarie. Razas separadas unas de otras por los mares y las cordilleras, reconocieron un lazo fraternal y un código común de derecho público. Aun en la guerra la crueldad del conquistador la mitigaba frecuentemente el recuerdo de que conquistados vencidos eran hermanos de una misma iglesia, de una misma comunión y de un mismo culto. »

Y si la Iglesia, fiel á los sublimes y humildes preceptos del Evangelio, no hubiera abandonado su misión de « pescadora de almas »; si no hubiera abdicado por un poder mundano esta supremacía espiritual de las conciencias, este protectorado moral de los desgraciados y los débiles contra los poderosos y grandes de la tierra, ningún poder igual al suyo, ni más bello ni más grande se habría levantado debajo del sol: todos, como bajo el manto de amorosa madre, estaríamos albergados en su regazo; ninguna herejía habría desgarrado su seno, porque la caridad no admite cisma;

ninguna filosofía habría minado su poder, porque, ¿qué filosofía puede rivalizar á la que sólo pide amor en cambio del bien que da? Pero de repente, y sin saberse cuándo, como no puede saberse con precisión á qué hora ha entrado un principio de corrupción en una alma, entra en la Iglesia el demonio tentador de la ambición terrenal, y esta ambición, mezclándola al debate de todos los intereses mundanos, concluirá por ser su ruina.

Con la fábula de la donación de Constantino, Gregorio II se apodera de Roma en 730, aprovechando la expulsión del procónsul griego, por haber perseguido el culto de las imágenes. Viene en seguida la donación de Ravena, por Pepino, en 754; después la de Spoleto, por Carlomagno en 774, y por último la famosa de la condesa Matilde en 1,077, que agregó á aquellas adquisiciones los ricos dominios de Bolsena, Bagnara, Montefiascone, Viterbo, Civita-Castellana, Civita-Vecchia, Corneto, Braciano, etc., etc.; y desde entonces, convertidos los obispos de Roma en poderosos reyes de la tierra, encontramos ya á los vicarios de Jesucristo, á los humildes sucesores de san Pedro, mezclados en la historia á todas las intrigas y crímenes de la política, á todas las iniquidades, á todas las matanzas de las largas guerras que por más de cuatro siglos desolaron y ensangrentaron la Alemania, la Francia y la Italia. Julio II recuerda el nombre de uno de los más crueles y perversos tiranos que hayan ocupado un trono, y Alejandro VI, padre de César y Lucrecia Borgia, incestuoso, perjuro, envenenador, asesino, el de uno de esos monstruos nacidos del serrallo en los despotismos orientales.

En el siglo XVI el poder material y moral que el Papado había adquirido sobre la ignorancia y la superstición de los pueblos, era tan grande, que hacía completamente imposible todo orden, todo sosiego, todo gobierno en el seno de los Estados europeos.

El formidable poder de la excomunión empleado piadosamente en los primeros siglos de la Iglesia para separar de la comunidad cristiana á los que no conformaban su vida á los preceptos de la nueva ley, empleábanlo ahora los Pontífices para perseguir y exterminar á todo el que dañaba sus intereses ó resistía sus pretensiones : — destronaban monarcas, daban y quitaban coronas, absolvían á los súbditos del juramento de fidelidad á sus soberanos, ponían en interdicción un reino entero.

Cansado Carlos V, el que después murió en Yuste, de la duplicidad de Clemente VII en las guerras con Francisco I, tuvo, para castigar y humillar este insaciable poder, que dar el escándalo de tomar á Roma por asalto, y de hacer con ella, con sus templos, con sus palacios, con sus matronas, con sus vírgenes, lo que nunca se atrevieron á hacer los Hunos, los Godos y los Vándalos.

Pero no contenta Roma con la supremacía de este poder político, había, de abuso en abuso, y de usurpación en usurpación, convertido á todos los miembros de su gerarquía sacerdotal en una verdadera casta sagrada, sustraída de la jurisdicción y dominio de todo poder civil.

Todas las causas relativas á matrimonios, á legitimidad de nacimientos, á testamentos y á beneficios y rentas eclesiásticas eran de la competencia de las Cortes sacerdotales.

Ningún eclesiástico podía ser sometido á juicio, cualquiera que fuese el crimen que hubiera cometido, si antes no era degradado de su carácter y puesto á disposición de la justicia por aquellos mismos tribunales; sentencia que, como muy bien puede inferirse, rara vez podía alcanzarse. Y con el objeto de impedir la imposición de manos profanas sobre los miembros de la orden, la cancillería romana había publicado un libro con el arancel de las limosnas en cambio de las

cuales podía obtenerse el perdón de cualquier pecado. « Un diácono acusado de asesinato, podía ser absuelto por veinte coronas; un obispo ó un abad, por trescientas. Cualquier eclesiástico podía violar sus votos de castidad, aun con las más agravantes circunstancias, por la tercera parte de esa suma. Aun aquellos crímenes nefarios en que rara vez puede incurrir la más depravada naturaleza, y que quizá no existen sino en la impura imaginación de un casuista, se tasaban por sumas muy moderadas. » (Prescott, *Historia de Carlos V*, edición de Philadelphia, 1864, vol. I, pág. 559, con cita de muchos autores).

La masa de riqueza territorial que la Iglesia, abusando de la ignorancia de los pueblos y de la debilidad de los gobiernos había acumulado en sus manos, era fabulosa. La mayor parte de los grandes prelados gobernaba sus diócesis como barones feudales. Fuera de los inmensos legados que la aterrada credulidad de los fieles hacía en el lecho de muerte, como en aquellos tiempos de rapiña y de guerra, la única propiedad exenta de confiscación y de cargas, era la propiedad eclesiástica, las gentes constituían voluntariamente sus tierras en feudos eclesiásticos, reversibles en el pleno dominio de la Iglesia al término de su vida ó por un limitado número de años.

La mayor parte de los titulares de estos regios beneficios vivían en Roma, llevando la vida cortesana y disoluta que era de tono en aquellos tiempos. Los pueblos de la cristiandad se encontraban pues, literalmente desangrados de sus riquezas, que afluían á Roma para proveer á las guerras, dilapidaciones y gastos del gobierno pontificio, envuelto á la sazón en todas las intrigas y complicaciones de la política europea. De esta manera vino á encontrarse que en Alemania, á principio del siglo XVI, la mitad de la propiedad nacional pertenecía á beneficios eclesiásticos. En los otros países, la proporción variaba, pero la

parte correspondiente á la Iglesia era siempre prodigiosa.

La separación de Roma era pues la más apremiante necesidad política y civil de la época, y á ella correspondió la Reforma encabezada por Lutero.

Los que admiráis como fuerza á Alejandro, á César, á Tamerlán, á Napoleón, ¿que guardáis para Lutero? Aquéllos pudieron sorprender con 100 hombres á 1,000; después vencer con 1,000 á 2,000; con 2,000 á 10,000, y así sucesivamente, por las combinaciones del acaso ó del genio; pero pensad en Lutero, en aquel fraile indefenso, que animado por el poder de una convicción, indignado contra el fango en que la Iglesia se hundía, se levanta solo, solo, contra un mundo sellado por los más formidables poderes de la tierra : de un lado, las hogueras de la Inquisición; del otro, el brazo secular del Imperio.

El día en que Lutero, citado á comparecer solo en Worms, delante de Carlos V y del legado del Papa, lejos de retractarse, inquebrantable en sus convicciones, afirma que la doctrina del Cristo no reconoce intermediarios ni medianeros entre el hombre y Dios, y que aquel libro, aquella Biblia, la única arma que llevaba en sus manos, objeto de la explotación de la más poderosa teocracia de la tierra, se interpretaba sólo con la fe, ese día la conciencia humana palpitó en sus entrañas, y las tinieblas que cercaban el espíritu religioso de la humanidad, se abrieron para dar paso á claridades inmortales.

Lástima que este hombre, personalmente, hubiera perdido el derecho al respeto de la posteridad por su indecente matrimonio con Catalina Boria.

Y Roma no ha retrocedido ni un solo punto de aquellas pretensiónes. Hoy como en la edad media reclama la posesión de una soberanía territorial para el ejercicio de su autoridad espiritual. Y hoy como entonces sostiene que su clero forma una jerarquía

sagrada y divina que debe estar exclusivamente sometida á su propia autoridad. En los países donde las luces y la libertad han destruído estos odiosos privilegios, se ha hecho bajo el peso de su implacable censura, pero vive sobre la brecha para recuperarlos donde quiera que un gobierno débil, traidor ó tiránico necesita apoyarse en su autoridad.

Los países del norte de Europa y de la raza anglosajona: —Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Holanda, Suiza, Suecia y Noruega y los Estados Unidos de América que hoy viven independientes de la autoridad de Roma, hicieron con la Reforma la más sólida conquista de sus libertades públicas; y al contrario, los que tienen alojado en su seno este solecismo político — el Papado y la Libertad — han continuado y continuarán debatiéndose en esta lucha de reacciones sin término, que son la desesperación del patriotismo.

Hecha esta necesaria digresión sobre los caracteres religiosos y políticos de la Reforma, volvamos á Blenheim.

El día 1.° de noviembre de 1700, murió el rey Carlos II de España sin sucesión, nombrando por heredero de todos sus dominios á Felipe duque de Anjou, nieto de Luis XIV. Éste sabía que la aceptación de la corona de España por la casa de Borbón traería una guerra general europea, pero estaba preparado para esta crisis y no temió afrontarla. Al despedir á su nieto para que fuera coronado rey de España, como lo fué con efecto bajo el nombre de Felipe V, Luis XIV le dijo : « Ya no existen los Pirineos ».

La Inglaterra en cuyo seno se agitaba aún, vencido pero no rendido el partido católico ó jacobita, cuyo rey destronado, Jacobo II, vivía asilado en la corte de Luis XIV, era la más directamente amenazada por el formidable poder que iba á reunirse en manos del aliado de los Stuardos y del enemigo tradicional de sus libertades públicas. Por mucho que hubiera decli-

nado ya la fortuna de España, el imperio que recibía el nieto de Luis XIV comprendía aún, además de la Península, la mayor parte de los Países Bajos, Cerdeña, Sicilia, Nápoles y Milán en Italia, las Filipinas y Manila en Asia, con toda la América Española, Méjico, el Perú, California y La Florida en el Nuevo Mundo.

El peligro que amenazaba las libertades de Europa era, pues, inminente. España y Francia no habían hecho sino atacarlas desde fines del siglo XVI; pero vivía aún el indomable príncipe de Orange, que ahora reinaba en Inglaterra con el nombre de Guillermo III, el mismo que antes de haber salvado á la Gran Bretaña había empleado su vida entera en defensa de la independencia y de la libertad de Holanda; y sin pérdida de tiempo, bajo su amplia iniciativa y su enérgica dirección, formóse inmediatamente una liga contra la casa de Borbón, entre Inglaterra, Austria y Holanda, á la cual se unieron después la Prusia, la Dinamarca, la Saboya y el Portugal.

Aunque la muerte del príncipe de Orange, acaecida el 8 de marzo de 1702, pareció detener por un momento la acción de las potencias aliadas, la opinión de la Inglaterra y de todos los Estados libres del Continente era tan unánime sobre la necesidad de acometer esta campaña, que la reina Ana, que sucedió al rey Guillermo, hubo de presentarse al tercer día no más de su coronación, á declarar ante la Cámara de los Lores, que la Inglaterra estaba pronta á sostener el pacto formado por su ilustre predecesor, que había sido el campeón, no sólo de las libertades inglesas, sino de toda Europa. En consecuencia, las potencias aliadas declararon formalmente la guerra contra Francia el 3 de mayo de 1702.

Aunque el rey Guillermo tenía motivos para desestimar personalmente á John Churchill, duque de Marlborough, el Príncipe, bien conocedor de sus grandes talentos militares, y con aquella grandeza de alma que

jamás lo abandonó, recomendó antes de morir que el mando en Jefe del ejército se diese á Marlborough. Churchill habia hecho su aprendizaje en el arte de la guerra bajo el gran Turena, y sus talentos políticos y diplomáticos, su inagotable paciencia, la dulzura de su carácter, su habilidad y su exquisito tacto para el manejo de los negocios y de los hombres, igualaban, si no excedían á su genio militar. Como general, la Historia ha condensado su biografía, en estas cortas líneas : « Jamás libró una batalla que no ganase, ni puso sitio á una plaza que no rindiese ». Venció en Blenheim, Ramillies, Oudenarde y Malplaquet, y tomó á Lieja, Bonn, Limburgo, Landau, Gante, Brujes, Antwerp, Oudenarde, Ostende, Menin, Derdermonde, Ath, Lila, Tournay, Mons, Douay, Aire, Bethune y Bouchain.

Sir Edward ha hecho preceder su elogio militar de un verdadero libelo contra su vida privada, lo cual es un borrón en la obra.

La campaña se abrió bajo auspicios desastrosos para los aliados. En Flandes, donde mandaba Marlborough, nada decisivo aconteció; pero en el centro de aquella extensa línea, de norte á sur, desde las bocas del Scheldt hasta las bocas del Po, los generales de Luis XIV adquirieron grandes ventajas. El elector de la Baviera católica se apoderó de la importante fortaleza de Ulm, y así logró ponerse en comunicación con los ejércitos franceses del alto Rhin. En el otoño de 1703 los ejércitos unidos de la Francia y la Baviera derrotaron completamente á los imperialistas, y en el invierno siguiente se hicieron dueños de Augsburgo y de Passau. Al mismo tiempo el ejército francés derrotaba á los confederados en el alto Rhin y en el Mosela y tomaba á Treves y á Landau, mientras que la insurrección húngara, atizada por la Francia, hacía temblar á Viena.

Marlborough comprendiendo la inutilidad de conti-

nuar una guerra parcial de posiciones y de sitios, resolvió repentinamente abandonar á Flandes, y trasladarse con el mayor número de fuerzas disponible, por una marcha rápida y estratégica, á dar un golpe decisivo en el Danubio. Marlborough no reveló su plan de campaña sino á los pocos jefes á quienes era estrictamente necesario confiarlo, y dió principio á su marcha el 19 de mayo. En su camino debían reunírsele los contingentes de Prusia, de Luneburg y de Hesse y once batallones holandeses estacionados en Rothweil.

Marlborough llegó al Rhin y lo atravesó en Coblenza; y para desconcertar al enemigo siguió por algún tiempo la margen derecha del río, hasta Brouback y Metz. Con tal objeto hizo construír un puente, como para repasar el río en Philisburg, y que el landgrave de Hesse avanzara su artillería hasta Menheim, como para poner sitio á Landau.

El mariscal Tallard que mandaba 45,000 hombres en Strasbourg, creyendo que esta marcha y estas operaciones eran preliminares de un ataque sobre Alsacia, replegó sus fuerzas para ponerse en situación de defender aquella frontera. Así, cuando Marlboroug dejó el Rhin á principios de junio para partir en derechura al Danubio sobre el ejército del mariscal Marsin, los ejércitos enemigos, desorientados y aislados, no pudieron impedir su marcha.

Marlborough encontró en su camino á los Bávaros, á quienes derrotó el 2 de julio en las alturas de Schullenberg, atravesó el Danubio y se hizo dueño de toda la Baviera, excepto las ciudades fortificadas de Munich y Augsburgo.

Cuando el mariscal Tallard se apercibió al fin del verdadero designio de Marlboroug, pasó el Rhin, y por la incapacidad del general alemán que mandaba en Stollhoffen pudo seguir intacto al través de la Selva Negra y alcanzar á unir su poderoso ejército con el del Elector y el del mariscal Marsin en Biberach, cerca

de Augsburgo. Marlborough repasó entonces el Danubio, de la margen derecha á la izquierda, y efectuó su unión con los imperialistas mandados por el príncipe Eugenio el 11 de agosto.

Los dos ejércitos se encontraban, pues, frente á frente sobre la margen izquierda del río, y una batalla general era inevitable.

El ejército franco-bávaro apoyaba su ala derecha sobre la margen izquierda del Danubio, contra la pequeña aldea de Blenheim, barricada con palizadas, y su izquierda en la de Lutzen igualmente fortificada, á unas tres millas de distancia, con la corriente del Nebel, pequeño riachuelo que entra de norte á sur en el Danubio, entre sus posiciones y la del ejército aliado. Lutzen está recostado contra las escarpadas faldas de los montes de Godd-Berg y Eich-Berg, sobre las cuales se situaron las fuerzas necesarias para proteger la línea contra toda tentativa de ser flanqueada por ese punto. El Danubio protegía su extrema derecha, y Lutzen su extrema izquierda, de manera que la línea francesa no era atacable sino de frente, y así se dió la batalla el 13 de agosto.

Tallard que asumió el mando en jefe mandaba el ala derecha; Marsin la izquierda.

El ejército aliado se formó en dos grandes divisiones. La más numerosa al mando de Marlborough, para oponerse á Tallard ; y la menor, que formaba el ala derecha y se componía principalmente de caballería, al mando del príncipe Eugenio, para oponerse á Marsin.

El ejército franco-bávaro llegaba á unos 60,000 hombres con 61 piezas de artillería; y el de los aliados á unos 56,000, con 52 cañones.

Marlborough debia atacar sin pérdida de tiempo al enemigo antes de que pudiera ponerse en movimiento el ejército del mariscal Ville-Roy, y el 13 de agosto muy temprano, dos días no más después de la reunión de las fuerzas, Marlborough embistió al enemigo.

El ataque sobre Blenheim, aunque heroicamente conducido por lord Cutts, fué rechazado con grandes pérdidas. Marlborough desistió de renovarlo. El príncipe de Holstein-Beck, que había pasado el Nebel con once batallones de Hanover, frente á Oberglau, fué cargado y completamente derrotado por la brigada irlandesa que guardaba aquel punto. Los Irlandeses arrollaron á los Hanoverianos con gran carnicería, hasta romper completamente la línea de los aliados, y estuvieron á punto de obtener un triunfo tan brillante como el que la misma brigada obtuvo después en Fontenoy. Marlborough ocurrió en persona con algunos escuadrones de caballería inglesa, y restableció el combate destrozando á los Irlandeses.

En el ala derecha el príncipe Eugenio no había sido más afortunado. Tres veces había sido rechazado por el príncipe Maximiliano en sus ataques contra Lutzen, y sólo su extraordinario valor personal y la imperturbabilidad de la infantería prusiana lo habían salvado de una derrota.

La batalla permanecía indecisa hasta las cinco de la tarde, cuando Marlborough, que como Hannibal todo lo esperaba de su caballería, resolvió dar en persona el golpe decisivo. Tomando 8,000 jinetes, que forma en dos líneas paralelas, para que la segunda llene los claros de la primera, asciende al galope la cuesta del Nebel y arrolla en impetuosa é irresistible carga toda la línea enemiga desde Blenheim hasta Oberglau.

La caballería enemiga no atreviéndose á recibir la carga, dispara sus carabinas á inútil distancia y huye abandonando nueve batallones de infantería, que son despedazados por el torrente de la caballería aliada.

Rota y deshecha en tan considerable extensión la línea francesa, Tallard y Marsin, separados uno de otro, no piensan ya sino en la retirada, y la derrota fué general. De los 26 batallones de infantería que defendían á Blenheim, los que no perecieron en el Danubio se rin-

dieron á discreción. Los que alcanzaron á llegar hasta la aldea de Sonderheim fueron allí alcanzados y capturados por la caballería aliada.

Sólo Marsin y el Elector Maximiliano alcanzaron á salvar una parte considerable de sus tropas, que llegaron en orden á Dollingen.

« Tal fué, dice Voltaire, la célebre batalla que los Franceses llaman de Hochsted, los Alemanes Blenheim y los Ingleses Blenheim. Los vencedores tuvieron 5,000 muertos y 8,000 heridos, la mayor parte del lado del príncipe Eugenio. El ejército francés fue casi destruído. De 60,000 hombres poco antes victoriosos, no alcanzaron á salvarse 20,000. Doce mil muertos, 14,000 prisioneros, toda la artillería, considerable número de banderas y estandartes, todo el material de guerra del ejército, su general en jefe Tallard y 1,200 oficiales de rango, prisioneros, señalaron esta victoria.

Ulm, Landau, Treves y Traerbach se rindieron á los aliados antes de terminar el año. La Baviera se sometió al Emperador; los Húngaros depusieron las armas; la Alemania sacudió el yugo de la Francia; y la preponderancia militar de las potencias aliadas quedó restablecida en Europa. En todo el resto de la guerra, Louis XIV se mantuvo á la defensiva.

Blenheim había disipado sus sueños de dominación universal.

BATALLA DE SARATOGA

(7 de octubre de 1778)

Representa la independencia de los Estados Unidos de América. Bajo la inmensidad del asunto apenas podría moverse la pluma de Montesquieu : la nuestra se siente desfallecer. ¡Cómo abrazar de una sola mirada, cómo comprimir para abarcarla, cómo reducir la escala de semejante grandeza á las proporciones de una sola página, sin exponerse á que el dibujo se convierta en un borrón y el retrato en una caricatura!

Tengo delante de mí el mapa mural de Colton, de dos metros en cuadro, y aun en estas dimensiones sería imposible, sin el auxilio de poderosa lente, descubrir ó hallar los lugares que quieren buscarse en medio de aquel hacinamiento de habitaciones humanas, que se extiende desde el litoral Atlántico hasta el Missouri, y desde las costas del golfo mexicano hasta los fronteras del Canadá.

Hasta 1603 (110 años después del descubrimiento de América) ni una sola familia europea había puesto el pie al norte de México. Las 13 colonias del litoral atlántico, que forman los orígenes de la gran República, fueron todas fundadas entre 1607 y 1733. En 1770, cinco años antes de la Revolución, estas 13 colonias contaban apenas 2.312,000 habitantes, compuestos de 1.850,000 blancos y 462,000 negros. El valor total de sus manufacturas no pasaba de 20 millones de pesos. Y un siglo después, en 1870, á cuyos datos compilados para la celebración del primer centenario de la indepen-

dencia me refiero en este estudio, esas 13 colonias se habían extendido por toda la zona templada del norte de nuestro continente, desde el paralelo 26 hasta el 48 de latitud norte, y desde el Atlántico hasta el Pacífico, con una población que en 1870 era de 38.558,371 habitantes, y que hoy es de 50.442,066, sobre una área de 1.272,239 millas cuadradas, fuera de 1.800,000 millas por poblar. Los 20 millones de sus manufacturas, se habían convertido en dos mil millones de pesos, que representa el capital de explotación empleado en ellas, y en cuatro mil doscientos millones á que asciende el valor de su producto bruto.

Roma tardó siete siglos en anexar por la conquista una área de 1.600,000 millas cuadradas, del Atlántico al Eufrates, y del Danubio y el Rhin al Monte Atlas y al trópico de Cáncer.

En 31 de diciembre de 1882, los Estados Unidos poseían 113,329 millas de ferrocarril, incluyendo en ellas las cuatro grandes líneas que atraviesan el Continente de un océano á otro. « Los Americanos, dice Poor, se proponen no cesar en este trabajo hasta que su país tenga 1 milla de camino de hierro por cada 10 millas cuadradas del territorio », lo que equivale á decir que necesitan 300,000 millas de ferrocarril. Durante los tres últimos años — 80 á 82 — la construcción de estos ferrocarriles ha absorbido un millón de pesos por día, suministrados en sus tres quintas partes por los ahorros de la producción nacional.

Las cajas de ahorros de la sola ciudad de Nueva York tenían el 1.° de julio de 1885, 300 millones de pesos.

El costo efectivo de construcción de esta inmensa red se computa en unos 4,000 millones de pesos, aunque las compañías lo hacen subir, para objetos de expeculación, á 7,000. Su producto bruto fué en números redondos de 770 millones, y los gastos de explotación y conservación, 310 millones.

El número de pasajeros transportados sobre los ferrocarriles americanos, excepción hecha de los ferrocarriles aéreos de la ciudad de Nueva York, ascendió á 289 millones, ó sea seis veces la población de los Estados Unidos.

El número de personas transportadas á 1 milla fué igual á 6,834 millones.

El número de toneladas de flete transportadas, ascendió en conjunto, á 360 millones de toneladas.

El número de toneladas transportadas á 1 milla fué de 40,000 millones.

El valor de esta carga se computa en 15,000 millones de pesos.

Que otros expliquen las ventajas materiales y de raza, ó ethnográficas, á que los Estados Unidos deben el incremento de este desarrollo, sin ejemplo en los anales del mundo. Su situación geográfica, ocupando en frente de Europa la zona templada del norte de la América, que los ha habilitado para recibir todo el excedente de la población del viejo mundo, es un inmenso factor de esta prosperidad; pero él sólo no basta para explicarla: la ciencia política debe hallarla en los resortes que distienden el alma de aquel pueblo, y que comunican á su voluntad una energía de acción, ante la cual todo se siente avasallado y pequeño.

El pueblo americano fundado por los colonos á quienes las persecuciones religiosas y políticas del viejo mundo arrojaron á las playas de América en busca de libertad y de trabajo, nació y creció sin los plomos, sin las compresas que nos constituyen, como dice Quinet, « prisioneros del mundo antiguo, esclavos del Capitolio »; sin el despotismo religioso de la conciencia; sin el menosprecio de la educación romana por el trabajo material, y sin las prevenciones que en todo el resto del mundo mantienen á los hombres divididos en nacionales y extranjeros.

Allí no ha existido ni se concibiría la existencia de

una Iglesia oficial, de un dogma religioso adoptado, reconocido, protegido por la ley : semejante medio de falsear las creencias religiosas y de dirigir y gobernar por su conducto las masas populares, sería tan absurdo para el pueblo americano como el establecimiento de una autoridad política, discrecional y arbitraria, que no tuviera su fuente en la soberanía nacional.

En América no se concibe la religión sino como el depósito más íntimo, más personal, más privado, de sentimientos y de creencias, que el hombre pueda formar para la dirección de su conducta moral, y de unas relaciones que, por lo mismo que salen de los límites de la vida terrena, sólo interesan al individuo, y con las cuales no se permite traficar al poder público. La libertad de conciencia y de cultos nació con las colonias, pues que los puritanos fundaron á Boston, los cuáqueros á Philadelphia, los anglicanos á Nueva York y los católicos á Maryland.

El nombre de extranjero ha perdido casi su significación en el pueblo americano. Aquella tierra se ofrece como la patria común de la especie humana; el que allí llega en busca de un hogar queda instantáneamente fundido en aquella poderosa nacionalidad, ante la cual desaparecen todas las diferencias de religión, de casta, de idioma, y últimamente de raza, que paralizan la acción común de los hombres en los otros pueblos de la tierra, y un año después, el Francés, el Español, el Ruso, el Alemán, el Inglés, el Irlandés, son tan *Yankees* como el regnícola que cuente tres ó cuatro generaciones de abolengo nacidas en el suelo americano. Tan extraordinario es el poder de asimilación de este pueblo, que de los 38 millones del censo de 1870, 5.500,000 eran extranjeros y 5.324,876 de padre ó madre extranjeros.

Y finalmente, aquel pueblo gigante no amortiza, como nosotros los pueblos de raza latina, las fuerzas vivas del país, la flor de cada generación, en esas pro-

fesiones sedentarias del doctorado escolástico. La juventud americana no emplea los mejores años de su vida en estudiar sistemas filosóficos, ni en hacer largos cursos de Historia, de Legislación, de Geografía ó de Moral. No se educan sofistas, tinterillos ni letrados, sino hombres útiles para los fines prácticos de la vida. El Americano sabe que el conocimiento práctico de cada orden de hechos enseña á raciocinar mejor que todos los tratados de lógica : no le importa conocer las reglas generales para hacer buenos silogismos, sino tener en el entendimiento las verdades para formularlos. Los Americanos saben que no es por falta de decálogos que no crece la virtud, sino por falta de estímulos que obren del lado del bien sobre las almas. Descartes, Leibnitz, Condillac, Locke, Kant y toda la pléyade de filósofos que se han ocupado en estudiar la mecánica y la metafísica del entendimiento humano, son casi desconocidos en el pueblo americano : lo que este pueblo pide son fuerzas musculares y aptitudes científicas para vencer la naturaleza, para extender, aumentar y abaratar la producción y sujetar la tierra á su dominio. No se cuidan de la filosofía ; pero en cambio la mecánica, la ingeniería, la mineralogía, la química, la tipografía, la fotografía, la telegrafía, el grabado, la producción del hierro, el arte de las construcciones modernas, con el ferrocarril, el acueducto y el puente colgante, tienen allí su imperio. En este país de trabajo, el que más vale no es el que más sabe, sino el que más produce, y por lo mismo el trabajo material, lejos de estar menospreciado, como en las sociedades gazmoñas y nobiliarias de la raza latina, es el más ennoblecido á sus ojos.

El carácter distintivo del progreso científico del pueblo americano es el de la aplicación de las verdades teóricas á los inventos útiles.

Franklin no descubre la electricidad, pero señala la perfecta similitud entre el rayo y la chispa eléctrica,

sugiere la construcción del pararrayo y da al cielo americano esta leyenda :

« Arrebató el rayo á los cielos y el cetro á los tiranos. »

Morse resuelve prácticamente el problema de la comunicación telegráfica.

La máquina de coser, esa compañera, esa amiga cariñosa de la mujer á la que millares de manos débiles deben un salario ganado en la alegría del hogar, es americana. La afamada fábrica de Singer produjo en 1873, 600,000 máquinas.

Las mejores máquinas de arar, de segar, de sembrar, son americanas.

La industria que abriga y viste al mundo, la que más bienestar ha difundido en las clases populares, la industria algodonera, es americana. Los primeros talleres del mundo, en que se reunieron todas las máquinas que convierten el algodón nativo en tela, fueron las de Watham, en Massachussets.

El telar de Crompton es un prodigio.

La producción del hierro, sin el cual el trabajo no puede dar un paso en la vía del progreso, debe á la industria americana sus más notables mejoras.

Henry Cart inventa en 1874 el horno de forjar (*pudlar*) que hace una verdadera revolución en la fabricación del hierro maleable.

Pero aquél era un trabajo de cíclopes, y Danks de Cincinnati, inventa los pudladores mecánicos. Cart sustituye á la acción del martillo los cilindros ranurados ó acanalados, y esta sola mejora representa en la fabricación del hierro una economía de centenares de millones de pesos por año.

Y finalmente, Bessemer resuelve prácticamente el problema de purificar el metal por procedimientos químicos.

El mayor puente colgante del mundo es el de Brooklin, que mide 5,862 pies entre los extremos, y 1,600 entre los pilares.

La mejor locomotora es la magnífica y poderosa de los talleres de Baldwin en Philadelphia.

Los mejores objetivos microscópicos los produjo Carlos S. Spencer de Nueva York, en 1846.

El nombre de Draper está unido á las más profundas investigaciones científicas en óptica, en acústica, en química y en física; él fué el primero que aplicó la fotografía al estudio de las líneas de Fraunhofer en el espectro solar. La más admirable fotografía del espectro la produjo Lewis M. Rutherford, de Nueva York, en 1866.

Los dos poderosos anestéticos que permiten la práctica de las más horrorosas y delicadas operaciones quirúrgicas, y merced á las cuales podemos sustraernos á los más espantosos dolores — el cloroformo y el éter — son inventos americanos : debe la humanidad doliente el primero al doctor Samuel Guthrie, de Nueva York, y el segundo al doctor Carlos T. Jackson, de Boston.

La química, cuyos resultados están íntima é inseparablemente unidos á todos los progresos de la industria; la que ha convertido en nuevas materias primas, como en la fabricación del papel, inmensas masas de residuos antes abandonados ya como inútiles ó nocivos; la que ha armado el brazo del ingeniero con la pólvora de algodón, la nitroglicerina y la dinamita, para despedazar las masas graníticas que cierran el paso á sus portentosas empresas; la que ha suministrado á la medicina una 'pharmacopea, separando los principios activos de las drogas y al arte del teñidor sus más brillantes colores, rivalizando y sobrepujando en belleza á los que antes no podían obtenerse sino de fuentes naturales; la que ha convertido el caucho, que hace 50 años apenas se usaba para borrar las marcas de lápiz sobre el papel, en uno de los más ricos, más útiles y más variados productos de la industria; y finalmente, la ciencia ante la cual ha retrocedido la noche,

disipada por la luz del gas; esta ciencia que con la mecánica forman los dos focos de la inmensa elipse que describe el progreso moderno, ha contado en los laboratorios americanos, con los trabajos de profesores tan eminentes como Draper, Rogers, Guthrie, Jackson, Blake, Gibbs, Genth, Smith, Hunt y Cooke.

El cielo mismo no es extraño á los atrevidos progresos de la ciencia americana. Tocó al gran telescopio del Observatorio de Cambridge, descubrir el 16 de septiembre de 1848 el octavo satélite de Saturno, y á Alvan G. Clark, el 21 de enero de 1862, que Sirio era una doble estrella.

El carácter distintivo de la industria americana es el de marchar sustituyendo la acción mecánica al trabajo manual, aun para aquellas obras de extremada exactitud y perfección que la industria europea no había podido ejecutar por medio de máquinas. Este cambio ha hecho una revolución completa en la fabricación de los relojes. Sábese que todas las piezas de los relojes europeos son hechas á mano, especialmente para cada uno, de tal manera que cualquiera de ellas que se rompa ó desgaste no puede ser compuesta ó remplazada sino por un oficial de consumada habilidad en su arte.

Los Americanos han logrado, á fuerza de paciencia y de genio, fabricar sus relojes, tanto de bolsillo como de sala, por procedimientos mecánicos, que les dan millares de piezas perfectamente pulimentadas y acabadas, de la más perfecta igualdad, con lo cual han podido abaratar el producto sin posible competencia en los otros países.

En literatura, el país que puede gloriarse de los nombres de Washington Irving, Cooper, Longfellow, Lowel, Prescott, Motley, Ticknor, Daniel Webster, Howells... pero basta, porque todos ellos deben hacer plaza á uno solo, al de una mujer, al de Enriqueta Beecher Stowe, autor de *La Cabaña del tío Tom.*

Aquella novela inspirada en el delicado corazón de

una mujer por la indignación de la conciencia pública contra la ley de los esclavos fugitivos, es el más bello, el más noble, el más grande, el más glorioso triunfo que las letras hayan obtenido en el mundo contra los abusos de la fuerza y la tiranía de los hombres. La popularidad del libro ha sobrevivido á la extinción de la esclavitud. La delicada, sencilla, pero vívida y dramática representación de los hechos, puso en ridículo las razones de los hombres de Estado y los sofismas y las chicanas de los juristas, que sostenían y defendían la esclavitud en nombre del derecho. Aquel libro fué una apelación irresistible á la imaginación y al corazón del pueblo americano, y al de todas las madres y todas las esposas del mundo. En las páginas de aquel romance inmortal se organizó el partido republicano, se hizo la elección de Abraham Lincoln, y se reclutaron y armaron centenares de miles de voluntarios para la cruzada contra la esclavitud. Como Juana de Arco, Enriqueta Stowe no debería tener una estatua, sino un templo : éstas son las verdaderas Santas de la humanidad.

Compréndese que semejante pueblo debe tener por base fundamental de sus libertades y de su progreso la educación popular; y así es con efecto. Conforme al censo de 1870, de donde tomo estos datos, un ejército de 200,000 profesores conducía en aquel año la enseñanza en las escuelas públicas de la Unión; de los cuales 109,000 eran mujeres. El número de escuelas ascendía á 125,000, en cuyo sostenimiento se gastaban 60 millones de pesos. Sin embargo, los Estados de la Unión contaban en 1870, 5.600,000 personas que no sabían leer ni escribir; pero en este guarismo estaban incluídos 4.000,000 correspondientes á los Estados esclavistas del Sur, donde las leyes privaban al pueblo del beneficio de la instrucción pública, y 665,000 inmigrados compuestos de Ingleses é Irlandeses de la última capa social.

La escuela produce en los Estados Unidos el público lector, y por lo mismo el público pensante, que forma la opinión del pueblo americano; opinión colosal, inmensa, formidable, ante la cual toda cábala, toda intriga, toda maquinación se hace imposible. Esto explica el prodigioso, el incomparable desarrollo del periodismo americano. Mientras que todos los periódicos reunidos de la Gran Bretaña apenas alcanzaban en 1879 á 350 millones de ejemplares, los de los Estados Unidos pasaban de 1,500 millones.

Tal es en compendio el pueblo que hace apenas 110 años disparó en Lenxington el 19 de abril de 1775, *the first blow for liberty* — « el primer tiro por la libertad. » Ciento diez años son un corto período en la vida de una nación, y sin embargo, ¡qué inmensidad de espacio salvado y recorrido en tan corto tiempo por aquel pueblo en la vía del progreso!

No entra en nuestro propósito hacer un compendio de la guerra de independencia de los Estados Unidos; guerra comparativamente insignificante al lado de la que sostuvieron contra España las colonias sur-americanas, sino narrar someramente los sucesos que dieron origen á la revolución, y los acontecimientos militares más notables que precedieron á la batalla de Saratoga, la cual, aunque no terminó la lucha, inclinó ya de tal manera la balanza en favor de las armas americanas, que debe considerarse, y con razón, como la decisiva en la campaña.

Por el tratado de Versalles de 10 de febrero de 1763, que puso término á la guerra de siete años, Francia cedió á Inglaterra el Canadá y España las Floridas: el Mississipí, excepto la ciudad é isla de Nueva Orleans, que conservó la Francia, quedó sirviendo de límite á las posesiones de los dos países en la América Septentrional.

Como esta paz había redundado exclusivamente en beneficio de la extensión de los dominios coloniales de la Inglaterra en América, la Metrópoli creyó con algún

fundamento, que podría imponerse á las colonias algunas contribuciones para ayudar á resarcir los gastos de la guerra, y en tal virtud el Parlamento decretó en marzo de 1765 el papel sellado y un impuesto sobre las mercancías que las colonias no importasen directamente de Inglaterra, como el te y las muselinas de la India. He aquí el principio de las disensiones con la madre patria y el origen de la revolución.

Á los pueblos de raza latina nos cuesta mucho trabajo comprender estas cosas; mejor dicho, no comprendemos que semejante revolución pueda hacerse por el pago de un impuesto. Estos pueblos meridionales, todo corazón, todo sentimiento, todo imaginación, todo pasión, se baten y se hacen matar por ideas abstractas de libertad, de religión, de lealtad, pero no por los intereses positivos y prácticos de esas mismas ideas, de lo cual nace la falta de ponderación y de equilibro entre sus aspiraciones y los medios de realizarlas, que no permite fundar nada serio, nada permanente, nada estable para el porvenir. Vivimos en una agitación enfermiza, que no es un estado fisiológico, sino un estado patológico de la vida política.

Constitucionalmente hablando, una colonia española, italiana ó francesa jamás comprendería este argumento : « ese impuesto es tiránico y debe resistirse el pago, porque ha sido votado sin nuestro consentimiento, por un parlamento en que no tienen asiento nuestros representantes ». Tanto predomina en la raza sajona la idea de propiedad, que lo que nosotros llamamos « la seguridad personal », la primera y más sagrada de todas las garantías, no se expresa en el lenguaje político de los pueblos sajones sino como un derecho de propiedad sobre nuestro propio cuerpo : *habeas corpus*, frase ininteligible y grotesca para los pueblos de raza latina, pero perfectamente adecuada para grabar en el espíritu la idea de libertad que con ella quiere expresarse.

Y sin embargo, aquel argumento con el cual no se entusiasmaría nadie ni podría levantarse una simple protesta en una colonia española, fué el que sirvió para levantar el estandarte de la revolución y de la independencia en las colonias inglesas.

Por todas partes el pueblo se reunió en asambleas para protestar contra la ilegalidad de los impuestos y para resistir su pago. Organizóse primero la defensa pacífica y legal. Cubriéronse con centenares de miles de firmas las representaciones al Parlamento pidiendo la abolición de los derechos, y resolvióse unánimemente prescindir de los actos y contratos en que debiera usarse el papel sellado, y no recibir, es decir, abstenerse de consumir los géneros gravados. La resistencia y la abstención fueron tan generales que en pocos meses se acumularon en los almacenes de depósito de la Compañía de las Indias Orientales 18.000,000 de libras de te.

Por eso aquellos pueblos, que saben defender por sí mismos sus derechos, son libres, y los nuestros son esclavos, esclavos de todos los tiranuelos que quieren esquilmarlos, deshonrarlos y oprimirlos.

Excepto la famosa insurrección de los comuneros del Socorro, levantados en masa, hombres y mujeres, en 1773 para resistir el pago de los nuevos impuestos decretados por el gobierno español, no conocemos en la historia de los países sur-americanos otro ejemplo de semejante defensa, á pesar de la arbitrariedad, de la impudencia, del cinismo con que se practica el despojo en estas materias. Duplícase y triplícase la cuota del impuesto sin que nadie pregunte aquí qué necesidad justifique este aumento ni en qué va á invertirse su producto. La beneficencia, la instrucción pública, las mejoras materiales sirven de pretexto para decretar enormes recargos de los derechos de aduana y del precio de la sal, que se cobran, pero que en todo se invierten menos en el objeto que ha servido de pretexto

para establecerlos. Y sin embargo, nadie se atrevería á protestar contra la exacción, mucho menos á resistir su pago. ¡Pobres pueblos, con las pasiones de la libertad, pero destituídos del espíritu público y del valor civil necesarios para defenderla!

Pitt, el gran Pitt, aunque ya en el ocaso de su brillante carrera tomó bajo su protección la causa de las Colonias.

« Recordad, milores, decía dirigiéndose en la Cámara alta á los Pares del Reino, que los hombres de espíritu libre y emprendedor que fueron á refugiarse en aquellas tierras, lo hicieron por no someterse á los principios serviles y tiránicos que entonces dominaban en nuestro infortunado país. ¿Por qué os admiráis, pues, de que los descendientes de aquellos grandes varones se indignen al verse arrebatar los privilegios á tanta costa adquiridos? Si aquellos países hubieran sido poblados por súbditos de otro reino, ellos habrían llevado consigo á su nueva patria las cadenas de la esclavitud, los hábitos de la servidumbre; pero éstos que huyeron de Inglaterra porque en ella no encontraban la libertad, deben conservarla en el mundo en que la recobraron. »

Después de largas contiendas, el Parlamento inglés accedió á derogar en gran parte los impuestos, pero ya era tarde, y además, como sucede en estos casos, la concesión no fué recibida ni estimada sino como un signo de debilidad. Los colonos se habían organizado ya para la resistencia y hecho numerosos acopios de armas. Entonces el Parlamento decretó el bloqueo de Boston, y Gage, el general en jefe de las fuerzas inglesas, recibió orden del Gobierno para recoger las armas empleando la fuerza en caso necesario. Cumpliendo con estas órdenes, Gage atacó el 19 de abril de 1775 las milicias de Lenxington. *The first blow for liberty* (el primer tiro por la libertad), como dicen los Americanos se disparó allí; la lucha había comenzado,

y esta lucha debía terminar en la independencia de aquellas trece colonias « que hoy cobijan bajo su sombra más espacio del que necesitaron del lado allá de Constantino las águilas victoriosas del Lacio para sacudir sus alas triunfadoras ».

Las trece Colonias que desde 1774 se habían confederado para la defensa común, por medio de un congreso, reunido primero en Boston y después en Philadelphia, eligieron en 1775 al coronel Washington para mandar el ejército y proclamaron su independencia el 4 de julio de 1776.

El pueblo americano no necesitaba un héroe, sino un simple general, un oficial de honor y un patriota acrisolado para dirigir la guerra, y lo adivinó y lo halló en Washington.

Tan difícil como es para nosotros comprender el espíritu y la índole de la Revolución Americana, tanto así se nos dificulta comprender y apreciar el carácter de su caudillo. Sin ninguna de las condiciones brillantes de la elocuencia y de la audacia, únicas que cautivan la admiración y excitan el entusiasmo de los pueblos meridionales, Washington en el teatro de las campañas de Bolívar, habría pasado completa, absolutamente desapercibido, de la misma manera que Bolívar habría sido calificado de loco, y depuesto y botado del ejército en el teatro de Washington.

Washington es un tipo único, singular en la historia de los hombres que llegan á ser árbitros del destino de un pueblo. Sólo el alma de Washington permanece sin dejarse tentar ni contaminar de la ambición en medio de las fruiciones, de los halagos y de las tentaciones del poder, sin que haya cruzado un instante por su mente el deseo de retener ó de usurpar el mando, no estimándolo nunca sino por la medida del bien que con él pudiera hacerse, y contando con ansia los instantes de su duración, como los de un prolongado martirio que lo separaba de la felicidad de la vida privada.

No ganó brillantes victorias, no dirigió grandes ni complicadas campañas, no ejecutó portentosas hazañas, no sedujo ni arrastró á los pueblos por su elocuencia; pero cumplió en todas partes su deber, y después de haber dirigido con habilidad y firmeza la defensa de su país en los campos de batalla, después de haber ayudado eficazmente á dotarlo de un gobierno sabio, moderado, estable y sólido, basado en la práctica de la libertad y la justicia, murió legando á sus conciudadanos como el mejor tesoro para la consolidación de su obra, el ejemplo de su desprendimiento, de su patriotismo y de su virtud.

La suerte de las armas había sido varia.

En la campaña de 1775 los patriotas habían hecho evacuar á Boston, pero en 1776 los realistas habían incendiado y tomado á Nueva York, que formaba ahora, en combinación con el ejército que se reunía en el Canadá uno de los dos centros de operaciones para la campaña de 1777.

Los cincos Estados de Massachussets, Connecticut, Rhode-Island, New-Hampshire y Vermont, conocidos con el nombre de « Nueva Inglaterra », constituían el foco principal de la rebelión. El río Hudson, que viene del norte y desagua en el Atlántico al sur de la ciudad de Nueva York, corre en toda su extensión de norte á sur á la espalda de estos cinco estados, separándolos de los de Nueva York y Pensilvania.

El plan de operaciones concertado por los jefes ingleses consistía en efectuar la reunión de los dos cuerpos de ejército — el del Canadá y el de Nueva York — en la ciudad de Albany, sobre la margen derecha del Hudson, para ponerse allí en actitud de atacar el ejército de Washington en Pensilvania, ó el que mandaba Sainte-Clair, que apenas llegaba á unos 3,000 hombres, mal armados y peor disciplinados, y que constituía por el momento la única fuerza movilizada de los Estados de Nueva Inglaterra.

Mandaba el ejército del Canadá el mayor-general Burgoyne; distinguido por más de una hazaña y por su bravura y sus talentos militares durante la guerra de siete años en Portugal, teniendo bajo sus órdenes oficiales tan distinguidos como el mayor-general Phillips y el brigadier-general Fraser. Su número no pasaba de 7,200 hombres, de los cuales la mitad eran mercenarios alemanes, y el resto compuesto de dos ó tres mil canadienses y de los voluntarios auxiliares de las tribus salvajes de los « Pieles rojas », cuyos actos de canibalismo levantaron la indignación pública en la misma Inglaterra é hicieron de todo hombre capaz de llevar las armas un soldado de la independencia en América.

El cuerpo de ejército de Nueva York, que debía remontar el Hudson al mando de sir Henry Clinton, para efectuar su unión con Burgoyne en Albany, ascendía á unos 3,000 hombres. El grueso del ejército, había marchado con lord Howe á abrir la campaña de Pensilvania contra Washington.

Burgoyne emprendió su marcha desde la fronteras del Canadá á fines de junio de 1777; desalojó á Sainte-Clair del fuerte Ticonderoga, considerado como la llave de la ruta que Burgoyne debía seguir, y llegó á la margen izquierda del Hudson el 30 de junio. Estas primeras ventajas, lejos de amilanar, levantaron el espíritu público. Los gobiernos locales de los cinco Estados y el Congreso redoblaron sus esfuerzos para aumentar y mejorar la condición del ejército que se concentraba en Saratoga, al norte de Albany, sobre la margen derecha del Hudson, á las órdenes de los generales Gates y Arnold.

Burgoyne, que había perdido sus comunicaciones con el Canadá, por los desastres parciales de sus tenientes Saint-Leger y Baum, colectó provisiones para treinta días, pasó á la margen derecha del río, y el 14 de septiembre de 1777 acampó sobre las alturas de

Saratoga á 16 millas de Albany. Los Americanos abandonaron á Saratoga y se fortificaron en Still-Water á la mitad de la distancia entre Saratoga y Albany. El 19 tuvo lugar un encuentro parcial entre fuerzas numerosas de uno y otro campo conducidas por Burgoyne, y por Gates y Arnold en persona, pero con pérdidas iguales de una y otra parte.

Los dos ejércitos permanecieron así muchos días, á tiro de cañón, mejorando sus fortificaciones y esperando cada cual recibir sus últimos refuerzos. En el campo americano estaba Kosciusko, que después de haber perdido la libertad en su patria, después del inicuo desmembramiento de la Polonia en 1772, había venido á luchar por la libertad en el Nuevo Mundo.

El general Lincoln se incorporó al campo americano con 2,000 soldados el 29 de septiembre, en tanto que Burgoyne despachaba mensajero sobre mensajero para instar á Clinton que apresurara su marcha : éste tenía que ganarla atacando y venciendo los fuertes americanos que cerraban el paso del río.

No recibiendo noticias de Clinton, y encontrándose ya á principios de octubre escaso de provisiones, y con su ejército reducido á sólo 6,000 hombres, por la deserción de los indios y canadienses, Burgoyne resolvió arriesgarlo todo en la suerte de una batalla.

En este juego de suerte y azar que se llama la guerra, el acaso rige arbitrariamente sus destinos. El mismo día 6 de octubre de 1777 en que Burgoyne desesperando de ser auxiliado por Clinton, resuelve dar solo una batalla. Clinton había tomado los dos fuertes que le cerraban el paso, había destruído la flotilla que los Americanos formaban en el Hudson bajo la protección de estos fuertes, había despachado provisiones para el ejército de Burgoyne, tenía libre ya todo el curso del río para reunirse á su cuartel general, y su vanguardia de 1,700 hombres pudo llegar á 40 millas de Albany. Lord Howe había abierto la campaña de

Pensilvania contra Washington tomando á Philadelphia.

Pero Burgoyne que ignora absolutamente estos sucesos, creyéndose solo, da al día siguiente una batalla con muchas probabilidades de perderla.

El ala derecha del campo americano que se apoyaba en el río, era demasiado fuerte para pensar en forzarla. Burgoyne dirigió pues el ataque sobre el ala izquierda, pero los Americanos á su turno atacaron con terrible impetuosidad el centro y la izquierda del campo inglés, y la batalla se generalizó sobre toda la línea. Peleóse de uno y otro lado con admirable valor, pero Arnold y Fraser se hicieron cada uno en el suyo conspicuos por su arrojo y su temeridad. Arnold quedó pronto fuera de combate, herido gravemente en una pierna. Fraser, vestido de gran uniforme y montado en su caballo de pelea, recorría las filas animando y restableciendo el combate en todas partes. Hízose, pues, el blanco del fuego enemigo, y pronto cayó mortalmente herido en medio del fragor de la pelea.

Rechazado Burgoyne y roto y desordenado el centro y la izquierda del ejército inglés, todo él emprendió en derrota su retirada sobre Saratoga, donde Gates no creyó sin embargo prudente atacarlo; pero encontrándose sin medios de pasar el río en presencia de un ejército victorioso, y absolutamente imposibilitado para tomar de nuevo la ofensiva, Burgoyne con el dictamen de un consejo de guerra, envió bandera de parlamento proponiendo una capitulación. En el primer momento Gates contestó que el ejército real debía constituírse prisionero de guerra rindiendo las armas á las voces de mando. Los oficiales ingleses rechazaron con altivez semejante proposición, diciendo que antes que consentir en semejante indignidad estaban prontos para arrojarse sobre el enemigo sin dar ni pedir cuartel.

Al fin el 15 de octubre convínose en los términos de

la capitulación, por la cual se estipuló que el ejército real saldría de sus posiciones con todos los honores de la guerra, que por las voces de mando de sus oficiales se depositarían ó abandonarían las armas en la orilla del río, y que en seguida vendría con todos los honores de la guerra, conservando los jefes y oficiales sus espadas, á constituírse prisionero de guerra en el campo americano. De esta manera se entregaron 5,790 hombres con todo su material de guerra, fuera de 4,689 que el ejército real había perdido en la campaña, entre muertos, heridos y dispersos.

En la noche del 7, mientras los últimos cuerpos cubrían la retirada del ejército, quiso el general inglés que se cumpliese la última voluntad del general Fraser, que había manifestado el deseo de ser enterrado en el campo de batalla, dentro del reducto que ocupaba su división y que él mismo había fortificado. El acto, acompañado del solemne é imponente ritual de la iglesia anglicana, se celebraba á la última luz del crepúsculo en medio del fuego graneado del combate, cuando de repente oyóse en el campo americano la voz de las cornetas que mandaban cesar el fuego, y en breve sólo quedó rompiendo el silencio de la noche la detonación de una sola pieza de artillería, que de minuto en minuto hacía un disparo. Eran los honores fúnebres que en el campo enemigo se tributaban al denodado general inglés.

La victoria de Saratoga no puso término á la guerra: ésta continuó por cuatro años más hasta la rendición del ejército inglés en York-Town por Washington y Lafayette el 19 de octubre de 1781 á la cual siguió la paz del Tratado de París de 20 de enero de 1782; pero si no fué la última, fué la decisiva.

Tan pronto como la noticia de la victoria de Saratoga llegó á Europa, Francia, España y Holanda se apresuraron á reconocer la independencia de los Estados Unidos. Liberalmente auxiliados por la primera

con sus escuadras y sus soldados, la lucha era ya demasiado desigual para que pudiera sostenerla la Inglaterra al través del Océano; y así nadie se equivocó en considerar que en Saratoga había quedado disipada toda duda sobre el resultado de la contienda, y que desde esa fecha podía contarse ya como un hecho cumplido en la historia del mundo la independencia del pueblo americano.

APÉNDICE

Como los Estados Unidos representan por excelencia en el mundo la libertad de conciencia, como son la protesta viviente contra esa impostura de las religiones oficiales, y como este libro, como dijimos en su prólogo, está escrito en servicio de la libertad, creemos oportuno y conveniente incorporar en esta página los pricipales pasajes de un discurso nuestro pronunciado en el Senado colombiano de 1882, contra un proyecto de ley sobre concordato con Roma.

Dicen así :

« Entre los medios más poderosos, acaso el más poderoso de cuantos han empleado las Iglesias para mantener las ideas religiosas en estado de comparativo atraso, ha sido el del Concordato. La base de todo Concordato, grande ó pequeño, es una estipulación por la cual la Iglesia dice al Estado : reconocedme públicamente delante del pueblo; batidme marcha; presentadme las armas; asistid á mis oficios; recibid mis bendiciones; acatad, en fin, y reconoced mi autoridad, para que el pueblo me reverencie á vuestra imagen; y yo á mi turno os prestaré esa autoridad para que el pueblo obedezca sumiso vuestros mandatos y vuestras leyes, buenas ó malas, justas ó injustas, aun aquellas por las cuales yo os haya excomulgado.

» Y como un pacto de esta naturaleza es contrario al

dogma de la soberanía popular, que no reconoce más gobierno legítimo que el que reposa sobre el espontáneo y libre consentimiento de los asociados; como él es contrario á los derechos de la libertad política; como se celebra en menoscabo y detrimento de los fueros de la ciencia, del progreso y de la razón, yo en mi calidad de liberal no puedo votar esa ley.

» Y si yo que reconozco los grandiosos orígenes del sentimiento religioso; si yo que lo acato y lo respeto; si yo que le asigno su alta misión moral, no puedo darle mi voto á esta transacción, no comprendo cómo se lo dan con tanta confianza, senadores que consideran la religión como una impostura. Si la religión y las Iglesias que sobre ellas se fundan son una impostura, ¿cómo los que esto creen votan por el reconocimiento de esta impostura, porque la ley continúe reverenciándola, porque el Gobierno continúe prosternándose ante ella para falsear las creencias populares? No lo comprendo, y estoy ansioso de oír la explicación de semejante voto.

» ¿Se ha olvidado lo que es un Concordato? ¿Se ha olvidado lo que encierra este pacto de la hipocresía, de la perfidia de los gobiernos y de la debilidad de la Iglesia?

» Como hace tanto tiempo que teníamos olvidadas estas cosas, no será extraño que la actual generación, á quien principalmente se dirige este discurso, ignore la que significa un Concordato: son antiguallas que teníamos ya relegadas al archivo de la historia, y con tal motivo séame permitido leer el texto del más famoso contrato de esta clase que registra la historia del siglo. Es el Concordato de 1804 entre Pío VII y la República Francesa. Habla Napoleón, primer cónsul:

« Art. 14. El Gobierno asegurará una dotación conveniente á los obispos y á los párrocos cuyas diócesis y parroquias estén comprendidas en la nueva circunscripción.

» Art. 15. El Gobierno adoptará igualmente medidas para que los católicos franceses puedan, si quieren, instituír fundaciones en favor de la Iglesia.

» Ahora habla el Pontífice :

» Art. 13. Su Santidad, por bien de la paz y del feliz restablecimiento de la religión católica, declara que ni él ni sus sucesores turbarán en manera alguna á los compradores de bienes nacionales enagenados ; que en consecuencia, así la propiedad de estos mismos bienes, como los derechos y rentas anexas á ellos, permanecerán inconmutables en sus manos ó en las de sus sucesores.

» Art. 6.° Los obispos, antes de proceder al ejercicio de sus funciones prestarán directamente en manos del primer Cónsul el juramento de fidelidad que era de costumbre antes de cambiarse el Gobierno, expresado en los términos siguientes :

» Juro y prometo á Dios, sobre los Santos Evangelios, guardar obediencia y fidelidad al Gobierno establecido por la Constitución de la República Francesa. Prometo también no tener ninguna inteligencia, ni asistir á reunión alguna, ni entretener cábala de ninguna especie, ni dentro ni fuera de la República que sea contraria á la tranquilidad pública, y si fuere sabedor que en mi diócesis ó en cualquier otro punto se urde alguna cosa que sea en perjuicio del Estado, daré parte al Gobierno.

» Art. 8.° En todas las iglesias católicas de Francia se recitarán al concluírse el oficio divino las preces siguientes :

Domine salvam fac rempublicam
Domine salvos fac Cónsules

» ¿No es cierto, señores Senadores, que da vergüenza por la humanidad, que da lástima por la Iglesia desgarrar para recordarlas estas páginas de la historia?

» Pues bien, señores, vosotros estáis haciendo en pequeño lo mismo que han hecho todos los déspotas, todos los gobiernos conservadores del mundo. Por economizarle unos pesos á los rematadores de bienes desamortizados, vais á abatir nuestra bandera política, la cual no debería nadie desarbolar del mástil en que hace treinta años la colocaron los grandes hombres de Estado de 1853.

(El orador lee aquí las disposiciones sustantivas de la ley de 15 *de junio de* 1853, *página* 64 *del Código).*

» Porque no hay que ocultarlo ni al público que me oye, ni á la generación que se levanta, ni á la Nación, ni al Continente : el interés supremo del Concordato, del convenio con Roma, es el interés de bolsillo de unos cuantos poseedores de bienes eclesiásticos, que ellos quieren confundir hipócritamente con un interés social. Para sanear sus fincas, para realizar las inmensas ganancias que hicieron en la compra de estos bienes, rematados á vil precio en medio de la guerra, apelan á que la Nación les abra el libre mercado de las conciencias á costa de una abdicación vergonzosa, en vez de abrir ellos sus cajas para adquirirlo de la Iglesia, mediante el pago de las cortas limosnas que sus prelados exigen para absolver las obligaciones de conciencia de los católicos.

» Es por otra parte falso que la gran masa de bienes desamortizados permanezca estancada por falta de un convenio con el Pontífice. Una porción muy considerable de esos bienes ha sido absuelta é indultada mediante el pago de pequeñas limosnas, y los prelados tienen autorización para dar estas absoluciones : que paguen los que crean en ellas, como asunto de conciencia, pero que la ley no tome parte en esta negociación.

» Eliminado, pues, este interés (el de la desamortización), tanto por innecesario como por inconstitucional y por indigno, resta saber si necesitáis de un

acuerdo ó Concordato con Roma para que cese la guerra entre el Párroco y la Escuela ; si lo invocáis en nombre de la tolerancia religiosa y del inmenso interés de la difusión de las luces.

» Pero yo aseguro que todavía necesitáis menos del Concordato en este punto que en el de los bienes desamortizados, porque la ley en materia de instrucción pública no debe sancionar nada que sea contrario á la tolerancia religiosa de un lado, ni á los derechos del progreso, á los fueros de la ciencia y de la razón, por otro.

» El Estado no tiene por qué acometer propaganda de sectario contra las creencias religiosas. El Estado es y debe permanecer completamente neutral en estas materias; y en esta parte también mis ideas han recibido la rectificación de la imparcialidad y de la justicia. La lucha de transformación y depuración del sentimiento y de la idea religiosa no es ni debe ser entre la Universidad y la Iglesia ; ella está establecida en el mundo entero, sin que ningún poder humano pueda detenerla ni atenuarla, entre la Iglesia y la Filosofía; y á la ley, al Estado no le es lícito decretar la sustitución de ningún credo religioso por ordenanza. Estas sustituciones se encuentran un día hechas en la conciencia, sin que nadie se aperciba de ellas.

» Decretando, pues, como debe decretarse, y como está establecido, que las puertas de la Escuela estén abiertas para que los ministros de la Iglesia puedan entrar diariamente á dar la enseñanza religiosa á los niños, exceptuando aquéllos á quienes sus padres prohiban expresamente que se dé esta enseñanza, ¿qué tiene la Iglesia que objetar contra nuestras escuelas? ¿qué bandera racional y legítima de rebelión puede alzar contra ellas?

» ¿Ó es que vais á conceder á Roma el derecho de revisar y aprobar los textos de las enseñanzas científicas que deben darse en esas escuelas?

» Pero señores, ¿hasta dónde tendríais que extenderos entonces en la revisión de los textos, para expurgar de ellos todo lo que fuera contrario á los dogmas y á las enseñanzas de la Iglesia? Tendríais que borrar de la física todo lo que fuera contrario al dogma de la resurrección de los cuerpos; de la cosmología todo lo que se oponga á la creación del mundo en seis días, y de la geografía misma la rotación de la tierra al rededor del sol, para que los niños no duden de la veracidad del relato bíblico del milagro de Josué.

» Pero como no puedo pensar siquiera en semejante apostasía, el Concordato es perfectamente inútil sobre este punto, porque la ley, sin necesidad de obligarse á ello por un convenio con Roma, no debe entrometerse en la enseñanza religiosa : primero, porque semejante intrusión sería contraria á la libertad de conciencia y á los derechos de la patria potestad, y por tanto tiránica; y segundo, porque mientras la sociedad no haya edificado, sobre otros fundamentos y otras sanciones, un decálogo de moral tan fuertemente enclavado en la conciencia como el que tiene hoy á su favor la sanción religiosa, un legislador que se respete á sí mismo y que conozca medianamente la naturaleza de sus deberes, no tiene derecho de hacer esa sustitución.

» Oid, señores Senadores, sobre este punto, las opiniones del primer libre pensador del siglo.

" En nuestros tiempos mismos, dice Spencer, siendo incapaz la gran mayoría de los hombres, por falta de cultura intelectual, de ver con suficiente claridad las consecuencias buenas y malas que un acto suyo puede producir en el orden moral, se necesita, para influír en sus actos, pintar con los más vivos colores un porvenir de tormentos ó de alegría, de placeres ó de penas, y de una especie determinada, que pueda figurárselos.

" Para ver claramente cómo un acto bueno ó malo engendra consecuencias internas y externas que van con el transcurso de los años extendiéndose cada vez

más como las ramas de un árbol, se necesita una rara fuerza de análisis. Aun para representarse mentalmente una sola serie de esas consecuencias en un porvenir lejano, se necesita una rara potencia imaginativa, y para apreciar las consecuencias en su conjunto, para ver su número multiplicarse al paso que va decreciendo su intensidad, se necesitaría un talento que nadie posee.

"Un nuevo credo no adquirirá bastante influencia sino cuando sea, como el que hoy reina, un elemento de la primera educación, y se apoye en una fuerte sanción social.

"Si los hombres no hubieran formado poco á poco generalizaciones y principios de moral, en virtud de los progresos de la especie y de la experiencia adquirida acerca de los efectos de tal ó cual conducta; si esos principios no hubieran sido inculcados de generación en generación por los padres á sus hijos, proclamados por la opinión pública, santificados por la religión y fortificados por las amenazas de condenación eterna, en pena á la desobediencia; si bajo la influencia de esos medios poderosos las costumbres no se hubieran modificado, y los sentimientos correspondientes no se hubieran hecho instintivos; en una palabra, si no hubiéramos llegado á ser séres orgánicamente morales, indudablemente la supresión de los motivos enérgicos adoptados por las actuales creencias traerían consecuencias desastrosas."

» El dilema en que yo os coloco, señores, no tiene salida : si lo que vais á conceder á Roma es bueno y lícito y decoroso, y compatible con las instituciones, hacedlo de vuestra libre y espontánea voluntad, sin pedir nada en cambio, sin mendigar favores, sin desdeciros, sin apostatar, sin humillaros, sin aparecer rindiendo homenaje á un poder que, decid lo que querráis, es el contradictor histórico del liberalismo en el mundo; y si lo que vais á pactar no tiene esos caracteres, deteneos en el camino de la apostasía.

» Sed justos, tolerantes, benévolos, generosos mismo con la Iglesia y con Roma, pero no aparezcáis, señores, ante el pueblo colombiano, ni ante los Estados del Continente, haciendo vergonzosa abdicación de los principios fundamentales de la Constitución, confesando que no tuvisteis ni tenéis derecho de legislar, sin permiso de la Santa Sede, sobre asuntos y materias que conforme á vuestras enseñanzas políticas son del dominio exclusivo de los gobiernos temporales.

» Cada país, como cada individuo, de lo que más debe cuidar es de conservar la integridad de su carácter moral y los rasgos distintivos de su personalidad. Colombia no es una potencia militar, ni una potencia marítima; no es un centro industrial, ni un emporio de producción ni de riqueza, cuya falta se haga sentir en los mercados del mundo; ni un foco de luz para las ciencias.

» ¿Qué somos? ¿Qué representamos en el Continente?

» Políticamente somos una tribuna democrática y un pueblo ingobernable por el despotismo, donde son y deben ser plantas exóticas las dictaduras, los caudillos, los gobiernos personales y los gobiernos de facistol.

» Suprimid la tribuna y la cátedra; arriad la bandera de las ideas; ponedla siquiera á media asta, como la ponéis con este proyecto, y no solamente abriréis paso á que se entronicen elementos de tiranía doméstica, sino que llevaréis la tristeza á todos los liberales del Continente que sufren esas tiranías, y para quienes Colombia es una luz y una esperanza. »

BATALLA DE VALMY

(28 de septiembre de 1792)

Le toca su turno á la Revolución Francesa... hasta Valmy, hasta 92; 93 es un horror: sus crímenes podrán explicarse, jamás justificarse. Robespierre, Marat, Danton, Petion, Santerre, Saint Just y toda su cohorte de bebedores de sangre nos inspira no sólo aversión, sino desprecio, por su ferocidad, por su cobardía.

¡Y cuánto daño no le han hecho los autores y los panegiristas de esos crímenes á la causa de la libertad! El espectro de aquella primera república empapada en sangre, que tenía por policía á los delatores y por magistrado al verdugo, bastó para que la Francia hubiera preferido en dos ocasiones solemnes — 1804 y 1852 — el despotismo de uno solo, al despotismo sanguinario de los demagogos, ejercido en nombre de la salud pública. Y hoy mismo, ¡á qué extraordinario conjunto de circunstancias adversas á la reunión de sus enemigos no debe la Francia la República!

En el fondo los novelistas, historiadores y poetas que han hecho legendario el terrorismo, como los que después hicieron legendario al primer déspota, son los verdaderos responsables de que la Francia no haya podido aún consolidarse en la libertad.

Pero aun manchada con los crímenes del Terror, la obra de la Revolución Francesa ha sido uno de los más grandes beneficios para la humanidad. Sólo la más crasa ignorancia ó el más ciego espíritu de oscurantismo pueden repudiarla.

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA Centro de Investigación y Documental

Se ha preguntado muchas veces si otro príncipe que Luis XVI no hubiera podido, por la habilidad ó por el valor, evitar ó desviar la revolución y salvar la monarquía. Nadie habría podido hacerlo. Para toda resistencia se necesita un punto de apoyo, y ni el genio ni el valor habrían podido hallarlo en medio de semejante convulsión. Todo lo que Luis XVI hubiera podido hacer con el templado valor de un héroe, habría sido cambiar el martirio de ignominiosa ejecución, por la muerte gloriosa del soldado en el campo del honor.

No conozco un libro, ningún panegírico de la Revolución Francesa, en que aquella situación esté tan profunda y tan admirablemente descrita, como en la preciosa obra que el historiador realista Beauchesne ha consagrado, por un sentimiento nobilísimo de fidelidad y de piedad, al martirio de aquel desgraciado niño que debió llevar en el trono el nombre de Luis XVII. Dice así:

« Se atravesaba una época de renovación y de cambio. La corriente de las ideas filosóficas del siglo XVIII desbordaba en ella entera. Lo que había de más peligroso era que los espíritus eran á la vez novadores y teóricos, á causa de la larga suspensión de los Estados Generales, que había dejado á la nación extraña á sus negocios. No se veía sino el fin, sin ver la dificultad, y por tanto se creía todo posible.

» Las corporaciones mismas que por su naturaleza parecían destinadas á moderar el movimiento — la nobleza y una gran parte del clero — estaban profundamente imbuídas de las ideas nuevas, de suerte que faltaba el contrapeso á este racionalismo político que hacía pasar no sólo los abusos, sino las instituciones mismas, por el harnero del libre examen.

» El movimiento intelectual de París conmovía el mundo. Los ecos de la Europa y de la América respondían á la voz de la filosofía francesa.

» Más atrevido, aunque menos profundo que Montes-

quieu, Beccaria atacaba en Milán las formas viciosas de la vieja legislación.

» Alfieri en Florencia, Schiller en Weimar, se hacían los Tyrteos de su país.

» Chatham en la tribuna de Inglaterra inauguraba la política moderna.

» La filosofía había iluminado con una luz dudosa, pero brillante, todas las cimas de la sociedad. J. J. Rousseau, Diderot, Helvecio, Voltaire, apóstoles irresistibles de una sociedad sin fe, habían llenado el mundo de sus discípulos. La generalidad del movimiento aumentaba su intensidad.

» Todas las imaginaciones estaban conmovidas; había en todas las almas una aspiración ardiente de renovación del orden social : se notaba en el espíritu de las clases letradas como en los instintos del pueblo, y se sentían en el aire los signos ciertos que anuncian los grandes cambios.

» No había en Europa un solo espíritu superior que se confiara al pasado. Sólo algunas raras medianías se mantenían inmóviles con los ojos cerrados al amparo de las viejas instituciones.

» El torrente de agravios, preñado por tantos siglos, iba á romper sus diques. 1789 salía de las entrañas de la Francia nueva; revolución nacida de las costumbres, de las ideas, de las esperanzas y de las ilusiones de todos.

» Para conducir este movimiento á su objeto legítimo, evitando los escollos plantados en su camino, y para impedir que traspasara su objeto, habría sido preciso el espíritu más previsor y más pronto en sus decisiones, la voluntad más firme, la mano más vigorosa, fuera para innovar á pesar de imprudentes resistencias, fuera para contener la innovación en sus límites racionales, á despecho de su furor. Y aun así no puede afirmarse que con todas estas cualidades se hubiera triunfado, tan grandes eran las dificultades, tan

embriagados estaban los espíritus, y tan corrompidos estaban todos los corazones. »

La Revolución Francesa es el más solemne, el más grandioso, el más heroico, y por lo mismo el más ejemplar y más trascendente acto de liberación de un pueblo que registra la historia del mundo. Es cierto que ya la había precedido de más de un siglo la Revolución Inglesa, que fundó las libertades del pueblo británico, y que las trece colonias inglesas del norte de nuestro continente, recientemente emancipadas, acababan de fundar la gran República Americana; pero sin la Revolución Francesa aquellas conquistas de la libertad no habrían reaccionado sino muy lentamente sobre los otros pueblos : la diferencia de religión, la frialdad, y casi podríamos decir el egoísmo del carácter inglés, y su idioma, que es impenetrable barrera, tienden á aislar, á circunscribir dentro de sus propios límites, la obra de la raza anglo-sajona. La masa de los otros pueblos ni la comprende, ni la siente, ni la conoce. Pero no sucede lo mismo con lo que piensa y con lo que hace la Francia : su idioma, que todos leen, su literatura, que todos devoran, y el entusiasmo y el calor de su simpatía, inoculan, difunden sus sentimientos y sus ideas en el alma de todos los pueblos, para bien y para mal de la humanidad. Los pueblos sur-americanos deben principalmente á la Francia la pasión por la libertad; aunque el romanticismo político, la escuela eminentemente sentimental y empírica, llena de teorías humanitarias, de vaguedades y abstracciones que la educación francesa ha dado á nuestra juventud, perjudique á toda sana idea sobre la naturaleza y el objeto práctico del Gobierno y deba contarse entre una de las muchas dificultades con que luchamos para organizarnos.

Pero con todo y á pesar de todo, la Revolución Francesa ha sido, lo repetimos, uno de los más grandes beneficios para la humanidad.

Su obra política y social puede resumirse así : *conquistó el derecho, fundó la igualdad.*

Antes de ella, los pueblos vivían de la caridad, de la gracia de sus tiranos; los hombres nacían esclavos : no esclavos de sangre, sino lo que era peor, esclavos de casta. Después de ella, todos vivimos de nuestro derecho, y nadie nace ni siervo, ni plebeyo, ni menestral ni pechero, por clase y por destino.

Cuantas veces podemos decir : « éste es mi derecho », hablando de nuestra conciencia, de nuestro honor ó de nuestra propiedad, cuantas veces levantamos el espíritu á las más grandes y nobles ambiciones de la gloria, de la virtud ó del trabajo, oídlo bien, comprendedlo bien, agradecedlo bien; lo podemos decir y lo podemos sentir, porque la Francia nos redimió de la esclavitud del antiguo régimen á costa de su sangre y de su heroísmo.

¿Sabéis lo que era la Francia antes de la revolución? Era un muladar y una prisión. Era una corte de zánganos, y un pueblo de pecheros, de siervos, de vasallos, haraposos, embrutecidos, hambreados, que trabajaba para mantener á aquellos zánganos.

Para poderse formar idea de las sumas dilapidadas por la magnificencia de Luis XIV y en treinta años de guerra, sería preciso reducir las unidades monetarias de la época á otras que representasen arrobas de plata ó libras de oro; y aun así la relación de valor no sería fácilmente comprensible á la simple vista por la magnitud del guarismo : habría que detenerse á meditarlo.

Fuera de esto, Luis XIV murió dejando una deuda de dos mil quinientos millones de francos, á la cual agregaron en siete años las saturnales de la Regencia setecientos cincuenta millones más.

No se sabe cuánto costó el Trianon, el Parc-aux-Cerfs y las queridas de Luis XV.

En 1739, el obispo de Chartres decía al Rey, que en

su diócesis los hombres rumiaban el pasto como los carneros.

El fisco lo devoraba todo para cubrirse del valor de los impuestos : muebles, semillas, ganados. Hombres, mujeres y niños reemplazaban á las bestias de tiro para el arado.

« La percepción de los impuestos, dice Michelet, era nada menos que una guerra organizada : exigía un ejército de 200,000 recaudadores. Sobre la gavela, por ejemplo, que arrancaba 120 millones á los contribuyentes, la administración de la renta gastaba 60, y sólo dejaba la mitad para el Rey. Para extraer la sustancia de un pueblo así empobrecido, hacíase necesaria una penalidad terrible : las galeras, la horca, la rueda. Los agentes de la administración estaban autorizados para hacer uso de la fuerza : mataban, y eran juzgados por tribunales especiales de la misma administración.

« Las dos órdenes privilegiadas pagaban lo que querían : el clero, casi nada, un dón gratuito, insensible; la nobleza contribuía para ciertos derechos; pero según lo que quería declarar : los agentes del fisco, sombrero en mano, se atenían á estas declaraciones, sin examen ni verificación. El vecino, que no era noble ni clérigo, pagaba lo demás. »

Así vivía el pueblo francés, tendido como Job sobre el inmenso muladar de la Francia.

¿ Y la nación ?

La nación estaba sólo representada por la corte y la nobleza, entre las cuales se repartía la sangre del pueblo. La nobleza cerraba la puerta á todas las carreras : sólo ella tenía acceso al ejército, á la lista civil, á la administración, á la diplomacia y á las dignidades y sinecuras eclesiásticas.

¿ Dónde vivía esta nobleza ?

En Versalles.

¿ Qué pedía al Rey ?

Dos cosas: dinero y órdenes de prisión — *lettres de Cachet*, — pasaportes para la Bastilla.

«No hay gran familia, dice Michelet, que sufra alguna pérdida, no hay madre ilustre que necesite casar á su hija, que no obtenga dinero del Rey. Estas grandes familias son el lustre de la monarquía, forman el esplendor del trono. El Rey firma y copia en su *Libro Rojo*: « á Madame... 500,000 libras. »

La seguridad personal, la libertad, está perfectamente caracterizada en la siguiente anécdota que refiere Madame de Hausset, camarera de la Pompadour, en sus Memorias.

Un día el ilustre Quesnay, médico de Luis XV y de la Pompadour, que vivía con ella, se turba viendo entrar al Rey de improviso.

—¿Por qué se turba Ud., le pregunta la de Hausset?

—Señora, contesta Quesnay, ¿cómo no he de turbarme viendo entrar á un hombre que puede, á la hora que quiera, hacerme cortar la cabeza?

—¡Pero el Rey es tan bueno! replica la de Hausset, y Quesnay se calma.

Sí, el Rey es muy bueno; tanto, que para dispensarse de la pena de hacer matar á un hombre, tiene una Bastilla donde se muere vivo.

No hay en la historia moderna nada que pueda compararse al vergonzoso reinado de este príncipe, que logró con sus bajezas, y el cinismo y los escándalos de su torpe corrupción, aniquilar el prestigio con que las virtudes de san Luis, el valor y el patriotismo de Enrique IV y la magnificencia de Luis XIV habían rodeado la monarquía.

El pueblo lo llamaba el rey panadero — *le roi boulanger* — porque para nadie era un secreto que amasaba el tesoro del peculado traficando con el hambre de los pueblos, como el principal especulador en el monopolio de granos.

Deshonró la nobleza haciendo que cuatro hermanas

de ilustre cuna se disputaran simultánea y alternativamente el honor del incesto en el lecho real.

La Pompadour, enervada ó envejecida, conservó por largos años su funesto imperio organizando en el *Parc-aux-Cerfs* un lupanar para satisfacer los vicios de su real amante, con víctimas arrancadas por la violencia ó compradas á la miseria con el oro del Estado.

Una carta de la emperatriz María Teresa, dando á la vil cortesana el título de amiga y prima, impuso el tratado de Versalles y la guerra de siete años, aquella espantosa carnicería, aquel inmenso desastre que costó á la Francia su marina, el Canadá, la India, sus colonias de África, y el ignominioso tratado de París que la obligaba á destruír las fortificaciones de Dunkerke.

Y porque un hombre impulsado por la indignación pública se atrevió á tocar al Rey con la punta de una navaja, este infeliz, llamado Damiens, fué ejecutado en la plaza de Grêve en presencia de toda la corte, en medio de torturas atroces, y con un refinamiento de crueldad que no puede referirse.

En Francia había unas 20 Bastillas. En solo París, fuera de la Bastilla propiamente dicha, había unas 30 prisiones de Estado, donde podía hacerse encerrar á cualquiera por simples letras de Cachet, sin fórmula de juicio.

Estas letras de Cachet se daban en blanco á los intendentes, á los obispos, á los magistrados, á los magnates, y eran en sus manos objeto de provechoso tráfico : se vendían á los padres que querían encerrar á los hijos ; á los que necesitaban deshacerse de un rival afortunado ó de un marido importuno. La Pompadour, la Chateau-Rouge, las cortesanas de Versalles, las guardaban como objetos preciosos en su tocador.

Y el muerto vivo no volvía á saber de los suyos ni de sus amigos.

— ¿ Mi mujer ?

— Tu mujer murió... no, me engaño... ha vuelto á casarse.

— ¿ Y mis amigos?

— Tus amigos, infeliz, son ellos los que te han traicionado.

El testimonio de Cantú es irrecusable. Dice así:

« Las contribuciones al terminar el reinado de Luis XV ascendían á 365 millones de francos, carga intolerable por lo vicioso de su repartición. De las directas, á saber, la capitación, el medio diezmo y la talla, estaban exentos los diezmos territoriales, las rentas feudales, los censos señoriales sobre los siervos, y las rentas públicas; el clero se eximía mediante un donativo voluntario, que apenas ascendía á once millones, mientras gozaba la quinta parte de la riqueza agrícola general; y de la nobleza se exigían la capitación y el medio diezmo, pero ateniéndose á sus declaraciones. De aquí la desigualdad escandalosa é irritante que se notaba. La talla, que el Rey y su Consejo podían aumentar á su arbitrio, envilecía, por que era marca de humildad; y toda clase de violencia en la exacción era permitida respecto de gentes sin derechos.

» Arrendábanse los impuestos indirectos á sociedades en que los cortesanos estaban interesados, de modo que los hacían contratar á precios bajos, engrosando sus caudales á costa de la miseria pública; y los arrendadores enriquecidos daban al Rey, á fin de año, dentro de un bolsillo de terciopelo, una parte de sus ganancias: ofrenda á guisa de propina para que no viese la miseria del pueblo esquilmado. Hacíase la opresión tanto más intolerable cuanto que era diferente de provincia á provincia, habiendo una clase de gabelas en la ciudad y otra en el campo, una para el plebeyo y otra para el noble, una para el artesano y otra para el proletario. Así, en unas provincias valía la sal 8 á 9 francos el quintal, en otras 16, en otras hasta 62: gran fomento para el contrabando que había llegado

á ser plantel de bandidos. Á consecuencia de tales complicaciones, conocidas sólo de los asentistas, el contribuyente no sabía lo que tenía que pagar, ni en virtud de qué ley. Los arrendadores, alegando que no podían cumplir los compromisos contraídos cuando encontraban obstáculos en la recaudación, obtenían un poder despótico, prendían á su arbitrio y castigaban á los contrabandistas con brutal severidad. Cuando un recaudador de impuestos no pagaba al fisco, se prendía á los cuatro mayores contribuyentes hasta que se solventaba el débito; en ocasiones se llegó á castigar con la rueda y la muerte por estas causas, y los presidios estaban llenos de saladores sentenciados por usar sal de contrabando. Un subterráneo de Bicêtre, sin luz ni aire, reservado para los mayores delincuentes, que denunciando á sus cómplices se libraban de la horca, sirvió de encierro por espacio de seis semanas á una persona aprisionada por sospechas de contrabando, y ésta no pudo jamás obtener reparación de los omnipotentes asentistas.

» Otras gabelas pesaban también sobre el pueblo, como trabajos para la conservación de los caminos y la obligación de dejar recoger el salitre por comisionados, los cuales entraban como verdaderos devastadores en las casas, que sólo á gran precio eran rescatadas. En la industria todo era monopolio, extendiéndose por todas partes las trabas de gremios y maestrías. En Ruan, sólo una sociedad de 112 mercaderes podía negociar en granos; únicamente 490 mozos tenían el privilegio de transportarlos, y el de molerlos estaba reservado á sólo cinco molinos. Si en Marsella se introducía vino de la cosecha de otro territorio, se quemaba el carruaje en que se había introducido, se azotaba al carretero y se derramaba el vino.

. . . . . .

. . . . . .

» El Rey vivía rodeado de un esplendor tal, que

debía persuadirlo que era más que hombre. Lo que se llamaba su casa se componía de un limosnero, un mayordomo, un encargado del guardarropa, un maestro de ceremonias, un escudero, un cazador, todos señores principales, con 400 dependientes por lo menos. La casa de la Reina constaba de casi otros tantos empleados y lo mismo la de los Príncipes. Dábanse magníficas pensiones, como sueldos de empleos extravagantes, como el de apresurador de los asados (*hâteur des rôtis*), el de corredor de vinos (*coureur de vins*), porque los llevaba á donde iba el Rey : dignidades compradas y que por tanto era preciso conservar ó rescatar á precios enormes.

» Al perder los nobles los derechos que tenían respecto del soberano, conservaron los que eran gravosos al pueblo. Además de sus inmunidades y privilegios, eran casi los únicos que obtenían los altos empleos; podían renunciar sus cargos y conservar no obstante los sueldos; á los siete años el duque de Frousac era coronel; hasta en la Iglesia la virtud y la doctrina debían más de una vez ceder el paso al nacimiento, y el capelo rojo adornaba las cabezas de ignorantes y disolutos, porque eran príncipes. Subsistían también la jurisdicciones feudales, cuya justicia quedaba al arbitrio del Señor. La inmunidad de los territorios de los nobles hacía difícil la exacción de los impuestos y el pueblo tenía que sufrir este recargo. Los perversos podían serlo inpunemente, burlarse de sus acreedores, obtener cédulas de prisión contra sus enemigos particulares y apelar á la injuria por toda contestación á las demandas. También era elegancia contraer grandes deudas, mantener queridas, ostentar las carrozas á la puerta de las casas de las bailarinas y dejar á las mujeres propias libertad para hacer otro tanto.

» Algunos nobles arruinados se dignaban casarse con las hijas de los contratistas. Pero si el amor ó el interés los inducían á contraer enlaces plebeyos, no

por eso les hacían deponer sus orgullosas distinciones. Hasta el literato y el hombre de ingenio, admitido en las sociedades aristocráticas, debía resignarse á sufrir humillaciones, no podía pedir con la espada satisfacción de las injurias, y á un desafío de Voltaire respondían los garrotes de los lacayos » (1).

Con razón ha podido, pues, exclamar Michelet : « ¡Santa, santa revolución, por qué os tardais en llegar! cuán despacio corre el tiempo, cuán lentas vuelan las horas ».

Pero el tiempo ha llegado al fin. La razón humana aparece bajo la figura y el genio de tres hombres portentosos : Montesquieu, Voltaire y Rousseau. Montesquieu escribe é interpreta el derecho. Voltaire lo aclama; es á la vez su apóstol y su mártir. Rousseau lo funda. Y cuando estos tres hombres han pasado sobre la tierra la revolución está consumada.

La obra de los Estados Generales reunidos en Asamblea nacional fué completa; el mismo historiador católico, Cantú, la resume así :

« Proclamó la igualdad de todos, la libertad de las opiniones religiosas, los derechos del hombre y del ciudadano; hizo desaparecer la preocupación que tanto perjudicaba á las familias de los delincuentes; abolió los votos monásticos, los derechos feudales y las jurisdicciones señoriales, las cédulas de prisión, las aduanas interiores y los derechos de puertas, las clases, los títulos, las libreas, la servidumbre; fundó establecimientos benéficos para dar trabajo, restituyó á los no católicos los bienes confiscados á sus mayores, emigrados á consecuencia de la revocación del edicto de Nantes; suprimió la contribución que pesaba sobre los judíos; abolió los privilegios de caza; levantó la prohibición impuesta á los extranjeros, de testar en favor

(1) Cantú, tom. 6.° época XVII, p. 329-338 y 339.

de otros extranjeros; suavizó el rigor de las penas; calificó de delito la violación de la correspondencia; dispuso que fueran admitidos los hombres de color á formar parte de las asambleas parroquiales de las colonias; declaró, en fin, á todo hombre, de cualquier religión ó color que fuese, habilitado para ejercer todos los derechos que daba la Constitución. El trabajo quedó emancipado : en la tierra por él fecundada cesó la traba que le imponía la exacción del diezmo de sus productos; cesaron de verse limitados sus cambios á los confines de las provincias por medio de las aduanas interiores; cesaron de interrumpirlo los servicios corporales; cesaron de comprimirlo los gremios, y así llegó á constituir la futura fuerza del Estado.

» En materias políticas, la Asamblea sancionó el principio de la soberanía popular para el ejercicio del gobierno, con poderes delegados por elección; se separaron los poderes judicial y administrativo, confundidos en el antiguo sistema. La división del territorio en pequeños departamentos opuso á la reproducción de los privilegios provinciales en obstáculo insuperable; preparó para la Francia vigorosos elementos de unión, de fuerza, de prosperidad; facilitó la unidad legislativa y el rápido despacho de los negocios, y aseguró y acrecentó inmensamente la importancia de París.

» La venta de los bienes nacionales, además de los medios que ofrecía al Gobierno, aumentaba el número de los propietarios; restituía al cultivo inmensas posesiones é interesaba á multitud de personas en el triunfo de la Revolución. Después se abusó de esto, se recurrió á la odiosa medida de la confiscación que por la Asamblea misma había sido abolida, y los asignados, en vez de evitar la bancarrota, la produjeron.

» En el orden eclesiástico fué donde la Asamblea intentó las mayores innovaciones. Así como al principio la única religión admitida era la católica, formando el

clero parte del Estado, teniendo tierras, diezmos, cuantiosas rentas y administración propia, entonces se abolieron los diezmos, se decretó la libertad de cultos, se asignaron sueldos á sus ministros y desamortizáronse sus bienes » (1).

Pero era imposible que la Francia pudiera realizar semejante revolución en medio de la monarquía de derecho divino y en el seno de la Europa feudal, sin provocar la cólera de los reyes y el despecho de las clases privilegiadas, á quienes desposeía de sus monstruosos derechos. Los nobles emigran en masa á solicitar el apoyo de las potencias del Norte, y forman en Coblenza, bajo la presidencia del conde de Artois y de los Condé, una especie de restauración monárquica, que logra al fin, bajo las inspiraciones de la cólera y de las más exaltadas ilusiones sobre el prestigio de su perdido poder, comprometer al emperador Leopoldo y al rey de Prusia en una coalisión contra la Francia revolucionaria, la cual fué acordada en Pilnitz el 27 de agosto de 1791.

Los reyes coaligados exigían : 1.°, que se restableciera la monarquía al estado que tenía el 23 de junio de 1789, antes de la reunión de las tres órdenes de los Estados generales en Asamblea nacional; es decir, que se deshiciera ó anulara la obra de la Revolución; 2.°, que se respetaran los derechos feudales de los señores alemanes de Alsacia y Lorena; y 3.°, que se devolviera Avignon al Papa.

La indignación pública no reconoció límites. La Francia revolucionaria, como un león herido, contestó á tan insólita provocación declarando la guerra el 20 de abril de 1792.

La amenaza de las potencias extranjeras hizo imposible ya toda transacción en el interior. Había llegado

---

(1) Cantú, Tomo VI, época XVIII, páginas 424 y 425.

aquel momento supremo, que llega siempre en todas las grandes crisis, en que la moderación se confunde con la traición, y en que no hay duplicidad, ni habilidad, ni disimulo que pueda mantenerse de pie sobre el Océano embravecido de las pasiones políticas.

Tres partidos poderosos se agitaban en el seno de la revolución : el realista antiguo, compuesto del clero y de todas las clases privilegiadas, desposeídas de sus derechos, destronado pero no vencido, que por lo mismo que había sido la tradición y el pasado, un pasado de diez siglos, contaba aún con grandes recursos y poderosos elementos para luchar y vencer; el realista constitucional, moderado y sinceramente patriota, que una vez corregidos los abusos, remediados los males y establecidas todas las libertades compatibles con el mantenimiento del orden social, creía que la Revolución debía darse por satisfecha, y que la Francia, como la Inglaterra, debía conservar la monarquía limitada bajo el imperio de la Constitución de 1790 expedida por la Asamblea nacional. Este partido habría sido indudablemente el del patriotismo, si la nación hubiera podido tener confianza en Luis XVI. La debilidad y la duplicidad del carácter de este príncipe, desprovisto del valor necesario para combatir la Revolución, espada en mano, á la cabeza de sus tropas, como Carlos I, ó para ponerse de buena fe al frente de ella, si estaba convencido de la justicia y de la necesidad de las reformas, dirigir y moderar su desarrollo; el apego á un trono y á un poder cuyas limitaciones rechazaba en su conciencia, por considerarlas en su estrecho entendimiento y en el reducido horizonte de su educación y de sus ideas, como otras tantas usurpaciones al derecho divino de la monarquía; todo esto, unido á las imprudencias, al irritante orgullo y á las faltas políticas de su incorregible esposa, consumaron su pérdida, y fueron en gran parte causa de los excesos de la Revolución.

En suma, el partido monárquico constitucional, de que eran jefes Lafayette y Dumouriez, pretendía realizar un imposible : — reformar la monarquía, pasando de la monarquía absoluta á la monarquía constitucional con el soberano del antiguo régimen. Semejante cambio era imposible con los Borbones, como había sido imposible en Inglaterra con los Stuardos : faltaba á la dinastía francesa un príncipe de Orange, es decir, un grande hombre, que no puede improvisarse. Y existía finalmente el partido de la Revolución — Girondinos y Jacobinos, — que aunque obligados á disfrazarse, y á ampararse por el momento bajo la Constitución monárquica del año 90, estaban convencidos de que tenían que ir á la República.

La Asamblea, en la cual imperaban los Girondinos, comprendiendo que el principal aliado del extranjero estaba en las Tullerías, resolvió, por un movimiento decisivo, poner á prueba la lealtad del Rey en el peligro que amenazaba la patria. La Asamblea decreta la formación inmediata de un campo de 20,000 voluntarios con ocasión de la próxima fiesta del 14 de julio, aniversario de la toma de la Bastilla, para hacer frente al ejército do la Corte, y autoriza la proscripción del clero disidente. Si Luis XVI sancionaba estas leyes, privado el realismo del apoyo moral del trono, quedaba anonadado; y si les oponía su veto, el Rey quedaba en evidencia ante la nación. El decreto contra el clero, propuesto por Vergniaud, el más humano de los Girondinos, establecía « que la deportación contra cualquier miembro del clero tendría lugar si era pedida por 25 ciudadanos en ejercicio, aprobada por el distrito y sancionada por el departamento, y que el deportado tendría tres libras por día como gastos de viaje hasta la frontera ».

El Rey y la Revolución quedaron, pues, frente á frente en presencia de la coalición extranjera, y era preciso, indispensable, decidirse.

Lafayette, que mandaba el ejército de Sedán, escribió con fecha 16 de junio, desde el campo de Maubeuge una carta á la Asamblea, espada en mano, como la que habría podido escribir César al Senado romano después de Pharsalia, imponiendo condiciones, recomendando el respeto al trono y á la libertad de conciencia, y otra al Rey en que le decía : « Persistid, señor : armado de la autoridad que la Constitución os ha delegado, encontraréis á todos los buenos Franceses prontos á rodear el trono ». Pocos días después, el arrogante autor de estas cartas, abandonado del ejército, pasaba la frontera para buscar refugio en país extranjero. Los Austriacos le hicieron el importante servicio de aprisionarlo alevosamente y encerrarlo en la ciudadela de Olmütz hasta 1797 en que un artículo especial del tratado de Campo-Formio le devolvió la libertad. Sin este sacrificio la cólera y la injusticia de los partidos se habrían atrevido á manchar su reputación.

Lafayette era perfectamente sincero, pero iluso : su ilusión consistía en creer que podía salvarse la Constitución manteniendo en el trono á Luis XVI. Aunque amigo de Washington y republicano de ideas, como no era ambicioso, comprendía con toda claridad, como en nuestros días lo comprendió y lo practicó Garibaldi, el republicano, el patriota, el primer héroe legendario del siglo, respecto de Italia, que la Francia no estaba preparada para la república; que la república proclamada en medio de las pasiones revolucionarias, no sería sino el reinado de la anarquía y la violencia, de las cuales saldría el despotismo. Su vida entera da testimonio de su sinceridad y de su patriotismo : tan extraño permaneció en 92 á las ambiciones del demagogo, como después de su soltura de Olmütz á las de cortesano del cesarismo. Rindámosle el homenaje de la verdad y de la justicia y reanudemos la relación de estos sucesos.

El Rey resistió; y con la misma arrogancia con que hubiera podido hacerlo antes de 89, como si se tratara de un decreto del antiguo Parlamento de París, ordenó á sus ministros que refrendaran el veto. Dumouriez y sus colegas presentaron su dimisión, que el Rey aceptó. Al despedir el ministerio que tenía la confianza de la Asamblea, el Rey pensaba que aun podía gobernar sin su autoridad y sin su apoyo. Desligado, separado de la Asamblea, que era el poder supremo de la Constitución, el Rey quedaba de hecho y de derecho suspendido sobre el abismo de la Revolución, que debía sepultarlo; y á ese abismo descendió en dos jornadas — 20 de junio y 10 de agosto — la una imponente y grandiosa, la otra sangrienta y terrible.

El 20 de junio el pueblo penetró en el palacio pidiendo la sanción de los decretos y el llamamiento del ministerio caído, y obligó al Rey á decorarse con el gorro frigio de la libertad : el ídolo de la monarquía, tocado por la mano del pueblo, quedaba así deshecho.

El Rey y la Reina estuvieron á la altura de su dignidad. En un momento de gran peligro, un oficial dice al Rey : « Señor, no temáis nada » — *Sire, ne craignez rien.* El Rey por toda respuesta, tomándole la mano con fuerza y poniéndosela sobre el corazón, le dice : « Yo no tengo miedo; he recibido los sacramentos; que hagan de mí lo que quieran. » Había en él un mártir de los primeros siglos; faltaba el héroe.

La Reina hizo llorar con sus respuestas llenas de dignidad y de valor á las mujeres que la insultaban.

El 10 de agosto el pueblo de París, azuzado por los agitadores de las secciones, derribó la monarquía en medio de espantosas matanzas. La Asamblea declaró vacante el trono y encerró al Rey en el Temple. Aquí terminaba su derecho, ó mejor dicho el de la nación. La ejecución de Luis XVI y de la Reina fué un abuso de la fuerza, tan injusto é innecesario como cobarde. De todos los sofismas con que la tiranía cubre sus crí-

menes, ninguno más hipócrita ni más pérfido que el que pretende justificar el sacrificio de sus víctimas diciendo que es para matar con ellas una idea; como si las instituciones ó las ideas estuvieran vinculadas á la vida de un hombre; como si hubiera faltado quien hubiese recibido la corona en caso de que el absolutismo hubiera triunfado sobre la nación.

Volvamos ahora á la guerra.

La coalición contaba con la desorganización militar en que se encontraba la Francia. Los jefes y oficiales del antiguo ejército de la monarquía, todos nobles, estaban en las filas de la emigración. Tres años de revolución para destruír el antiguo régimen, no habían permitido fundar administración ni gobierno. La lucha entre la Asamblea y el Rey, las poderosas facciones rivales que ya se aprestaban para devorarse, y las ilusiones que el desmedido orgullo de los emigrados se forjaba sobre el apoyo que encontrarían en las clases populares, por tantos siglos acostumbradas á respetarlos y obedecerlos, todo hacía creer al duque de Brunswick, general en jefe del ejército aliado, que la campaña sería un simple paseo militar hasta París; y así se lo decía á sus oficiales.

Brunswick mandaba los restos de los aguerridos soldados del gran Federico en la guerra de siete años, acostumbrados á recibir á pie firme el fuego, contra montoneras indisciplinadas y bisoñas, que por primera vez iban á soportar esta terrible prueba de la disciplina y del honor militar. Pero los reyes coaligados no contaban, ni podían contar con que la falta de disciplina, de organización y de táctica, iba á ser suplida por un elemento de ellos desconocido: por el fanatismo de un pueblo redimido de la tiranía, y loco, ebrio de amor por la libertad.

Los Franceses abrieron la campaña invadiendo á Flandes con fuerzas muy superiores á las del enemigo; pero el primer cuerpo de 4,000 hombres, que pasó la

frontera, fué derrotado casi sin disparar un tiro, por un destacamento muy inferior de la guarnición austriaca de Tournay. El mismo día, otra división de 10,000 hombres mandada por Byron, fué también derrotada por una columna austriaca, con las primeras balas de cañón que cayeron en sus filas.

Entre tanto, los aliados habían concentrado sobre el Rhin, para marchar directamente por los Ardenes y Châlons, sobre París, un ejército admirablemente disciplinado, equipado y mandado, en nada inferior á ninguno de los que la Alemania había reunido hasta entonces para la guerra, compuesto de 60,000 Prusianos, formados en la escuela del gran Federico, herederos de las glorias de la guerra de siete años, y considerados como las mejores tropas de Europa; de 45,000 Austriacos, que acababan de servir en la reciente guerra contra los Turcos; de un numeroso cuerpo de Hessianos, y de 15,000 emigrados, de los más orgullosos y valerosos hijos de la nobleza francesa.

Á este poderoso ejército debían Dumouriez y Kellermann oponer los insubordinados é indisciplinados batallones de voluntarios, que diariamente afluían á guardar la frontera y á ofrendar orgullosos su vida en defensa de la libertad; muchos de ellos manchados ya con los primeros crímenes de la Revolución.

Á fines de julio el ejército aliado dejó sus acantonamientos del Rhin y pasó la frontera. El 20 de agosto se presentó delante de Longwy, cuya guarnición se rindió á las primeras bombas.

El 25 de agosto, en los momentos en que guillotinaban en el Carrousel al autor de un opúsculo realista, y en que las masas desenfrenadas preparaban en las Tullerías una fiesta funeraria en honor de sus muertos en la jornada del 10 de agosto, llegan á París las noticias de la invasión del territorio, de la rendición de Longwy, y de la capitulación de Verdun.

Las pasiones demagógicas de este pueblo fanatizado

por la libertad, estallaron en un grito de venganza y de muerte. La fiesta de los muertos del 10 de agosto se celebró el domingo 27 con un aparato lúgubre, tétrico, aterrador. Detrás de las viudas y huérfanos de las víctimas, vestidos de túnicas blancas, ceñidas con cinturones negros, iban los sarcófagos de los muertos; en seguida una estatua colosal de la Ley, con la espada de la justicia en la mano; detrás de ella el tribunal revolucionario creado el 17 de agosto, y por último todos los miembros de la Asamblea nacional, llevando coronas cívicas en honor de los muertos. En el patio principal de las Tullerías se había levantado una inmensa pirámide cubierta de sarga negra, con las inscripciones de las matanzas atribuídas á la corte : — *Nancy*. — *Nîmes*. — *Montariban*. — *Campo de Marte*, etc., etc.

El 2 de septiembre, el mismo día en que Verdun se entrega á los aliados, el pueblo se arroja sobre las prisiones y se sacia en la sangre de millares de víctimas indefensas, hombres, niños, mujeres y ancianos. Tal fué el bautismo de sangre que recibió la República.

La conciencia del mundo civilizado execra á los autores de estos crímenes. No hay una calle, una encrucijada, el más triste sitio que en Francia se haya atrevido á llamarse *rue Marat*, ó *rue Robespierre*. La heroína que puso fin á los días del primero de los monstruos que acabamos de nombrar, fué llevada al cadalso con la túnica roja de los asesinos; pero la posteridad ha revocado el fallo : ha entregado á Marat á la execración universal, y asocia el nombre de Carlota Corday á los de Timoleón y de Bruto.

Los dos ejércitos no estaban ya separados sino por la cadena de montes del Argón, entre Grandpré y San Ménéhould, considerados entonces como las Termópilas francesas de la frontera del norte. Dumouriez tenía su cuartel general en Grandpré, cubierto su frente por el Argón, en cinco leguas de extensión hasta San Ménéhould; su izquierda por los cuerpos de Miaczinski,

hasta Sedán; y su derecha por los cuerpos de Dillón, y por los 20,000 hombres que Kellermann le traía de Metz.

Pero he aquí que el 14 de septiembre, los Austriacos, al mando de Clairfayt, fuerzan el desfiladero de Croix-au-Bois — derrotando á Chazot, y el cuerpo de emigrados pasa el del Chene Populeux, destrozando á Duborquet : ambos jefes huyeron en derrota hasta Châlons.

Terribles fueron estos momentos para Dumouriez, en medio de un ejército de voluntarios y fanáticos, que veía por todas partes defecciones y traiciones. En París mismo los jefes de la Asamblea creían que el ejército debía replegarse sobre el Marne, antes de que Brunswick en pocas jornadas más ocupara á Châlons, y lo incomunicara con la capital; pero Dumouriez desdeñó este consejo del miedo, comprendiendo que una retirada con tropas colecticias, en presencia de un ejército victorioso y aguerrido, equivalía á una derrota, y lo único á que la toma de los desfiladeros del norte del bosque lo obligó, fué á pasar el Aisne para venir á situarse á la otra extremidad del Argón en San Ménéhould. La prudencia y el arte aconsejaban la retirada sobre el Marne; « pero él, como dice Lamartine, se desentendió de los prudentes consejos del arte, y sólo hizo caso del entusiasmo, ese arte sin reglas del genio ».

El 17 de septiembre entró Dumouriez en su nuevo campamento de San Ménéhould, y entonces escribió al presidente de la Asamblea : « Me he visto obligado á abandonar el campamento de Grandpré. Estaba concluída la retirada cuando se difundió en el ejército un terror pánico : 10,000 hombres huyen delante de 1,500 húsares prusianos; pero el mal está reparado y yo respondo de todo ».

El 19 de septiembre se incorporaron al cuartel general los 10,000 hombres que Beurnonville traía del norte, casi á la misma hora en que se anuncia la lle-

gada de Kellermann con 20,000 hombres del ejército de Metz.

El mismo día 19 el ejército prusiano había despuntado la extremidad norte del Argón por Vouziers y pernoctaba en Somme-Tourbe, á inmediaciones de Reims, interponiéndose realmente entre Dumouriez y la capital, que quedaba en descubierto; pero Dumouriez conocía de treinta años atrás á los enemigos; los había lidiado en la guerra de siete años, y sabía perfectamente que ellos, desprovistos del « arte del genio », no cometerían en ningún caso la falta de dirigirse sobre una capital de 600,000 almas, que cerraría sus puertas, dejando á la espalda un numeroso ejército que le cortaría su retirada y lo incomunicaría con su base de operaciones. Permaneció pues tranquilo en San Ménéhould.

Designóse á Kellermann el campamento de Dampierre, á la izquierda de San Ménéhould; pero Kellermann, con ojo más seguro, se corrió en la misma dirección hasta la meseta de Valmy á 11 kilómetros del cuartel general. Dumouriez para corregir lo que él conceptuaba un error, lo mandó reforzar con 8 batallones y 8 escuadrones mandados por Khazot, y prolongó su izquierda hasta tocar la derecha de Kellermann con 26 batallones á las órdenes de Stengel y Beurnonville. El ejército francés apoyaba, pues, su derecha en San Ménéhould situado sobre la banda izquierda del Aisne, y su izquierda en las alturas de Valmy, dando el frente al N. O. y su retaguardía al S. E.

No entra en el plan de este libro dar descripciones estratégicas ni propiamente militares de las batallas, bastando á nuestro propósito una simple descripción topográfica para que el lector pueda formar una idea general de ella : menos todavía entramos en los detalles del combate.

Las columnas de Brunswick desembocando por el camino de Châlons, dirigieron su ataque sobre Valmy. Á la mitad de la cuesta de la colina de la Lune, los

zapadores nivelan el terreno, y en un momento enfilan contra las alturas de Valmy 58 piezas divididas en 4 baterías, una de obuses. La artillería francesa contesta sus fuegos inmediatamente. Kellermann, que espía el momento decisivo para una carga, sale á darla en persona; pero una nueva batería que ha permanecido oculta en los repliegues del terreno, destroza sus columnas, y él mismo cae bajo su caballo despedazado por un casco de metralla.

En vano vuela el joven duque de Chartres á reparar el desastre con la reserva de la artillería. El duque de Brunswick, sin dar lugar á que se afirmen de nuevo las líneas francesas, forma 3 columnas de ataque sostenidas por dos alas de caballería, y se adelanta á sepultar bajo sus masas las alturas de Valmy. Pero Kellermann que recorre sus filas á los gritos de ¡viva la Nación! ¡vamos á vencer por ella! haciendo pasar á sus 22,000 soldados el alma de la Revolución, carga á la bayoneta las columnas prusianas, las cuales antes de recibir el choque cambian sus cabezas y vuelven lentamente á sus posiciones.

En compendio esto fué Valmy. No fué una derrota del ejército alemán; pero sí fué una victoria del ejército francés, delante del cual se retiraba el ejército dos veces más numeroso de la más poderosa coalición europea.

El mismo día, 20 de septiembre de 1792, en que los generales Dumouriez, Kellermann y Miranda (que allí estaba), obtenían esta victoria, la Asamblea nacional decretaba la abrogación de la monarquía, el destronamiento de Luis XVI y la fundación de la República, precedida de los asesinatos de Lyon, Meaux, Reims y Versalles, y de las infames matanzas del 2 de septiembre, ordenadas ó azuzadas por Dantón.

Dumouriez, que no era jacobino, por lo mismo que era liberal y patriota, se horrorizó, y para salvar la Francia de manos de los asesinos de París, entró en negociaciones secretas, que, como dice Lamartine, no

fueron ni una debilidad ni una traición, con el rey de Prusia y el duque de Brunswick.

— Coaliguémonos para consolidar las reformas necesarias de la Revolución, pero conservando la monarquía constitucional, y salvando la vida de Luis XVI, le decía Brunswick á Dumouriez.

— ¡Por ese camino, imposible! Consentid en evacuar el territorio francés, como resultado de esta victoria, para que me hagáis aparecer como el Libertador de la Francia ante la Revolución. Lo demás corre de mi cuenta, contestaba Dumouriez.

Terminóse en consecuencia una convención militar por la cual se estipuló : « que el ejército francés no inquietaría la retaguardía de los prusianos hasta el Meuse; y que más allá de este río, el ejército francés se limitaría á observar, sin atacar, con la condición de que el rey de Prusia devolviese pacíficamente las ciudades de Longwy y de Verdun. »

Uno y otro se engañaban con las mejores intenciones. Se engañaban creyendo que la Revolución Francesa pudiera, antes de gastarse ella misma, ser dominada, ni dirigida ni guiada por ningún hombre, por grande y poderoso que fuera. Todos los que se le opusieran estaban fatalmente destinados á caer aplastados por su peso ó segados por su guadaña.

« Fuera de Dumouriez y de Kellerman, dice sir Edward, se encontraba en el campo francés, mandando el ala derecha, uno de los hombres que más debía participar del viento próspero ó adverso de la Revolución, el joven duque de Chartres, llamado después á reinar con el nombre de Luis Felipe I. En el campo prusiano se encontaba Goethe. Cuando por la noche algunos oficiales prusianos, abatidos y taciturnos, le preguntaron qué pensaba él de esta jornada, Goethe contestó : « En este lugar y en este día principia una nueva era en la historia del mundo, y podeis decir que habeis asistido á su nacimiento. »

BATALLA DE BAILÉN

(15 de julio de 1808)

Un hombre de talento, el doctor Emiliano Restrepo, me dió hace algunos años la historia de Napoleón I por Lanfrey, diciéndome : « Lea Ud. esta obra, que desgraciadamente la muerte del autor dejó incompleta : es el *Tácito francés.* » Debo confesar con entera franqueza que yo no comprendí entonces, ni aun después de haberla leído, todo el alcance del juicio; creí que se refería únicamente al estilo y al mérito histórico y literario del libro : fué necesario que recientemente un amigo mío, el doctor Teodoro Valenzuela, de quien Posada dijo con mucha justicia : « como él hay pocos en la América del Sur », pusiera en mis manos *Los Genios* de Víctor Hugo, para que viniera á revelárseme toda la profundidad del juicio del doctor Restrepo. Sí, exclamé, leyendo la pintura de Tácito en el libro inmortal de Víctor Hugo; efectivamente Lanfrey es el Tácito francés. Así como Tácito « sentado sobre la curul del genio, hace comparecer y sorprende en flagrante delito de todas las iniquidades á aquellos monstruos que se llamaron Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón »; así como Tácito « aplica su estilo sobre una espalda de emperador y la marca indeleblemente, con llaga hondísima, con la concisión del hierro candente », de la misma manera Lanfrey escribiendo la historia de Napoleón I, no desde el falso punto de vista de la gloria, sino con el criterio de la dignidad humana, de la independencia de las naciones y del derecho de los pueblos,

hace como Tácito comparecer delante de este supremo tribunal de la Historia al mayor tirano que han visto los tiempos modernos, y lo entrega marcado con el hierro candente de inapelable sentencia al juicio de la posteridad.

La Alemania, la Prusia, la Italia, el Austria, sin contar la Bélgica y la Holanda, habían sucumbido bajo las armas del opresor de Europa; pero habían sucumbido combatiendo en Rívoli, en Marengo, en Ulm, en Viena, en Austerlitz y en Jena.

Sólo la España, entregada por la debilidad de un rey decrépito en manos de un favorito, había abdicado de su dignidad, haciéndose la humilde y complaciente aliada de Bonaparte, á quien había entregado sus ejércitos, su tesoro y su escuadra, vencida en Trafalgar. Don Manuel Godoy, que escasamente habría podido desempeñar las funciones de director de un conservatorio en tiempo de paz, era el hombre elevado por el favor de la Reina al puesto de primer ministro, de generalísimo de los ejércitos de España y almirante de Castilla, para hacer frente al poder colosal de Napoleón. Godoy, halagado por éste con la oferta de un principado en los Algarves, todo lo había sacrificado en servicio del opresor de Europa. Pero llegó un día en que no conociendo ya freno á su ambición, Napoleón volvió los ojos á España, al parecer degenerada y degradada, y resolvió engastarla en su corona, como apanaje de su diadema imperial.

La solemnidad de la causa, los derechos de la verdad histórica, el respeto debido á aquella guerra de independencia, que hizo á España más grande por el heroísmo, que lo fuera con Carlos V y Felipe II por el esplendor de sus conquistas, y los fueros de la justicia, que no debe ser defraudada del castigo impuesto al delincuente, exigen que, *siguiendo fielmente* la narración del Tácito francés, nos limitemos en estas páginas á condensar la luz sobre los puntos salientes de aquella historia.

Someter la España á su obediencia y transferir su corona á uno de sus hermanos, pareció á Napoleón, en el estado de abatimiento á que su funesta alianza la había reducido, sin ejército, sin marina, sin tesoro, sin gobierno y sin rey, asunto de palaciego complot, y de un paseo triunfal de sus legiones al través de la Península. Para dar principio á la obra envió á Madrid á Beauharnais, ex-cuñado de Josefina, destinado á representar cerca de la corte de España la misma misión que Villetard había representado en 1797 cerca de la República Veneciana : agitar y explotar las tristes disensiones de la familia real, tal era la misión de Beauharnais; y el príncipe de Asturias, que odiaba en Godoy al favorito de la Reina, que se veía humillado y oprimido por él, y de quien la oposición y los descontentos hacían su jefe natural en estas circunstancias, debía ser el centro obligado de las intrigas del embajador francés. El carácter avieso, suspicaz y sin elevación del príncipe que después se llamó Fernando VII, y la pequeñez de su privado y consejero, su antiguo preceptor Escoiquiz, hacían comparativamente fácil la tarea de la diplomacia imperial. Era el canónigo un curial vanidoso y tonto, con pretensiones á hombre de Estado y al manejo de la intriga y de grandes negocios políticos : había traducido sucesivamente el *Paraíso perdido*, de Milton, y á *Monsieur Botte* de Pigaut Lebrun; y esto da la medida de su valer.

En el fondo la partida se jugaba, pues, no entre el Rey y el Príncipe, sino entre Godoy y Escoiquiz ; entre el favorito del padre, y el favorito del hijo ; y el canónigo, creyendo dar desde la primer jugada jaque mate á su adversario, propuso á Beauharnais el matrimonio de Fernando con una princesa imperial. Escoiquiz pensaba que el flaco de Napoleón, en su calidad de advenedizo dinástico, eran las alianzas reales, y que ésta debía colmarlo de orgullo. Beauharnais encantado de la petición prometió referirla á su amo. Esto pasaba

en el mes de julio de 1807. En septiembre, Beauharnais, siguiendo las instrucciones de Napoleón, manifestó á Escoiquiz que para adelantar la negociación necesitaba algo más que palabras. En consecuencia, Escoiquiz le entregó el 12 de octubre una verdadera carta súplica, firmada el 11, que el príncipe de Asturias dirigía al Emperador, en la cual, después de pintarle el estado de opresión en que vivía, imploraba su protección, y concluía suplicando que se dignara acordarle el honor de aliarlo á la familia imperial.

Semejante paso, dado por el heredero presunto de la corona, sin conocimiento del Soberano, constituía, como se comprende, un verdadero crimen de Estado en un gobierno monárquico, y como toda la conducta del Príncipe, su activa correspondencia secreta, y sus relaciones con los descontentos, fuesen en extremo sospechosas, el Rey y el favorito resolvieron apoderarse repentinamente de sus papeles, por una visita domiciliaria, el 28 de octubre; y sobre las pruebas que ellos suministraron, el Rey le pidió su espada y lo constituyó prisionero de Estado en sus propios departamentos del Escorial, el 29. Entre los papeles aprehendidos se encontró una Memoria que Escoiquiz preparaba para apoyar la petición de matrimonio, la cual contenía, en términos muy velados, una alusión bien clara á las relaciones de la Reina con el príncipe de la Paz. Esta revelación abominable de la parte de un hijo, no era sin embargo sino la repetición de lo que Napoleón mismo había hecho llegar á oídos del Rey, para atizar las disensiones de la familia real.

Tan lejos estaba Carlos IV de sospechar que la mano de Napoleón anduviese mezclada en esto, que buscando consuelo á sus penas, el infeliz Rey le escribió después de estos sucesos, una carta de amigo, llena de bonhomía y de candor, pintándole las desgracias domésticas que lo afligían, y suplicándole que se dignara ayudarlo con sus consejos y sus luces.

Tal era la situación precisa á que Napoleón quería traer los negocios de España.

Armado de la carta del hijo implorando su protección, y de la carta del padre acusando al hijo y pidiéndole sus consejos y sus luces, Napoleón pensó que tenía ya en su poder los *documentos* con que debía engañar á la posteridad sobre su conducta en la intervención de España, y que había llegado el momento preciso de presentarse como el mediador desinteresado, como el árbitro generoso, como el regenerador de la desgraciada España. Si de esta intervención resultaba que el padre, enfermo de tristeza y de invencible hastío por los negocios del mundo, y el hijo agradecido por el alto honor de ascenderlo del trono de San Fernando y Carlos V, al rango de príncipe de la familia Bonaparte, renunciaban en su favor la corona de España, ¿qué más podía apetecer el pueblo español? ¿qué tendría el mundo que objetar á este respecto?

En consecuencia Napoleón da orden al ministro de la Guerra, Clarke, el 13 de noviembre, para que el ejército de Dupont pase la frontera, alegando la necesidad de ir á sostener el ejército de Junot en Portugal, con absoluto desprecio delt ratado de Fontainebleau, firmado 15 días antes, en que se estipulaba que las tropas francesas no entrarían en España sin consentimiento del Rey. Napoleón da la orden de invadir la España, y parte con grande ostentación para Italia, para que se crea que ninguna importancia especial da á este acontecimiento; que es un simple detalle de su plan de operaciones en el Continente, como cuatro años antes se había encerrado en la Malmaisón mientras fusilaban por su orden al duque d'Enghien.

En presencia de lo que pasaba en Portugal, de donde la familia real había huído para buscar un refugio en el Brasil, el 30 de noviembre, y de la concentración de tropas en su propio territorio, la vergonzante corte de Madrid, ó mejor dicho el Rey y el favorito, principiaron

á comprender toda la gravedad de las faltas que la debilidad del uno y la bastarda ambición del otro hacían pesar sobre la desventurada España; pero incapaces ó impotentes para tomar el camino del honor, no pensaron sino en apurar el de la humillación.

El rey Carlos escribió entonces á Napoleón, solicitando en forma, en nombre de la corona, como un favor para su casa, la alianza de su hijo con una princesa imperial.

Napoleón regresó á París el 3 de enero de 1808, y retardó hasta el 10 la contestación á la carta del Rey, de 18 de noviembre. Se declaraba en ella tan deseoso como el Rey mismo de estrechar los lazos que unían á los dos Estados, y consentía de buena voluntad en el matrimonio del príncipe de Asturias con una princesa de la dinastía imperial; pero escrúpulos de alta delicadeza lo obligaban á hacer una reserva : « V. M., decía, debe comprender que ningún hombre de honor consentiría en aliarse á un hijo deshonrado por su propia declaración (haciendo alusión á la Memoria encontrada entre los papeles del Príncipe, en que se acusaba á la Reina de sus relaciones con Godoy), sin tener la certeza de que este hijo ha vuelto á hacerse digno de la gracia de Su Majetad ».

La tropas francesas continuaban entrando en España, como si la frontera no existiera. Después de Dupont había llegado Monsey con 30,000 hombres; después de Monsey, la división de Duhesme, que se había dirigido de Perpignan á Barcelona para cubrir el ejército de Portugal; al mismo tiempo que de la otra extremidad de los Pirineos la división Darmagnac avanzaba sobre Pamplona. El número total de tropas concentradas ya en España montaba á 80,000 hombres, sin contar el ejército de Junot que ocupaba á Portugal. *El Monitor* de 24 de enero explicaba todo este movimiento de tropas por la necesidad de defender la Península contra un proyectado desembarco de los ingleses en Cádiz.

Entre tanto el ejército español, puesto por Godoy á las órdenes de Napoleón, estaba diseminado, parte en Hamburgo, parte en Portugal, donde Junot tenía orden de retenerlo, y el resto en la extremidad meridional de la Península, donde por exigencias de Napoleón se le había confinado, para rechazar la pretendida invasión de los Ingleses.

Por muy sospechosa que fuera la conducta de Napoleón á Carlos IV y á Godoy, no les quedaba ya más recurso que esperarlo todo del amo en cuyo poder se habían entregado; así es que los capitanes generales de las provincias invadidas tuvieron orden de hacer á las tropas francesas la acogida más amistosa. De estas órdenes se aprovecharon sus jefes para adueñarse por todas partes de las plazas fuertes y de las ciudades que estaban á su alcance. Darmagnac en Pamplona, Duhesme en Monjuí y en Figueras, Murat en San Sebastián, cumpliendo sus instrucciones, pusieron en obra las más vergonzosas supercherías para adueñarse por traición de estas plazas, que no habrían podido tomar con las armas en la mano.

Carlos IV., después de la carta en que Napoleón mostraba tan poco empeño en unir una princesa imperial á un hijo deshonrado, se había abstenido naturalmente de volver á hablar del asunto; pero Napoleón, resuelto ya á buscar pretextos para un rompimiento, haciendo un crimen de este silencio, le escribía con fecha 28 de febrero de 1808: « Vuestra Majestad me ha pedido la mano de una princesa francesa para el príncipe de Asturias. Contesté el 10 de enero que consentía en ello; pero V. M. no me habla más de este matrimonio. Todo esto deja en la oscuridad muchos asuntos importantes para el interés de mis pueblos; y espero de su amistad se sirva disipar todas mis dudas ».

Para azuzar el celo y los instintos sanguinarios de Murat, Napoleón dejaba caer palabras equívocas que lo hicieran esperar la corona de España. « Llegará el

tiempo, escribía á Jerónimo, con fecha 30 de enero, en que Murat será colocado en otra parte »

Con fecha 16 de marzo de 1808, Napoleón escribía á Murat : « Tranquilice Ud. (*rassurez*) al Rey, al príncipe de la Paz, al príncipe de Asturias y á la Reina. Lo que importa es llegar á Madrid, dar allí descanso á las tropas y reponer las provisiones. Diga Ud. que yo debo llegar pronto, á fin de conciliar y arreglar los asuntos. »

Pero los asuntos que él venía á conciliar y arreglar iba ya á tomarlos en sus manos la nación. El día siguiente al de la fecha de esta carta traidora, 17 de marzo, estalló la revolución de Aranjuez, de que Godoy escapó milagrosamente con vida. Para salvarlo, Carlos IV, á instancias de la Reina, abdicó el 20, y el 21 el príncipe de Asturias fué proclamado rey, con el nombre de Fernando VII.

Murat hizo su entrada en Madrid el 23 de marzo, precedido de una proclama en que denunciaba á la indignación pública á los que trataban de concitar desconfianzas tan injustas como ridículas contra el ejército francés.

Murat, comprendiendo todo el partido que debía sacarse de la situación, se apresuró á entrar en relaciones con los soberanos destronados, y fingiendo hacerse su protector, sugirió al Rey que redactara una protesta de nulidad de su abdicación, fundada en que había sido arrancada bajo el imperio de la fuerza. Carlos IV escribió y firmó esta protesta poniéndole fecha del 21 de marzo, y la entregó á Murat. Como para Napoleón la usurpación de la corona de España era asunto de vestir un expediente, este documento completaba el proceso : de él aparecía que Fernando VII era un usurpador y un intruso, y Carlos IV, en el estado de abatimiento en que se encontraba, ¿qué otra cosa podía hacer sino abdicar en favor de su protector? ¡Como si pudiera engañarse á la posteridad con semejantes artificios! ¡como si un pueblo hubiera de abdicar

su independencia porque alguien hubiera otorgado *en debida forma* su carta de esclavitud!

Al recibir las noticias de la revolución de Aranjuez, Napoleón escribe á Murat desde París, con fecha 27 de marzo : « Mientras el nuevo Rey no sea reconocido por mí, Ud. debe obrar como si el antiguo reinase todavía : Ud. debe esperar mis órdenes ». Y á su hermano Luis, rey de Holanda : « He resuelto colocar un príncipe francés en el trono de España. El clima de Holanda no te conviene : por otra parte la Holanda no saldrá jamás de su ruina. Contéstame categóricamente : ¿si te nombro rey de España, aceptas? ¿puedo contar contigo? »

Y con la misma mano, probablemente con la misma pluma con que escribía esta carta, firmaba las credenciales á Savary para que fuera á Madrid á cumplimentar al nuevo Rey en nombre del Emperador, « á informarle que éste se apresuraría á reconocerlo tan pronto como se asegurara de que los sentimientos de Fernando eran tan favorables á la Francia como los del rey Carlos ; pero que el modo más expedito de llegar pronto á este resultado sería el de una entrevista entre los dos soberanos, tanto más fácil de realizar, cuanto que Napoleón se encontraba ya en vía para Madrid, y que nada dispondría más favorablemente al Emperador, que el saber que el Rey se adelantaba á su encuentro. »

Con esta celada infame, incalificable, se decidió el viaje á Bayona.

Teníamos la pluma en la mano para suavizar esta frase en la corrección de pruebas, temiendo que hubiera sido dictada por nuestro odio instintivo á la tiranía, cuando hemos abierto por mera casualidad, para nuestra lectura cotidiana, el tomo 5.° de los *Diez años de Historia de Inglaterra* por Luis Blanc en el artículo *El discurso del príncipe Napoleón en Ajaccio*, páginas 188 á 190, y habiéndola encontrado allí justi-

ficada, mejor dicho, casi repetida, la hemos conservado en toda conciencia. Dice así :

« Es cierto que los Ingleses tienen sus razones para no querer á Napoleón I; pero yo que soy Francés y buen Francés, pienso como ellos que disfrazar (*affubler*) á Napoleón I de Marco Aurelio, es burlarse (*se moquer*) de las gentes. Esto podría tolerarse si se tratase de un héroe y de una historia perdida en sus tres cuartas partes en las tinieblas de la antigüedad. ¡Pero hablar así de un personaje muerto en 1821 y cuya obra ha visto el mundo entero en un siglo que aun no ha concluído!... ¡ tomarse tamañas libertades con una historia de ayer!!

» Imbéciles que somos del uno al otro extremo del mundo, pensando que Napoleón I tenía algo de la médula de los tiranos; que él también tuvo un Rubicón y que lo pasó; que nunca permitió á su alrededor sino una representación de mudos; que su alma tan pequeña, como era grande su genio militar, no conoció un placer (*une jouissance*) superior al del poder absoluto; que aplastó brutalmente el espíritu bajo el peso de la fuerza; que llevó su horror al pensamiento hasta emplearse en hacerle la guerra á una mujer (Madame de Stael) que tenía una pluma; que mostró su respeto por las nacionalidades oprimiendo á la Italia, *saqueando á la España* (*en volant l'Espagne*), abandonando á la fiel Polonia, queriendo amalgamar bajo sus leyes de acero la raza alemana con la raza latina, distribuyendo á sus hermanos los pueblos convertidos en rebaños; que su filantropía consistió en servirse de la Francia para ahogar la Europa en sangre, hasta llegar á decir : « En una batalla los hombres son nada, los minutos son todo », resumen feroz de sus triunfos; que sus reformas consistieron en reemplazar por una disciplina brutal la expansión (*l'elan*) individual, en hacer tabla rasa de la dignidad humana, en degradar á los hombres al nivel de las bestias (*à abêtir les hommes*);

y por lo que hace á la Francia, como nación, en montarla, como se monta un caballo, y lanzarla al través de toda clase de aventuras asesinas (*á travers toutes sortes de meurtrières aventures*) hasta que cayese bajo su silla, postrada, extenuada, medio muerta. »

¿Qué puede agregar una pluma extranjera á semejante cuadro pintado por uno de los más ilustres representantes del pensamiento francés, que han sentido, que han devorado la ignominia y la humillación de la tiranía doméstica?

Fernando creía que no pasaría de Burgos, donde llegó el 12 de abril. La ciudad estaba ya ocupada por Bessieres, quien recibió de Savary, que acompañaba al Rey, la orden de emplear la fuerza, en caso de resistencia, para obligar á Fernando á seguir hasta Bayona.

Fernando manifestó en Burgos alguna vacilación para proseguir el viaje, pero sobre las instancias y las seguridades dadas por Savary, de que Napoleón habría pasado ya la frontera, se decidió á ir hasta Vitoria. Aquí, sabiendo que Napoleón no había pasado de Burdeos, Fernando se resistió formalmente á seguir adelante, y Savary, antes de llegar al escándalo de emplear la fuerza, se decidió á usar el último artificio. Se adelantó á Bayona, llevando una carta de Fernando para Napoleón, en que le suplicaba humildemente se sirviera disiparle las dudas de su penosa situación y decirle con toda franqueza á qué debía atenerse.

Napoleón le contestó una larga carta, llena de frases hipócritas y banales sobre la regeneración de España y la revolución de Aranjuez, pero que concluía así: « Lo digo á V. A. R., á los Españoles y al mundo entero, si la abdicación del rey Carlos es de su libre y espontánea voluntad, si no ha sido arrancada por el motín de Aranjuez, no tengo ninguna dificultad en admitir y reconocer á V. A. R. como rey de España. » Esto escribía el hombre que tenía en su cartera la protesta secreta que sus agentes habían dictado á Car-

los IV. « El matrimonio de una princesa francesa con V. A. R., continuaba la carta, lo reputo conforme con los intereses de mis pueblos, y sobre todo como una circunstancia que me liga por nuevos lazos á una casa de la cual no tengo sino motivos de lisonja desde que ocupo el trono ». Esta carta tenía fecha 10 de abril; y el 17 escribía á Bessières : « Usted hallará adjunta la copia de una carta que Savary lleva al príncipe de Asturias. Si el príncipe viene á Bayona, bueno; si quiere retroceder á Burgos, usted lo detendrá y lo conducirá á Bayona ».

El 20, Fernando pasó la frontera y llegó á Bayona, donde con gran sorpresa suya no encontró sino á los tres grandes de España que él había enviado á saludar al Emperador. Estos le dijeron que Napoleón les había declarado, sin ambajes ni rodeos, que los Borbones no podían continuar reinando en España.

Duroc y Berthier escoltaron á su prisionero hasta una casa de miserable aspecto. Napoleón que se había alojado en el castillo de Marac, á poca distancia de la ciudad, llegó una hora después á caballo, á conocer y á cumplimentar á su huésped; lo abrazó cordialmente, y lo invitó á comer.

Después de la comida, Napoleón despidió á sus huéspedes, excepto al canónigo Escoiquiz, á quien retuvo para hacerlo confidente de sus grandes planes de regeneración para España. El pobre canónigo, desvanecido con la intimidad de aquella confianza, viéndose tratado por el conquistador de Europa como espíritu superior, como hombre de Estado exento de preocupaciones vulgares, creyendo que realmente Napoleón debatía con su consejo y sus luces los negocios de España, se espació en sus planes; pero cuando al fin se atrevió á hacer algunas ligeras observaciones sobre la posibilidad de una resistencia de parte de la nación contra el destronamiento de su Soberano, Napoleón con aquella intimidad cariñosa que tanto se

agradece á un poderoso, tomándolo familiarmente de una oreja le decía: « Mala política, mala política, canónigo; ya verá Ud. como la España misma nos agradece este cambio; créame Ud., yo tengo hecha la experiencia: los países en que hay muchos frailes son fáciles de someter ».

Savary, encargado de acompañar al Príncipe de regreso á su habitación, tuvo orden de comunicarle, sin miramientos ni rodeos, la resolución irrevocable de Napoleón de colocar un príncipe de su familia en el trono de España.

Godoy, enviado por Murat, llegó á Bayona el 26, y pocos días después llegaron el rey Carlos y la Reina.

Napoleón tuvo el refinamiento de crueldad de hacer reunir en su presencia aquellos cuatro personajes, á quienes todas las leyes del decoro, de la honestidad y de la delicadeza les prohibían juntarse. El Rey y la Reina llenaron de improperios y de insultos á aquel hijo que ellos consideraban como el autor de todos sus males. El Príncipe los soportó con respetuosa humildad, hasta el punto de permanecer impasible aun viendo á su anciano padre levantarse para herirlo con su bastón.

La abdicación de la corona por parte de los viejos soberanos, y de Godoy, ninguna dificultad ofrecía. Aquellas almas postradas por la fortuna, heridas de incurable abatimiento por la desgracia, sólo pedían un rincón de tierra, alumbrado por un rayo de sol, lejos de España para concluír sus días.

Fernando ensayó resistir, pero la noticia de las matanzas ejecutadas por Murat sobre el indefenso pueblo de Madrid el 2 de mayo, llegaron á tiempo para aterrorizar á la víctima. Napoleón hizo notificar perentoriamente al Príncipe el 5 de mayo, que si en el curso del día, hasta la media noche, no había firmado el acto de reconocimiento de su padre como legítimo rey y comunicádolo á Madrid « sería tratado como rebelde ».

Estas son las palabras que el Emperador mismo refiere en su correspondencia; pero testigos dignos de crédito, dice Lanfrey, aseguran que lo amenazó con su recurso supremo : hacerlo fusilar.

El príncipe de Asturias no tenía vocación de héroe ni de mártir, y en consecuencia firmó dos renuncias sucesivas, la una fechada el 6, en favor de su padre y en su calidad de rey de hecho, y la otra el 10, en favor de Napoleón, y en su calidad de legítimo heredero de la corona.

El rey Carlos renunció todos sus derechos al trono de España y de las Indias en cambio de los castillos de Compiegne y de Chambord, y de una renta de 30 millones de reales. Fernando recibió en cambio de sus derechos el castillo de Navarra, con una renta perpetua y transferible de 400,000 francos y 600,000 de renta viajera. Los tres infantes recibieron también sus pensiones. España y sus colonias costaban, en fin, 10 millones de francos anuales — 2 millones de pesos, — ¡400 mil libras esterlinas! « Esto hará en todo 10 millones, escribía Napoleón á Mollien el 9 de mayo; pero todas estas sumas serán reembolsadas por la España ».

Desde el 1.° de mayo Napoleón había escrito á Talleyrand haciéndole el retrato de sus huéspedes. « El rey Carlos, le decía, es un hombre honrado (*un brave homme*). No sé si es su situación ó las circunstancias las que le dan el aire de un hombre franco y bueno. El príncipe de la Paz tiene todo el aspecto de un minotauro; hay en él algo de... Es conveniente defenderlo de toda imputación mentirosa, pero es necesario dejarlo cubierto de un ligero tinte de desprecio. El príncipe de Asturias es muy bestia, muy malo (*méchant*) y muy enemigo de la Francia ».

La historia no tiene necesidad de ser inhumana para ser severa. Aunque el rey Fernando justificó después ampliamente estos conceptos, es preciso convenir, dice

Lanfrey, en que aunque él hubiera tenido el mejor natural del mundo, era difícil que no hubiera sido lo que fué, habiendo hecho su entrada en la vida por la puerta de tanta amargura.

Godoy fué más desgraciado que criminal. Toda su desgracia consistió en haber sido arrastrado por el magnetismo de invencible poder á una posición inmensasamente superior á sus capacidades y á sus fuerzas. Guardémonos de hacernos jueces implacables de estas situaciones en que el hombre abrasado en ese fuego del alma « á cuya influencia los cielos y la tierra se han rendido », se complace como los sectarios de ciertas divinidades indostánicas, en ser aplastado por el carro del ídolo que lleva un santuario en su corazón. Godoy fué fiel hasta el último día de su vida al afecto que ocasionó sus desgracias, y soportó por cuarenta años la proscripción y la miseria con noble resignación.

La historia de la celada de Bayona sería incompleta si no copiásemos aquí la carta de recomendación con que Napoleón envió sus huéspedes á Talleyrand. Dice así:

« Deseo que estos príncipes sean recibidos sin ninguna pompa exterior, pero honorablemente, y que usted haga todo lo posible para divertirlos. Si hay un teatro en Valençay haga Ud. llevar algunos comediantes. Que vaya madame Talleyrand con algunas señoras. Si el príncipe de Asturias se enamorase de aiguna muchacha bonita (*s'attachait à quelque jolie femme*), no sería malo. La política exigiría encerrarlo en Bitch ó en cualquier otro fuerte, pero como él se ha echado en mis brazos y me ha prometido no hacer nada sin mi consentimiento, quiero que vaya á un campo donde esté vigilado y divertido. La misión de Ud. es muy honorable (*votre mission est assez honorable*): recibir en su casa tres ilustres personajes para divertirlos, se aviene con el carácter nacional y con el rango de Ud. »

Con esta carta cae el telón de la infame comedia de

Bayona; pero va á levantarse el del drama más solemne, más pavoroso, más sangriento que registra la historia del mundo : el de un pueblo que se alza indignado como un solo hombre para vengar tantas afrentas; que con la conciencia de su honor y de su derecho ultrajados declara guerra á muerte á los traidores; que jura sepultarse entre las cenizas y los escombros de sus ciudades y hogares, antes que soportar la afrenta de la conquista y el yugo de extranjera opresión; y que sale victorioso de aquella lucha, ahogando en un mar de sangre á sus tiranos.

Por eso hemos reemplazado á Waterloo con Bailén, como batalla decisiva para la causa de la independencia y de la libertad de Europa. Waterloo no prueba nada : prueba que una batalla puede ganarse por un accidente cualquiera; porque llega Blücher y no llega Grouchy; por la mejor disciplina ó por el mayor número de uno de los combatientes; pero Bailén prueba que un pueblo que tiene la conciencia y el valor de su libertad es inconquistable, y que en el fondo de todo pueblo oprimido, conquistado ó mutilado hay una cobardía ó una degradación nacional.

Los asesinatos de Madrid del 2 de mayo, y la noticia de la traición de Bayona, levantaron en toda España un solo grito de venganza, instantáneo, inmenso, fulminante, grito de exterminio, destinado á repercutir en los siglos, tal como el mundo no la había oído jamás. Hubiérase dicho que un estremecimiento volcánico conmovía el suelo de España. En un día, en una hora, sin concierto previo, sin palabra de orden, la nación entera se puso de pie, inflamada de un mismo sentimiento. Lo que constituye la originalidad y la grandeza del movimiento español, lo que le da una fisonomía aparte en la Historia, es que no fueron las provincias, las ciudades y las aldeas, las que se levantaron para repeler la extranjera invasión, sino que cada hombre aisladamente, resolvió en aquel momento de

supremo peligro, desafiar al tirano del mundo y declararle la guerra por su propia cuenta. Por todas partes afluían las contribuciones voluntarias á las cajas de las Juntas supremas que se organizaron en cada provincia : todos los hombres capaces de llevar las armas se enrolaron bajo sus banderas. Nobles, plebeyos, ciudadanos, clérigos, seglares, campesinos, letrados, soldados, todas las clases de la sociedad lucharon por excederse en entusiasmo y en celo.

Sin esperar á organizarse, ni á disciplinarse, ni á formarse un plan de campaña, el pueblo español se lanzó por todas partes al combate, y esto explica sus primeros reveses. Verdier los batió sin trabajo en Logroño, Frère en Segovia, Lasselle en Torquemada, donde se iniciaron las ejecuciones de los patriotas por una matanza general, y en el puente del Cabezón, delante de Valladolid. Merle bate á Velarde en Lantueño, y Lefevre arrolla á los Aragoneses en Tudela y en Mayén. En Logroño los patriotas perdieron 100 hombres, y los Franceses 1; en el Cabezón 500, y los Franceses 20; en Tudela 300 contra 10; y en Mayén cerca 1,000 contra 20. La mayor parte de estos infelices sucumbían en la huída bajo el sable de los cazadores franceses, y no en la acción, que no duraba de ordinario sino pocos momentos. Se ve pues, por estas proporciones, que aquellas eran verdaderas matanzas, más bien que combates propiamente dichos. Y sin embargo, para los que asesinaban á estos fugitivos incapaces de defenderse; para los que habían venido á traer la devastación á un país amigo, donde no los llamaba ningún interés, ni una idea, ni la menor sombra de queja, para éstos, éso se llamaba la gloria; y para los que morían sobre el umbral de sus hogares, inválidos, invocando en su defensa todo lo que el hombre tiene de más sagrado y caro sobre la tierra, para éstos, éso se llamaba el vandalaje.

Pero estos triunfos tardaban más en obtenerse que

en anularse. Aquellas victorias nada ganaban; la tierra parecía brotar hombres en defensa de la patria. Sólo los muertos no volvían á reunirse á sus banderas. Los Franceses victoriosos estaban reducidos al suelo que pisaban; y, ¡ay! del soldado francés extraviado ó abandonado : los patriotas españoles ni daban ni pedían cuartel.

El ejército de Córdoba, que quiso combatir solo, fué batido por Dupont en el puente de Alcolea, sobre el Guadalquivir, el 7 de junio, y en su retirada apenas alcanzó á encerrarse en Córdoba. La ciudad fué en seguida tomada á viva fuerza y saqueada sin piedad : la catedral, los conventos, los edificios públicos y las habitaciones opulentas, todo fué entregado al pillaje y al furor de la soldadesca. De la sola Tesorería se sacaron 10 millones de reales.

Sin embargo, era tal la fuerza, la universalidad del movimiento español, que á pesar de estos triunfos, triunfos que devoraba la opinión, Dupont no se atrevió á avanzar sobre Sevilla y Cádiz; y no creyéndose seguro allí, retrocedió hasta Andújar, del otro lado del Guadalquivir.

Á Andújar sale el camino de los desfiladeros de la Sierra Morena, que viene de las llanuras de La Mancha á las de Córdoba, y cuyos puntos principales, á partir de Andújar, se llaman : Casa del Rey, Bailén, Guarramán y La Carolina. Pero fuera de la ruta principal hay tres ó cuatro caminos de travesía, que partiendo de Menjíbar, Linares, Baeza y Úbeda, van á unirse al camino real en Bailén y La Carolina. Dupont podía, pues, ser cortado por uno de estos caminos; y ejecutarlo fué todo el problema estratégico de la batalla de Bailén.

Dupont tenía en frente el ejército de Andalucía, el más numeroso y el mejor disciplinado de los que, en medio de tantos desastres habían podido organizarse para entrar en campaña regular con las tropas france-

sas, mandado por el general Castaños, después duque de Bailén, destinado á sobrevivir á su gloria hasta la avanzada edad de 94 años. Castaños, tan distinguido por la serenidad de su valor, como por la firmeza de su carácter, había servido con distinción en la primera campaña de Navarra, contra los Franceses en 1793, y después se había hecho desterrar de España, por su oposición al sistema de complacencias y traiciones del gobierno de Godoy. Llamado después de la invasión á tomar el mando del ejército de Andalucía, se encontraba ahora frente á Dupont, y de su habilidad, más que de su valor, iba á pender en esta jornada la suerte de Europa y de España.

El ejército de Dupont no pasaba de 25,000 hombres: el de Castaños podía llegar á 35,000 después de que se le reunieron los insurrectos de Granada, Sevilla, Jaén y Cádiz; pero la situación de Dupont era de las más difíciles y complicadas que pueden ofrecerse á un general. Aislado, sin recursos de ninguna clase, en medio de un país totalmente enemigo, donde, según la confesión unánime de todos los generales franceses, « no se encontraba un espía á precio de oro », Dupont tenía que cubrir con sus 22 ó 25 mil hombres disponibles, todo el frente de su línea de batalla sobre el Guadalquivir, de Andújar á Úbeda en una longitud de 15 leguas, y á su espalda, el camino de los desfiladeros de la Sierra Morena, para asegurar su retirada y conservar su comunicación con los ejércitos de Castilla la Nueva, desde Andújar hasta La Carolina, en 20 leguas de extensión. Cortar esta retirada al ejército francés, tomando á Bailén, era el punto objetivo de la batalla por parte del ejército español, y Castaños y sus dos generales de división, Reding y el marqués de Coupigny, emigrado francés, lo resolvieron con admirable precisión.

El 15 de julio (1808) Castaños hizo un falso ataque de frente sobre Andújar. Dupont alarmado por la su-

perioridad de las fuerzas desplegadas por Castaños y temiendo que el ataque se renovara formalmente el 16, pidió una brigada de la división Vedel estacionada en Bailén, á siete leguas de Andújar. Vedel oyendo el 16 por la mañana que el cañón tronaba del lado de Andújar, en vez de una brigada se vino en persona con toda la división, con el objeto de tomar parte en el combate de frente, que él creía general. Esta falta fué expiada inmediatamente. Apenas había partido Vedel, Reding ataca á Liger-Belair, encargado de guardar el paso del río en Menjíbar, fuerza el paso y lo rechaza en unión de Gobert, que había venido en su auxilio desde La Carolina.

Llegado Vedel á Andújar, Dupont comprende la inmensidad de la falta cometida, y lo hace regresar en el mismo día 16, para volver á ocupar á Bailén y cuidar y conservar toda la línea en su retirada hasta La Carolina.

Vedel llega á Bailén el 17, y con gran sorpresa suya no encuentra allí á nadie. Reding, después del combate de Menjíbar, hizo esparcir la noticia de que había seguido por uno de los caminos de travesía, de que antes hemos hablado, á cortar el ejército francés en La Carolina. Liger-Blair y Dufour, engañados por aquellos rumores, que la desaparición del enemigo confirmaba, habían volado por los desfiladeros á ocupar La Carolina antes de que llegara Reding; y Vedel, extraviado por el mismo engaño, descuidando hacer un reconocimiento previo sobre Menjíbar, siguió también por la montaña en alcance de sus compañeros, dejando completamente desguarnecido á Bailén.

Reding, á quien iban á buscar en la Sierra, no había abandonado les alrededores de Menjíbar, y tan pronto como se apercibió de la marcha de las tropas francesas, ocupó á Bailén unido á la división Coupigny.

Cuando Dupont supo con estupor en el curso del día 18, la ocupación de Bailén, el hombre de Albeck,

de Halle y de Friedland, donde había asombrado al mismo Napoleón por su valor, no desmayó, y con una rapidez igual á la inmensidad del peligro, resolvió y ejecutó lo único posible en aquellas circunstancias: evacuar á Andújar, burlando la vigilancia de Castaños, que tenía al frente, caminar toda la noche, y caer sobre Reding y recuperar á Bailén, puesto entre dos fuegos, antes que Castaños pudiera alcanzarlo.

Apenas cayó la noche, Dupont se puso en marcha con un ejército extenuado por las privaciones y las fatigas, y abrumado con más de 700 carros de bagajes y enfermos. El 19, á las tres de la mañana, la vanguardia de las columnas francesas tropezó en el Rumblar, cerca de Bailén, con las avanzadas del ejército español, que marchaba ya sobre Andújar, y á las cuatro de la mañana el combate se había generalizado en toda la línea.

Á las diez, los Españoles rodeaban por todas partes á los Franceses. En vano los dragones del general Fressia y los cazadores del general Dupré renuevan sus cargas con asombroso valor. Las columnas españolas permanecen inconmovibles. Dupont, aunque herido, ensaya hacia el medio día un último esfuerzo, que se estrella, como todos los otros, contra la barrera impenetrable del ejército de Reding. Los soldados franceses, extenuados por una marcha de siete leguas, por los calores intolerables del mes de julio en aquellas latitudes y por una sed abrasadora en aquel desierto sin agua, caen postrados de inanición y de abatimiento. En estas circunstancias el cañón anuncia á retaguardia la presencia de Castaños. Toda resistencia era imposible. Dupont solicitó un armisticio que le fué concedido, y firmó una capitulación, por la cual todo su ejército, inclusive las dos divisiones Vedel y Dufour, que estaban ya en Santa Helena, camino de Castilla la Nueva, se constituían prisioneros de guerra; después de desarmados serían transportados á Francia por San

Lúcar y la Rota. La junta de Sevilla se negó, y con razón, á ratificar esta parte del convenio, y el ejército de Dupont, excepto los oficiales generales que fueron enviados á Francia, permaneció prisionero de guerra hasta la terminación de ésta en 1814.

Napoleón supo toda la magnitud del desastre el 3 de agosto en Bayona, y comprendiendo todo el daño que esta derrota iba á hacer al prestigio de su invencibilidad, lanzó verdaderos rugidos de despecho y de cólera.

« Yo quiero saber, escribía á Clarke, su ministro de la Guerra, qué tribunales van á juzgar á estos jefes y qué pena aplican las leyes á semejante delito. Estos cobardes que han debido morir, llevarán su cabeza á la guillotina. »

El hombre que así afrentaba á uno de sus mejores generales por no haberse hecho matar en Bailén, y que por satisfacer su orgullo lo mantuvo después encerrado en el fuerte Joux, hasta el advenimiento de Luis XVIII en 1814, debía ser en breve llamado por el destino á elegir entre la derrota y la vida, en el Berezino, en Leipzich, en Fontainebleau y en Waterloo. El mundo sabe como eligió la vida.

Tres días antes, con fecha 31 de julio, contestando á una carta del rey José, en que éste se quejaba amargamente de las depredaciones de Caulaincourt en Cuenca, le decía : « Caulaincourt ha hecho bien en Cuenca. La ciudad ha sido saqueada; es el derecho de la guerra, puesto que fué tomada con las armas en la mano. »

¡Y era esta causa, la causa de la traición, de la perfidia, del asesinato y del pillaje, la que Napoleón quería que inspirase á Dupont y á sus 25,000 compañeros de infortunio la resolución heroica de hacerse matar por ella!

La noticia de la victoria de Bailén y de la ignominiosa capitulación impuesta allí á las tropas francesas, en que sus generales se comprometían « á tomar todas las medidas necesarias para descubrir y restituír los

vasos sagrados que hubieran podido ser sustraídos en los diversos encuentros, particularmente en la toma de Córdoba », fué una revelación para la Europa : los pueblos que Napoleón tiranizaba por haber vencido á sus gobiernos, podían recobrar su libertad si se resolvían á defenderla por sí mismos como el pueblo español. Lo que todos los gobiernos europeos coaligados no habían podido hacer en ocho años de guerra, la España lo había hecho en una sola campaña con un puñado de patriotas.

Á su ejemplo el Portugal entero se levantó contra los invasores, y un mes después, exactamente el 20 de agosto, el ejército de Junot, vencido en Cintra, evacuaba el Portugal.

De un solo golpe la victoria de Bailén recobró el territorio de la Península casi hasta el pie de los Pirineos, allende el Ebro.

La Inglaterra resolvió unirse estrechamente á la España y envió á la insurrección inmensos subsidios de armas y provisiones de guerra. En Alemania la repercusión de lo que pasaba en España, fué una especie de sacudimiento eléctrico, que dió nacimiento á una cosa que no había existido allí : la nación alemana.

En un mes, del 19 de julio (Bailén) al 20 de agosto, (Cintra), Napoleón había sufrido más desastres que en todo el curso de su carrera militar.

Imposibilitado por el momento para reparar sobre e campo el golpe moral dado á su fortuna en Bailén, Napoleón pensó en repararlo por otros medios. Siéntese repentinamente poseído del irresistible deseo de volver á estrechar en sus brazos á Alejandro, y lo invita á una nueva entrevista en Erfurt, para arreglar los negocios de Europa. En el momento de que los desastres de España lo obligaban á hacer contramarchar sus ejércitos, del Oder al Rhin, y del Rhin á los Pirineos, Napoleón necesita supeditar á la Europa poniéndole de manifiesto la intimidad de la alianza rusa; pero Ale-

jandro sabe bien qué motivo y qué objeto tiene esta entrevista, y no se decide á venir á Erfurt sino para hacerse pagar de contado, en cambio de la representación teatral á que se presta, las promesas de Tilsit.

Napoleón, que necesitaba verse rodeado de una corte de reyes, hace llamar á Erfurt á todos sus clientes. Veíanse en el cortejo los reyes de Baviera, de Wurtemberg, de Sajonia, de Westfalia, y al príncipe Guillermo de Prusia; y al lado de estas estrellas de primera magnitud, la pléyade oscura de los príncipes de la Confederación del Rhin.

Napoleón, queriendo rivalizar en magnificencia con Luis XIV, hizo venir á Erfurt la Comedia Francesa, para recrear á su auditorio con la representación de las obras maestras de Corneille, de Racine y de Voltaire, interpretadas por Talma y Mlle. Duchesnois.

De la entrevista de Erfurt, Napoleón no derivó sino el efecto teatral que había querido producir. En cambio del reconocimiento *platónico* « del nuevo orden de cosas establecido en España », Alejandro exigió y obtuvo la cesión inmediata de los principados de la Moldavia y de la Valachia. El czar habría querido tener diez Españas que endosar á Napoleón. Sábese como, en una representación de Edipo, Alejandro, que representaba su papel mejor que Talma, aludiendo á su amistad con Napoleón, le repetía :

L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux.

Seducido por esta lisonja, Napoleón encargó á Talleyrand que explorara con la mayor delicadeza la opinión del czar sobre una alianza de familia, aludiendo á un enlace con la gran duquesa Catalina, hermana de Alejandro, previo el repudio de la infeliz Josefina. Alejandro contestó : « que haría cuanto estuviera de su parte para vencer la repugnancia de su madre ». Talleyrand, más astuto que su amo, se aprovechó de estas confidencias matrimoniales, para casar á su so-

brino Edmundo de Perigord con la duquesa de Courlandia, sobrina del czar.

Napoleón, impaciente por vengar los ultrajes hechos á la majestad de su poder y por borrar el pernicioso efecto producido por la capitulación de Bailén, resuelve ir en persona á dirigir la campaña, y sale de París el 29 de octubre, después de anunciar solemnemente al Cuerpo Legislativo, « que va á coronar al rey de España y á plantar sus águilas vencedoras sobre las torres de Lisboa ». Para cumplir esta promesa había empujado ya delante de sí, y concentrado en el pequeño espacio que se extiende de la Vizcaya á Aragón, cinco cuerpos de ejército, que con la guardia y la caballería de Bessières formaban un efectivo de 160,000 hombres.

¡Inútiles esfuerzos! ¡insensato despecho! Por un momento los prodigiosos destellos de su genio, la energía de aquella voluntad inquebrantable y el irresistible ascendiente de su presencia, obtienen fáciles victorias, más que fáciles deshonrosas, como las matanzas del Gamonal y el infame saqueo de Burgos, autorizado y presenciado por él. Vence en Tudela, en Somo-Sierra; hace capitular y entra victorioso á Madrid. Se empeña en la persecución del ejército inglés mandado por Moore; pero convencido de la imposibilidad de alcanzarlo, se detiene en Astorga, y parte de Valladolid para París el 17 de enero de 1809, dejándolo todo en la misma situación. La capitulación de Madrid no ha hecho sino enfurecer á las provincias. Moore embarca hasta el último hombre de su éjército en La Coruña á la vista de Soult, para reaparecer en Portugal. El ejército del marqués de la Romana ha sido maltratado pero no detenido. Lannes ha tomado el mando del sitio de Zaragoza y lo prosigue con inflexible energía, pero nada anuncia que deba triunfar de la indomable resolución de sus habitantes : esta sola operación ocupa dos cuerpos de ejército; el de Moncey y el

de Mortier. De su lado el mariscal Víctor ha batido en Uclés al ejército del duque del Infantado y lo ha arrollado hasta Valencia, pero este triunfo no tiene nada de definitivo. Saint-Cyr, que ha entrado en Cataluña desde principios de noviembre, ha hecho levantar el bloqueo de Barcelona, después de una de esas campañas metódicas y científicas que le eran peculiares; pero aunque ha batido á los Catalanes en muchos encuentros, está muy lejos de haber sometido esta provincia. En fin, la Andalucía, tan funesta para las armas francesas, estaba aún intacta como casi todo el mediodía de España.

La adulación, el envilecimiento de los caracteres, la abyección de los pueblos, y de los hombres que lo rodeaban, y la infatuación, la demencia que produce el largo ejercicio del poder absoluto, no permitieron á Napoleón comprender la naturaleza de la insurrección española. Le parecía muy natural que sus soldados se dejaran matar por él; pero jamás se persuadió que una nación entera hubiera resuelto perecer antes que aceptar su dominación. Jamás pudo persuadirse que hubiera masas enteras de patriotas que defendieran la independencia y la libertad de su país, sino canallas y bandidos que resistían su legítimo poder. Por eso sus preceptos de alta política para el sometimiento de España están contenidos en la carta de despedida á su hermano José, escrita desde Valladolid el 16 de enero. Dice así: « La Corte de alcaldes de Madrid ha absuelto, ó simplemente condenado á prisión, á 30 de estos vagabundos (*coquins*), á quienes Belliard había hecho arrestar. Es preciso nombrar una comisión militar para juzgarlos de nuevo y hacer fusilar á los culpables. Aquí se han hecho imposibles para obtener el perdón de los bandidos que han sido condenados: los he hecho colgar, y estoy seguro de que en el fondo las gentes están contentas de no haber sido atendidas. Creo necesario que sobre todo en los primeros mo-

mentos, vuestro gobierno muestre un poco de vigor contra la canalla. La canalla no ama ni estima sino á los que teme; y el miedo de la canalla es lo único que puede haceros amar y estimar de toda la nación ».

La carta concluía recomendando que hiciera tomar en Madrid, en los conventos y en las casas confiscadas, unos cincuenta cuadros de las obras maestras de la escuela española, que hacían falta en el Museo de París.

Los consejos contenidos en estas fraternales expansiones constituían todo el programa de la política imperial. Tales fueron los adioses de Napoleón á este pueblo español, que él se decía llamado á regenerar.

¡Lastimosa ceguedad! El golpe dado en Bailén al poder de Napoleón fué irreparable. La España, como un volcán en erupción, le devorará en cinco años 400 mil hombres. La debilidad producida por tantas pérdidas y la preocupación incesante de repararlas en otra parte, serán la causa de todas sus faltas. Los desastres de la campaña de Rusia, Leipsig, Fontainebleau, Waterloo, se han preparado en España.

« ¡Semejante al atleta de la leyenda antigua, que logra abrir con sus propias manos el tronco de la encina secular! De repente el árbol desgarrado vuelve á unirse con irresistible violencia, dejándolo prisionero de aquel poste inconmovible. El gigante espantado hace temblar la tierra con sus esfuerzos. ¡Inútil furor! El árbol vencedor lo retiene, la noche cae y las bestias feroces vienen á rondar su presa. »

No; las bestias feroces no lo devorarán: eso equivaldría á sustraerlo del castigo que le espera. La encina secular del derecho, de las leyes de la humanidad y de la justicia, por él violadas, lo retendrán en sus potentes fibras, para que sobre él pasen los siglos cargados con las maldiciones de la posteridad.

BATALLA DE AYACUCHO

(9 de diciembre de 1824)

I

LA COLONIA Y LA REVOLUCIÓN.

Estudios superficiales de la guerra de independencia sur-americana han considerado hasta ahora como separadas é independientes una de otra la campaña colombiana de la chilena y bonarense; pero es esta la ocasión de restituír con la verdad histórica, toda su grandeza á la epopeya americana, acaso la que haya cobijado con la misma idea, y comprendido en un mismo plan de acción político y guerrero, la más vasta extensión de territorio del mundo. El que sirvió de teatro á las campañas de Alejandro, desde la Macedonia hasta el Eufrates, á las de César desde las Galias al Nilo, y á las de Napoleón desde la Moscowa hasta las Pirámides, cabe dos veces en la vasta extensión del Continente sur-americano, desde el mar de las Antillas hasta el Cabo de Hornos, sobre el cual convergieron el pensamiento y los esfuerzos de Bolívar y de San Martín y O'Higgins. Uno y otro comprendieron con la intuición del genio, que la guerra de independencia no estaría terminada en ninguno de los Estados sur-americanos, mientras el poder español no hubiera desaparecido de todos ellos; y el héroe de Carabobo y Boyacá, como los héroes de Chacabuco y de Maipú, obrando á inmensas distancias, pensaron á un mismo tiempo en llevar sus armas victoriosas al Perú, donde

debía rendirse la última jornada de esta lucha inmortal.

El flujo y reflujo del movimiento revolucionario, una vez cemenzado, cobija, sin solución de continuidad, como el flujo y reflujo del mar, todo el Continente. La Revolución de Nueva Granada envía sus soldados á combatir por la de Venezuela en 1813. Venezuela invade y liberta á Nueva Granada en 1819. Buenos Aires invade el Alto Perú en 1811; trasmonta la gran cordillera, invade y liberta á Chile en 1817 y 1818. Chile libre, invade el Perú y arrolla las armas españolas hasta las cimas de los Andes en 1820, 1821 y 1822. El Perú y Colombia unidos dan la libertad á Quito sobre las faldas del Pichincha el 24 de mayo de 1822; y Colombia victoriosa completa la obra de San Martín arrojando á los españoles del Perú en 1824. Ningún esfuerzo aislado habría dado la libertad á la América del Sur. Por eso Ayacucho no es una batalla colombiana, ni una batalla peruana, sino la victoria decisiva de la independencia sur-americana, en la cual vinieron á reasumirse la gloria y los esfuerzos de tres lustros de guerra.

Del uno al otro extremo de la América española, en México como en Caracas, en Bogotá como en Quito, en Lima, en Santiago, en Buenos Aires, los acontecimientos de Bayona y la invasión de la Península por las armas de Napoleón, proporcionaron á los patriotas la ocasión de desconocer las autoridades coloniales, y de fundar, con el establecimiento de Juntas, á semejanza de las que se habían organizado en España, las bases de un gobierno independiente. El derecho que se invocó para hacer los pronunciamientos fué en todas partes el mismo; que la abdicación de Carlos IV y del príncipe de Asturias en favor de Napoleón había roto los vínculos legales que unían las colonias de América

á la corona de España, ó que la prisión del Rey y la usurpación francesa exigían que las provincias de Ultramar, declaradas partes integrantes de la monarquía española por el decreto de la Junta Central de Sevilla de 22 de enero de 1809, proveyesen, como las de España, á la conservación y defensa de los derechos de su legítimo soberano; y en este sentido se hicieron los pronunciamientos y se levantaron las actas que se han llamado « Actas de independencia » de México, de Colombia, del Perú, de Chile, de Buenos Aires, etc., etc.

Es posible que entre los fautores y signatarios de aquellos documentos se encontrasen algunos que de buena fe creyesen que en efecto no se trataba sino de sustraer las colonias á un cambio de dinastía intrusa y de proveer á la defensa y conservación de los derechos de Carlos IV ó de Fernando VII, pero es evidente que los verdaderos autores del movimiento, los hombres de la idea, no pensaron jamás en eso, y que desde el principio se propusieron aprovechar la difícil situación en que se encontraba la Metrópoli, para erigir estos países en naciones independientes, y tal es el valor histórico que se ha dado á aquellos pronunciamientos.

La independencia de los Estados Unidos del Norte, que contaba ya treinta años de existencia, y el incendio de la Revolución Francesa, que proyectaba su lumbre por todo el mundo, habían marcado en el desenvolvimiento de los pueblos, la hora de esta revolución. Á falta de la usurpación francesa, cualquier otro acontecimiento habría determinado la separación. Los pueblos como los individuos tienen su infancia y su pubertad. Las colonias sur-americanas habían llegado á su mayor edad, y la España, debilitada por causas que someramente hemos apuntado, tratando de su lucha con Inglaterra en la batalla del Boyne, no podía material, ni moral, ni políticamente retener la América en sus dominios, ni proveer á su desarrollo, pero ni siquiera á su defensa : su gran misión civilizadora había termi-

nado en estos países. Si estos pueblos hubieran carecido de la energía y del valor necesarios para conquistar su independencia, habrían caído en el más lastimoso estado de postración y de anarquía, hasta que el desierto y la barbarie hubieran vuelto á recuperar sus antiguos dominios, ó habrían sido presa de nuevas conquistas de parte de las potencias de Europa, en prolongadas y desastrosas guerras con España. La guerra de independencia de la América española, que ha preservado estos hermosos países para la libertad y la civilización, debe reputarse, pues, como el acontecimiento político más grande del siglo; y apenas es concebible que un escritor de la ilustración de sir Edward, haya dejado de contar entre las victorias decisivas del mundo la que dió la libertad á un Continente, la que fundó seis grandes nacionalidades —México, Guatamala, Colombia, el Perú, Chile y el Plata— aunque no fuera sino la que ha incorporado 38 millones de hombres civilizados en el libre comercio del mundo; tanto menos imperdonable —la ignorancia ó el desdén— cuanto que su libro cuenta entre las batallas decisivas la de Pultawa, en que la Rusia aniquiló á la Suecia, para afirmar en el imperio moscovita uno de los mayores despotismos que afligen y degradan la humanidad.

No es, pues, un sentimiento de vanidad nacional el que nos mueve á llenar este vacío y á corregir esta injusticia, sino porque así lo reclaman la notoriedad de los hechos, la vasta importancia del Continente hispano-americano, y la memoria de millares de hombres que sacrificaron vida y fortuna por esta causa.

Cierto es que, apreciados en su conjunto, estos pueblos no han podido aún organizarse con instituciones y gobiernos estables, que presidan al pacífico desenvolvimiento de la libertad, y que el estado de casi permanente revolución en que aun viven, los presenta á los ojos de la vieja Europa y de la gran República del Norte como sociedades anarquizadas, destituídas de los

elementos necesarios para organizarse y llenar una misión civilizadora en el mundo. Pero un estudio más imparcial y atento de su condición actual y de las causas que engendran estos desórdenes, debe probar que el mal es transitorio, y que, á medida que la corriente de intereses económicos que de todos lados se dirige ya sobre estas hermosas regiones, traiga industria y riqueza, y con ellas una modificación radical en las condiciones de su vida política y social, las Repúblicas sur-americanas irán tomando su puesto en el concierto del mundo civilizado.

Hay sobra de injusticia en la acrimonia y el desdén con que de continuo nos tratan la tribuna y la prensa política del viejo mundo, principalmente en la Gran Bretaña. Pueblos que contaban ya muchos siglos de existencia regular, no ofrecían, hace doscientos años, á la época en que terminó en ellos la prolongada lucha contra el poder de los señores feudales, mejores condiciones de orden y de seguridad, que las que ofrecen hoy las nacientes Repúblicas de la América del Sur. ¡Y qué diferencia en la extensión y la profundidad de las causas que engendraban aquellos y estos desórdenes!

Los vicios de organización social y política que aun mantienen estos pueblos en estado de revolución, presidieron á su formación.

El oro del Nuevo Mundo llevó al último extremo de presión, de tiranía y de miseria el sistema colonial de Carlos V. Aquel sistema era por sí solo suficiente para herir de inanición, y detener el progreso de las más opulentas regiones del globo. No comprendiéndose cómo es que el comercio multiplica y difunde las riquezas, haciendo comunes á todos los pueblos de la tierra los dones de la naturaleza, diversamente esparcidos en la superficie del planeta; creyendo por el contrario que el comercio es una industria aleatoria, en que la ganancia de uno es la pérdida de otro, el *Dorado* de los gobiernos europeos del siglo XVI consistía en la adqui-

sición de grandes Colonias, que les perteneciesen como una propiedad privada, sustraídas de todo trato y comunicación con el resto del mundo, para imponerles la obligación de comprar caro y de vender barato á la Metrópoli.

Y como la América producía los metales preciosos en que por excelencia se hacía consistir la riqueza, arrancar este oro á las entrañas de la tierra, aniquilando, consumiendo en estos trabajos la población indígena, y hacer pasar después íntegramente ese oro á la Metrópoli, he aquí en compendio el sistema colonial que la España, en común con la Inglaterra, el Portugal y la Holanda, aplicó á sus vastas posesiones de América.

La prohibición de comerciar con el extranjero se castigaba con la pena de muerte. Pero no bastaba secuestrar un continente entero del resto del comercio del mundo. La codicia y la ineptitud del fisco necesitaban, para recoger sus beneficios en un solo punto, hacerle sufrir la presión del monopolio. Todo el comercio de América estuvo vendido como privilegio exclusivo; primero al puerto de Sevilla y después al de Cádiz, hasta 1778, en que Carlos III expidió su famoso decreto, conocido en la historia de España y de América con el nombre de *Comercio libre*, abriendo los puertos de la Península á todo el comercio de Indias.

En nuestros *Estudios Económicos y Fiscales* escritos en 1880, haciendo el resumen de los principios que servían de base al sistema colonial, dejamos constancia de este hecho :

« Para trabajar las minas del Potosí en 1575, asignó el virrey del Perú, don Francisco de Toledo, 95,000 indios de 17 provincias. En las ordenanzas que formó para reglamentar sus trabajos, dispuso que se renovasen trabajando en cada año la séptima parte de dicho número; y sin embargo, fueron tantos los que murieron, que en el año de 1633 no quedaban sino 25,000, y en el de 1678 sólo había 1674 indios.

» Es verdad que. de 1545 en que, se descubrió esta mina, á 1704, es decir, en 159 años, había producido el quinto de la real hacienda 190,000,000 de pesos ensayados, de á 13 reales y cuartillo cada uno, que reducidos á pesos corrientes hacían 314 millones, los cuales corresponden á un producto bruto de 1570 millones de pesos.

» Pero como según el mismo autor, cada 50 quintales de mineral tenían 100 pesos de costo para sacarlo, molerlo, azogarlo y fundirlo, y sólo producían 200 pesos por término medio, los 1,570 millones del producto bruto quedaron reducidos á 785 de producto líquido.

» Ahora, si de este producto deducimos el valor de los 93,000 indios que perecieron en este laboreo, estimando cada hombre sólo como animal de trabajo en 1,000 pesos cada uno, resulta que la extracción de la plata del Potosí costó á estos países en los gérmenes de su población, muchos millones más de lo que produjo el metal. » (Solórzano, *Política indiana*, edición de 1736, tom. I, páginas 148 y 149.)

Tan grande era esta iniquidad, que dos regias cédulas de 1582 « muestran justo sentimiento por haber llegado á los oídos reales que á causa de estos trabajos las madres aborrecían á sus hijos y se holgaban de no tenerlos ó de abortarlos. » (Solórzano, íd., íd., página 87.)

Hasta que la real cédula expedida en Valladolid á 24 de noviembre de 1601 abolió los servicios personales de los indios, prohibiendo con severas penas que se tasasen los trabajos de las encomiendas en servicios. Pero sábese con qué desprecio miraban los procónsules españoles de las Colonias todas las providencias que dañaban sus intereses, y cuán poco aprovechaban, á tan inmensa distancia, estas filantrópicas disposiciones á los infelices indios, que continuaron siendo las bestias de carga de los alcaldes y de los encomenderos españoles.

« Poco á poco, dice Blanquí en su admirable *Historia*

de la Economía Política, la nación española entera se acostumbró á la idea de enriquecerse sin trabajar, y despreció, no solamente la explotación de los productos agrícolas del opulento suelo americano, que eran sus verdaderas é inagotables minas, sino industrias que le eran necesarias para impedir la decadencia en su propio país. Perdió sus fábricas porque creyó que todo lo tenía con el oro de sus colonias; y más tarde no ha podido conservar el mercado libre de sus antiguas colonias, porque no tiene que vender. » (Blanqui, obra citada, pág. 283).

La constitución de la propiedad territorial debía naturalmente ponerse en armonía con el sistema económico que consideraba á la América como una inmensa propiedad nacional. En el libro antes citado habíamos dicho :

« Repartióse la tierra entre los conquistadores por encomiendas, caballerías y peonías.

» La Encomienda de que tan prolijamente trata el título 8.°, libro 6.° de la Recopilación de las Indias, era un verdadero feudo. Llamáronse así porque se dieron con el objeto de encomendar los indios á la guarda de un señor que los enseñase, los amparase y defendiese. Repartiéronse entre los primeros descubridores y después entre los descendientes de éstos. La ordenanza de 10 de octubre de 1618, que es la ley 27 de dicho título 8.°, prohibió que se dividieran ó partieran las encomiendas del número de indios que en esa fecha tenían en cada provincia, con el objeto de que no hubiera encomenderos pobres que no sacaran de los tributos ó pensiones de los indios un cómodo y decente mantenimiento. La mayor renta que á un encomendero se permitía sacar, era de 2,000 pesos. Sobre el resto de los tributos de las encomiendas se cargaban pensiones á favor de personas beneméritas y pobres, hijos ó nietos de descubridores. El tercio del producto bruto de las encomiendas se enteraba en la Real Hacienda. Finalmente, la encomienda era una vinculación que pasaba por mayorazgo

á la tercera vida. Todo el título 11 de dicho libro 6.° trata de la sucesión de las encomiendas.

» De esta manera quedó el suelo de las colonias españolas apropiado para mantener una raza de holgazanes, que sin aptitudes ni estímulos para mejorarlo, devoraba los escasos frutos, que en horas hurtadas á la fatiga, podía arrancarle la mano esclava del indio tributario.

» Pero no era esto solo. Los nuevos propietarios no se contentaban con vivir en la tierra sin trabajar, sino que empleaban los ahorros del trabajo ajeno en agobiarla con nuevas cargas. Educados en las supersticiones del más craso fanatismo, medio siglo después de la conquista, ya no quedaba en América un palmo de tierra que no estuviera gravado con el censo en favor de las innumerables fiestas religiosas, sufragios de almas, y advocaciones del calendario romano. »

Agréguese á todas estas causas de postración económica, la absoluta exclusión de los americanos de todos los empleos lucrativos y de todos los puestos de honor y de mando en las Colonias, y se comprenderá la uniformidad y la vehemencia con que estalló, y la rapidez con que se propagó en todas ellas el movimiento revolucionario de 1810.

Antes de él sólo hay en toda la América española uno que por su trascendencia merezca señalarse á la consideración de la historia, que fué el efectuado por los Comuneros de la provincia del Socorro en el virreinato de Nueva Granada en 1781. Concíbense y explícanse en pueblos de raza española insurrecciones y revoluciones de carácter político que exaltan sus pasiones, gratifican su orgullo y halagan su fantasía; pèro una revolución, un levantamiento popular para resistir el pago de inicuas, excesivas ó ilegales contribuciones, sólo es propio de los pueblos de la raza anglo-sajona, que aprecian la propiedad como el primero de los derechos, que comprenden intuitivamente que ella constituye la base del

orden social, y que saben que en ese terreno no debe tolerarse el menor abuso á la arbitrariedad. Por eso el levantamiento de los Comuneros del Socorro es un hecho singular, extraordinario, único en la historia de estos países, sin precedente que le sirva de ejemplo, *y desgraciadamente sin imitadores en la posteridad.*

Hace más de cien años que una mujer del pueblo (16 de marzo de 1781), arrancó y despedazó en la plaza de la ciudad del Socorro el edicto del visitador fiscal del gobierno español, que con motivo de la guerra con los Ingleses ordenaba pagar dos reales más en el precio de cada azumbre de aguardiente. La población entera se puso en armas para defender su derecho; 20,000 hombres llegaron armados hasta las cercanías de la capital. El Real Acuerdo, temblando, diputó comisionados para tratar de igual á igual, de potencia á potencia con los Comuneros. El arzobispo Caballero y Góngora, de ingrata memoria, juró sobre los santos evangelios las capitulaciones en que se abrogaban los impuestos, en misa de acción de gracias, en la ciudad de Cipaquirá; pero teniendo cuidado de escribir por debajo del ara santa una protesta de nulidad del convenio, por cuanto había sido arrancado por súbditos rebeldes bajo el imperio de la fuerza.

Los Comuneros se dispersaron; el Gobierno declaró nula la capitulación, y Galán, Molina, Alcantuz y Ortiz, jefes del movimiento, fueron traidoramente aprehendidos, sentenciados y condenados á infame suplicio.

Las 13 colonias inglesas, cuna de la gran República Americana, fueron fundadas por hombres que venían á buscar la libertad en el suelo del Nuevo Mundo, y á esperarlo todo de la acción del trabajo, bajo el pie de la más perfecta igualdad. Ni buscaban *Dorados,* ni hallaron indios que esclavizar. Si con ellos vinieron á América algunos vástagos de las antiguas familias nobiliarias de Inglaterra, esas distinciones desaparecieron al poner el pie en las costas del Nuevo Mundo.

En la América española fundóse por el contrario una sociedad de castas, regida por el derecho del más fuerte, la misma que aun existe hoy, dividida entre unos pocos que, por la raza, las tradiciones nobiliarias y la condición social se creen los amos, y la inmensa multitud abatida, degradada, sumida en la ignorancia y en la abyección, que de hecho es esclava. Como en la teogonía indostánica, hay aquí los grandes magnates—clérigos, letrados y caudillos — que como los Brahmanes creen que han salido de la cabeza de Dios; después otra clase, un poco más numerosa, de gamonales, que como los Chatryas, creen que han salido de su pecho; otros, todavía no muy infelices, que como los Veysiahs, han salido de sus muslos; y la inmensa multitud de plebeyos y pecheros que como los Sudras ha salido de sus pies. No existe propiamente un pueblo americano para formar la nacionalidad, sino un conglomerado de descendientes de españoles, de indios, de negros y mestizos de sangre africana, separados por los odios, las tradiciones y las diferencia de posición y de raza. Mientras estas castas sociales no desaparezcan por el progreso de los intereses económicos; mientras estas diversas razas no se fundan en una sola, la lucha de la libertad y del orden contra la anarquía será larga y tenaz en la América del Sur.

Los hombres que fundaron la independencia de las colonias hispano-americanas, y los que después los han sucedido en la tarea de organizar estas nacionalidades, recibieron pues un pueblo de castas para fundar en él la igualdad política y civil; un pueblo de siervos que trabajaba para mantener unas clases superiores amortizadas en las prebendas eclesiásticas, en las sinecuras oficiales, en la capellanía, en el censo, en el diezmo y en la primicia, para inculcar en esta masa inerte la energía del trabajo y las modernas aspiraciones del progreso; y un pueblo educado en las más groseras supersticiones del fanatismo religioso, en la más abso-

luta y supina abdicación de la conciencia, para hacer de él un pueblo libre.

El partido liberal del Nuevo Mundo, que semejante tarea ha emprendido, ha tenido como Atlante que sostener un mundo en sus hombros; ha vivido haciendo frente á una lucha que á las playas de la culta Europa sólo ha llegado como la repercusión de las sangrientas revoluciones de pueblos anarquizados.

Sin embargo, como resultado general de esta lucha las Repúblicas hispano-americanas se ofrecen hoy al comercio y relaciones políticas con el resto del mundo, en muchas condiciones de progreso que las naciones de la vieja Europa no han podido aún alcanzar.

Todas ellas se rigen por los más adelantados principios de la libertad comercial. Adam Smith y Juan Bautista Say han sido y continúan siendo nuestros maestros en materia de cambios internacionales.

Tenemos una tarifa común para todos los pueblos de la tierra. No conocemos ni comprendemos esa guerra de aranceles, ni ese enigma de los tratados de comercio, que forma la más laboriosa ocupación de los financistas del Viejo Mundo.

La absoluta libertad de conciencia y de cultos es ya una conquista del derecho común en la América latina. Y México, Colombia y Venezuela han llegado hace muchos años al *desideratum* de ese problema, fundando « la Iglesia libre en el Estado libre », que ni Francia, ni Austria, ni Bélgica, ni España, ni Italia, se han atrevido á afrontar.

La prensa es libre. Lo que pasa en Colombia es un accidente, que probablemente no existirá cuando este libro haya visto la luz pública.

Abolimos la esclavitud medio siglo antes que la gran República del Norte

Todos los extranjeros gozan en la América latina de los mismos derechos civiles que los nacionales, y en ninguna parte del mundo son más respetados sus

fueros, ni se han indemnizado con más liberalidad los daños que han sufrido.

Hacemos esfuerzos colosales por difundir la instrucción en las clases populares, luchando contra la tenaz resistencia del clero, que basa su predominio en la ignorancia, y contra las dificultades materiales que opone una escasa población diseminada en un inmenso territorio.

La naturaleza de éste no es tampoco el menor de los obstáculos con que se lucha para el progreso. Situados la mayor parte de los Estados latino-americanos, desde México hasta Bolivia, en la zona tórrida, las costas marítimas y los hondos valles regados por sus caudalosos ríos, son casi inhabitables para la raza blanca. La población se agrupa y se mantiene en las altiplanicies y faldas de la gigantesca cordillera que recorre el Continente, á inmensas alturas sobre el nivel del mar, y cüyos abruptos flancos, hondas simas y empinadas crestas, hacen en partes imposible, y en otras tan difícil como costosa la construcción de las modernas vías de comunicación, factor indispensable de todo progreso.

Tomadas en consideración estas causas de nuestro malestar político, social y económico, la Europa no debería admirarse de nuestro comparativo atraso, sino antes bien de que en lucha abierta con estas dificultades hayamos podido impeler, aunque lentamente, estos pueblos á las tierras prometidas de la libertad y del progreso.

« Las Repúblicas sur-americanas, dice el cónsul general de los Estados Unidos en Buenos-Aires, Mr. Bayless W. Hannan, forman hoy (1886) el campo más atractivo del mundo para el empleo del capital extranjero, que encontrará aquí una inversión fructífera desde el Mar Caribe hasta la Tierra del Fuego. Inglaterra, Alemania, Francia, Bélgica é Italia, especialmente, han empleado no hace mucho tiempo grandes capitales, de los cuales están recogiendo ahora su cosecha aurífera. »

Estas colonias, que al tiempo de su emancipación en 1810, no pasaban de 12 millones, tienen hoy una población de 30, distribuída así:

PAÍSES.	BLANCOS.	INDIOS.	MESTIZOS.	TOTALES.
México	1.200,000	4.086,000	4.400,000	9.686,000
La Argentina....	3.200,000	100,000	200,000	3.500,000
Colombia	370,000	1.200,000	1.630,000	3.200,000
Centro-América..	400,000	1.000,000	1.370,000	2.770,000
Perú	350,000	1.000,000	1.250,000	2.600,000
Chile	2.000,000	50,000	300,000	2.350,000
Bolivia	350,000	1.070,000	900,000	2.320,000
Venezuela.....	300,000	800,000	1.000,000	2.100,000
Ecuador.....	120,000	460,000	600,000	1.180,000
Uruguay.....	680,000	.....	20,000	700,000
Paraguay.....	50,000	80,000	200,000	330,000
Totales....	9.020,000	9.846,000	11.870,000	30.736,000

Su comercio colonial con la Península, que no llegaba á 50 millones, vale hoy, según los datos cuidadosos que tomo de los informes consulares $ 526,166,000, en esta forma:

PAÍSES.	IMPORTACIÓN.	EXPORTACIÓN.	TOTALES.
	$	$	$
La Argentina	95.895,000	91.191,000	187.086,000
Chile	39.000,000	48.000,000	87.000,000
México.....	25.000,000	26.000,000	51.000,000
Uruguay	20.100,000	25.000,000	45.100,000
Venezuela	17.250,000	19.600,000	36.850,000
Perú.....	12.000,000	15.000,000	27.000,000
Bolivia.....	5.500,000	17.650,000	23.150,000
Colombia.....	9.300,000	13.500,000	22.800,000
Ecuador.....	7.600,005	9.400,000	17.000,000
Guatemala	2.200,000	5.100,000	7.300,000
Salvador.....	2.000,000	5.000,000	7.000,000
Honduras	2.400,000	3.200,000	5.600,000
Costa-Rica	1.600,000	1.900,000	3.500,000
Nicaragua.....	1.200,000	1.900,000	3.100,000
Paraguay.	960,000	1.720,000	2.680,000

De las mismas fuentes copio el cuadro de su progreso interior, en ferrocarriles y telégrafos, que es el siguiente:

PAÍSES.	FERROCARRILES. Millas.	TELÉGRAFOS. Millas.
La Argentina	4,974	11,799
México	3,720	9,920
Chile	1,152	5,095
Perú	1,124	2,484
Uruguay	297	745
Centro-América	297	1,738
Venezuela	102	1,138
Ecuador	76	93
Bolivia	56	108
Colombia	75	2,258

Políticamente, Chile se presenta ya con orgullo, sólidamente organizado con un gobierno de instituciones y leyes protectoras de todas las libertades compatibles con el mantenimiento del orden social, que así se ha mostrado tan eficaz para proteger la libertad contra las violencias demagógicas, como para preservarla de la ambición de los caudillos y de la afrenta y la ignominia de los gobiernos personales.

En la misma vía está la gran República del Plata, que marcha á la cabeza del progreso latino-americano.

México parece haber doblado también el cabo de las tormentas revolucionarias. Todo hace presumir que aquel hermoso país ha entrado ya en las vías de la libertad y del orden, y que marcha á pasos gigantescos á constituír uno de los más ricos, bellos y poderosos Estados del Nuevo Mundo.

El Perú, á pesar de sus desgracias no ha renegado la libertad, y esta fe lo salvará.

Esperemos que en medio siglo más los pequeños Estados de Centro América, del Uruguay y del Para-

guay, y las Repúblicas de la antigua Colombia, habrán tomado el mismo camino, y que las sanas doctrinas constitucionales del gobierno representativo en ellas difundidas, lograrán al fin triunfar de las revoluciones que las arruinan y de los caudillos ambiciosos y corrompidos que los tiranizan y deshonran.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

II

CAMPAÑA MEXICANA

(16 de septiembre de 1810 á 27 de septiembre de 1821)

Aunque la guerra de independencia de México en nada se relaciona militarmente con la de las otras Colonias españolas de la América del Sur, como es la independencia de todas ellas la que presentamos como acreedora á una página en la historia guerrera de la humanidad, esta página sería imcompleta si no incluyéramos en ella la parte correspondiente á la guerra de emancipación de México, que aunque no tenga todo el interés legendario y dramático de la epopeya colombiana, no le cede en patriotismo, en sacrificios ni en valor.

Hemos dicho que esta guerra carece del interés legendario y de la unidad dramática de la epopeya colombiana; y así es la verdad. En la una, desde el principio hasta el fin hay un solo pensamiento y una acción : guerrear sin tregua ni descanso, vencer, conquistar la independencia en la victoria. Bolívar y sus compañeros persiguen el poder español, como los héroes de Homero la destrucción de Troya. Los realistas colombianos á su turno, jamás piensan en transigir; se rinden sólo á la adversa fortuna de sus armas; al paso que la lucha mexicana está rota en tres pedazos: Hidalgo no representa sino una insurreción popular, sin concierto y sin plan, una especie de reivindicación azteca contra la conquista española : los colores de su bandera — azul y blanco — son los de los antiguos emperadores de Anahuac. En Morelos hay ya el pen-

samiento político de la emancipación y de la libertad; pero sucumbe, y la jornada termina por una evolución, por no llamarla traición, del partido realista mexicano, para erigir á México en Estado independiente, con Iturbide á la cabeza, bajo la forma monárquica.

Hidalgo da el grito de insurreción el 16 de septiembre de 1810, y rinde á Riaño en Guanajuato el 29 del mismo.

Hidalgo principia aboliendo el tributo, y esta medida trae á sus banderas 80,000 indios; pero incapaces éstos, como en la conquista, de sostener el campo contra tropas regulares, Hidalgo es derrotado el 7 de noviembre en Aculco, con pérdida de más de 1,000 entre muertos, heridos y prisioneros.

Hidalgo, después de este desastre se retira á Guanajuato, que el jefe español Callejas toma por asalto el 25 de noviembre. De Guanajuato se retira á Guadalajara, donde Callejas lo persigue sin tregua y lo derrota en la memorable batalla del Puente de Calderón, el 17 de enero de 1811.

Hidalgo con el resto de sus tropas se dirigió á Zacatecas, y de allí á San Luis de Potosí y al Saltillo, á 200 leguas de México. Intentaba pasar la frontera para réhacerse en la Luisiana, pero traicionado por el infame Elisondo, por Menchaca, Carrasco, Borrego y Urasga, fué aprehendido y entregado á los españoles en Acatita el 21 de mayo de 1811, y pasado por las armas el 31 de julio. Allende, Aldama y Jiménez le precedieron en el martirio el 26 de junio. Así termina el primer desgraciado episodio de la guerra de México.

Morelos, cura de Caracuaro, se levanta entonces con López, Rayón, Liceaga y Villagrán, para emprender la segunda jornada de la independencia, que como la primera, debía terminar en la derrota y el martirio de sus caudillos.

López había abierto la campaña derrotando un cuerpo de realistas que la atacó en Citacuaro el 22 de

mayo de 1811, pero fué rechazado en Valladolid el 30.

Perseguido por Amparán hasta su cuartel general de Citacuaro, López libró desesperado combate á los realistas el 4 de junio, haciéndoles perder 800 hombres. Esta ventaja lo animó á intentar un nuevo ataque sobre Valladolid el 23 de julio, pero con mal resultado. Entonces Callejas acometió á Citacuaro, que fué tomado por asalto el 2 de enero de 1812. He aquí un extracto del parte de Callejas al Virrey. Dice así :

« Las tropas del Rey después de una acción de tres horas han tomado la importante posición de Citacuaro, situada sobre rocas escarpadas, rodeada de atrincheramientos y de fosos, y defendida por toda la población de veinte leguas á la redonda, reunida en la ciudad.

» Los rebeldes habían añadido á las fortificaciones naturales cuanto el arte, la desesperación y ocho meses de trabajos continuos pueden combinar. El mal éxito de nuestras dos expediciones precedentes había dado tal aliento al pueblo, que las mujeres y los niños ayudaban á rechazar nuestro ataque; pero todo ha cedido á la intrepidez del ejército.

» Se han evadido Rayón, Liceaga y Verduzco, encaminándose hacia Tasco : el cansancio de las tropas y el mal estado de los caminos me han impedido perseguirlos.

» Mi estancia aquí será lo más corta posible ; pero antes de partir quiero arrasar la ciudad para que no quede vestigio de ella. Castigaré asimismo á los instigadores de tan bárbara insurrección, y daré un ejemplo terrible á los que en adelante pretendan sostenerla. »

Callejas cumplió su palabra con una crueldad que horroriza.

Entre tanto Morelos, el más brillante, el más audaz, el más emprendedor de los caudillos de la independencia mexicana, desplegaba todas las dotes de su genio militar, de su indomable valor y de su ardiente patriotismo, en una serie de asombrosas campañas.

Después de vencer á los realistas en la famosa batalla de Tixtla el 19 de agosto de 1811, puso sitio á Acapulco, y marchó sobre México. Uno de sus tenientes, el brigadier Bravo, venció á Musitú y entró en Cuautla-Amilpas, que tan funesto debía ser á las armas republicanas, mientras Morelos se apoderaba de Izcuar, de Huajuapán y del Real de Tasco.

Las fuerzas unidas de Callejas y Llano sitiaron á Morelos en Cuautla-Amilpas. Reducido á la última extremidad por falta de provisiones, Morelos se decidió, después de 65 días de sitio, á evacuar la ciudad en la noche del 2 de mayo. Casi toda la población, partidaria de Morelos, resolvió seguirlo; pero el ejército enemigo hizo una espantosa carnicería en estas masas inermes. Callejas decía en su parte, que sólo había perdido 20 hombres, y que los cadáveres enemigos ocupaban 7 leguas. Morelos con las columnas que salvó de este desastre marchó contra Chilapa y la tomó por asalto; en seguida se apoderó de Tehuacán, de Granada, de Orizaba y de Antequera. Nada igualaba su celeridad y su audácia.

Los realistas habían pasado por las armas á Palacios, Tinoco, López y Armenta. Morelos en represalia hizo sufrir la misma pena al teniente general González Saravia, al brigadier Bonavia y á los coroneles Regales y Villasante. Desde este momento, la guerra, sin declaratoria previa, tomó de hecho el carácter de guerra á muerte.

De Oaxaca, Morelos se dirigió á Acapulco, que ocupó el 12 de abril de 1813, dando fin con la importante adquisición de esta plaza á la brillante campaña emprendida desde la evacuación de Cuautla-Amilpas el 2 de mayo de 1812. Instalóse en Chilpancingo el primer Congreso mexicano el 14 de septiembre, el cual hizo la declaratoria de la independencia el 6 de noviembre, y decretó además la abolición de la esclavitud.

Morelos emprendió en seguida su tercera campaña, expedicionando contra Valladolid, cuya rendición intimó el 23 de diciembre; pero atacada su retaguardia por

Llano é Iturbide, fué completamente derrotado, viéndose en la necesidad de retirarse á Puruacán, donde dejó á Matamoros con 3,000 hombres. Atacado éste por Iturbide, y vencido, fué hecho prisionero y llevado á Valladolid. Morelos ofreció en canje por Matamoros 500 prisioneros, que algunos días antes había este mismo jefe tomado y que se hallaban en Acapulco. No habiendo sido admitidos, y fusilado Matamoros el 3 de febrero de 1814, Morelos en represalias hizo pasar por las armas los 500 prisioneros de Acapulco Los jefes realistas de Valladolid contestaron fusilando 700 prisioneros de Puruacán. Al desastre y ejecución de Matamoros siguiéronse la derrota y muerte del valiente Galeana, la aprehensión y fusilamiento en Puebla del denodado don Miguel Bravo, y por último la pérdida del gran Morelos. Obligado á hacer frente á las fuerzas superiores de Concha y Armijo en Texmalaca, fué allí completamente batido : un desertor de sus propias filas, un miserable llamado Carranco, lo denunció y entregó en el lugar donde estaba oculto. Imposible que escapara á la suerte de todos los que le habían precedido en la empresa de libertar á su patria. Conducido á México y degradado de las órdenes sacerdotales, fué pasado por las armas á 4 leguas de la capital, en San Cristóbal, el 22 de diciembre de 1815.

En México como en Colombia, los excesos de la guerra á muerte se volvieron contra las armas republicanas.

Á Morelos sucedió el intrépido soldado español don Francisco Javier Mina, quien después de haber combatido bizarramente contra los invasores de su patria en la Península, cansado de la tiranía de Fernando VII resolvió venir á combatir por la libertad en América, para darse en ella una nueva patria. Su aparición fué rápida y brillante como un metéoro. Desembarcó el 15 de abril de 1817, con 500 hombres reclutados en los Estados Unidos, y dirigiéndose sin pérdida de tiempo al interior, derrotó sucesivamente á los jefes realistas

Villaceñas y Armiñán; desbarató cerca de San Felipe las fuerzas de Ordóñez; intentó sorprender la ciudad de León, pero no habiéndolo conseguido, hubo de retirarse al Fuerte del Sombrero, donde lo asedió la división Liñán. Logró sin embargo romper el sitio y escaparse por Sierra Gorda, pero sorprendido por Orrantia en el Rancho del Venadito, fué aprehendido y pasado por las armas á la vista del Fuerte de los Remedios el 11 de noviembre de 1817.

Á la vez que llegaban de la Península nuevas fuerzas para combatir á los independientes, Bravo sucumbía en Coporo, y el Padre Torres en el Bajío; Verduzco y Rayón eran aprehendidos; Pagela y Bermeo fusilados. Sólo quedaba el indomable Guerrero sosteniendo la lucha en las montañas del sur. Puede decirse que á fines de 1817 todo el país estaba de nuevo sometido á la autoridad colonial, cuando los acontecimientos de 1820, ó sea la revolución de la isla de León en la Península, vinieron á dar por la política el desenlace que todos los esfuerzos del patriotismo, del valor y del sacrificio no habían podido obtener.

El restablecimiento de la Constitución liberal del año 12, jurada en México el 31 de mayo de 1820, determinó una conspiración de los realistas españoles y mexicanos, que con el alto clero á la cabeza, preferían la independencia de México bajo el gobierno absoluto y teocrático de un príncipe de su elección, á la dependencia de España bajo el régimen constitucional que había abolido la Inquisición, proclamado la libertad de conciencia y de cultos, la de la prensa y las demás libertades políticas del derecho moderno. Faltábales un jefe y lo encontraron en Iturbide, procesado á la sazón por dilapidación de fondos públicos. Los conspiradores, que guardaban el más riguroso sigilo, persuadieron al Virrey que debía cortarse esta causa para conferir á Iturbide el mando de las tropas que debían emprender la campaña de Acapulco contra Guerrero.

Iturbide salió de México el 16 de noviembre de 1820, y habiéndose puesto de acuerdo con Guerrero en la conferencia de Acatempa el 10 de enero de 1821, ambos jefes proclamaron la independencia bajo el famoso pacto conocido con el nombre de « Plan de Iguala », de 24 de febrero, fundado en la alianza de europeos y americanos, para el establecimiento de un gobierno monárquico, con un príncipe europeo.

Los patriotas tuvieron el buen sentido de adherirse á este plan, único á que podían acogerse en el estado de absoluta postración á que habían quedado reducidas las armas republicanas; plan que por otra parte separaba á los realistas mexicanos de los peninsulares, y que con todas las reservas imaginables consumaba de hecho la independencia mexicana.

Iturbide, después de haber hecho capitular á Valladolid, Querétaro y Puebla, hizo su entrada triunfal en México el 27 de septiembre de 1821, día en que concluyó para siempre la dominación española.

Los partidarios de Iturbide consiguieron que la asamblea convocada por éste para organizar el país, lo proclamara Emperador; pero su imperio fué de efímera duración. Un movimiento revolucionario acaudillado por el general Santana lo derribó del trono en 1822. Desterrado á Europa con una pensión vitalicia de $ 25,000 anuales, no quiso resignarse á la vida privada, y habiendo regresado al país con el intento de revolucionarlo en su favor, fué aprehendido al desembarcar, y fusilado en Padilla el 19 de julio de 1823.

El buen sentido del país no ha querido nunca, y con justicia, reconocer á Iturbide entre los próceres de la independencia mexicana. La nación no ha querido asociar su nombre á los de Hidalgo y Morelos: la traición y la ambición deslustran y empequeñecen las hazañas del uno; el patriotismo y el martirio ciñen de inmarcesible aureola el nombre de los otros.

CAMPAÑA AL NORTE DEL GUAYAS

III

MIRANDA

Caracas depuso al Capitán General y estableció su Junta de Gobierno propio el jueves santo 19 de abril de 1810.

Pero habiendo desconocido la regencia de Cádiz la legalidad de la formación de juntas de gobierno independientes en las provincias coloniales, y mandado bloquear los puertos de la Costa Firme de Venezuela y Nueva Granada, la Junta de Caracas se vió en la necesidad de convocar un congreso de las provincias de Venezuela, para que proveyera á la administración y defensa del país, mientras se resolvían los acontecimientos de la Península.

El Congreso renovó en la iglesia catedral el juramento de fidelidad á Fernando VII; pero los españoles europeos y los realistas americanos sabían bien á qué atenerse sobre este juramento, y principiaron á prepararse en todas partes para combatir al nuevo Gobierno. El gobernador de Guayana le había ya negado su obediencia y hacía activos preparativos para la guerra. En tan crítica situación era indispensable decidirse, y el Congreso, urgido por la opinión de los patriotas de la capital, entre los cuales se contaba al coronel Simón Bolívar, que había sido también uno de los más activos promovedores de la revolución de 19 de abril, hizo la declaratoria de la independencia absoluta de Venezuela en la sesión del 5 de julio de 1811.

El manifiesto del Congreso, justificativo de esta medida, obra del doctor Juan Manuel Roscio, es uno de los documentos de Estado más notables de la época.

Pero la joven República estaba destinada á sucumbir, llevando aún frescos los azahares de su guirnalda de bodas.

Seis días después, el 11 de julio, Valencia, la segunda ciudad del país, por rivalidades con Caracas, se declaró por el Rey.

La rendición de Valencia costó grandes sacrificios, porque el partido español principió allí á dar á la guerra un carácter social, prometiendo el primero la libertad á los esclavos que se alistaran en sus filas, y azuzando á las gentes de color contra los *mantuanos* que, decía, eran los que querían alzarse con los dominios del Rey, para oprimirlos después. La primera expedición, al mando del marqués del Toro, fué rechazada por los rebeldes. El general Miranda, que llegó en esos momentos, se encargó del mando. Cinco días de sangriento combate en las calles y casas de la ciudad, duró el ataque contra la plaza, que al fin se rindió á discreción el 13 de agosto, haciéndose por algunos subir las pérdidas de los independientes á 800 muertos y 1,500 heridos. Bolívar se distinguió mucho en esta campaña.

El Congreso sancionó el 21 de diciembre la Constitución de las Provincias Unidas de Venezuela, bajo la forma federal, dando á las provincias el nombre de Estados soberanos é independientes.

Para contentar á Valencia, el congreso acordó trasladar á ella sus sesiones y la capital de la República.

Las negociaciones entabladas por la Inglaterra, con carácter de mediación, á fin de poner término á la guerra, aunque en el fondo no exigían de la España sino la confirmación de los privilegios ya concedidos á los Americanos, de acordarles una justa representación en las Cortes del reino, y de admitirlos junto con los

Españoles europeos á todos los empleos y destinos de la administración colonial, fracasaron, porque se agregaba, como condición indispensable, que igualmente exigían los diputados americanos, la del libre comercio de las colonias con los países extranjeros, concesión que las Cortes españolas reunidas en la isla de León, se obstinaron en negar. No quedaba pues á la América más recurso que la guerra.

Guayana, llave de la navegación del Orinoco y de las comunicaciones interiores de Venezuela, estaba en poder de los realistas, y era preciso someterla. Con muchos gastos y grandes esfuerzos logró el Gobierno equipar é introducir en el río, por uno de los caños del Delta, 19 lanchas cañoneras; pero fueron completamente destrozadas por la flotilla realista, muy superior á la republicana, en la acción de la ensenada de Sorondo, el funesto *jueves santo*, 26 de marzo de 1812. Los patriotas perdieron 28 buques con 32 piezas de artillería, 160 fusiles, 200 muertos y 150 heridos.

Aquel mismo día un espantoso terremoto, acaso el mayor de los que hayan conmovido el suelo volcánico del Nuevo Mundo, redujo á escombros las ciudades de Caracas, La Guaira, San Felipe, Barquisimeto y Mérida. En Barquisimeto pereció casi toda la división allí reunida para oponerse á los progresos de la rebelión de Coro.

La circunstancia de que esta espantosa catástrofe hubiera acontecido en el aniversario, no por fechas, sino por festividad religiosa, del jueves santo 19 de abril de 1810, en que tuvo lugar la primera revolución de Caracas deponiendo al Capitán General, proporcionó al clero la ocasión de sublevar contra los patriotas toda la ignorancia y todas las supersticiones del fanatismo, pintando y denunciando el terremoto como un castigo del cielo indignado contra los crímenes de Venezuela, por el desconocimiento de su rey y de su Dios. El arzobispo Coll y Prat, con todo el clero de su diócesis, encabezó esta cruzada.

El 10 de marzo de 1812 había salido de Coro la expedición que el capitán general Miyares y el gobernador español don José Ceballos, habían puesto á las órdenes del capitán de fragata don Domingo Monteverde, para atacar á Valencia. Á esta expedición debía hacer frente la división reunida en Barquisimeto, que pereció en el terremoto.

Aumentada la fuerza de Monteverde con la guarnición de Siquisique y con los numerosos voluntarios de todos los pueblos del tránsito, dispersó la primera tropa de 700 hombres que se le opuso en Carora el 23 de marzo; ocupó á Barquisimeto el 2 de abril; y con las armas y municiones que de aquellas ruinas sacó, aumentó su división á 1,000 infantes y 180 jinetes. El 25 de abril, con la traición de la caballería mandada por Ontalva, que se pasó al enemigo, derrotó en San Carlos 1,300 hombres que regía el teniente coronel Miguel Ustáriz. Monteverde principió aquí su carrera de crímenes, permitiendo el asesinato de los rendidos y el saqueo de San Carlos.

Reforzado con 2 cañones y más de 500 fusiles tomados de esta derrota, marchó sobre Valencia, que el gobernador Ustáriz y todo el Gobierno abandonaron el 30 de abril, y que Monteverde ocupó el 3 de mayo, en medio del entusiasmo de la población, casi toda hostil á la independencia.

Por excusa del general don Francisco Rodríguez, marqués de Toro, el Gobierno invistió de la dictadura al general Miranda, con el título de Generalísimo de mar y tierra, delegándole cuantas facultades le había dado el Congreso para salvar la República.

Miranda hizo avanzar el 8 de abril hasta el pueblo de los Guayos, una legua distante de Valencia, una columna de 500 hombres; pero la traición del capitán de granaderos del 1.° de línea, Pedro Ponce, que se pasó con su tropa al enemigo, dió el primer triunfo á los realistas.

Temeroso Miranda de que cundiera la traición en sus

tropas, levantó el campo y retrocedió hasta Maracay, fortificando los estrechos del lago de Valencia, que cierran las avenidas de los valles de Aragua.

Monteverde forzó los desfiladeros, y Miranda se retiró precipitadamente de su cuartel general hasta La Victoria. Con esta marcha retrógada y pusilánime, en presencia de un jefe audaz, engreído con sus triunfos, la campaña estaba perdida. El disgusto en el ejército republicano llegó hasta el punto de acusar á Miranda de cobardía y aun de traición.

No era que hubiese flaqueado el valor, ni debilitádose la energía del vencedor de Jemapes y del héroe de Nerwinden, del soldado extranjero que por sus propios méritos había logrado elevarse á tamaña altura en medio de los hombres de la Revolución Francesa; que era preciso ser gigante para sobresalir entre ellos. Acusado por el desastre de la batalla de Nerwinden, Miranda fué absuelto por el Tribunal Revolucionario y conducido en triunfo á la Conserjería; pero Miranda carecía en absoluto de verdadero genio militar : el segundo de Dumouriez no tenía las capacidades necesarias para mandar en jefe y dirigir una campaña. Posteriormente á todas las historias de la guerra de indepedencia, se han publicado las memorias póstumas de madame Roland, que lo conoció y trató íntimamente en la Conserjería, y estimándolo en el más alto grado como patriota, como republicano, como soldado y como caballero, madame Roland dice de él : — « Miranda era el primer táctico de su tiempo; pero jamás habría consentido en ganar una batalla contra las reglas del arte ».

No era pues qué se hubiera eclipsado la fortuna de Miranda, sino que él no la tenía para dirigir la guerra, y careciendo de iniciativa y de genio, se redujo á una campaña defensiva, ajustada á los rígidos principios del arte militar, en un país sin elementos para esa clase de guerra, y en circunstancias en que sólo la audacia habría podido dar la victoria. Tanto lo enervó y lo pa-

ralizó la sujeción á las reglas del arte, que á pesar de haber rechazado por dos veces, con gran valor personal, en los días 20 y 29 de junio, los ataques de Monteverde, en sus atrincheramientos de La Victoria, no se atrevió todavía á salir de ellos para perseguir y destruír al enemigo, como lo aconsejaba y lo pedía toda la oficialidad del ejército, muy superior en disciplina y en número al de Monteverde. Esta conducta verdaderamente incapaz de Miranda, le enajenó las simpatías, le quitó la autoridad, y aun le atrajo en cierto modo el desprecio del ejército.

En estas circunstancias, los cabecillas de la revolución de Valencia, presos en el castillo de San Felipe de Puerto Cabello, aprovechándose de la ausencia del coronel Simón Bolívar, gobernador de la plaza, seducen la guarnición y enarbolan el pabellón real el 30 de junio, Monteverde marcha con esta noticia y ocupa la plaza el 6 de julio, después de derrotar las pocas tropas con que Bolívar pretende defenderla. Bolívar pudo escapar protegido por el español Martearena, amigo suyo, á bordo del bergantín *Zeloso* que lo condujo á la Guaira.

La pérdida de Puerto Cabello, donde Monteverde adquirió todos los elementos de guerra que necesitaba, era, por el momento, irreparable para la independencia. « Venezuela está herida de muerte », exclamó Miranda al recibir la noticia en su cuartel general de La Victoria, y desde aquel momento no pensó sino en buscar los términos de una capitulación. La situación del jefe republicano habría sido terrible aun para el alma mejor templada. Perdidos en Puerto Cabello los parques y almacenes de guerra de la República; perdidas enteramente las provincias de Trujillo, Mérida y Barinas, la parte occidental, populosa y rica de la de Caracas, los Llanos de Oriente hasta Calabozo, minado el ejército por la traición, y sublevado el fanatismo religioso de todo el país con motivo del terremoto del 26 de marzo; en tan críticas circunstancias sólo actos de su-

prema audacia, superiores al espíritu y á la educación militar del general Miranda, habrían podido restablecer la menguada fortuna de las armas republicanas.

Acordóse pues en La Victoria el de 20 de julio, después de muchos preliminares, la célebre capitulación que Miranda ratificó el 25, por la cual, mediante una amnistía general, olvido y perdón completos de todo lo pasado, se devolvía todo el territorio independiente de Venezuela á la autoridad del Rey. Monteverde ocupó La Victoria el 26 y entró en Caracas el 30.

Ojalá hubiera terminado así no más la primera efímera época de la existencia de la República de Venezuela; pero el acto final debía cerrarlo una escena de eterna reprobación para la Historia.

Miranda, el desgraciado Miranda, el soldado, el héroe legendario de la Revolución Francesa, cuyo merecimientos y servicios respetó, en medio del furor de las pasiones populares, el Tribunal Revolucionario de París; Miranda el caballero, el patriota, el amigo de Catalina II, había llegado á la Guaira el mismo 30 de julio á las siete de la noche, para embarcarse el día siguiente, junto con la numerosa emigración que, no confiando en la palabra de Monteverde, iba á dejar las playas de Venezuela; y descansaba tranquilo, hospedado en la casa del coronel Manuel María Casas, comandante del puerto, cuando éste, el doctor Miguel Peña, los coroneles Simón Bolívar, Juan Paz del Castillo, José Mires y Manuel Cotes, y los comandantes Tomás Montilla, Rafael Chatillón, Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Landaeta y Juan José Valdés constituídos en Tribunal de Salud pública, resuelven prender á Miranda y dejarlo encerrado en el castillo de San Carlos para entregarlo á los Españoles. Bolívar, Montilla y Chatillón se encargaron de prenderlo bajo el techo hospitalario de uno de los conjurados. Casas lo entregó á Monteverde.

De Puerto Cabello fué transportado á Puerto Rico y

de allí á la Carraca de Cádiz, donde murió cautivo, solo y abandonado de todo el mundo, en julio de 1816, cumpliéndose en él el destino del que sirve á los pueblos, que son el más tiránico, el más veleidoso y el más ingrato de los amos. En este servicio, un instante de infidelidad cancela una eternidad de amor, un momento de desgracia borra una vida entera de abnegación y sacrificios.

El nombre de Casas debe pasar á la Historia, marcado por la más vil de las acciones, con el estigma de la perfidia y de la infamia, y cualesquiera que sean las razones que el exaltado patriotismo de aquella época aciaga alegue para justificar la prisión del general Miranda, su entrega á las autoridades españolas quedará como una sombra sobre la memoria y la vida de Bolívar.

Las memorias del general O'Leary han venido á suministrarnos los datos necesarios para afirmar este juicio. Por ellas sabemos, cosa de que no habla Restrepo, el profundo resentimiento que abrigaba Bolívar contra Miranda, porque éste, temiendo la impetuosidad, la irascibilidad del carácter de Bolívar había esquivado dos veces darle colocación en el ejército. En la primera campaña contra Valencia en 1811, Miranda, para aceptar el mando de la expedición, exigió que Bolívar no perteneciese á ella. « Después de su llegada á Venezuela, dice O'Leary, algunas diferencias habían mediado entre los dos. Miranda abogaba en favor de los Españoles residentes en el país, mientras que Bolívar opinaba que debía expulsárseles hasta que la España reconociera la independencia. Si el marqués del Toro no lo hubiera llevado como su edecán, Bolívar habría tenido que hacer la campaña como simple soldado. (*Narración*, tomo I, págs. 46 á 47).

En la campaña contra Monteverde, Miranda, en vez de emplearlo en el servicio activo, como él lo solicitaba, lo destinó á mandar el castillo de Puerto Cabello. « Bo-

lívar, dice O'Leary, vió que se le quería apartar del campo del honor, y partió á ocupar el puesto que se le señalaba *bajo la impresión del desagrado y de la dignidad ofendida.* » (*Narración*, tomo I, pág. 55).

Después de haberse perdido en su poder la plaza y castillo de Puerto Cabello, Bolívar tuvo que pasar por la humillación de escribir á su rival esta humildísima carta :

« *Caracas*, 12 de julio de 1812.

» Después de haber agotado todos mis esfuerzos físicos y morales, ¿con qué valor me atreveré á tomar la pluma para escribir á Ud., *habiéndose perdido en mis manos* la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón se halla destrozado con este golpe, aun más que el de la provincia, etc., etc.

» Mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así, ruego á Ud. ó que me destine á obedecer al más ínfimo oficial, ó bien que me dé algunos días para tranquilizarme y recobrar la tranquilidad que he perdido al perder á Puerto Cabello » (*Narración*, tom. I, págs. 59 y 60). »

El parte oficial del desastre dado por Bolívar concluía así :

» En cuanto á mí yo he cumplido con mi deber, y aunque se ha perdido la plaza de Puerto Cabello, yo soy inculpable y he salvado mi honor. ¡Ojalá no hubiera salvado mi vida, y la hubiera dejado bajo los escombros de una ciudad, que debió ser el último asilo de la libertad y la gloria de Venezuela! » (*Narración*, tomo I, pág. 69).

Y como la naturaleza humana es la misma en todas partes, y como el rencor del amor propio ofendido es tanto más profundo cuanto más grande es el orgullo

herido, forzoso es concluír con el criterio de las leyes morales que gobiernan la fisiología de las pasiones humanas, que la prisión y entrega del ilustre y desgraciado Miranda obedeció más á la satisfacción de un resentimiento personal, que al de un interés público por la capitulación de La Victoria.

Si hay una prueba moral de la existencia de un Dios, y ante la cual debe inclinarse el más duro escepticismo, es ver cómo vienen á revelarse por medios providenciales los más secretos móviles de las acciones humanas. ¡Quién hubiera pensado que fueran las Memorias del general O'Leary las que vinieran á suministrar la prueba de la conducta de Bolívar con el general Miranda!

> .....*foul deeds will rise*
> *Though all earth o'erwhelm them to men's eyes,*
>
> HAMLET.

Que puede traducirse así:

> Levantaráse el crimen por sí mismo,
> Aunque esté sepultado en el abismo.

Recuérdese que no estamos escribiendo un capítulo de historia nacional, con el estrecho criterio del patriotismo, sino una página de la historia del mundo, con el criterio de la moral universal y de las leyes de la humanidad, y que desde esta altura, sus juicios pasan sobre todas las cimas y alcanzan á todas las grandezas.

IV

LA GUERRA Á MUERTE

De la Guaira, amparado por el Español don Francisco Iturbe, pasó Bolívar á Curaçao y de allí á Cartagena, en busca de auxilios para continuar la guerra.

El gobierno de la provincia libre de Cartagena, á la sazón en campaña contra la de Santa Marta, ocupada por los realistas, dió á Bolívar la comandancia de las fuerzas destinadas á obrar contra las posiciones enemigas de la orilla derecha del río. Bolívar atacó á Tenerife y lo rindió el 23 de diciembre, desalojándolos en seguida del Guamal, Banco y Puerto Real de Ocaña, con lo cual quedó expedita la navegación del río. Ansioso Bolívar de llegar cuanto antes á la frontera venezolana, siguió sin demora de Ocaña á los valles de Cúcuta, por el fragoso camino que separa el Magdalena del Zulia.

El jefe español Correa le salió al encuentro en las inmediaciones de la villa de San José de Cúcuta, el 28 de febrero de 1813. Bolívar, después de cuatro horas de recio combate, lo cargó á la bayoneta y lo puso en completa derrota. Allí peleó el oficial Francisco de Paula Santander, destinado á gran renombre en esta historia. El jefe español se internó en el territorio venezolano, sin detenerse hasta La Grita.

Bolívar venciendo los celos envidiosos de las medianías incapaces de comprender las atrevidas empresas de un hombre de genio, obtuvo al fin permiso del Congreso de la Unión, reunido en Tunja, para marchar con la pequeña división granadina que había obtenido

este triunfo, á abrir de nuevo la guerra en Venezuela. Bolívar salió de San Cristóbal, villa venezolana, distante 9 leguas de la frontera granadina, el 15 de mayo de 1813, con una división que no pasaba de 500 hombres, pero mandada por una oficialidad destinada á inmortalizar sus nombres en los fastos colombianos. Iban en ella Girardot, D'Elhúyar, Vélez, Ortega, los París y Ricaurte.

Bolívar ocupó á Mérida el 30 de mayo. Los restos de la división Correa, perseguidos por la vanguardia al mando de D'Elhúyar, huyeron á Maracaibo. La campaña era una marcha triunfal.

Bolívar ocupa á Trujillo el 14 de junio, y en un momento de cólera expide allí la terrible, la funesta proclama de 15 de junio de 1813, sobre declaración de la guerra á muerte :

« Españoles y Canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables. »

El mundo no había oído antes ni en boca de Alarico ni de Atila semejante grito de exterminio y de muerte. Fué aquél un acto de arrebato, de cólera, de verdadera locura de parte del Libertador, que no dejando á la numerosa población española y á la americana enlazada con ella por los vínculos de la familia y de 300 años de dominación y de imperio, más alternativa que la de combatir ó morir, hizo de todo hombre un soldado, de la guerra un incendio, que abrazó en sus llamas toda la población de Venezuela, y convirtió su territorio en un campo de matanza y de muerte.

Girardot ataca y derrota al jefe español Cañas el 19 de junio en la Loma de Agua de Obispos.

Rivas destrozó á Marti en la célebre acción de Niquitao el 2 de julio; y cuando Tízcar, destacado sobre Barinas por Monteverde para oponerse á Bolívar, supo que éste, por un rápido movimiento de flanco, estaba ya en Barranca, á cuatro leguas de Barinas, huyó

hasta Nutrias sobre la orilla del Apure, dejándolo todo en poder del invasor. Bolívar ocupó á Barinas el 6 de julio.

Rivas, continuando su marcha directa por Barquisimeto y el Tocuyo, derrotó en Los Horcones á Oberto el 22 de julio.

Sólo quedaba á los realistas la división de Izquierdo. Bolívar la atacó y derrotó el 31 de julio en las llanuras de Taguanes, y ocupó en seguida á Valencia, que Monteverde abandonó para ir á encerrarse en Puerto Cabello.

En consecuencia el capitán general interino Fierro, y una junta de notables reunida por él en Caracas el 3 de agosto, resolvió capitular. Los comisionados encontraron á Bolívar en La Victoria el 4, donde un año antes había capitulado Miranda. Bolívar mandó ofrecer una capitulación con garantía de la vida y de la propiedad para todos los comprometidos, sin distinción de origen ni de clases, pero á condición de que se le entregara pacíficamente la ciudad y todos los pueblos comprendidos en la provincia de Caracas, inclusive Puerto Cabello. Monteverde no pudo ratificarla y en consecuencia quedaron á merced del vencedor todos los prisioneros de guerra y todos los Españoles y Canarios residentes en el territorio dominado por las armas republicanas, los cuales fueron sacrificados, en número de 800, conforme á la declaratoria de guerra á muerte.

Nuestro historiador nacional el señor Restrepo, cuyo juicio es irrecusable, se expresa así en la página 167 del tomo II : « Si Monteverde sin disparar un tiro hubiera entregado este baluarte del poder español en Venezuela (Puerto Cabello) habría añadido otro borrón indeleble á su mancillada reputación. Cualquiera que conozca las leyes de la milicia y del honor militar, no podrá menos de formar este mismo juicio ; es preciso que seamos imparciales y que hagamos justicia aun á los que fueron nuestros enemigos. »

Bolívar entró triunfante en Caracas el 6 de agosto de 1813.

Por el mismo tiempo Mariño, había arrojado á Antoñanzas de Cumaná el 2 de agosto. Piar ocupó á Barcelona el 19. Mariño estaba reconocido como jefe supremo de las provincias orientales de Cumaná y Barcelona, con absoluta independencia de Bolívar : á éste obedecían las provincias por él libertadas, de Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas. Esta división de mando tuvo mucha parte en los desastres militares que en menos de un año pusieron por segunda vez á Venezuela bajo la autoridad de las armas reales.

Apenas reorganizado el ejército, Bolívar marchó sobre Puerto Cabello, al cual puso sitio el 26 de agosto, pero después de ataques infructuosos se vió obligado á levantarlo el 17 de septiembre, por el arribo de nuevas fuerzas auxiliares venidas de España, compuestas de la fragata *Venganza* de 40 cañones, de una goleta y de 6 transportes. Bolívar estableció su cuartel general en Valencia.

Aun no habían transcurrido dos meses después de su entrada triunfal en Caracas, y ya la reacción en favor del antiguo régimen, se levantaba furiosa y terrible por todas partes. El país entero se cubría de guerrillas, que batidas en un punto reaparecían en otro, aumentadas con nuevos soldados y protegidas por la casi unánime opinión de las poblaciones. Una de ellas, la que capitaneaba Boves en los llanos de Calabozo, estaba destinada á derramarse como un torrente devastador por el centro de Venezuela, y á aplastar bajo el irresistible empuje de sus escuadrones, las armas victoriosas de Bolívar.

Don José Tomás Boves, era don José Tomás Rodríguez, natural de Gijón, en Asturias, de donde vino á Venezuela en clase de pilotín. Condenado á ocho años de presidio en Puerto Cabello por actos de piratería, unos comerciantes españoles de La Guaira, de apellido Bo-

ves, consiguieron que dicha pena se le conmutara en la de confinación á Calabozo en los llanos de Barinas. Por agradecimiento á sus benefactores y para borrar un nombre infamado, Rodríguez cambió su apellido por el de Boves, con el cual adquirió tan sangrienta y terrible celebridad en nuestra historia. Cuando estalló la revolución de 1811, Boves se alistó en sus banderas, y la sirvió con calor; pero reducido á prisión como desafecto ó sospechoso, por un juez que pretendía despojarlo de sus bienes, y condenado á servir como soldado raso en el ejército, Antoñanzas lo sacó de la cárcel de Calabozo cuando ocupó aquella villa, y Boves salió de allí ardiendo en ira. Imposible que el juez que lo condenó, sospechara á costa de cuánta sangre, de cuántas víctimas y de cuántos desastres debía ser rescatada aquella ofensa.

Boves reunía todas las condiciones necesarias para hacerse el jefe temido y adorado de aquellos formidables llaneros del Apure, cuyo empuje era irresistible en la pelea. Montados en caballos indómitos, sobre silla de cuero crudo; vestidos de calzón corto, camisa ancha y suelta, sombrero de grandes alas, y armados de larga y cortante lanza, aquellos escuadrones no recibían más disciplina ni conocían más táctica que la de cargar al enemigo, sobre el cual caían como un torrente y pasaban como un huracán en el campo de batalla. Boves reunía al valor mejor templado, á la fortaleza física, á la pujanza y la agilidad de los hijos del desierto, grandes talentos naturales para la guerra, indómito valor, astucia, infatigable actividad, y llevando en el alma un incendio de odios y venganzas, la victoria le proporcionó la ocasión de saciarlas sin tasa ni medida en la sangre de sus enemigos. Boves habría figurado ventajosamente como jefe de cualquiera de las tribus bárbaras que invadieron y devastaron las provincias del Imperio Romano en el siglo V. No habría sido en nada inferior á Atila.

Bolívar debía atender desde Valencia á Puerto Cabello, y á Boves, que había entrado ya en campaña y venía sobre Calabozo. Bolívar mandó contra él al teniente coronel Montilla con 600 infantes. Boves sorprendió y destrozó esta fuerza el 21 de septiembre, y ocupó á Calabozo el 22, donde tomó abundante parque, elementos y provisiones de guerra.

En compensación de este desastre, Bolívar, al frente de tres columnas mandadas por Girardot, D'Elhúyar y Urdaneta, derrotó el 30 de septiembre en Bárbula á Monteverde, que libre del ejército sitiador había salido de Puerto Cabello á probar fortuna en el interior. Allí cayó, atravesada la frente de una bala de fusil, el joven Girardot, al coronar con sus tropas vencedoras las alturas del campo enemigo. Bolívar para mostrar su agradecimiento á las tropas granadinas y para llenar de noble emulación á las venezolanas, decretó sobre el campo de batalla pomposos honores fúnebres, copiados de la antigüedad, á la memoria y á los restos mortales de Girardot. Declaró el 30 de septiembre día aciago para la Patria, mandó vestir un mes de luto por su memoria, y que el corazón de Girardot fuera llevado en triunfo á Caracas, para ser colocado en soberbio mausoleo erigido en la Catedral. Á pesar de las atenciones de la campaña, Bolívar condujo en persona la procesión fúnebre que llevó en triunfo el corazón de Girardot.

Aun conservaba Monteverde 1,000 hombres en la posición de Las Trincheras. Las tropas granadinas pidieron á Bolívar que les permitiera ir á vengar la muerte de Girardot. Bolívar unió á los Granadinos un cuerpo de Venezolanos, hasta completar 1,000 hombres, que puso á órdenes de D'Elhúyar. Éste atacó los atrincheramientos enemigos el 3 de octubre, y puso en derrota la división de Monteverde, que fué herido en el combate.

Contra Boves victorioso y que había invadido ya

con 2,000 infantes y 5,000 jinetes regidos por su segundo Morales, la provincia de Caracas, Bolívar envió al terrible Campo Elías, como Boves, Español europeo, que había abrazado la causa republicana, y digno émulo de Boves por su valor y su ferocidad. Trabóse el combate el 14 de octubre de 1813 en el sitio de Mosquitero. Boves consiguió al principio envolver y hacer mucho daño en la izquierda de los patriotas; pero aprovechando Campo Elías el ardor con que la derecha de Boves se empeñó en la persecución, cayó con el resto de sus fuerzas sobre el centro y la izquierda del ejército enemigo, que dispersó y aniquiló en menos de quince minutos. La misma suerte tuvieron al regresar al campo muchos de los jinetes de Boves que se empeñaron en la persecución del ala izquierda derrotada.

Mientras las armas republicanas triunfaban en Mosquitero, la fortuna los era adversa en otras partes. Don José Ceballos, el gobernador español de Coro, entró también en campaña. Opónesele el comandante Juan Manuel Aldao, que es derrotado en Bobare el 17 de octubre, y el Teniente coronel Miguel Valdez en Yaritagua el 23. Marcha Bolívar en persona á reparar estos desastres, y sufre completa y espantosa derrota en Barquisimeto el 2 de noviembre.

Esta victoria puso á Ceballos en comunicación con Yáñez, que con dos regimientos de caballería y el famoso batallón Numancia ocupaba á San Fernando de Apure. Yáñez después de derrotar á los republicanos en Achaguas emprende su marcha hacia el interior para unirse á Ceballos; desaloja á los independientes de Barinas y avanza hasta Guanare en el corazón de la provincia de Caracas.

Animado con estos triunfos de las armas reales, decídese el coronel Salomón á salir de Puerto Cabello para reunirse en San Carlos con Yáñez y Ceballos; pero fué derrotado en Vijirima por Rivas y D'Elhúyar, mandados por Bolívar, en las jornadas del 23 y 25 de

noviembre, y obligado á volverse á encerrar en Puerto Cabello.

Yáñez y Ceballos habían efectuado ya su reunión en la villa de Aragua. Bolívar marcha precipitadamente y los derrota en un brillante combate el 5 de diciembre. La victoria fué completa; el ejército español quedó totalmente destruído; Ceballos y Yáñez huyeron casi solos, el primero á Guayana y el segundo al Apure. Bolívar contramarcha rápidamente á activar el sitio de Puerto Cabello dirigido por D'Elhúyar.

Boves, después de la derrota de Mosquitero, volvió á sus guaridas de Guayabal en los confines del Orinoco y del Apure, y ya por el terror, ya por el incentivo de la rapiña, la matanza, y de todo linaje de licencia concedido á sus soldados, logró reunir un atropamiento de 3,000 jinetes, con los cuales se puso nuevamente en campaña. El valeroso Aldao, en vez de retirarse, pretende detenerlo en el paso del río Guárico, el 14 de diciembre de 1813; pero perece él mismo con toda su división, que fué íntegramente despedazada por los lanceros de Boves. Éste ocupó á Calabozo, y extendió su dominación por todo el Bajo Llano, hasta el pie de la cordillera que sigue paralela á las costas de Venezuela, hasta el golfo de Paria.

La tierra venezolana, después diremos por qué, brotaba por todas partes soldados en favor del Rey. Yáñez, deshecho completamente en Araure el 5 de diciembre, tenía ya más de 2,000 soldados á principios de enero. Con parte de estas fuerzas, sus tenientes Puij y Ramos atacan y derrotan á los republicanos en Nutrias el 4 de enero de 1814, y los sitian en Barinas el 10. Allí estaba entre los sitiados, con el gobernador García de Sena, el capitán José Antonio Páez, destinado á convertir por sus hazañas este oscuro nombre en el de uno de los más ilustres guerreros del continente americano.

García de Sena abandonó á Barinas el 18 de enero;

sus pocos defensores fueron degollados; la ciudad saqueada y reducida á pavesas.

Detrás venía Yáñez con el grueso de sus fuerzas, para ocupar la villa de Ospino, guarnecida apenas por 200 hombres, al mando del teniente coronel Jose María Rodríguez. Urdaneta, que venía en auxilio de Barinas, los aumentó con 200 soldados más, y marchó á Barquisimeto á enviar nuevos refuerzos. Consiguió en efecto enviar 300 soldados del batallón Valencia, al mando del teniente coronel Manuel Gogorza. La guarnición de Ospino salió á proteger la incorporación de esta fuerza, y todos reunidos empeñaron terrible combate contra las fuerzas de Yáñez, que fueron derrotadas dejando á su jefe en el campo. El cadáver de Yáñez fué descuartizado por los vencedores : tal era el furor de que estaban poseídos los bandos contendores.

Dejamos á Boves en Calabozo y á Campo Elías en la villa de Cura.

Boves se movió en busca de su contrario el 1.° de febrero de 1814. Campo Elías abandonó á Cura y tomó posiciones en la llanura de La Puerta, con 1,200 infantes, 500 jinetes y 100 carabineros.

Boves lo atacó con 3,000 soldados el 3 de febrero. El éxito de aquel temerario combate no podía ser dudoso. Al cabo de dos horas, la formidable caballería de Boves, mandada por Morales, destrozó y puso en completa derrota las fuerzas de Campo Elías, que á duras penas logró salir con vida de aquel campo de muerte. Boves fué gravemente herido en la pelea.

Bolívar recibió tan funesta noticia en las cercanías del sitio de Puerto Cabello, de cuyas líneas tuvo que retirar gran parte de las fuerzas para marchar á Valencia á organizar la defensa contra Boves.

Para resistir el empuje de las fuerzas triunfadoras de Boves, Bolívar se fortificó en el pueblo de San Mateo, situado sobre una llanura que dominan varias eminencias, y que en breve debía ser testigo de uno de los

más portentosos actos de heroísmo que registra la historia del mundo.

El 25 de febrero aparecieron sobre Cagua, pueblo inmediato á San Mateo, las huestes de Boves. En la casa alta del *Trapiche*, hacienda patrimonial de Bolívar, comprendida dentro del campo fortificado, se custodiaba el parque del ejército republicano, al mando del joven granadino capitán Antonio Ricaurte.

En vano empeña Boves todo su valor y todo el coraje de sus tropas en forzar aquellos atrincheramientos. La impavidez, la firme resolución de morir antes que rendirse, y el nutrido y certero fuego de la infantería, hacen destrozos en las huestes de Boves : él mismo sale gravemente herido en uno de los asaltos, y tiene que retirarse á Cura mientras convalece, dejando encargado del mando á su segundo Morales.

Boves vuelve á la carga el 14 de marzo, y el 25 ordena y conduce en persona un asalto general sobre toda la línea. Todos los puntos se mantienen inconmovibles : sólo el camino que conduce á la eminencia del *Trapiche* ha dado paso á los invasores. Bolívar contempla estupefacto desde la llanura, sin poderlo remediar, la marcha de la columna enemiga que va á adueñarse del parque, cuando de repente aquella colina y aquella casa desaparecen en los aires, envueltas en los torbellinos de humo de pavorosa y horrísona detonación. Era Ricaurte que para salvar el parque, había puesto fuego á la Santa Bárbara, dando su vida á la América y su nombre á la inmortalidad.

Boves se retira espantado de aquel campo de heroísmo y de muerte.

Mientras Bolívar se defendía en San Mateo, Caracas había estado en inminente peligro de caer en manos de Rosete. Éste había derrotado á Arismendi en Ocumare el 11 de marzo. Afortunadamente el intrépido Rivas, aunque enfermo, se hace conducir en una cama portátil y al frente de los hijos de Caracas, venga el desas-

tre del 11, destrozando completamente á Rosete, en Ocumare, el 20.

Aquella era una guerra sin tregua ni descanso, de todos los días, de casi todas las horas, sobre todo el territorio de Venezuela, convertido por la declaración de la guerra á muerte en un campo de horrorosa carnicería. En el occidente mandaba Urdaneta las fuerzas republicanas, teniendo que hacer frente á las numerosas guerrillas que por todas partes lo cercaban. Ceballos, destinado á atacarlo, se presenta delante de Barquisimeto, donde Urdaneta tenía su cuartel general, el 9 de marzo, y á pesar de la bravura con que las pocas fuerzas que guarnecían la ciudad sostuvieron el ataque, hubieron de ceder al número, y Barquisimeto fué ocupado con pérdida de todos los elementos de guerra que allí tenían los patriotas. Los restos de las fuerzas que pudieron salvarse por el camino de Cabudare, alcanzaron á encerrarse en San Carlos : allí las sitiaron Ceballos y Calzada.

Reducidos á la mayor extremidad, sin agua, sin vituallas, y con la defección en sus propias filas, hicieron el portento de evacuar la plaza al amanecer del 17 de marzo, burlando la vigilancia del enemigo, y de conducir á Valencia casi intacta, su división, sus armas, y la numerosa emigración que los acompañaba.

Desde San Mateo, había ordenado Bolívar que se defendiera á Valencia hasta morir, y que se enviaran al mismo tiempo 200 hombres á reforzar la línea sitiadora de Puerto Cabello, para impedir que de aquella plaza recibiera Boves las municiones de que carecía, y en que estribaba la salvación del ejército. Escalona y Urdaneta cumplieron una y otra orden con imperturbable serenidad. Reducidos á sólo 280 fusileros hubo de limitarse la defensa al reducto de la plaza principal, que fortificaron del mejor modo posible, y allí sostuvieron durante 4 días, del 30 de marzo al 2 de abril,

la embestida de un ejército 10 veces mayor que el suyo, pero que afortunadamente carecía de municiones. Boves después de haber abandonado á San Mateo el 30 de marzo para ir al encuentro del ejército que de oriente conducía Mariño en auxilio de Bolívar, y después de haber sufrido un grave rechazo en Cura, llegó en su retirada á Valencia el 2 de abril; pero tampoco se atrevió á renovar los ataques contra la plaza, y Ceballos y Boves levantaron el sitio el 3. No hay palabras con que ponderar el comportamiento del valiente coronel Escalona, destinado á perecer tres meses después en este mismo sitio, del célebre don Francisco Espejo, gobernador político, y de los comandantes Taborda y Joaquín Ricaurte, jefes de la artillería.

Según el testimonio del general Urdaneta, Bolívar perdió en el sitio de San Mateo, más de 200 oficiales de todas graduaciones, entre ellos al terrible y denodado Campo Elías, y á Villapol, y más de 1,500 soldados.

Reunidas en Valencia las fuerzas republicanas del oriente y occidente de Venezuela, Bolívar siguió á activar el sitio de Puerto Cabello que D'Elhúyar había mantenido con admirable pericia, y destacó á Mariño con 2,000 infantes y 200 jinetes para atacar á Ceballos en San Carlos. El ardiente genio de Bolívar, á quien devoraba la fiebre del combate, lo empeñaba frecuentomente en operaciones mal preparadas, y ésta, preludio del desastre de « La Puerta », fué una de las que más severamente le enrostraron los jefes republicanos que después lo depusieron en Carúpano.

Mariño engañado por un falso espía avanzó imprudentemente hasta el sitio de « El Arado », en las cercanías de San Carlos, donde, cargado de improviso por fuerzas superiores, sufrió espantosa derrota.

Las fuerzas independientes volvieron á concentrarse en Valencia, y las realistas en San Carlos; pero estas últimas habían recibido ya las municiones de que carecían, traídas de Coro por el mariscal de campo don

Juan Manuel Cajigal, quien tomó en San Carlos el mando en jefe de las fuerzas de Boves y Ceballos.

El jefe realista cometió á su turno la gravísima falta de moverse en busca del ejército independiente, sin esperar el regreso de Boves, que queriendo aprovechar la ausencia de Mariño, había mandado hacer una diversión sobre Barcelona, donde sus tenientes fueron derrotados por Piar.

El ejército real avanzó hasta la llanura de Carabobo, á seis leguas de Valencia, en el mismo campo donde siete años después debía sellarse definitivamente la independencia de Venezuela. Allí los encontró Bolívar el 28 de mayo de 1814. Peleóse por una y otra parte con asombroso valor, pero la victoria dió á las armas republicanas uno de los más bellos triunfos que registra la historia de esta magna guerra. Quinientos fusiles, toda la artillería y municiones, y 4,000 caballos con sus monturas, abandonados por sus jinetes, fueron el rico botín de esta victoria.

¡Inútiles triunfos! La opinión de los pueblos adversa á los independientes, no les dejaba ocupar sino el suelo que pisaban. Para vengar el desastre de Carabobo, Boves se avanza con 5,000 jinetes y 3,000 infantes provistos de abundantes municiones recibidas de Guayana. Mariño, que llevaba la vanguardia, toma posiciones en el campo fatal de La Puerta, donde se le reunió Bolívar con el resto de la fuerza el 14 de junio.

La acometida de la caballería de Boves fué espantosa : el simún que hubiera pasado sobre el ejército republicano, no habría hecho más estragos. Bolívar, Mariño y Rivas huyeron hacia Caracas, dejándolo todo en poder del vencedor, quien autorizándose con la funesta declaración de guerra á muerte, no dió cuartel á nadie.

Bolívar llegó á Caracas el 16 de junio, pero encontrándose en la imposibilidad de defenderla contra las numerosas fuerzas que Boves había enviado en su

persecución, abandonó la ciudad, junto con la numerosa emigración que huía de las matanzas de la guerra á muerte, el 6 de julio, dirigiéndose por el camino de la costa á la provincia de Barcelona. González, teniente de Boves, ocupó á Caracas el 7. Boves se dirigió á Valencia; destrozó el 17 de junio las pocas fuerzas republicanas que pretendieron detenerlo, en el estrecho de La Cabrera, y rindió á la ciudad por capitulación, después de heroica defensa, el 9 de julio. La capitulación fué infamemente violada, y á nadie se dió cuartel. Sólo escaparon unos pocos, que no creyendo en las promesas de Boves se ocultaron, entre ellos el teniente coronel, después general, José María Ortega, tan valiente, tan bueno, tan humano, á quien conocí, y á cuya memoria me es particularmente grato ofrecer este recuerdo.

D'Elhúyar abandonó el sitio de Puerto Cabello el 25 de junio, y se incorporó á Bolívar en Caracas. Morales, el terrible Morales, alcanzó y batió á Bolívar en Aragua el 18 de agosto. Todos los prisioneros fueron degollados, la mayor parte dentro de la iglesia de la ciudad en que creyeron encontrar amparo. Bolívar alcanzó á retirarse en tiempo, con Mariño, del campo de batalla, lo cual le atrajo las más sangrientas acusaciones de parte de los otros jefes. Bermúdez prolongó la defensa hasta las dos de la tarde en que se retiró con Monagas, Sarasa y Cedeño á Maturín. En el campo de Aragua pereció, combatiendo, el denodado Carvajal, que, solo, valía un regimiento. Bolívar se dirigió á Barcelona; de aquí, vivamente perseguido por Morales, á Cumaná, y de Cumaná á Carúpano, donde al desembarcar encontró que los jefes del ejército lo habían destituído acusándolo de deserción y cobardía en el campo de Aragua. Rivas había sido nombrado jefe supremo, y Piar su segundo. Bolívar soportaba en aquellos momentos para salir triunfante de ella, la tremenda prueba de la adversidad, como la había soportado el gran Mi-

randa en 1812. Bolívar expiaba con esta humillación la injusticia cometida con aquel ilustre guerrero.

Después de Carabobo, Urdaneta había marchado en persecución de Ceballos al occidente. Cuando supo el desastre de la Puerta, emprendió su retirada por Trujillo y Mérida hacia la frontera granadina; pero Calzada lo alcanzó y batió en Mucuchíes el 7 de septiembre, y con mucho trabajo apenas pudo llegar á los valles de Cúcuta con 800 hombres.

Bolívar, después de los acontecimientos de Carúpano, en que su valor personal lo salvó de perder la vida, se embarcó para Cartagena, en compañía de Mariño, D'Elhúyar, Sucre y los pocos oficiales que le eran adictos, el 8 de septiembre, en busca de nuevos auxilios para continuar la guerra. Así terminó la existencia de la segunda República en Colombia.

Hemos narrado con mucha más extensión de lo que en lo sucesivo nos permitirá la clase de composición á que pertenece este escrito, los sucesos de la campaña de 1814, porque ellos se relacionan con una de las más graves enseñanzas que la historia debe á la presente y á las futuras generaciones para bien de la humanidad.

Todo el que lea con atención la historia de esta campaña, comprenderá sin dificultad que las armas republicanas sucumbieron en ella, no precisamente porque les fuera adversa la cuenta de ganancias y pérdidas materiales de los combates, sino porque les era adversa la opinión de los pueblos; de tal manera que sus triunfos eran casi estériles, porque los adversarios hallaban instantáneamente medios de reponer sus pérdidas, al paso que una sola batalla perdida por ellos, debía bastar, como bastó, para hundirlos en espantoso desastre.

Después de su entrada triunfal en Caracas — 6 de agosto de 1813 — Bolívar en oficio del 14 del mismo decía al Congreso de la Nueva Granada: « Después de la batalla campal de Tinaquillo marché sin detenerme por las ciudades y pueblos de Tocuyito, Valencia,

Guayos, Guácara, San Joaquín, Macarey, Turmero, San Mateo y la Victoria, donde todos los Europeos y Canarios, casi sin excepción, han sido pasados por las armas. »

El oficio dirigido desde Trujillo, por el general Urdaneta, al Congreso granadino; con fecha 27 de julio, anunciándole su retirada hacia los valles de Cúcuta, es el cuadro más triste del estado y de la opinión del país. « Los pueblos, le decía, se oponen á su bien; el soldado republicano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea nuestro enemigo; nuestras tropas transitan por los países más abundantes, y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestros soldados, y desgraciado del que se separa de las filas en busca de alimento, porque sólo encuentra la muerte. »

Por no manchar las páginas de este libro, por no torturar y ofender la sensibilidad de nuestros lectores, y porque la imparcialidad y la justicia nos obligarían á rebajar los nombres de muchos de nuestros libertadores, al nivel del de muchos de nuestros opresores, hemos omitido, de una y otra parte, la relación de las crueldades de la guerra á muerte; pero sépase que fueron tales como no se cuentan en ningún otro período de la historia de la humanidad; que no hubo ciudad tomada por asalto que no fuera saqueada y entregada al furor de la soldadesca; que las matanzas colectivas de los prisioneros de guerra, y de los Españoles y Canarios, ó Americanos pacíficos y neutrales, duraron á veces muchos días consecutivos; que las numerosas emigraciones de ancianos, de mujeres y de niños que vagaban por los campamentos huyendo de los asesinatos de la guerra á muerte, perecían extenuadas de cansancio, de enfermedades ó de hambre en los desiertos; y finalmente, que no hubo género de suplicio, desde el arcabuz y la lanza, hasta la horca y el descuartizamiento, que unos y otros no impusieran á las víctimas de su furor.

Tengamos pues el valor moral de decir, en presencia de semejante cuadro de martirio y de horror, que la declaración de la guerra á muerte fué un funesto extravío del patriotismo, inmensamente perjudicial á su propia causa.

La pluma política de nuestro historiador nacional, el venerable, el inmaculado señor Restrepo, ha ensayado una defensa de la proclama de Trujillo en las páginas 141 á 145 del tomo 2.° de su obra; pero como era imposible que la conciencia del hombre virtuoso no se sublevara contra aquella culpa, son innumerables los pasajes en que ha dejado la más explícita condenación de aquella medida.

Tratando del estado de la opinión, adversa á la causa republicana, dice en la página 213 del mismo tomo II.

« Contribuía también el fanatismo religioso á persuadir á las masas populares ignorantes que debían oponerse á la independencia como herética é irreligiosa. Pero *sobre todo*, estamos convencidos de que *la guerra á muerte*, las contribuciones extraordinarias y las conscripciones, fueron los estímulos más poderosos que levantaron á los pueblos de Venezuela contra los patriotas. Atribuíaseles todo el diluvio de males que había caído sobre las desgraciadas provincias de Costa Firme. »

Después del desastre de La Puerta, la repudiación no puede ser más perentoria. Oigámoslo :

« Bastante hacían sus tropas, dice (las de Urdaneta), en batir las numerosas guerrillas que inundaban los pueblos y campos del Occidente; derrotadas en un punto se reunían en otro para consumar la funesta obra de destruír el país. Casi ninguna población gozaba de tranquilidad en aquella época lamentable, y por todos los ángulos de la tierra se oía resonar el formidable grito de *guerra á muerte*. ¡ Hora malhadada aquella en que se declaró ! »

El general Bolívar reconoció, como lo atestigua su

conducta posterior, toda la magnitud del error; pero naturalmente no lo confesó jamás, porque es funesto atributo de la grandeza no arrepentirse de ninguna falta, ni confesar ninguna debilidad. Espantado de los horrores con que la guerra á muerte había cubierto el territorio de Venezuela, su primer acto al desembarcar en Margarita de la expedición de Los Cayos, fué apresurarse á recoger aquella funesta declaración, por su proclama de 8 de mayo de 1816. (Restrepo, tomo 3.°, pág. 339.)

Era tal el convencimiento de los males que había causado la guerra á muerte, y tal el horror que habían dejado sus recuerdos, que cuando el jefe español, Morales, por decreto expedido en Maracaibo á 22 de octubre de 1822, declaró con varios pretextos insubsistente el Tratado de regularización de la guerra, el general Páez, que sitiaba á Puerto Cabello, contestó ordenando á las tropas de su mando que dicho Tratado se cumpliera religiosamente por su parte, aunque fuese violado por los realistas. (Restrepo, tomo 3.°, página 265.)

Imposible averiguar cuál de los dos partidos se había hecho responsable de la primera sangre derramada contra el derecho de la guerra; pero aunque hubiera sido el español, el jefe republicano incurrió en lamentable extravío erigiendo el abuso en principio. Antes que la espantosa declaración de guerra á muerte á beligerantes y neutrales, estaban las represalias y el talión.

V

NUEVA GRANADA — LA FEDERACIÓN

El general Bolívar llegó á Cartagena, y sin detenerse siguió por Ocaña y Pamplona á Tunja, donde tenía sus sesiones el Congreso de las Provincias Unidas de Nueva Granada, para ponerse á sus órdenes y pedirle nuevos auxilios con qué continuar la guerra. La operación de que va á encargarlo el Congreso, no en la guerra contra los Españoles, sino en la guerra civil que sostenía el gobierno de la Unión contra la provincia rebelde de Santafé, antigua capital del Virreinato, exige que refiramos lo que había pasado á este respecto desde 1810.

Como la proclamación de la independencia se hizo en la forma de instalación de Juntas Provinciales, á semejanza de lo que se había hecho en España, para la conservación y defensa de los derechos del Soberano, quedó desde el principio y de hecho planteado el problema de la organización política del país en la forma de una confederación de provincias libres, á semejanza de la que, con tan buen éxito, habían formado los Estados Unidos de Norte América, que naturalmente debía aparecer entonces á nuestros hombres de Estado como el modelo perfecto de la forma de gobierno republicano.

Jamás hemos comprendido la ruptura artificial de nuestra nacionalidad en soberanías seccionales, con el objeto de formar después con estas entidades una confederación de Estados Soberanos, foco de bastardas agitaciones y ambiciones, de cargas fiscales abrumado-

ras para los pueblos, de tiranía y de desorden, de empequeñecimiento de las aspiraciones que forman el ideal de la Patria; soberanías municipales ruines, engreídas y díscolas; fuertes para hacer el mal, incapaces de hacer el bien.

Centralización política: los grandes intereses de la nación unos é indivisibles; descentralización administrativa: los intereses locales gobernados por las secciones—jamás hemos podido pasar de esta fórmula.

Pero en 1810, tal como nació la idea de independencia, la confederación de las provincias era por el momento la única unión posible, y los magnates de Santafé que por ambiciones personales, por ruin espíritu de provincialismo, porque creían que perdiendo Santafé su primacía, perdían ellos los primeros puestos de lucro y de honor en la República; los que por estos motivos resistieron durante cuatro años la incorporación de la provincia de Santafé á la Unión, y mantuvieron obstinadamente la República de Cundinamarca fuera del pacto federal, incurrieron en verdadero crimen de Estado contra la Independencia, que la historia debe señalar y condenar sin consideraciones de ninguna clase.

El general Antonio Nariño á quien la causa de la independencia y de la libertad tantos servicios debía, que había sido el publicista y el mártir de estas ideas, y que fué el caudillo principal de aquella resistencia, era un hombre de grandes talentos políticos, de templado valor personal, humano y generoso, pero ambicioso de mando y empequeñecido por el espíritu lugareño. Para él no había sino Santafé, lugar de su nacimiento, y si Santafé no dominaba, y si Santafé no prevalecía, la obra misma de la independencia del país perdía mucho á sus ojos. Esta ambición de mando y el espíritu provincial no le permitieron tomar el amplio vuelo á que sus grandes dotes lo llamaban en el escenario de la Revolución.

En el acta de la Revolución del 20 de julio de 1810

se había acordado : « que se deposite en la Junta (la de Santafé) el Gobierno supremo de este Reino, mientras la misma Junta forma la constitución que afiance la felicidad pública, contando con las nobles Provincias á las que en el instante se pedirán sus diputados. »

Con efecto, el 29 dirigió la Junta una circular á las Juntas Provinciales, excitándolas á enviar sus diputados á la capital — uno por cada provincia — « para la formación de un Gobierno provisional, manteniendo la unidad de la Nueva Granada. »

La Junta de Gobierno de Cartagena fué la primera que introdujo el desorden, contestando con un contraproyecto para que el Congreso se reuniera en Medellín, compuesto de diputados elegidos por la población en razón de uno por cada 50,000 almas.

En la capital existían sin embargo los representantes de las provincias de Santafé, Neiva, Mariquita, Socorro, Pamplona y Nóvita. La Junta de gobierno de la capital los invitó á que se reunieran en Congreso, para ir de este modo atrayendo á los diputados de las otras provincias. Instaláronse en efecto el 22 de diciembre de 1810; pero al asumir, como era natural, el Gobierno general del Reino (aun se gobernaba en nombre de Fernando VII), los demagogos de la Junta de Santafé, que de ninguna manera querían renunciar al poder, apoyados en la fuerza que estaba á sus órdenes, le negaron la obediencia, y el Congreso quedó de hecho desairado y disuelto.

Después de este primer atentado, nada debía contener ya á los demagogos de la capital, que llamándose pueblo soberano, ejercían en ella todo linaje de violencia.

La provincia de Santafé, como las demás del Reino, se había dado su constitución autonómica. Ejercía el Poder Ejecutivo el señor José Tadeo Lozano, hombre de talento y de luces, pero más que todo, patriota sincero y desinteresado, que nada había ganado, y todo lo había expuesto, al entrar en la Revolución. Nariño que

movía las masas de la capital contemporizando con ellas y adulando sus pasiones, y que aspiraba al poder, principió por desacreditar al presidente Lozano en su periódico *La Bagatela*, y concluyó por obligarlo á renunciar, por medio de una asonada escandalosa, que asaltó el recinto de la representación provincial de Cundinamarca, el 9 de septiembre de 1811, insultó y vejó á sus miembros, y bajo los dictados de su imposición y de su violencia hizo elegir presidente á Nariño. Por tales medios escaló Nariño el poder.

« Nariño, dice el historiador Restrepo, por medio de los corifeos del populacho, á quienes trataba familiarmente, movía á éste con destreza, haciéndolo servir á todas sus miras y designios. »

Por este tiempo las mismas provincias de Cartagena y Antioquia habían consentido ya en enviar sus diputados á Bogotá, donde se encontraban los de Santafé ó Cundinamarca, Neiva, Pamplona, Tunja, y Chocó ó Nóvita. Como estas provincias, con la de Antioquia componían ya la mayor parte del territorio poblado de Nueva Granada, sus representantes resolvieron suscribir una acta federal en la forma de un tratado ó pacto de unión entre dichas provincias, calcado sobre el modelo de la primera acta de confederación de las 13 colonias norte-americanas de 1776, con el nombre de « Provincias Unidas de Nueva Granada », delegando al Congreso las relaciones exteriores, la defensa común, la paz y la guerra, aduanas, correos, casas de moneda etc. etc.

Las provincias se reconocían como iguales é independientes, reservándose la plenitud de su administración interior. Dicha acta se firmó el 27 de noviembre de 1811 sólo por los diputados de cinco provincias; el del Chocó, y el de Cundinamarca — éste por órdenes de Nariño — se negaron á suscribirla. El acta fué ratificada inmediatamente por los gobiernos de las otras provincias, sin que esto bastara para hacer ceder á Nariño,

quien desde entonces se alzó con Cundinamarca manteniéndola fuera de la Unión.

Los representantes de la provincias, encontrándose mal en Bogotá bajo la presión de Nariño, se trasladaron á la ciudad de Ibagué, de la provincia de Mariquita, allende el Magdalena.

No contento el general Nariño con mantener á Cundinamarca fuera de la Unión, intrigaba para desorganizar los gobiernos de la provincias adyacentes, promoviendo la desmembración de muchos de sus cantones y su agregación á Cundinamarca, aunque aquéllos no lindaran con el territorio cundinamarqués. Así lo hizo con los cantones de San Gil y Vélez, de la provincia del Socorro, con el de Leiva, de la de Tunja, y con los de Timaná y Purificación, de la de Neiva. Semejante conducta dió lugar á fuertes reclamaciones dirigidas por los representantes reunidos en Ibagué; pero el general Nariño permanecía sordo á la voz de la razón y del patriotismo.

El patriota gobernador de Tunja, don Juan N. Niño, se arma entonces para defenderse, y el brigadier Baraya que mandaba en Sogamoso las tropas que con el pretexto de defender los valles de Cúcuta amenazados por los realistas, había enviado Nariño al norte para sostener sus anexiones, convencido de que el deber y el honor le prohibían hacerse ciego instrumento de los planes del dictador de Cundinamarca, hizolo así presente á la oficialidad de su tropa, la cual en una acta firmada el 25 de mayo de 1812 protestó su obediencia al Congreso.

Al recibir la noticia, Nariño marcha inmediatamente con 800 hombres sobre Tunja, que ocupó sin resistencia el 30 de junio. Entre tanto el coronel Joaquín Ricaurte, segundo de Baraya, ataca y derrota en San Gil, el 19 de julio, las tropas de Nariño mandadas por Pey, apoderándose de toda su artillería, parque y elementos de guerra. Con este desastre, Nariño se vió

obligado á tratar con el presidente Niño y á firmar el 30 de julio, en Santa Rosa, un convenio por el cual se estipuló la inmediata reunión del Congreso, y que la Convención nacional que después se reuniera, decidiría sobre la legalidad ó invalidez de las anexiones territoriales en disputa con Cundinamarca.

Nariño voló á Santafé, donde sus partidarios habían cometido mil vejámenes y tropelías contra los federalistas. Con su presencia se restableció el orden y se puso en libertad á los presos. Nariño era tan generoso como hidalgo y humano; jamás derramó una gota de sangre; son por esta circunstancia tanto más sensibles las faltas que su desmesurada ambición de mando le inducía á cometer.

Nariño alegando que su permanencia al frente del Gobierno era un obstáculo para la consolidación de la paz, por el odio de que era objeto en las provincias, hizo renuncia de la presidencia de Cundinamarca, la cual le fué admitida por el Senado cundinamarqués el 10 de agosto de 1812, y se retiró á un campo cercano á la ciudad; pero esta renuncia no era sincera : la única prueba de las renuncias sinceras es la irrevocabilidad en mantenerlas; y el 11 de septiembre no más, Nariño se hizo sacar de su quinta de Fucha y conducir en triunfo por el populacho de Bogotá, donde por segunda vez fué impuesto como dictador al cuerpo legislativo del Estado.

Á pesar de la dictadura de Nariño, y de los obstáculos que éste oponía á la federación, el Congreso de Diputados de las provincias se instaló con toda solemnidad en la villa de Leiva el 4 de octubre de 1812.

El Congreso decretó en 8 de octubre « que no siendo representativo el Gobierno de Cundinamarca, y no hallándose divididos sus poderes, se le intimara que lo redujera inmediatamente á esta forma. » Era tanto como intimar á Nariño el abandono del poder dictatorial.

Para paliar su desobediencia, Nariño reunió una junta de notables de la capital el 22 de octubre, com-

puesta en su mayor parte de enemigos solapados de la independencia, la cual resolvió « que no debían obedecerse las órdenes del Congreso ».

El Congreso contestó expidiendo con fecha 26 un decreto por el cual se declaraba á don Antonio Nariño usurpador y tirano de la provincia de Cundinamarca, y se ordenaba al Poder Ejecutivo de la Unión su sometimiento por las armas.

Nariño tomó la ofensiva y se puso en marcha contra Tunja con 1,500 hombres mandados por el brigadier español don José Ramón de Leiva, y otros oficiales españoles ó adictos al antiguo sistema « bien persuadidos, dice Restrepo, que destruyendo el Congreso ó manteniendo dividida la Nueva Granada, prestaban un servicio importante á España. »

El ejército de Nariño fué batido en Ventaquemada el 2 de diciembre por Ricaurte. Baraya que mandaba en jefe, no persiguió á Nariño con la celeridad que debia hacerlo, dándole tiempo de que se concentrara y fortificara en Bogotá, donde Baraya fué completamente derrotado el 9 de enero de 1813. El presidente Niño, el diputado Ordóñez, 24 oficiales de todas graduaciones y cerca de 1,000 soldados, quedaron prisioneros. Nariño los trató á todos con la mayor consideración y los protegió contra las agresiones de los fanáticos de la ciudad, que eran su sostén y su fuerza. Jamás desmintió Nariño su índole humana y generosa.

En octubre de 1813 las tropas vencedoras, de la Presidencia de Quito, al mando de Sámano, ocuparon á Popayán y todo el valle del Cauca hasta Cartago, amenazando ya las provincias interiores de Nueva Granada. En estas circunstancias fué cuando Nariño pidió y obtuvo del Congreso el mando del ejército de la Unión, destinado á la campaña de Pasto, la cual pertenece á las campañas de la independencia del sur de Colombia que terminaron en Pichincha, y que narramos en aquel lugar. Cuando Bolívar llegó á Tunja en

noviembre de 1814, ejercía la dictadura de Cundinamarca el dictador don Bernardo Álvarez. Nariño había perdido su libertad, prisionero de los españoles en el Egido de Pasto en mayo del mismo año.

La primera necesidad que tenía la República era la de suprimir este escándalo, reduciendo á la obediencia la provincia capital, donde existían y de donde debían sacarse los mayores recursos para la guerra.

El gobierno de la Unión encargó pues al general Bolívar el sometimiento de Cundinamarca, ó mejor dicho, del gobierno rebelde de Santafé, para lo cual se había hecho venir de Cúcuta la división con que el general Urdaneta se había retirado delante de Calzada.

Además del espíritu provincial y lugareño, alimentado por cuatro años de mando y de anarquía, la reputación de que venían precedidas las tropas venezolanas por los hechos de la guerra á muerte, exaltó de tal manera el fanatismo y las pasiones de la capital, que muchos sacerdotes de uno y otro clero, todos los Españoles europeos y hasta las mujeres se presentaron á recibir las armas que repartía el Dictador.

Después de 3 días de asedio — del 10 al 12 de diciembre de 1814 — las tropas del Dictador se rindieron, previo un convenio en el cual se estipuló : « que el Gobierno de Cundinamarca reconocería al Congreso en los mismos términos que las demás provincias unidas. »

En premio del importante servicio prestado por Bolívar, el Congreso le dió el despacho de capitán general de sus ejércitos, y puso á sus órdenes una división de 1,500 hombres, cuyo material de guerra debía completarse en Cartagena, para que, después de rendida Santa Marta, siguiera por Río-Hacha y Maracaibo á Venezuela; pero era tal la animadversión que en aquella época despertaba el nombre de Bolívar y de las tropas venezolanas en la Nueva Granada, por los acontecimientos de la guerra á muerte y por la desgraciada terminación de la campaña de 1814, que el gobernador de

Antioquia, Amador, y el coronel Castillo que mandaba en Cartagena, resistieron abiertamente la orden de auxiliar la expedición, negándole su entrada en Cartagena; de tal manera que, reducido á la inacción y á la impotencia, falto de recursos y abandonado de la opinión, después de haber apelado inútilmente á la fuerza poniendo sitio á Cartagena, vióse Bolívar obligado á resignar el mando de las tropas y á ausentarse solo del país, embarcándose para Jamaica en el bergantín de guerra inglés *La Descubierta* el 8 de mayo de 1815.

Un acontecimiento desgraciado había puesto el colmo á la indignación pública en la Nueva Granada. Habíanse confiado á la custodia de las tropas de Bolívar, varios Españoles europeos que debían salir del país, y el capitán venezolano Francisco Alcántara, hizo quitar la vida á 16, dando por razón la de que se habían cansado. Semejante crimen, el primero de su clase perpetrado en el territorio granadino, fué recibido con horror. « Bolívar, dice el historiador Restrepo, tomo I, pág. 313, aunque dijo al Gobierno general, haber mandado procesar á Alcántara, pretendió justificar en parte aquellos asesinatos, haciendo una recapitulación de los crímenes y crueldades que los Españoles cometían con los Americanos. » Sólo el odio de Aníbal por los Romanos era comparable en aquella época al de Bolívar por el nombre español.

Por el mismo tiempo la formidable expedición, compuesta de 10,600 hombres, que el gobierno español, libre ya de la invasión francesa, había confiado al general Morillo para la reconquista de las Provincias de Tierra Firme, después de haber rendido á Margarita, y guarnicionado á Cumaná y Barcelona, había anclado en Puerto Cabello. El general Morillo hizo su entrada en Caracas el 11 de mayo de 1815, cuando Bolívar cruzaba el mar para Jamaica.

Sometida Venezuela, Morillo emprendió la reconquista del Nuevo Reino poniendo sitio á Cartagena el

1.° de septiembre. Este asedio, que se prolongó hasta el 5 de diciembre, fué testigo de los mayores actos de heroísmo de que es capaz el valor humano. Teniendo que hacer frente á un ejército numeroso, provisto de gruesa artillería de sitio, aguerrido y bien mandado, los sitiados no tenían un instante de descanso, y combatían día y noche para rechazar á los invasores. La plaza, de la cual no se hizo salir la población inútil, principió en noviembre á sentir los rigores del hambre. La peste, con las enfermedades que el sol abrasador de los trópicos desarrolla en aquellos climas — el escorbuto, la disentería y la fiebre — convirtieron la ciudad en un campo de desolación y de muerte. Los soldados que no caían abatidos por el plomo enemigo caían muertos de inanición. El 4 de diciembre llegó á 300 el número de personas que murieron de hambre en las calles. De 500 hombres que al principio del sitio tenía el castillo de San Lázaro, sólo existían 37, y así en los otros puestos. Sin embargo, la guarnición jamás pensó en rendirse, lo que además habría sido inútil en plena guerra á muerte : Morales, el terrible Morales, el compañero y sucesor de Boves era el 2.° en jefe del ejército sitiador. Clavada la artillería y destruídas todas las municiones y elementos de guerra que no podían salvarse, embarcáronse el 5 de diciembre, á la vista del enemigo, en las 13 velas de la flotilla independiente, los moribundos restos de los heroicos defensores de Cartagena, acompañados de una emigración de 2,000 personas; y arriesgando el todo por el todo lograron abrirse paso por entre la escuadra española y los fuegos cruzados de 4 baterías. Durante el sitio, Cartagena había perdido por el hambre y las enfermedades 6,000 personas, más de un tercio de su población. Montones de cadáveres insepultos, hombres moribundos, esqueletos de mujeres y niños ambulantes, fué lo que los Españoles encontraron en Cartagena el 6 de diciembre. La independencia y la

1.° de septiembre. Este asedio, que se prolongó hasta el 5 de diciembre, fué testigo de los mayores actos de heroísmo de que es capaz el valor humano. Teniendo que hacer frente á un ejército numeroso, provisto de gruesa artillería de sitio, aguerrido y bien mandado, los sitiados no tenían un instante de descanso, y combatían día y noche para rechazar á los invasores. La plaza, de la cual no se hizo salir la población inútil, principió en noviembre á sentir los rigores del hambre. La peste, con las enfermedades que el sol abrasador de los trópicos desarrolla en aquellos climas — el escorbuto, la disentería y la fiebre — convirtieron la ciudad en un campo de desolación y de muerte. Los soldados que no caían abatidos por el plomo enemigo caían muertos de inanición. El 4 de diciembre llegó á 300 el número de personas que murieron de hambre en las calles. De 500 hombres que al principio del sitio tenía el castillo de San Lázaro, sólo existían 37, y así en los otros puestos. Sin embargo, la guarnición jamás pensó en rendirse, lo que además habría sido inútil en plena guerra á muerte : Morales, el terrible Morales, el compañero y sucesor de Boves era el 2.° en jefe del ejército sitiador. Clavada la artillería y destruídas todas las municiones y elementos de guerra que no podían salvarse, embarcáronse el 5 de diciembre, á la vista del enemigo, en las 13 velas de la flotilla independiente, los moribundos restos de los heroicos defensores de Cartagena, acompañados de una emigración de 2,000 personas; y arriesgando el todo por el todo lograron abrirse paso por entre la escuadra española y los fuegos cruzados de 4 baterías. Durante el sitio, Cartagena había perdido por el hambre y las enfermedades 6,000 personas, más de un tercio de su población. Montones de cadáveres insepultos, hombres moribundos, esqueletos de mujeres y niños ambulantes, fué lo que los Españoles encontraron en Cartagena el 6 de diciembre. La independencia y la

hombres más eminentes y virtuosos de la Nueva Granada, de todos aquellos patricios inmaculados, los Camilo Torres, los Pombo, los Gutiérrez, los Torices, los Caldas, que habían presidido una revolución incruenta, que no se habían manchado con la sangre de un solo Español en el Nuevo Reino.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VI

DE OCUMARE Á GUAYANA

(6 de julio de 1816 á 17 de julio de 1817)

Mientras Morillo trabaja por la independencia, levantando cadalsos en Nueva Granada, Bolívar, auxiliado por el ilustre Petión, presidente de Haití, por el armador Brión y los generosos amigos de la causa americana, Sutherland y Pavageau, prepara en Haití la famosa expedición de los Cayos de San Luís.

Experto general y conocedor de Bolívar, Morillo con los primeros rumores de la expedición despachó por tierra, desde el interior del Nuevo Reino, al terrible Morales, para hacerle frente, y Morales ha llegado á Valencia el mismo día, 6 de julio de 1816, en que Bolívar desembarca en Ocumare. Parece increíble: ¡todo lo que Bolívar trajo á la costa firme fueron 250 hombres, para volver á desafiar el poder español en un país completamente reconquistado y defendido por 16,000 veteranos!

La expedición al mando de Soublette avanzó atrevidamente hasta las cercanías de la Laguna de Valencia, hasta Maracay y la Cabrera, pero atacada de improviso por fuerzas superiores, contramarcha el 9 en busca del puerto. Bolívar para salvarse y salvar los elementos de guerra que aun yacían tirados en la playa, y que constituían el único parque de la República, vióse obligado á abandonar á sus compañeros de armas y embarcarse en los tres únicos buques que había en Ocumare, el 14. Esta desgracia acarreará á Bolívar el mayor agravio, el mayor ultraje, el mayor contratiempo de su azarosa vida. Sus biógrafos se han empeñado en defenderlo

como pudiera defenderse á un simple capitán. Su única defensa consiste en que era preciso que con él se salvara la independencia de la América del Sur. Se concibe y se comprende que, perdida la batalla, Bolívar se hiciera matar en Boyacá ó en Carabobo, como Napoleón debió haberse hecho matar en Waterloo; pero Bolívar no debía perecer en Ocumare.

Después de errar por diversos puntos de la costa, Bolívar desembarcó en Güiria el 16 de agosto; pero Mariño y Bermúdez que allí mandaban, y que aun no tenían motivo para considerarlo como el Genio de la Independencia, sino de igual á igual, como un simple general en servicio, amotinaron contra él la población y las tropas, acusándolo de cobardía y deserción, lo llenaron de improperios; atentaron contra su vida; y lo obligaron á reembarcarse, humillado pero no abatido, el pecho devorando amargura, el alma henchida de grandeza. Fué éste el momento crítico del destino de Bolívar. Cualquiera otro menos grande que él, se habría roto contra la ingratitud y la adversidad; pero él sobrevivió á esta prueba. Dirigióse de nuevo á Haití, proscrito, pobre, destituído de todo recurso, sin más fortuna que la de la constancia y el genio, á implorar por segunda vez la generosidad de Petión.

Entre tanto la expedición abandonada en Ocumare, tomando consejo de la desesperación, emprende una de las marchas más atrevidas que registra la historia militar de esta larga guerra: resuelve trasmontar la cordillera, que separa la costa, del interior, y seguir al través de los Llanos de la provincia de Caracas, á unirse en las pampas de Barinas con las guerrillas que desde 1814, después de la pérdida de la República, han mantenido allá Monagas, Sarasa y Cedeño. Mac-Gregor y Soublette los conducen; Salón, Anzoátegui, Briceño Méndez, Francisco de P. Vélez, León Torres, Borrás, Raposo, Figueredo y Alcántara, forman la oficialidad de este puñado de valientes. Morales emprende su per-

secución con una división de 3,000 hombres. Combaten y vencen en Oruto, en Chaguaramas y en Quebrada Honda. Unidos en San Diego de Cabrutica á Sarasa y á Monagas, después de una marcha triunfal de 150 leguas, derrotan el 6 de septiembre á López en el famoso combate de *El Alacrán*, matándole más de 500 hombres, y el 13 ocupan á Barcelona, donde el invicto Piar toma el mando del ejército.

Pero Morales que ha venido picando su retaguardia llega casi junto con ellos. Piar sale á su encuentro y los derrota en las cercanías de la ciudad, en la famosa batalla del Juncal, en 27 de septiembre, de donde el jefe español apenas puede salvarse con 300 hombres, dejándolo todo en poder del enemigo. Mac-Gregor decidió el combate con una carga á la bayoneta. El capitán venezolano Nicasio Alejos y los tenientes Juan Macerón y Juan Bermúdez, hicieron en las filas españolas prodigios de valor defendiendo la causa del Rey.

La batalla del Juncal forma época en la guerra de Independencia. Rómpese en ella, contra el genio militar y el indomable valor de Piar, la adversa fortuna que hasta entonces había perseguido á los patriotas. La victoria coronará en adelante sus esfuerzos. La división salvada por Mac-Gregor y Soublette, y conducida á la victoria por Piar, formará la base del ejército con que Bolívar dará la libertad al Nuevo Mundo.

Pero no es el Juncal el título de Piar al reconocimiento de la América del Sur; es el gran movimiento estratégico de la ocupación de Guayana.

Bolívar empeñado desde 1813 en recuperar á Caracas, emprendiendo campañas poco meditadas, con tropas colecticias, desnudas y mal armadas, contra fuerzas superiores y bien provistas, en las provincias centrales de Venezuela, todas ellas adictas á la causa del Rey, no había hecho sino sufrir desastres. Piar comprendre que es preciso enmendar ese error, asegurando sin tardanza la posesión de un territorio continuo,

extenso, provisto de recursos, y defendido por alguna barrera natural, que pueda servir de base de operaciones al ejército independiente ; y ese territorio no puede ser otro que el de la Guayana, defendido en toda su extensión por el curso del caudaloso Orinoco, que una vez dominado, así servirá para la comunicación exterior, como para penetrar por medio de sus caudalosos afluentes — el Apure, el Arauca y el Meta — en el interior de Venezuela y Nueva Granada, y detrás del cual se encuentran los 46 pueblos de las ricas misiones del Caroní, que serán el granero del ejército.

Es á este movimiento, hijo exclusivo del genio militar de Piar, al que, estratégicamente hablando, se debe la independencia de Colombia. Así lo reconoce francamente el señor Restrepo en la página 360 del tomo 2.°, y tímidamente el general O'Leary en la página 370 del tomo 1.° de su *Narración*.

Á la grandeza del proyecto corresponde la rapidez de su ejecución.

Piar emprende la marcha el 8 de octubre con 1,500 hombres, y pasa el Orinoco por Río Claro el 21 de noviembre. Superando dificultades increíbles, casi fabulosas, construyendo sus propias embarcaciones, tallándolas por medio del fuego, como los salvajes, en el tronco de las ceibas, atraviesa los caudalosos afluentes de la margen derecha del río, que lo separan de la ciudad de Angostura. En el ancho Caura, Cedeño se arroja con sus jinetes á nado, y aborda, lanza en mano, la flotilla enemiga. Los Españoles espantados de semejante arrojo, huyen dejando sus cañoneras en poder de los centauros republicanos, que llegados á la ribera opuesta, continúan persiguiéndolos, montados en pelo de sus indómitos caballos, sin dar tregua ni descanso al enemigo. Así llegó el ejército republicano á las cercanías de Angostura donde se acampó el 12 de enero de 1817. De allí marchó Piar á ocupar los 46 pueblos de las Misiones del Caroní, que abastecían la plaza

enemiga y que en adelante debían abastecer á los soldados de la República.

Morillo, que desde principios del año (1817) había bajado de los Andes granadinos á las llanuras de Venezuela, despachó desde San Fernando de Apure al general Latorre con una división de 800 hombres para socorrer á Angostura, la cual, descendiendo por el Apure y el Orinoco, entró en la ciudad, sin que Piar, que carecía de fuerzas sutiles, pudiera impedirlo, á fines de marzo.

Latorre, comprendiendo la importancia de recuperar las Misiones, después de emplear varios ardides y estratagemas de guerra para engañar y fatigar á Piar, obligándolo á pasar y repasar el Caroní, al fin logró introducirse en ellas con 1,600 infantes y 200 caballos; pero Piar que había penetrado su designio y que estaba preparado para el combate, le salió al encuentro con caballos de remonta en el pueblo de San Félix, el 11 de abril, donde, en una batalla admirablemente dispuesta, que el señor Restrepo describe en la página 394 del tomo 2.°, obtuvo sobre Latorre brillante victoria. Sólo se salvaron del campo enemigo, con el jefe español, 17 individuos favorecidos por las sombras de la noche y la ligereza de sus caballos.

¡Ironía del destino! Piar firmaba con esta victoria su sentencia de muerte.

Entre tanto Bolívar llamado por los jefes del ejército que quedó en Barcelona, había llegado á esta ciudad en unión de Brión el 21 de diciembre de 1816.

Reincidiendo todavía, después de tantos desastres, en su proyecto favorito de invadir la provincia de Caracas, se dirigió sobre la línea del río Unare, y fué completa y desastrosamente derrotado en Clarines el 5 de enero de 1817. Bolívar es, de los grandes hombres de la historia, el que lo ha sido más á despecho de la fortuna.

Este desastre le hizo al fin comprender que el único

jefe que había descifrado el problema estratégico y militar de la campaña era el general Piar, trasladando á Guayana la base de operaciones del ejército; y resolvió entonces atender el llamamiento de Piar, que espontánea y noblemente había enviado en su busca al coronel Olivares. Bolívar salió de Barcelona el 25 de marzo, después de haber convenido, muy á su pesar, cediendo á las instancias de las autoridades, en dejar 700 hombres para que defendieran la ciudad, encerrados en la Casa Fuerte, mientras podían ser socorridos. Bolívar con las divisiones de Bermúdez, Arismendi y Sarasa, pasó el Orinico el 27 de abril, y se incorporó al cuartel general de Piar, que sitiaba á Angostura, el 2 de mayo.

Á su espalda, como él lo había previsto, Aldama atacó y tomó la Casa Fueste el 7 de abril, y pasó á cuchillo á todos sus defensores, y á más de mil personas que en ella se habían refugiado, mujeres, niños y ancianos.

En junio entró Brión en el Orinoco con ocho buques, entre bergantines y goletas, y cinco flecheras, bien armadas y tripuladas. Asediadas por agua y tierra las plazas de Angostura y Guayana la Vieja, quedaron en breve reducidas al último extremo. Después de consumir todos sus víveres y de sufrir los efectos del hambre y la peste, el general Latorre evacuó á Angostura ei 17 de julio: las tropas republicanas la ocuparon el 18. Vieja Guayana se rindió el 5 de agosto.

La obra de Piar estaba consumada. Por la primera vez, desde la proclamación de la Independencia, la Repúbli ca *in partibus,* que sólo había existido en los campamentos, formaba cuerpo de nación, porque poseía en área continua un territorio de millares de leguas cuadradas, afamado, codiciado en el mundo por sus riquezas naturales, y perfectamente circunscrito entre el Océano y el gran río, dentro del cual podía afianzarse un gobierno.

Bolívar no perdió tiempo en organizarlo, y en despa-

char agentes que fueran á captar las simpatías de las naciones libres del Viejo Mundo en favor de las nacientes nacionalidades de la América del Sur, que luchaban por su independencia, y á buscar recursos y á contratar empréstitos para continuar la guerra.

Pero la República, como si un hado fatal hubiera querido marcarle de antemano un funesto destino, debía iniciarse con un acto de sangre, de profunda injusticia y de inmensa ingratitud.

Durante la prosecución del sitio de Angostura el general Piar se disgustó con el Jefe Supremo. Los motivos de este disgusto se adivinan fácilmente: no son materia de procesos ni de información de testigos. Bolívar por su carácter arrebatado, impaciente y colérico, con la conciencia de su genio y su destino, no admitía á su lado ninguna superioridad que no se le rindiese; y era imposible que Piar, orgulloso como debía estar de sus triunfos, los únicos hasta entonces obtenidos, se resolviera á resignar sin murmuración su prestigio y sus glorias en el mando de Bolívar. Para esto era preciso una elevación de espíritu y una amplitud de educación política de que él carecía. Dejóse, pues, dominar por el despecho, luego que se vió sustituído en el mando supremo del ejército y en la dirección de la guerra por el Libertador; murmuró de su autoridad y de sus aspiraciones al poder absoluto; se quejó amargamente de las injusticias que con él se cometían, y concluyó por pedir y obtener su licencia, á pretexto de enfermedad.

Acusado de estas murmuraciones y de estas quejas se le intima que vuelva á presentarse para responder de su conducta en el cuartel general de Bolívar; pero como él presiente la suerte que le espera, desobedece la orden, pasa el Orinoco y huye á refugiarse en el territorio dominado por las armas de Mariño.

Acúsasele entonces de insubordinación contra la autoridad del Jefe Supremo, de conspiración, de sedi-

ción y deserción. Aprehéndesele sin que él oponga la menor resistencia; traído á Guayana donde solicita una entrevista á que Bolívar se niega, se le somete á un consejo de guerra nombrado por el Jefe Supremo; se le juzga y declara convencido de aquellos crímenes, y se le sentencia á ser pasado por las armas, sentencia que confirmada en el acto por Bolívar fué ejecutada en la plaza de Angostura el 16 de octubre de 1817 á las cinco de la tarde.

Yo sé bien que los curiales cuidaron de formar un proceso con las declaraciones contestes de ocho testigos anónimos, que se llaman Sánchez, Fernández, Olivares, Peldain, etc., etc. Como si una causa de esta naturaleza pudiera justificarse ante la posteridad y la historia de otra manera que con la notoriedad del crimen, la indignidad y la vileza de su supuesto autor, que no pudiera de otro modo ser llamado al camino del deber, y la absoluta, la imprescindible necesidad del último suplicio.

¡Desertor! ¡el vencedor del Juncal y de San Félix! ¡Conspirador sin conspiración, sedicioso sin sedición! ¡Conspirador contra la autoridad del Jefe Supremo, el que siendo general en jefe del ejército, principia por renunciar y entregar el mando de ese ejército! ¡Sedicioso, sin que en ninguna parte haya estallado esa sedición, porque debe saberse que nada hubo, ni un simple motín de cuartel, ni un tiro, ni una voz de alarma, ni un simple oficial, ni un sargento, ni un cabo, ni un soldado que hubiera desertado con Piar. Dilapidador de los caudales de las Misiones, y según el mismo proceso, su servidumbre iba á pie, y todo lo que se encuentra en su persona y en su equipaje son ocho onzas de oro, CIENTO VEINTIOCHO PESOS!

Piar fué sacrificado al frío cálculo de consolidar sobre su cadalso la autoridad del Jefe Supremo, que hasta entonces no tenía otra fuente que la que le había conferido una junta de jefes y oficiales reunida en Juan

Griego al arribo de la expedición de los Cayos el 7 de mayo de 1816. Que otros continúen sacrificando á esta razón de Estado las glorias y el nombre de Piar. Yo que no tomo la pluma para adular á los héroes ni á los pueblos, sino para escribir la historia en servicio de la verdad y del derecho, yo me complazco en saludarlo como á un mártir de la patria y como á uno de los más ilustres guerreros de la independencia de Colombia.

La mayor satisfacción que puede experimentar una alma sensible á los reclamos de la justicia, es la de rescatar del peso de esos fallos ciegos, y por mucho tiempo inapelables, dictados por la fortuna triunfante, la memoria de las víctimas sacrificadas á la razón de Estado ó á la gloria de los caudillos populares. Para que Napoleón sea el héroe de la gloria, es preciso que el duque d'Enghien sea un asesino. Para que Bolívar no tenga una mancha, para hacer de él un semi-dios, es preciso que Piar sea un desertor, un conspirador y un sedicioso. Que otras plumas se empleen en perpetuar estas calumnias y en sacrificar á la adulación la inocencia y la verdad : la nuestra no se aviene con semejante cobardía, y por grande que sea nuestra admiración por el héroe de esta epopeya, esa admiración no debe anteponerse á los fueros de la justicia y de las leyes eternas de la moral.

El general Bolívar después de las humillaciones porque había pasado, necesitaba aprovechar el primer pretexto de insubordinación militar que se le presentara para afianzar su autoridad sobre la de tantos caudillos orgullosos, que acaso con razón entonces se negaban á obedecerle; y á esta razón de Estado, estimulada por el escozor de los ultrajes de Güiria, fué sacrificado el general Piar. Se escogió al más ilustre, pero al más desamparado de estos caudillos para llevarlo al cadalso.

Mariño desde el principio de la revolución jamás

quiso someterse á la autoridad de Bolívar, y ahora se encontraba en abierta defección contra él; pero Mariño era el ídolo de Barcelona y Cumaná, y Bolívar no podía alcanzarlo. Lo mismo sucedía con Bermúdez. Páez no le obedecía sino á medias: llegó hasta autorizar la sedición de los jefes que lo proclamaron Capitán General, desconociendo la autoridad de Bolívar; pero Páez era el jefe adorado de aquellos formidables Llaneros del Arauca y del Apure, al cual era preciso adular, y con el cual fué preciso siempre transigir.

Piar, el ilustre Piar, aunque á él exclusivamente se debiese la ocupación de Guayana, fundamento de la República y base de operaciones del ejército; el vencedor del Juncal y de San Félix era natural de Curazao, extranjero en Venezuela; sus glorias debían tener muchos émulos en el ejército, y por lo mismo era seguro que una vez en desgracia nadie se levantaría á defenderlo.

El odio del general Bolívar contra Piar ha quedado destilando sangre en el oficio de fecha 22 de septiembre de 1817, dirigido por él, *bajo su propia firma*, al general Cedeño, encargado de prenderlo, y del cual tomamos lo siguiente:

« Piar solo, sin partidarios y sin espacio siquiera donde vagar, debe *infaliblemente* caer en manos de U. S. — U. S. debe aprehenderlo á él y á los que lo sigan, *sin que nada pueda salvarlo del poder de U. S.*

» U. S. no debe permitir *por ninguna causa* la evasión de Piar; debe necesariamente ser aprehendido, y U. S. debe volver trayéndolo consigo. » (*Memorias del general O'Leary, Documentos*, tomo XV, pág. 302).

La sentencia de muerte dictada el 15 de octubre aparece confirmada en la misma fecha por Bolívar.

Bolívar no era humano; tenía la visión, los destellos, las súbitas iluminaciones y las grandiosas concepciones del genio; arrebatadora, deslumbrante, inagotable elocuencia; templado valor personal, capaz de llegar hasta

el heroísmo; inquebrantable constancia; pasmosa actividad; total, absoluto desprendimiento de la riqueza y de los bienes de fortuna; pero le faltaba la más simpática, la más noble de todas las calidades de la grandeza —la magnanimidad, la piedad, la humanidad en una palabra, esa inefable simpatía, esa divina conmiseración por la vida y el dolor de nuestros hermanos.

César con todos sus vicios y sus defectos permanece y permanecerá como el más grande hombre de la Roma degenerada, y atrevesará las edades y los siglos rodeado de misteriosa simpatía, no por sus victorias ni por su elocuencia, sino porque representa en el mundo antiguo la magnanimidad del perdón. Pirro, Aníbal, Alejandro, le son inmensamente superiores como conquistadores y guerreros; pero ninguno rivaliza en simpatía la memoria de César, porque no eran humanos. Scipión no es tan grande por haber vencido á Aníbal, cuanto por haber respetado el honor de aquella hermosa doncella que imploró su generosidad en la noche de Zama.

El inmortal Gibbon, á quien seguramente no ha dado la adulación el puesto que tiene en la historia, dice hablando de Carlomagno lo que á la letra traducimos:

« El sobrenombre de grande ha sido muchas veces discernido, y algunas merecido; pero Carlomagno (años 768 á 814) es el único príncipe en cuyo favor el título haya quedado indisolublemente unido á su nombre. Pero sin injusticia para su fama, pueden columbrarse (*discern*) algunas manchas (*blemishes*) en la santidad y grandeza del restaurador del imperio de Occidente. De sus virtudes morales, la castidad y la clemencia (*chastity and mercy*) no son las más conspicuas; y los hijos de su hermano Carlomán, los príncipes merovingianos de Aquitania y los 4,500 sajones que fueron decapitados en el mismo sitio, tendrán algo que alegar contra la justicia y la humanidad de Carlomagno. Al lector sedentario lo pasma (*is amazed*) la

incesante actividad de su mente y de su cuerpo (*of his mind and body*), y súbditos y enemigos no se asombran menos por su repentina aparición en el momento en que lo creían en la más distante extremidad del imperio. Ni la paz ni la guerra, ni el estío ni el invierno, lo vieron reposarse; y nuestra fantasía no puede fácilmente reconciliar los anales de su reinado con la geografía de sus expediciones. » (*The Student's Gibbon*, pág. 437).

Cambiando los nombres propios, aquél es el más perfecto retrato de Bolívar.

Yo sé bien que al despojar del colorido de la adulación, al restaurar la verdad histórica en el retrato del general Bolívar, al hacer un Bolívar humano, en vez de un Bolívar divino, rompemos el ídolo que unos por conveniencia, otros como necesidad de sus almas, se han forjado del héroe colombiano; pero es esta precisamente la razón que tenemos para cumplir con este deber. No se dan impunemente ídolos á los pueblos sin prepararlos para recibir dócilmente la librea del servilismo y la ignominia de los gobiernos personales. Beranger, Thiers y el mismo Víctor Hugo prepararon el segundo Imperio napoleónico haciendo legendario al primer déspota.

Los pueblos no deben tener más ídolo que la Libertad.

UNIVERSIDAD EAFIT

VII

DE GUAYANA Á BOYACÁ

(17 de julio de 1817 á 7 de agosto de 1819)

Dijimos antes que Morillo había descendido de los Andes granadinos á las llanuras de Venezuela en enero de 1817. Dos enemigos tenía al frente : la insurrección de la isla de Margarita, en el lejano litoral de Cumaná, y la invasión de Guayana por Piar, que en aquellos momentos (12 de enero de 1817) ponía sitio á Angostura. El odio de Morillo por Arismendi, jefe de la insurrección de Margarita, á quien llamaba « asesino, pérfido, desleal » lo hizo incurrir en la gravísima falta de dar la preferencia á la reducción de la Isla, que ninguna importancia tenía en el plan general de la campaña, descuidando á Guayana, para la cual se contentó con enviar á Latorre con una división de 800 hombres.

Pero ni Morillo pudo partir para la costa atlántica, ni Latorre para Guayana, sin haber experimentado antes los estragos que en sus aguerridas filas abrieron las lanzas de aquellos formidables jinetes del Arauca y del Apure, capitaneados por aquel guerrero extraordinario — José Antonio Páez — que salido de ignorado aduar en el fondo del desierto de América, debía en breve llenar con sus hazañas la fama de un Continente.

Cinco hombres condensan, resumen por el pensamiento y la acción, la obra de la revolución colombiana : Bolívar que es la idea, el Sinaí en que se forjan los rayos de esta tormenta. Piar que representa el genio de la estrategia y de la guerra. Páez que representa el heroísmo. Sucre que aun no se adivina, y que repre-

sentará el arte militar en todo su esplendor. Y Santander que aun permanece ignorado, y que representará el Gobierno, la Administración, el Derecho, la Ley.

Al triste esbozo, casi pudiéramos decir, á la caricatura que historias venales han hecho del general Páez, nos es grato oponer el retrato que con pluma maestra trazó uno de nuestros más distinguidos hombres de Estado, el señor Teodoro Valenzuela, al recibirse en Lima la noticia de la muerte de aquel ilustre guerrero. Dice así:

« El 13 de julio de 1790 nació en una modesta casa, á orillas del riachuelo Curpa, en el cantón de Araure, de la antigua Capitanía General de Venezuela, un hombre que el 7 del presente mes (7 de junio de 1873) ha muerto en Nueva York.

» Su nombre de familia era José Antonio Páez.

» Venezuela lo proclamó «El ciudadano esclarecido».

» La posteridad lo llamará el Aquiles de la Revolución Americana.

» Cuando pasen los años, los hechos del brillante guerrero, hechos que han asombrado á los contemporáneos, pasarán de la historia á la leyenda, y Páez renacerá engrandecido y transfigurado por la imaginación.

» Él será quien montado sobre fogoso corcel, ondeando al viento su penacho de húsar, y blandiendo su terrible lanza, abrirá la marcha de los fantásticos guerreros de la Iliada de la Independencia.

» Su origen, sus hazañas, harán de él el héroe favorito de las tradiciones populares.

» De noche, los soldados cantarán sus proezas al rededor del fuego del vivac, y durante las marchas creerán distinguir entre las sombras del crepúsculo, en el inmenso horizonte de los Llanos, su enorme perfil de león.

» La poesía se apoderará de su nombre, y lo pintará exterminando tantos Españoles como monstruos Hércules y Sarracenos el Cid. Describirá sus batallas en

que resistió con 150 compañeros el asalto de un ejército entero, como en « Las Queseras » y en « Payara »; sus duelos contra un batallón como en Carabobo; sus combates navales ganados á caballo en el Apure; el asalto homérico de Puerto Cabello; su imponderable valor y su destreza de Centauro, que hacían de él el primero en todos los combates.

« Cantará en fin sus amores con la Victoria, que le fué siempre fiel, y que semejante á las damas de los antiguos paladines, galopaba con él en su caballo de batalla. »

Latorre que, como hemos dicho, había precedido á Morillo, se encontró por primera vez el 28 de enero de 1817, en la Sabana de Mucuritas, con las huestes de Páez.

Seamos justos; rindamos homenaje á la verdad. Los soldados Españoles supieron mantener en estas jornadas, por su bravura, su serenidad, su abnegación y su disciplina, la fama que hizo de ellos la primera infantería del mundo; pero era imposible que pudieran salir vencedores de la naturaleza y de los hombres, sosteniendo campañas horrorosas en las pampas ecuatoriales de los desiertos de América, quemados por un sol abrasador, ó calados por lluvias torrenciales, devorados por enjambres de insectos que vedan todo sueño y todo reposo, sin pan, sin sal, sin calzado, sin toldos de campaña, sin ambulancias ni medicinas, sin ninguna de las comodidades elementales de la vida europea, y combatiendo contra hombres-fieras, hijos del desierto y del sol, que nadan como los caimanes y los peces, que montan caballos indómitos, que no necesitan más vestido que una camisa, un calzón y un ancho sombrero de paja, ni más ración que un poco de carne cruda, y en cuyos ágiles y esforzados brazos, la larga y cortante lanza, que blanden con pasmosa agilidad, no tiene reglas de defensa en ninguna esgrima.

Páez ofreció batalla al ejército español el 28 de enero

en la Sabana de Mucuritas. El gallardo mariscal Latorre que mandaba las tropas del Rey, salió en persona con 25 dragones á hacer un reconocimiento por el flanco derecho de los patriotas. Al divisarlos, Páez destaca sobre ellos ocho jinetes escogidos, con orden de ser pasado por las armas el que regrese á las filas sin traer la lanza teñida en sangre enemiga. Sólo escaparon con vida Latorre y cuatro de sus compañeros.

Trabóse inmediatamente el combate entre los dos ejércitos. La caballería española pereció casi toda bajo las lanzas de los jinetes de Apure. La infantería, formada en cuadro, resistió catorce cargas consecutivas, sin que nada pudiera romper sus filas. Entonces Páez hace prender fuego á la Sabana, cubierta de altos y secos pajales, y en breve un mar de fuego envuelve entre sus llamas y en densos torbellinos de humo al ejército español, que conservando con la mayor impavidez su formación en medio del incendio, alcanza á pasar á una Sabana vecina, que ya había sido quemada, y allí logra salvarse.

Desde entonces Morillo y Latorre debieron comprender la inmensidad de la empresa por ellos aceptada, y la imposibilidad de reconquistar la América defendida por tal naturaleza y por tales hombres, y ambos jefes se encerraron en la plaza de San Fernando, que había logrado conservar el jefe realista Gorrín, el 9 de febrero de 1817, para seguir de allí, Latorre á Angostura y Morillo á Cumaná.

Después de fortificar á San Fernando, llave del Apure y de sus comunicaciones con el Orinoco y la Guayana, Morillo fué á tomar el mando de la división Aldama, la que había degollado á los patriotas en Barcelona el 7 de abril, y de la nueva expedición española, que Canterac había traído á las costas de Cumaná en 2 fragatas, 1 corbeta y 30 transportes, con 2,600 hombres, para marchar sobre Margarita, donde desembarcó el 15 de julio de 1817.

No se defendieron los patriotas españoles con Palafox en Zaragoza, con más valor ni con más heroismo que el que opusieron los patriotas de Margarita á los soldados de Morillo. Después de los sangrientos triunfos obtenidos por la superioridad del número y de las armas, en Varales, en Porlamar y en Pampatar, fué el jefe español rechazado con inmensa pérdida en el ataque á la capital de la Isla (La Asunción) el 1.° de agosto, á cuya toma renunció, contentándose con asaltar y tomar el puerto y fuerte de Juan Griego, en un combate sangriento, en que 200 espartanos de Margarita hicieron frente á todo el ejército real, el 8 de agosto.

Habiendo recibido por este tiempo la noticia de la pérdida de Guayana, con la rendición de Angostura, acaecida el 17 de julio, Morillo abandonó por completo la Isla, que jámás volvieron á pisar los realistas, embarcándose para Cumaná el 17 de agosto con 700 enfermos y heridos, y después de haber perdido en la campaña 1,000 soldados.

Morillo volvió á Caracas, y sin pérdida de tiempo reorganizó su ejército para la próxima campaña del Llano. En septiembre se encontraba ya listo para emprender operaciones, con su cuartel general en Calabozo, centro de los Llanos de Venezuela.

Entre tanto Bolívar había salido de Angostura el 12 de noviembre, y remontado el Oricono por 30 leguas para efectuar su reunión con Páez; pero habiendo tenido la desgracia — la fortuna no lo acompañaba aún — de que su división de vanguardia al mando de Sarasa, hubiera sido completamente batida y destrozada por Latorre, el 2 de diciembre, en La Hogaza, tuvo que regresar apresuradamente á Angostura para reponer esta pérdida. Veinte días le bastaron para hacer una leva en masa, dar mediana organización á los cuerpos, y en 31 de diciembre remontaba de nuevo el Orinoco, en busca del Apure, con 3,000 soldados. El 30 de enero de 1818 reunióse con Páez en las sabanas que median

entre el Arauca y el Apure, en el hato del Cañafístolo.

Para pasar el Apure, Aramendi con 50 jinetes, toma á nado, lanza en mano, como Cedeño en el Caura, las embarcaciones enemigas. Bolívar y Morillo quedan ya frente á frente : los dos caudillos van á medir sus fuerzas y su genio; el gran duelo va á comenzar.

Bolívar tomó la ofensiva. Jamás hizo ni habría podido hacer campañas defensivas : la impaciencia fué su gran defecto y la causa de todas sus faltas como general. No estaba en su naturaleza esperar el ataque : era un espíritu poseído de furor bélico. Jamás pudo nadie decir con más razón que él : — « Mi descanso es pelear ». Sabemos por la tradición oral de los que lo conocieron y lo acompañaron en la guerra, que su mal humor se hacía insoportable, hasta la grosería, cuando no había á la mano enemigos que combatir, y que por el contrario, tornábase expansivo, alegre, cariñoso, cuando respiraba diariamente el humo del combate.

El ejército se movió en busca de Morillo el 9 de febrero, y el 11 dió sobre las avanzadas enemigas en la Mesa de Calabozo, extensa sabana encerrada entre el Guárico y el Orituco, abierta al oriente y resguardada por espesos bosques al norte y al sur.

Todos los historiadores convienen en que Morillo recibió una verdadera sorpresa con la presencia del ejército enemigo. Cogido al romperse los fuegos, en la mañana del 12, con sus cuerpos diseminados en más de una legua de extensión, en el empeño de proteger en persona su concentración, vió desaparecer de su lado, en pocos momentos, un escuadrón de húsares y su mejor cuerpo de infantería — La Unión — lanceados por la caballería de Apure y arrollados por el batallón Barcelona. Morillo no debió la vida sino á la ligereza de su caballo y á que el coronel Navas y muchos oficiales de su escolta se sacrificaron por salvarlo.

Páez, Sarasa y Cedeño hicieren prodigios de valor.

Morillo se encerró en la plaza de Calabozo. Bolívar, no creyendo prudente atacarlo allí, marchó el 13 á cortarlo de su base de operaciones con Valencia y Caracas, pasándosele tres leguas al norte, en el pueblo del Rastro; pero Morillo logró escaparse por la vía del este, camino de Caracas, en la noche del 13 al 14, soportando una marcha de treinte horas continuas, en que él mismo iba á pie para dar ejemplo de abnegación y disciplina, hasta las dos de la mañana del 16, en que extenuadas de sed y de cansancio, tuvieron las tropas que hacer frente del otro lado del Guárico, sobre el pequeño promontorio en que está situado el pueblo del Sombrero. Los Españoles se batieron allí con el valor de la desesperación, causando mucho daño á los patriotas, al abrigo de fuertes posiciones; y con el respiro de esta ventaja, que los historiadores españoles pintan como un gran triunfo, continuaron su retirada, el 17, sin parar hasta San Sebastián de los Reyes y hasta Valencia.

La derrota de Calabozo botó á Morillo á más de cincuenta leguas al norte de las márgenes del Apure, donde había pensado trasladar el teatro de la guerra; perdió con ella todo el alto Llano, que quedaron dominando los patriotas, y lo obligó por el momento á encerrarse de nuevo en el territorto del litoral Atlántico; pero la impaciencia, la ardentía de Bolívar, que como hemos dicho, estaba poseído de furor bélico, debían hacerle perder pronto estas ventajas.

Concentróse de nuevo el ejército republicano en Calabozo el 22 de febrero, y el 23, á pesar de las instancias de Bolívar, contramarchó Páez con toda su división á activar el sitio de San Fernando.

Contra la opinión de sus mejores generales, de Páez el primero, que no quiso acompañarlo, de Anzoátegui y de Torres, decidió Bolívar seguir con 2,000 hombres mal armados y casi desnudos, hasta Valencia y los valles de Aragua, á buscar y provocar al ejército espa-

ñol, que aun podía oponerle 6 ó 7 mil veteranos de sus mejores tropas.

Raya en lo inconcebible semejante temeridad. Bolívar avanza hasta Maracay, la Victoria, la Cabrera, y demás pueblos del norte de la Laguna de Valencia; pero cuando comprende la inmensidad de la falta cometida, no puede ya evitar sus consecuencias; cuando quiso retirarse, no le fué ya posible, y alcanzado y obligado á presentar batalla en la fatal Llanura de la Puerta ó del Semen, el 16 de marzo de 1818, sufrió en ella espantosa derrota, en el mismo sitio en que cuatro años antes — 14 de julio de 1814 — había sucumbido allí bajo las huestes de Boves. Bolívar perdió en esta funesta jornada casi toda su infantería y material; sus papeles y los del Estado Mayor cayeron en poder del vencedor; Valdés, Torres y Anzoátegui quedaron heridos. Morillo recibió una lanzada en el vientre, que en pocos momentos lo puso fuera de combate, y que por una rara casualidad no resultó mortal.

Entre tanto Páez, más afortunado, había rendido la plaza de San Fernando el 6 de marzo. Pocos actos de valor son comparables al denuedo con que la defendió la guarnición española. El ejército republicano tuvo el sentimiento de ver morir de sus heridas, á pesar de todos los cuidados que se le prodigaron para salvarlo, al denodado comandante don José María Quero, jefe de la guarnición. En San Fernando tomaron los patriotas un abundante parque, 38 piezas de artillería, 6 buques de guerra, 5 mercantes, y 66 bongos y flecheras. Con San Fernando quedaron los patriotas dominando el Apure y gran parte de los Llanos de Venezuela : fué por el otro extremo el complemento de la ocupación de Guayana.

Gracias á que el general Páez voló en auxilio de Bolívar al saber el desastre de la Puerta, y llegó el 22 de marzo al Rastro, antes que el ejército español; se salvaron el republicano y Bolívar de completa destruc-

ción. Bastó el nombre de Páez para que los realistas contramarcharan á Ortíz, doce ó quince leguas al norte del Rastro.

Á las faltas de la temeridad agrega todavía el incontenible espíritu de Bolívar las del despecho, por la derrota del Semen. Animado por la contramarcha de Latorre, que había quedado mandando el ejército español, emprende de nuevo perseguirlo sobre Ortiz, y se empeña el 26 de marzo en un combate desastroso, pretendiendo tomar con caballería desmontada las formidables alturas que ocupaba el enemigo, de donde fué rechazado con enormes pérdidas. Ciego de furor, no pudiendo penetrar en la provincia de Caracas, empresa que lo condujo siempre, como en pos de un fuego fatuo á la desgracia, cambia de plan dirigiéndose al occidente, sobre Valencia, por San Carlos; pero en la noche del 17 de abril es sorprendido, batido y dispersado en todas direcciones en el Rincón de los Toros, de donde se salvó milagrosamente. Pero ésta será su última derrota. Cinco años de desastres le enseñarán al fin el arte de la guerra. De Bolívar puede decirse con el poeta francés que tradujo la Eneida.

> ..... *tant du coûter de peine*
> *Ce long enfantement de la grandeur romaine.*

Las fatigas de tan larga y cruda campaña y las penas consiguientes á las desgracias sufridas, minaron al fin su salud y lo obligaron á retirarse á convalecer en San Fernando, mientras Morillo curaba por el mismo tiempo en Valencia de la peligrosa herida recibida en La Puerta.

Páez que había avanzado hasta las cercanías de San Carlos, sostuvo el 2 de mayo, contra Latorre, la sangrienta acción de Cojedes, de donde tuvo que regresar al Apure, después de haber perdido entre muertos y dispersos la mitad de su tropa.

Cedeño fué batido con los últimos restos del ejército

— 1,000 jinetes y 300 infantes — el 20 de mayo en el Cerro de los Patos, á dos leguas de Calabozo, por Morales.

La estación de las lluvias, que haciendo salir de madre los ríos convierten los Llanos en un inmenso lago, había principiado ya, y ambos ejércitos debían buscar sus cuarteles de invierno. La campaña de 1818 no podía haber sido más funesta para las armas republicanas. El enemigo había recuperado todo el país hasta el Apure : sólo quedaba á los independientes la plaza de San Fernando; su infantería no existía; y casi todos los fusiles, municiones y elementos de guerra con que se abrió la campaña habían caído en poder de los realistas.

Pero la República, gracias al genio militar de Piar, poseía la Guayana para reponer sus pérdidas. En consecuencia, Bolívar salió de San Fernando por el Apure y el Orinoco el 24 de mayo, y llegó á Angostura el 7 de junio de 1818.

Venía el Libertador con el objeto principal de recibir el armamento, municiones, vestuario y elementos de guerra que López Méndez había logrado comprar en Inglaterra, comprometiendo su propia responsabilidad y el crédito de la naciente República. « Varias veces, dice el historiador Restrepo, oímos decir al general Bolívar que el verdadero Libertador de Colombia era López Méndez; que él nada habría podido hacer en la célebre campaña de 1819, sin los recursos de toda clase que aquél le proporcionó en Londres, empeñando su propia responsabilidad y la del naciente y mal afirmado Gobierno de Venezuela, compromiso que sujetó á López Méndez á ser llevado á la cárcel, donde estuvo largo tiempo por no haber podido cumplir las obligaciones contraídas en nombre del Gobierno. » (Restrepo, tomo 2.° pag. 595.)

Brión entró también con su escuadra en Angostura el 12 de julio, trayendo 5,000 fusiles con su correspon-

diente dotación de pólvora y pertrechos, comprados por él en las Antillas. Brión, como López Méndez, merece un puesto eminente entre los fundadores de la Independencia de Colombia. Abrazó con entusiasmo su causa desde la expedición de los Cayos en 1815, sin buscar en ellos medros personales, y en dos años, sus talentos, su valor y su actividad habían creado la marina de guerra de la República, que ahora tenía reducida á completa nulidad, encerrada en Puerto Cabello á la escuadra española: la nuestra se paseaba triunfante del uno al otro extremo de la Costa Firme, protegiendo á los numerosos corsarios de Venezuela y Buenos-Aires que habían destruído completamente el comercio español en el mar de las Antillas, y habían ido á insultar el pabellón enemigo hasta las costas de la Península.

Después de haber reclutado y organizado un nuevo cuerpo de ejército para reponer las pérdidas de la pasada campaña, y de haber provisto de armas, municiones y vestuario á los diversos jefes que hacían la guerra de partidas en las provincias de Cumaná y Barcelona, Bolívar pensó en ir á dirigir en persona el ataque que Mariño proyectaba sobre la ciudad de Cumaná, y con tal objeto pasó el Orinoco el 24 de octubre de 1818; pero habiendo recibido en su marcha la noticia de la derrota que Mariño sufrió en su prematuro ataque á Cariaco el 31 de octubre, varió de plan y regresó á Angostura el 11 de noviembre, para remontar el Orinoco y regresar al Apure, á donde siguió el 21 de diciembre, habiendo dispuesto antes la convocatoria del Congreso de las provincias libres de Venezuela, que debía reunirse en Angostura el 1.° de febrero de 1819.

Bolívar y Páez se juntaron el 17 de enero de 1819 en San José de Payara, sobre la margen izquierda del Orinoco, entre el Apure y el Arauca.

Morillo tenía ya su cuartel general en Calabozo, con 7,000 soldados, de las tropas más selectas del ejér-

cito expedicionario, orgullosos con los triunfos de la última campaña.

San Fernando había sido abandonado por los patriotas.

Después de asegurarse del reconocimiento de su autoridad de Jefe Supremo, por parte del general Páez, á quien los jefes del ejército de Apure querían nombrar capitán general, y de dejar sus instrucciones para una campaña puramente defensiva — los desastres le habían enseñado la prudencia — Bolívar con su inquebrantable actividad se embarcó para Guayana el 23 de enero, y llegó á Angostura el 8 de febrero. El 15 instaló el Congreso, con un discurso pomposo, compuesto durante el viaje, según dice el general O'Leary, « sobre las ondas del majestuoso Orinoco, ó á sus márgenes, en altas horas de la noche bajo el follaje de sus gigantes árboles »; discurso teñido del más brillante orientalismo, mitad griego, mitad sajón, con un Poder Ejecutivo ejercido por un Presidente inmune y un ministerio responsable, á semejanza del de la monarquía inglesa; con un Senado hereditario, como poder neutro entre el Gobierno y el Pueblo, y un Areópago ateniense, para cuidar de la moral pública, para perseguir el egoísmo, la cobardía, la ingratitud y la indiferencia.

El Congreso se reunió el 15 de febrero. Ante él hizo Bolívar solemne é irrevocable dimisión del mando supremo, entregando como símbolo de esa renuncia su bastón de presidente al presidente del Congreso. Bolívar como César, como Napoleón, era consumado actor.

Por este tiempo principiaron á llegar á Angostura los cuerpos de voluntarios organizados en Inglaterra, que con tanto denuedo y bizarría derramaron su sangre y perecieron en su mayor parte combatiendo por la independencia de Colombia.

Expedida la Constitución, Bolívar regresó al Apure el 27 de febrero; pero como Morillo dominaba todos los

llanos hasta el Arauca, Bolívar tuvo que remontar el Orinoco hasta el sur de la embocadura de este río, donde se reunió á la infantería de Anzoátegui el 11 de marzo.

El ejército español tenía su cuartel general en Achaguas, al sur del Apure. Dividía los dos campos el Arauca.

Bolívar que no podía permanecer inactivo, y á quien atraía, á quien fascinaba el combate, pasó el río, y atacó en persona el 27 de marzo, con 800 infantes y 200 ginetes, una de las estancias del ejército real, en el trapiche de la Gamarra, donde el coronel Pereira regía 400 hombres.

Á pesar de la superioridad del número, las fuerzas republicanas fueron rechazadas con graves pérdidas, y hubieron de repasar el Arauca. Morillo avanzó entonces sobre su margen izquierda, situándose frente á los patriotas en el paso de las Cocuizas.

Pero el 2 de abril resolvió Páez acometer una de esas hazañas en que debía sucumbir ó hacer su gloria y su nombre legendarios en los fastos del Nuevo Mundo.

Con 150 jinetes escogidos pasa el río. Morillo cree que Bolívar ha resuelto empeñar batalla, y como el jefe español no la esquiva, no les disputa el paso, al cual cree que va á seguir el de todo el ejército; pero cuando ve que es solo este puñado de hombres el que tiene la temeridad de desafiarlo, mueve sobre él 1,000 soldados de caballería y 2 piezas de artillería ligera. Páez finge entonces — tal era su propósito — retirarse delante de esta fuerza, y cuando la calcula ya fuera de la protección de la infantería, vuelve repentinamente á toda brida sobre ella, y la rompe, la despedaza y la acuchilla en presencia del ejército español que enmudece de espanto ante semejante arrojo. Á esto se llamó « Las Queseras de en Medio ».

Acercándose la estación de las lluvias, Morillo re-

pasó el Apure el 2 de mayo, fortificó á San Fernando y tomó sus cuarteles de invierno en Calabozo. Bolívar pasó á la margen izquierda del Arauca, dejando el Apure entre los dos campos.

Pero El que todo lo rige había dispuesto que no fuera tanto el éxito material de una batalla lo que decidiese de la suerte de la guerra, cuanto la luz de una idea.

Bolívar como movido por una inspiración profética, había anunciado á los Granadinos en su proclama de 26 de agosto de 1818 en Angostura « que el sol no completaría su revolución antes de que la Nueva Granada levantara altares á la Libertad ». Pero es probable que él mismo no hubiera pensado en cómo ni por dónde había de realizarse esta promesa, cuando á mediados de mayo (1819) se presenta en el cuartel general el coronel Lara, con pliegos del general Santander, que tenía organizada ya una división de 1,200 hombres en los Llanos de Casanare, participando á Bolívar los primeros triunfos por él obtenidos contra la 3.ª división española, que había intentado bajar á destruírlos, y el favorable estado de la opinión en los pueblos de la Nueva Granada, para sacudir el yugo del tiránico gobierno del virrey Sámano.

« Comprendió Bolívar, dice el general O'Leary en la pág. 541 del tom. 1.° de la *Narración*, las ventajas que se obtendrían si se lograba invadir con buen éxito la Nueva Granada »; é inmediatamente reunió un consejo de guerra para deliberarlo.

« En una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta á orillas del Apure, dice el general O'Leary, se decidió la invasión de la Nueva Granada. No había una mesa en aquella choza, ni más asientos que las calaveras de las reses que para racionar la tropa había matado no hacía mucho una guerilla realista. »

Perteneciendo como pertenecemos á la escuela política que cree en el progreso ascendente de nuestra especie, progreso cuyo símbolo debe consistir, moralmente, en

el predominio de la razón sobre los instintos y las pasiones de nuestra parte animal, y en el de las fuerzas intelectuales sobre las puramente físicas ó materiales, en toda la esfera de acción de la actividad humana; teniendo estas creencias, nos complacemos en señalar uno de estos triunfos, en rendir este culto á la superioridad de las ideas, en medio de los combates de la fuerza. « Hasta en el oficio bárbaro de la guerra, habíamos escrito en otra ocasión, la invención de las armas de fuego ha operado este cambio. Las antiguas armas — la clava ó maza — hacían inseparable el valor de la fortaleza física. El héroe de Homero no puede ser sino Aquiles. Hoy la pujanza ha quedado reemplazada por el valor, y el héroe de la epopeya moderna puede encerrarse en el más débil, enfermizo y frágil organismo físico. »

Los ejércitos de la República habían sido arrollados por Morillo hasta el Desierto. Desde el Orinoco hasta los tostados arenales del Perú, el rey de España había recuperado sus antiguos dominios; pero una idea, la luz de una idea va á arrebatárselos. Aquellos soldados, restos heroicos de cinco años de desastres, que mirando hacia el oriente y al norte, están derrotados, se convertirán en vencedores con un cuarto de conversión al occidente.

Páez se quedará entreteniendo y engañando al enemigo para ocultar el movimiento del ejército, mientras Bolívar trasmonta la cordillera, escalándola en el corazón del invierno, desde el pie de las pampas, hasta los ventisqueros de la nieve perpetua, con soldados desnudos, hambreados y casi inermes, que debían con toda seguridad morir de frío en las heladas cimas de los Andes.

El ejército emprende su marcha el 22 de junio, y el 6 de julio ha coronado el ascenso. Cae de improviso sobre los primeros cuerpos de la 3.ª división del ejército xcpedicionario, mandada por el joven general Ba-

rreiro, el 11 de julio en Gámeza; la despedaza en la sangrienta acción del Pantano de Vargas, el 25, donde Rendón y Carvajal inmortalizan sus nombres; y la derrota y hace prisionera en la famosa jornada del Puente de Boyacá el 7 de agosto, donde Infante hizo prodigios de valor, y Anzoátegui, Soublette y Santander se cubrieron de gloria.

Bolívar entró en Bogotá el 10 de agosto á las cinco de la tarde. El Virrey y toda la población española habían abandonado la ciudad desde el 9, dejando sus casas, sus almacenes, sus propiedades y sus tesoros en poder del vencedor. ¡Qué noche, la del 8 de agosto en que estos desgraciados, que dormían tranquilos el sueño de la Colonia, recibieron espantados la noticia de semejante desastre!

Entre las grandes dotes del genio está la de conocer á los hombres. El general Bolívar había ascendido en Angostura, en agosto de 1818 á general de brigada al coronel Francisco de Paula Santander, para que fuera á organizar en Casanare la vanguardia del ejército libertador de Nueva Granada. El general Bolívar había tenido ocasión de conocer el carácter eminentemente serio, firme y enérgico, la consagración al trabajo y los grandes talentos administrativos de Santander, durante los pocos meses en que éste le había servido de subjefe de Estado Mayor general, por ausencia del general Soublette; y aunque éste y Anzoátegui, que se contaban entre los generales vencedores en Boyacá, lo aventajaban en servicios y en conocimientos y dotes militares, Bolívar no se equivocó, y escogió sin vacilar á Santander para encargarlo del gobierno de las provincias libres de Nueva Granada, con el título de vicepresidente de Cundinamarca, que era el nombre oficial de este departamento.

El 6 de mayo de 1878 tuvo lugar la inauguración de la estatua del general Santander en Bogotá. Como esbozo histórico del hombre que ahora entra en escena,

nada hay igual al corto discurso pronunciado en aquel acto por el presidente de la Cámara de Representantes, señor Belisario Esponda. Dice así :

« Vengo en nombre de la Cámara de Representantes á ofrecer en este acto solemne nuestro testimonio de admiración y de respeto á la memoria del general Francisco de Paula Santander, llamado con razón « El Hombre de las Leyes ».

» Escogido por el genio de Bolívar entre el grupo de los generales victoriosos en Boyacá para gobernar á Colombia, mientras que él escribía con la espada la epopeya de nuestra independencia en los campos de batalla, y agregaba á los fastos del Nuevo Mundo los nombres de cinco Repúblicas, el general Santander debe considerarse después de Bolívar como el fundador de la nacionalidad colombiana.

» Verdadero hombre de Estado en la más lata acepción del término, él proveyó á la subsistencia de nuestros ejércitos victoriosos, con los recursos de su genio : él organizó la administración pública en medio del desorden de la guerra; él fundó la justicia civil contra la arbitrariedad de los caudillos militares; él mantuvo al clero sedicioso sometido á la obediencia de las leyes; y él en fin, adivinando el porvenir, adivinando lo que hoy pasa, comprendiendo que la República debe fundarse más sobre la fuerza moral de las ideas, que sobre la fuerza material de las batallas, sustituyó con admirable valor en aquellos tiempos de oscurantismo, la enseñanza de la filosofía experimental, á la enseñanza dogmática de las Universidades del Reino.

» En premio á estos grandes servicios hechos á la República, se levanta hoy este bronce á su memoria, menos duradero sin embargo que el recuerdo de sus preclaras virtudes. »

La victoria de Boyacá fué decisiva para la causa de la independencia. Desde sus alturas pudo el genio de Bolívar ver ya libre el territorio colombiano. Calzada,

que mandaba la corta guarnición de Bogotá, fué á dar á Pasto; Bausá, gobernador de Pamplona, se replegó sobre Cúcuta en la frontera de Venezuela; y Tolrá, gobernador de Antioquia, abandonó la provincia. Sólo quedaron en poder de los Españoles Cartagena y Santamarta en la costa atlántica.

Como sucede y sucederá siempre, mientras la humanidad sea la que es, las pérdidas materiales fueron insignificantes comparadas con el desastre moral. Introdújose en el campo enemigo *el cálculo de las probabilidades*, excepto en los muy pocos caracteres de primera fuerza, que tienen alma de acero en corazón de bronce; y aquello fué un verdadero desmoronamiento en las filas del partido realista : los que ayudaban con su opinión, enmudecieron; los prudentes se animaron; y casi todos los jefes americanos que combatían por el Rey, se pasaron á los patriotas. En pocos meses se hizo el vacío alrededor de los jefes españoles, y lo que hasta entonces era una guerra civil, principió á tomar el carácter de una guerra extranjera.

Morillo lo comprendió así, y desde aquel momento no pensó sino en conservar bajo su mando, sin diseminarlas ni exponerlas, el mayor número de tropas disponible, para salvar el honor de la bandera al favor de un armisticio. Esto explica su inacción.

VIII

DE BOYACÁ Á CARABOBO, Á MARACAIBO Y Á PUERTO CABELLO

(7 de agosto de 1819 á 7 de noviembre de 1823)

Bolívar salió de Bogotá con fuerzas considerables para la frontera del norte el 20 de septiembre de 1819. Previendo la marcha probable de la 5.ª división española al mando de Latorre, en auxilio de Barreiro, Bolívar había destacado desde el campo mismo de Boyacá tropas al mando de Soublette para ocupar á Pamplona y los valles de Cúcuta. Soublette con efecto batió las avanzadas de Latorre el 23 de septiembre y las obligó á repasar el Táchira.

Es imposible suponer que el general Bolívar, jefe supremo de la República y general en jefe de sus ejércitos, no se hubiera ocupado durante su permanencia en Bogotá de la suerte de los jefes y oficiales del ejército español prisioneros de guerra en Boyacá; pero es la verdad que él supo, ó cuidó de eludir su responsabilidad en este asunto, y que el que la aceptó ó convino en aceptarla fué el general Santander, quien los mandó pasar por las armas, en número de 38, con el general Barreiro á la cabeza, el 11 de octubre.

El general Santander publicó para justificar la medida un largo manifiesto, desprovisto de todo valor civil, alegando razones tan especiosas como frívolas : —los temores de conspiraciones realistas, alentadas ó apoyadas por estos jefes, y la carencia de tropas y prisiones donde custodiarlos con seguridad.

Nada de eso era cierto; pero habría sido poco menos

que imposible salvar la vida de aquellos hombres del clamor popular que pedía su sangre, en justa represalia de los fusilamientos de Morillo en 1816, y de la reciente ejecución de 38 oficiales republicanos, que Barreiro tomó prisioneros en Gámeza. Al dar esta orden, Barreiro jugó su cabeza á la suerte de las armas.

Pero si juzgando á los hombres por el promedio de las virtudes humanas, y concediendo al carácter sanguinario de la lucha y á las pasiones de la época, toda la parte que en ello tuvieron, se explica y aun se justifica la ejecución de Barreiro y sus desgraciados compañeros de armas, las circunstancias indecorosas de que el general Santander hizo acompañar el acto; la vulgaridad de complacerse en presenciarlo, y el refinamiento de crueldad de haber salido después de su palacio, acompañado de gentes soeces á cantar « Las emigradas », sobre los cadáveres de aquellos hombres tomados con las armas en la mano en el campo del honor, merece la más severa reprobación de la posteridad; reprobación de que en conciencia no puede prescindir el que se atreve á tomar en sus manos la severa pluma de la historia, porque la única defensa que la humanidad doliente tiene contra los abusos de los grandes y poderosos de la tierra, es la de que éstos sepan que llegará indefectiblemente un día en que solos, encerrados en el frío polvo de la tumba, sin cortesanos, sin aduladores, sin sicarios, comparecerán para ser juzgados sin piedad por el augusto é inapelable tribunal de la posteridad.

De Pamplona, donde se reunía y disciplinaba el ejército del norte, al mando de Anzoátegui, cruzó Bolívar la gran cordillera para salir al Apure, á mediados de noviembre. Allí inspeccionó el ejército de Páez, y con la rapidez casi vertiginosa con que multiplicaba su presencia y su acción en todas partes, se embarcó para Angostura, á donde llegó el 11 de diciembre; y seis días después, el 17, bajo la inspiración de sus grandiosas ideas, declaró el Congreso constituída la República de

Colombia, compuesta de la capitanía general de Venezuela y del virreinato de la Nueva Granada. Nombró por unanimidad de sufragios presidente á Bolívar, vice-presidente del departamento de Nueva Granada ó Cundinamarca, á Santander, y del de Venezuela á Soublette.

Bolívar regresó de Angostura por el Orinoco y el Apure el 24 de diciembre; llegó á Cúcuta el 8 de febrero, y á Bogotá el 4 de marzo de 1820.

Durante el viaje de Bolívar á Guayana había ocurrido en España un acontecimiento que debía ejercer grande influencia sobre los destinos de la América. Hablamos de la famosa revolución encabezada por Riego contra el poder absoluto de Fernando VII, acaecida en la isla de León el 1.° de enero de 1820. Aquel movimiento, como se sabe, se apoyó en el ejército de 22,000 hombres allí reunido, bajo el mando de O'Donnell, con destino á diversos puntos de la América meridional. Perdida esta última esperanza de auxilio por parte de los jefes peninsulares que hacían la guerra en América, é impuesta á Fernando VII la Constitución de Cádiz de 1812, que reconocía los dominios de Ultramar como parte integrante de la monarquía española, y mandaba abrir negociaciones para obtener su incorporación, á la sagacidad de Morillo no se ocultó que la independencia de las colonias había recibido con la revolución española un apoyo moral de tal magnitud, que casi equivalía á su reconocimiento; que la prosecución de la guerra casi carecía de objeto, y que, aunque así no fuera, abandonado de España, aunque no hiciera sino vencer, pronto llegaría á sucumbir. En consecuencia pidió y obtuvo permiso para separarse del mando del ejército cuando lo creyera oportuno.

Bolívar después de recibir en Bogotá tan importantes noticias salió el 20 de marzo para el cuartel general del ejército del norte, estacionado en los valles de Cúcuta.

La inacción del jefe español, que Bolívar comprendía perfectamente, le permitió por la primera vez, después

de diez años de incesante movilidad y fatigas, robar á la guerra algunos meses de descanso, que empleaba en activar la organización del ejército y en ponerse en comunicación con los jefes que dirigían la campaña del Magdalena contra Cartagena y Santamarta, y la del sur contra Calzada. Á reforzar la primera fueron destinados los coroneles Carmona y Lara, y á mandar la segunda los generales Mires y Valdés.

Así pasaban las cosas, cuando á mediados de julio recibió el Libertador la primera comunicación del general Morillo, fechada el 22 de junio, desde su cuartel general en Valencia, entablando negociaciones para la terminación de la guerra, en cumplimiento de instrucciones recibidas de Madrid, sobre la base de la reunión de las colonias á la monarquía española, bajo la libérrima Constitución de 1812. Bolívar contestó con fecha 21 de julio diciendo en suma, que le sería muy grato tratar de la paz con España, pero exclusivamente sobre la base del reconocimiento de la soberanía é indepencia de Colombia.

Deseoso el Libertador de infundir con su presencia impulso á la importante campaña del Magdalena, determinó hacer una rápida excursión á las costas del Atlántico, y salió de Cúcuta por la vía de Ocaña á principios de agosto, habiendo autorizado antes á los generales Urdaneta y Briceño Méndez para recibir los comisionados de Morillo, pero sin que pudieran concluír ningún tratado, ni el de armisticio, sin su aprobación.

Bolívar encontró á los realistas encerrados en Cartagena, estrechamente sitiados por tierra y mar, desde el 1.° de julio por las fuerzas de Montilla y los buques de Brión. Habíalos reducido á esta situación el imponderable valor, el temerario arrojo de dos jóvenes casi imberbes, destinados á ilustrar sus nombres en los fastos de esta epopeya : — Hermógenes Maza y José Maria Córdoba, el que cuatro años después había de

enriquecer la elocuencia militar con una nueva voz de mando en Ayacucho.

Córdoba había bajado de las montañas de Antioquia por el río Cauca, dispersando las fuerzas españolas en temerarios combates, hasta el bajo Magdalena; había tomado á Mopox el 20 de junio, y unido allí á Maza habían dado la sangrienta acción de Tenerife el 25, donde fué tomada al abordaje sobre las aguas del Magdalena, apresada y destruída la flotilla española. Desgraciadamente Maza empañó sus glorias degollando más de 200 prisioneros. Córdoba no tuvo parte alguna en esta matanza.

En el sur, Valdés y Mires habían derrotado las tropas de Calzada en la famosa acción del Pitayó, el 6 de junio de 1820. Una carga á la bayoneta del batallón Albión, encabezada por su comandante Mackintosh, y 50 guías regidos por Carvajal, decidieron la victoria. Mi padre participó de esta gloria.

Á mediados de septiembre estaba ya Bolívar de regreso en Cúcuta. Nada particular había podido hacer en la costa Atlántica. Desde San Cristóbal escribió con fecha 21 á Morillo aceptando el armisticio y designando á San Fernando de Apure para tratar de la paz; pero con el objeto de que el convenio que se celebrase lo encontrara dominando la mayor extensión posible de las provincias limítrofes de Venezuela, ocupó á Mérida el 2 de octubre, y avanzó sobre Trujillo el 7 donde se celebraron con fechas 26 y 27 de noviembre los dos famosos tradados de armisticio ó suspensión general de hostilidades en todo el territorio de Colombia, durante seis meses, y de regularización de la guerra, estipulando en este último respecto de los beligerantes en general y de los prisioneros de guerra en particular, todos los principios de humanidad reconocidos y practicados por los pueblos cultos. Para celebrar estos convenios, Bolívar y Morillo se abrazaron después de su ratificación, en una entrevista tan franca como cordial, en el pueblo de

Santa Ana, donde pasaron juntos el día y la noche del 27 de noviembre de 1820.

Morillo se dirigió á Caracas y se embarcó en la Guaira para España el 17 de diciembre. El gallardo y y humano general Latorre le sucedió en el mando en jefe del ejército, comprendiendo sin duda que no hacía sino aceptar el deber del sacrificio.

Bolívar regresó á Bogotá, donde llegó el 5 de enero de 1821, y nombró al general Antonio José de Sucre para el mando en jefe del ejército del sur, que en la mente de Bolívar estaba ya previsto para dar la libertad á los hijos del Sol.

De los cinco hombres en quienes hemos dicho que se resume por el pensamiento y la acción la obra de la revolución Colombiana, sólo nos falta que se proyecte la figura de Sucre sobre el horizonte del glorioso escenario; pero en esta vez, nuestra pluma está dispensada de trazar el retrato del héroe : lo dejó hecho el maestro.

« Pocos meses antes de nombrar á Sucre para el mando del ejército del sur, dice O'Leary (*Narración*, tom. I, pág. 67), el día que el Libertador entraba á Cúcuta de regreso de Cartagena, salió aquél á recibirle. Al verle venir, yo que no le conocía, pregunté al Libertador quién era el mal jinete que se nos acercaba. « Es, me respondió, uno de los mejores oficiales del ejército : reune los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom ; por extraño que parezca no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto á sacarle á luz, persuadido de que algún día me rivalizará. »

Entre tanto en la campaña del Magdalena dirigida por Montilla, las armas republicanas habían obtenido una importante victoria. Brión y Padilla por mar, y Carreño por tierra, después de sangrientos combates habían rendido y ocupado la plaza de Santamarta el 11

de noviembre de 1820. Santamarta había sido desde el principio de la guerra el baluarte más obstinado del poder español en la costa atlántica. « La conducta del general Montilla, dice el historiador Restrepo, es digna de todo elogio. Dirigió la campaña con tino, prudencia y valor. Firme sin crueldad, y afable sin debilidad, supo armonizar los caracteres, y amalgamar los elementos discordantes que tenía á sus órdenes, para formar de ellos un ejército. La crueldad no manchó nunca sus victorias. » Este último concepto es el mayor elogio que puede hacerse á un general.

Bolívar salió de Bogotá para tomar el mando del ejército del norte, que dejamos acuartelado en Trujillo, á principios de febrero de 1821, y tuvo en el camino la noticia de la revolución de Maracaibo proclamando su independencia, acaecida el 28 de enero. La plaza de Maracaibo, conforme á las delimitaciones hechas en el tratado de armisticio, pertenecía á las armas de España; no era lícito, pues, promover en ella una insurrección mientras durara la suspensión de hostilidades; pero el general Urdaneta, sin respetar los pactos de la guerra, los más sagrados de cuantos pueda celebrar el hombre sobre la tierra, concertó desde Trujillo la insurrección de la plaza con el gobernador de ella Francisco Delgado, haciendo avanzar para sostenerla al coronel Hérez con el batallón Tiradores de la Guardia, que ocupó la ciudad el 29. El historiador Restrepo imprueba severamente esta medida.

El mariscal Latorre, como era natural, reclamó y protestó enérgicamente contra la violación del armisticio, pidiendo en consecuencia la devolución de la plaza á las armas reales.

Bolívar tuvo la debilidad de sostener con frívolos razonamientos la legalidad de lo ocurrido. Declaróse en consecuencia roto el armisticio y fijóse el 28 de abril para la renovación de las hostilidades. El mismo día el ejército republicano avanzó hasta San Carlos, donde se

le reunió Páez á mediados de junio. El 23, Bolívar pasó revista al ejército en Tinaquillo, á unas 10 ó 12 leguas de Valencia, y el 24, los dos pendones, el de la Metrópoli y el de la Independencia, el de Colombia y el de España, se encontraron sobre el memorable campo de Carabobo, donde las armas del Rey, á pesar del denuedo con que combatieron, sufrieron sangrienta y completa derrota.

Perecieron allí Cedeño y Plaza. Páez, como siempre, estuvo sublime; pero el que cautivó la admiración de sus enemigos fué el batallón primero de Valencey, y su bizarro jefe el coronel don Tomás García, sosteniendo, formado en cuadro, una retirada de seis leguas hasta Valencia, cargado por toda la caballería republicana.

Así como había reconquistado Boyacá todo el territorio granadino, Carabobo recobró el de Venezuela, con excepción de la plaza fuerte de Puerto Cabello, donde fueron á encerrarse los restos del poder español.

Bolívar, ebrio de gozo y de gloria entró triunfante el 29 de junio en su ciudad natal, en aquella Caracas que tantos desastres y tantas humillaciones le había costado.

Á espaldas de Bolívar, que marcha á dirigir la campaña del sur sobre Pasto y Quito, la gran victoria de Carabobo, si bien hirió de muerte el poder español en Venezuela, no rindió la constancia ni el valor de los denodados jefes españoles Latorre y Morales, que continuaron desde Puerto Cabello y Coro haciendo la guerra como en los mejores días de 1817 y 1818. El punto objetivo de las campañas de 1822 y 1823, por parte de los patriotas es tomar á Puerto Cabello; por la de los realistas ocupar á Maracaibo.

De Puerto Cabello, donde alcanzó á encerrarse con los restos del ejército salvado en Carabobo, salió Latorre el 12 de diciembre de 1821, desembarcó en los Taques, ocupó á Coro y rindió en La Vela de Coro la

columna colombiana de 1,000 hombres que mandaba allí el coronel Juan Gómez.

El jefe español Lorenzo Morillo atacó y derrotó á Reyes Vargas en Baragua el 16 de enero de 1822.

Morales, segundo de Latorre, consiguió pasar á la costa occidental del Lago, 800 hombres para atacar á Maracaibo ; pero sabiendo que tiene á su espalda, sobre la costa de Coro, una división de 2,000 hombres, mandada por Piñango, que ha batido al coronel español Tello, 17 de abril, contramarcha á hacerle frente, dejando los 800 hombres ya lanzados sobre la ciudad, los cuales se ven obligados á capitular, embarcándose para Coro el 4 de mayo.

Morales seguía del puerto de Altagracia, en la costa oriental del Lago, el camino paralelo á la costa atlántica en dirección á Coro. Soublette y Piñango avanzaron á su encuentro desde Carora, pero fueron derrotados el 7 de julio en Dabajuro. Sin embargo, Morales en vez de perseguirlos continuó su marcha y se embarcó el 23 en La Vela de Coro, para Puerto Cabello.

Morales venía á hacerse cargo de la capitanía general de Venezuela en reemplazo del gallardo general Latorre, nombrado para el mismo empleo en Puerto Rico. « Humano, generoso y valiente, dice el historiador Restrepo, Latorre prestó en Nueva Granada y Venezuela grandes servicios á su causa, dejando un nombre sin mancha ».

Por este tiempo, después de renovados ataques, inútiles por falta de fuerzas navales suficientes para estrechar el asedio, habíase visto el general Páez obligado á levantar el sitio de Puerto Cabello el 30 de julio.

Morales salió entonces con 1,800 hombres en su persecución ; pero fué rechazado por Páez y Woodberry el 11 de agosto en el cerro denominado « Cumbre de Valencia ». Rondón, el que, sólo, valía un regimiento, el ídolo de sus soldados, el que rompía los cuadros españoles para robarse cornetas y tambores, el que había

hecho prodigios de valor en Pantano de Vargas y Boyacá, pereció en este combate herido como Aquiles, de un balazo al parecer insignificante, en el talón.

Morales, que no por sanguinario dejaba de ser un buen soldado, divisando desde sus posiciones de Naguanagua la llegada de la división Soublette, comprendió que Maracaibo había quedado en descubierto, y sin pérdida de tiempo voló á embestirlo. Embarcóse en Puerto Cabello, en 14 velas, el 24; desembarcó en Cojoro, á sotavento de Maracaibo, el 30; rechaza á Castelli, que pretende disputarle el paso del río Socuy, el 4 de septiembre; derrota al general Clemente el 6, y ocupa á Maracaibo el 7. En el primer encuentro pereció el bizarro coronel don Tomás García, el jefe del Valencey, el de la famosa retirada en Carabobo.

La pérdida de Maracaibo puso en conmoción la República : llegó tan abultada á Guayaquil que hizo por un momento vacilar á Bolívar entre la campaña del Perú y su regreso al norte de Colombia. El Gobierno se declaró en ejercicio de las facultades extraordinarias del artículo 128 de la Constitución, y mandó formar dos cuerpos de ejército al oriente y al occidente de Maracaibo. El que se organizaba en Río-Hacha para obrar por la Goajira, entró primero en campaña; pero habiendo cometido su jefe el general Montilla la imperdonable falta militar de adelantar la división de vanguardia, compuesta de 1,000 hombres al mando del general Sardá, hasta el paso del río Socuy, á siete leguas de Maracaibo, mientras el resto del ejercito aun permanecía en Río-Hacha, á cuarenta leguas de distancia, Morales cayó sobre ella, y la destrozó el 13 de noviembre de 1822. Los que no murieron defendiéndose, cayeron prisioneros.

Morales era un excelente general de división; pero nada menos que el genio de un conquistador — el de Bolívar ó el de Hernán Cortés — se habría necesitado para aprovechar esta victoria. Si él toma los 3,000 vete-

ranos de que podía disponer, abandona á Maracaibo, y marcha con ellos rápidamente por Trujillo y Mérida sobre el interior de la Nueva Granada, desprevenida y desguarnecida por la campaña del sur, habría logrado, aunque hubiera sido por un momento, equilibrar de nuevo la suerte de la guerra entre España y Colombia. El rebote de la invasión habría ido á dar hasta Guayaquil; Pasto, que aun estaba en armas, se habría levantado de nuevo como formidable barrera entre el centro y sur de la República; los planes de Bolívar habrían quedado trastornados; los auxilios al Perú, detenidos; y quién sabe lo que en estas circunstancias habría hecho la fortuna de la guerra, siempre prendada de la audacia y del valor.

Pero en vez de esto, Morales se contentó con una diversión de simple merodeo por las provincias de Trujillo y Mérida, hasta las cercanías de la frontera granadina, para volver á encerrarse en Maracaibo. Desde que á esto se limitó, su fortuna estaba perdida: podría sostenerse más ó menos tiempo en aquella plaza; pero encerrado allí, solo, contra todos, su rendición era infalible. Todo lo que saliera del radio de acción de Maracaibo, no cabía en sus planes. Sabedor de la insurrección realista de Santa Marta, envió en su auxilio dos columnas al mando del coronel Nicasio López, que después de internarse en la Goajira, regresaron á Maracaibo derrotadas, y diezmadas por la deserción y las enfermedades.

Peor suerte cupo al batallón Burgos enviado á recuperar á Coro, el cual fué batido en aquella ciudad el 1.° de mayo de 1823.

Pronto quedó Morales reducido á los puertos de la costa occidental del Lago que miran á la Goajira. Los de la costa oriental, desde Gibraltar al sur, hasta Altagracia frente á Maracaibo, fueron sucesivamente ocupados por las tropas que se organizaban para estrechar el cerco, en las provincias limítrofes. Restaba

sólo organizar y equipar la flotilla que debía cerrar la boca del Lago para impedir la entrada de los auxilios que Maracaibo recibía de las Antillas españolas. Componíase de la corbeta *Constitución*, de los bergantines *Bolívar* é *Independiente*, de las goletas *Espartana*, *Atrevida* y *Terror* y de 3 flecheras, cuyo mando se confió al distinguido oficial de marina, coronel José Padilla.

Alguien ha dicho, y con razón, que en la comparación de los grandes hombres, para dejar solas las estatuas, debe deducirse el pedestal. Cochrane, Blanco Encalada y Guise tuvieron por pedestal el mar Pacífico. Tocáronle á Padilla los estrechos confines de un lago; mas no por eso son sus hazañas menos gloriosas ni menos atrevidas, que aquellas con las cuales se inmortalizó la bandera de Chile en la otra extremidad del Continente.

El mismo día 1.° de mayo de 1823 en que fué derrotado en Coro el batallón Burgos, eran batidos por Laborde con la fragata *Constitución* y la corbeta *Ceres*, los buques de la flotilla colombiana que bloqueaba á Puerto Cabello. Este desastre dejaba á Padilla completamente en descubierto, á merced de los grandes buques de la escuadra española, sin más recurso que el de forzar la barra del Lago, donde por su porte no podían entrar los buques enemigos.

La boca del Lago, como la de los grandes ríos, está obstruída en toda su extensión por una barra de arenas movedizas, cuyos canales cambian de cauce con las corrientes, y sólo dan paso á buques de poco calado. Pasada la barra, quedaba por vencer el extenso bajío de la ensenada del Tablazo, de menos fondo aún que los canales de la barra, en presencia de una flotilla enemiga tan numerosa como la republicana. Sin embargo, no quedaba á Padilla más camino de salud que ese, y el valor y la audacia lo franquearon.

Como Morales en todo podía pensar, menos en que la victoria de Laborde arrojara á las aguas del Lago la

flotilla republicana, y estaba ocupado por otra parte en las expediciones de tierra, había descuidado alistar la suya para un combate, y carecía además de competentes oficiales de artillería en las baterías del Castillo que defiende la entrada del Lago.

El 7 de mayo á las cinco y media de la tarde fondeó la escuadra republicana frente al Castillo de San Carlos. Al amanecer del 8, Padilla hizo sondear y señalar por medio de valizas el canal practicable, á la vista del enemigo. Á las dos y media de la tarde la escuadra emprendió el paso de la barra formada en línea de batalla. Las baterías del castillo estaban tan mal servidas, que de más de 300 tiros sólo asestaron uno en *La Espartana*. El único buque que varó fué el *Bolívar*, el cual sirviendo ya de blanco fijo, recibió en pocos momentos 15 balas en el casco; pero aun bajo esta lluvia de proyectiles su capitán logró incendiarlo y salvar la tripulación. Al anochecer, la escuadra estaba ya dentro del Lago y fuera de los fuegos del Castillo.

Pero faltaba para alcanzar aguas profundas atravesar el largo estero del Tablazo. Cuatro días con sus noches empleó la escuadra en practicar esta penosa operación, teniendo que alijar muchos de los buques del peso de la artillería, que apuntalar los que quedaban sin suficiente lastre, para que no tumbaran, y que poner, con inmenso trabajo, á flote los que varaban; pero afortunadamente sin que los hostilizaran en nada las fuerzas sutiles de la escuadra enemiga, que sin duda no estaba preparada para un combate.

Y el 14 de mayo pudo reunirse sana y salva en el fondo del Lago la escuadra de Padilla.

En esta situación, un combate naval tenía que decidir de la suerte de la guerra, porque al ejército del general Morales no le quedaban libres sino las vías de occidente en dirección á Santa Marta, donde lo esperaba, después de atravesar cuarenta leguas por los desiertos de la Goajira, el numeroso ejército organizadc

en Río-Hacha; pero aquel combate naval no podía librarse inmediatamente, porque los republicanos tenían una flotilla superior á la española, pero todavía sin ejército, y los Españoles un ejército numeroso y aguerrido, pero con una flotilla muy inferior á la republicana. Esto explica por qué transcurrieron 70 días desde la entrada de Padilla hasta la acción naval del 24 de julio.

Libráronse entre tanto muchos combates parciales, como no podía menos que suceder, confrontadas como estaban ya las fuerzas enemigas en tan estrecho recinto.

El coronel don Manuel Manrique, jefe civil y militar del departamento del Zulia, fué el activo cooperador de Padilla en las fatigas, los servicios y las glorias de esta campaña, organizando, equipando y conduciendo á los puertos de la costa oriental del Lago los cuerpos que combatieron el 24 de julio.

El 30 de mayo se embarcó en el puerto de La Ceibita el batallón Zulia.

El 6 de junio recibió la flotilla en el puerto de Gibraltar el batallón Orinoco, dos compañías de Caracas y un escuadrón de dragones.

Las noticias de la aproximación del ejército de Río-Hacha obligaron á Morales á salir de Maracaibo con casi todas las fuerzas, para ir á guardar los pasos del río Socuy. Aprovechando esta coyuntura, Padilla se dirigió inmediatamente sobre la ciudad, que Manrique tomó después de un vivo combate en la tarde y la noche del 16 de junio. No podía sostenerse en ella: la abandonó el 19 en que Morales volvió á recobrarla; pero no sin haber extraído de la ciudad la artillería, parque, vestuario y ganados del enemigo.

El ejército de Río-Hacha, al mando de los generales Montilla y Gómez fué muy desgraciado en esta campaña. Sufrió, como hemos visto, primero la derrota de la división de vanguardia, y ahora, por haber emprendido su marcha en la estación de las lluvias, sin los

elementos necesarios para atravesar la Goajira, tuvo que regresar de nuevo á Río-Hacha, para escapar á una completa dispersión, causada por el hambre, la intemperie y las enfermedades. En nada contribuyó á la rendición de Maracaibo.

El 25 de junio se embarcó en el puerto de Altagracia la división de Coro, fuerte de 900 hombres, al mando del coronel Andrés Torrellas.

La flotilla española recibió el 16 de julio el refuerzo de tres goletas de guerra y dos mercantes, traídas por el capitán Laborde, el mismo que había batido la flotilla bloqueadora de Puerto Cabello el 1.° de mayo.

La situación de ambos ejércitos, pero mucho más la del español, era desesperante y casi insostenible por falta de víveres. Era pues indispensable resolver la situación por medio de un combate.

La escuadra española se componía de 14 buques mayores y 15 menores; la colombiana de 3 bergantines, 7 goletas y 12 buques menores, pero todos en general de mayor porte que los buques españoles. Esta ventaja la creía superada el general Morales por la calidad de su tropa, que él consideraba muy superior á la independiente.

La acción tuvo lugar en la parte estrecha del Lago, entre Altagracia y Punta de Capitánchico, al norte de Maracaibo. Á las dos de la tarde del 24 de julio, en que hubo viento favorable, los patriotas tomaron la ofensiva, yéndose sobre los buques españoles, que recibieron el ataque cuando aun estaban anclados. En medio del fuego trataron de picar cables y de ponerse á la vela, pero muy pocos lo consiguieron. La orden de Padilla, como la de don Juan de Austria en Lepanto, fué la de irse al abordaje, sin disparar un tiro hasta que los buques no tocaran penoles.

Terrible fué el estrago. Peleóse por una y otra parte con asombroso valor; pero la suerte de las armas fué adversa al pendón español. Apresados 11 buques y

2 totalmente perdidos, los demás de la escuadra española huyeron hacia Maracaibo, pero en completa imposibilidad de renovar un ataque. Á la victoria de Padilla están indisolublemente asociados los nombres de sus capitanes de navío Chitty, Beluche, Tono y Yoly, y los de los oficiales Pelot, Castell, Uribarri, Mincis, Villanueva y Francisco Padilla, que se distinguieron por su valor y su pericia.

Después de semejante pérdida, decisiva contra las armas españolas, era forzoso aceptar una capitulación, que el orgullo del general Morales prolongó diez días, pero que al fin fué firmada el 3 de agosto. Por ella se entregaron la plaza de Maracaibo, el castillo de San Carlos y la flotilla española á la República de Colombia. Ésta por su parte otorgó plenas garantías á las personas y propiedades de los rendidos, pero bajo juramento, con pena de la vida, de no volver á tomar parte en la guerra. El ejército español, y los que quisieran seguirlo debían ser conducidos á Cuba á costa de la República. 700 soldados europeos siguieron con Morales á aquella isla.

Sólo quedaba el pendón español ondeando en los fuertes de Puerto Cabello. Aunque ninguna esperanza humana podía tener el brigadier Calzada de sostenerse allí contra toda la América libre, sin embargo prolongó la defensa y se sostuvo en ella, hasta que fué materialmente rendido por la superioridad de la fuerza.

El general Páez, encargado del sitio, debía cerrar su carrera militar en la guerra de la independencia con un acto de tanto atrevimiento como el de las Queseras de en Medio.

Careciendo el jefe republicano de fuerzas navales suficientes para impedir la entrada de víveres en la plaza, pues sólo tenía á su disposición los bergantines

Urica y *Pichincha*, y sabiéndose con certeza que en La Habana se alistaba una escuadra para socorrer á Puerto Cabello, compuesta del navío *Asia*, de la fragata *Constitución*, de 44 cañones, 3 corbetas y un bergantín, decidió — no había otro remedio — tomarlo por asalto.

« Combatíase delante de Puerto Cabello, dice Restrepo, tanto de noche como de día, y difícilmente se podía decidir cuál era mayor, si la intrepidez é infatigable actividad de los patriotas, ó la constancia y valor de los realistas. Reducidos éstos á un corto número, escasos de agua y de vituallas, todo lo sufrían con paciencia, antes que rendir la plaza confiada á su lealtad.»

El único camino accesible ó practicable para el ataque era el de La Laguna. Conseguido el práctico que guiara á nuestros soldados, los cuales debían atravesar el manglar en el más profundo silencio, con el agua al pecho, púsose en marcha la columna de asalto compuesta de 400 hombres del batallón Anzoátegui, á las órdenes del mayor Cala, del coronel Elorza, y de 100 lanceros de la guardia de honor del general Páez, cuyo mando tomó él en persona, á las diez de la noche del memorable 7 de noviembre de 1823.

Á las dos y media de la mañana, después de cuatro horas de marcha silenciosa, en que aquellos soldados parecían menos que sombras, llegó á tierra la vanguardia, á medio tiro de pistola entre la batería Constitución y el baluarte de la Princesa, los cuales rompieron inmediatamente sus fuegos sobre los asaltantes. Éstos tenían de antemano designados sus puestos, y cada sección voló á ocupar el que le correspondía.

« Los realistas, concluye el historiador Restrepo, opusieron la más vigorosa resistencia, combatiendo valerosamente soldados, oficiales y jefes; pero nada pudo resistir al arrojo de los colombianos, que hicieron prodigios en aquella noche tan gloriosa para nuestras armas. En breve fueron ocupados todos los puestos

fortificados de la plaza, llevando el terror y la muerte por doquiera. Al fin hubieron de rendirse los enemigos que aun quedaban, los cuales fueron tratados con generosidad por nuestros soldados. Los realistas tuvieron ciento cincuenta y seis muertos, entre ellos 2 tenientes coroneles; 56 heridos y 250 prisioneros, junto con el brigadier Calzada, que peleó hasta el último momento dejando bien puesta su reputación de valiente. Sostúvose en la batería del Príncipe con su estado mayor, hasta que muertos ó heridos casi todos los que la defendían, hubo de rendirse. »

El Derecho de Gentes discute hasta dónde es lícito á un general continuar derramando la sangre enemiga y la de sus soldados en una defensa desesperada. Lo que debería discutir es si hay exceso de valor que deba repudiar el honor militar. No hay exceso de valor en la defensa legítima, en la guerra leal, como no hay exceso de piedad, ni de hidalguía, ni de generosidad, ni de humanidad. El día en que los hombres y los pueblos discuten el valor, ese día son esclavos; el día en que sofocan la generosidad, sobrepuestos á las más nobles pasiones del corazón, los instintos de la naturaleza animal, el hombre cae en todas las degradaciones de su especie; la humanidad es entonces el circo romano ó las hogueras de la inquisición; el lupanar ó el harem.

Acordóse, como no podía menos, una de las más honrosas capitulaciones que registran los anales militares del mundo, al brigadier Calzada. La guarnición debía salir con banderas desplegadas y con todos los honores de la guerra, llevando dos piezas de artillería, cada una con veinticinco tiros, y sin prestar juramento ni promesa de ninguna clase de no volver á tomar parte en la guerra; los jefes, oficiales y soldados conservarían sus armas y equipajes, y todos podrían disponer libremente de sus bienes; sus archivos y papeles quedaron exceptuados de todo secuestro, y el ejército y los emigrados deberían ser conducidos á Cuba á costa de la República.

IX

DE CARABOBO Á PICHINCHA

(24 de junio de 1821 á 24 de mayo de 1822)

Después de haber acompañado á los ejércitos republicanos en las largas campañas de Venezuela, parecería difícil relatar otras en que la paciencia, la abnegación, los sufrimientos físicos del soldado, y el valor, la energía y la tenacidad de los jefes, estuvieran llamados á soportar mayores pruebas; y sin embargo, las campañas del norte de Colombia pueden considerarse como simples diversiones militares al lado de las del sur. Aquéllas se hacían sobre un terreno comparativamente llano, de clima uniforme, y auxiliado para las marchas, por la navegación de caudalosos ríos, que lo cortan en todas direcciones, mientras que ahora va á hacerse la guerra en el territorio formado por el laberinto de montañas de la gran cordillera americana, ora marchando sobre sus heladas cimas, ora descendiendo á los valles estrechos, profundos y mortíferos por donde se abren paso los torrentosos ríos que corren entre sus flancos. Los Andes venezolanos son simples accidentes del terreno, al lado de las inaccesibles cumbres á que elevan sus cimas los Andes del sur, inferiores apenas á las del Himalaya.

El territorio que sirve de teatro á la campaña del sur se extiende desde el valle de Cauca hasta Guayaquil. Álzase en medio de él la gran mesa de Los Pastos, formada por el nudo de vibración de la cordillera, que allí se rompe en las tres grandes cadenas que siguen á perderse en el norte del Continente. Esta elevada mesa, que no hay medio de rodear, y que es paso obligado de todo camino de tierra entre Popayán y Quito, está cortada al

norte por el Juanambú, y al sur por el Guáitara, impetuosos torrentes que van al Patía, encajonados entre rocas superpuestas, cortadas á tajo vertical, y sobre las cuales van á empeñarse en breve los más sangrientos y obstinados combates de esta larga lucha.

Pasto ha sido llamado y con razón la Vendea americana de la causa real. Sus aguerridos y valerosos habitantes, imbuídos en las supersticiones del más grosero fanatismo, azuzado por el clero hostil á la República, abrazaron desde el principio de la lucha la causa del Rey, con un fervor y un entusiasmo de que no dió ejemplo ninguna otra población ni comunidad alguna del elemento español en la guerra de independencia. Fueron los Pastusos los primeros que se armaron y los últimos que depusieron las armas en defensa de Fernando VII, sin que nada, ni las más espantosas retaliaciones de la guerra á muerte, con que los jefes republicanos se vieron obligados á castigarlos, quebrantara su obstinación ni su valor. Incendiadas las poblaciones y talados los campos, los Pastusos se diseminaron en numerosas guerrillas, que diezmaron el ejército republicano en sus lóbregas montañas. Reclutados en masa para el servicio del ejército, preferían suicidarse por centenas y por miles, arrojándose á los ríos, antes que contaminarse con el servicio de la independencia, que para ellos era sinónima de herejía y de impiedad.

El nombre del obispo Jiménez de Padilla, que á tal grado de exaltación llevó las pasiones de estos fanáticos, debe pasar á la historia como el principal responsable de todos los excesos, horrores y crueldades con que se manchó la guerra de Pasto.

Corresponde á los patriotas de Quito el honor de haber sido los primeros iniciadores de la revolución de independencia de la América del Sur, destituyendo á las autoridades españolas é instalando en su lugar la Junta Suprema de Gobierno el 10 de agosto de 1809. Las provincias coloniales apoyaban este movimiento en

el célebre decreto de 22 de enero de 1809, expedido por la Junta Central de Sevilla declarando « que los dominios españoles de América no eran coloniales, sino parte integrante de la monarquía española, y que dichas provincias debían por tanto enviar su diputados á la Junta Central ».

El presidente depuesto era don Manuel Urriez, conde Ruiz de Castilla. La Junta prestó juramento de fidelidad á Fernando VII para la conservación de sus derechos durante su cautiverio; pero esta formalidad no engañó allí, como no engañó después en ninguna parte á los realistas, que inmediatamente empezaron á organizar la resistencia. Los primeros que se pusieron en armas fueron los Pastusos. La Junta de Quito envió en el acto una expedición á someterlos, pero aquéllos la derrotaron casi sin disparar un tiro el 16 de octubre de 1809, en el paso de Funes sobre el Guáitara, cogiéndoles más de 100 prisioneros y todo el tren de campaña. Bastó este desastre, que llenó de pánico á los revolucionarios de la capital, para poner término al Gobierno de la Junta. Su Presidente devolvió el mando al conde Ruiz de Castilla, el 25 de octubre. Por el mismo tiempo llegaron á Quito las tropas auxiliares enviadas por el virrey de Lima. Alentado por este apoyo y violando la capitulación de amnistía y olvido completo, celebrada con la Junta para la devolución del mando, el Presidente hizo arrestar y procesar á los comprometidos en la revolución del 10 de agosto, los cuales fueron asesinados cobarde é inhumanamente en las prisiones el 2 de agosto de 1810, con motivo del heroico y desesperado ataque que unos pocos hombres del pueblo, armados de cuchillos, y cuyos nombres no conserva la historia, hicieron para libertarlos. Allí perecieron Morales, Quiroga, Salinas, Ascásubi y Riofrío, primeras víctimas inmoladas en el altar de la patria.

Don Carlos Montúfar, comisionado de la Regencia, que llegó á Quito pocos días después de estos aconteci-

mientos, promovió el nombramiento de una nueva junta de Gobierno, siempre bajo la presidencia de Ruiz de Castilla, la cual se instaló el 22 de septiembre de 1810; pero la nueva corporación no logró tampoco calmar las desconfianzas de los realistas, quedando su autoridad confinada á las provincias de la cordillera, y cortada de toda comunicación con el exterior. Pasto la interceptaba al norte con Popayán y el Cauca; Molina que mandaba en Guayaquil le cerraba el único puerto del Pacífico, y Aymerich, gobernador de Cuenca, se aprestaba á hacerle la guerra.

Como la campaña de Pasto, aunque á ella concurrían simultáneamente las tropas de Quito y las de los patriotas del Cauca, pertenece con toda propiedad á la guerra de independencia del sur, debe relatarse en este lugar.

Tacón, el gobernador español de Popayán, se puso desde el principio en armas contra la revolución, desconociendo á la vez las juntas instaladas en Bogotá y en Quito.

Las ciudades confederadas del Cauca reunieron 1,100 hombres, que pusieron á órdenes del coronel Antonio Baraya. Este y Cabal marcharon sobre Popayán y derrotaron á Tacón en Palacé el 28 de marzo de 1811. Tacón se replegó sobre Pasto, pero amenazado allí por las tropas del Cauca al norte y por las de Quito al sur, se retiró por el Patía á la costa del Pacífico, donde prolongó la guerra hasta la derrota que sufrió en las márgenes del Iscuandé el 29 de enero de 1812. Abandonado de sus propios partidarios é imposibilitado para sostenerse en aquellas costas, huyó al Perú, donde se distinguió en la guerra que las armas reales sostenían allí repeliendo la invasión de Buenos Aires.

Las tropas de Quito, al mando de don Pedro Montúfar, derrotaron en una segunda expedición á los Pastusos en el Guáitara, y ocuparon á Pasto el 22 de septiembre de 1811. Pero este triunfo fué de corta duración.

Los formidables guerrilleros realistas del valle de Patía, rechazados de Popayán en el combate de 27 de abril de 1812, dirigido por el joven americano Macaulay, volvieron de improviso sobre Pasto, haciendo creer que venían victoriosos de Popayán, y después de un combate en las calles mismas de la ciudad, adverso á los patriotas, el presidente de la Junta del Cauca, don Joaquín Caicedo, que era el que allí mandaba — las tropas de Quito habían regresado á aquella ciudad — vióse obligado á capitular (mayo 20 de 1812), constituyéndose con sus fuerzas prisionero de guerra.

Á consecuencia del desastre de Pasto, Cabal, que iba en auxilio de Caicedo, tuvo que repasar el Juanambú, y regresar á Popayán, donde fué nombrado presidente de la Junta Suprema del Cauca.

Cabal organizó y despachó sin pérdida de tiempo una nueva expedición contra Pasto, al mando del intrépido Macaulay, la cual salió de Popayán el 6 de julio de 1812. No atreviéndose á atacar la ciudad, defendida por tropas superiores, se limitó Macaulay á celebrar el 26 un convenio con los Pastusos, por el cual éstos le devolvieron todos los prisioneros, incluso el presidente Caicedo, á condición de que Macaulay regresara á Popayán, dejando á los Pastusos en libertad de seguir el partido de su elección; pero sabedor Macaulay que de Quito había marchado una nueva expedición contra Pasto, resuelve, faltando á la fe del convenio, ir á unirse á ella, y aunque en la marcha de flanco que hizo con tal objeto, batió á los Pastusos en Catambuco el 13 de agosto; la bondad de carácter, lamentable debilidad de Caicedo, lo indujo á contentarse con un nuevo convenio, semejante al del 26 de julio; pero cuando éste había principiado á cumplirse y una parte de las tropas de Macaulay había tomado ya el camino de Popayán, viéronse de repente atacados por los Pastusos, que en pocos momentos los hicieron á todos prisioneros.

Aunque las tropas de Quito, de que antes hemos ha-

blado, vengaron al sur este desastre, con la sorpresa nocturna que dieron á los Pastusos, allende el Guáitara, en Pupiales, como la expedición tuvo que regresar volando á Quito para oponerse á la invasión de Cuenca, los Pastusos quedaron por el momento en pacífica y quieta posesión del triunfo.

Durante estos acontecimientos Ruiz de Castilla, incapaz por su edad y por la debilidad de su carácter, de soportar tamaña carga, había abandonado la presidencia de la Junta en octubre de 1811, retirándose á un convento : lo había sustituído en el mando el patriota Obispo de Quito señor Cuero.

En una asonada de la plebe de Quito, Ruiz de Castilla fué extraído de su retiro, é inhumanamente asesinado el 15 de junio de 1812. El 25 del mismo mes, Aymerich derrotó en Cerro de Atar la expedición de 3,000 hombres enviada por la Junta de Quito para someter á Cuenca.

Por el mismo tiempo llegó á Guayaquil el nuevo Presidente de Quito nombrado por la Regencia, don Toribio Montes, sub-inspector de las tropas reales del Perú.

Sin pérdida de tiempo Montes abrió operaciones sobre el interior. Reunido en Riobamba á la división de Aymerich, vencedora en Cerro de Atar, batió en Mocha, con unos 2,000 hombres, á los Quiteños en número de 6,000 compuestos en su mayor parte de indios mal armados, pusilánimes y colecticios. Combatió allí cuerpo á cuerpo, en las filas realistas, doña Josefa Sáenz Vergara, mujer del Oidor don Francisco Javier Manzano.

Los independientes concentraron sus fuerzas en Quito. Montes marchó sobre ellos y tomó la ciudad á viva fuerza, después de un combate de tres horas, el 3 de noviembre de 1812. Los restos de las tropas independientes, mandadas por Montúfar y Calderón, se replegaron á Ibarra, donde fueron alcanzados y batidos por Sámano el 1.° de diciembre de 1812.

Por orden de Montes fueron pasados por las armas en Pasto, el 26 de enero de 1813, el presidente Caicedo,

el denodado Macaulay y 16 individuos de tropa, de los que allí estaban prisioneros.

Las tropas vencedoras de Montes, al mando de Sámano, avanzaron hasta Popayán, que ocuparon el 1.° de julio de 1813, y en seguida todo el valle del Cauca, hasta Cartago, arrojando á Serviez, con los pocos patriotas que lo seguían, al otro lado del Quindío, hasta Ibagué.

En estas circunstancias, amenazadas ya de cerca las provincias internas de Nueva Granada, el general Nariño pidió y obtuvo el mando de las tropas de la Unión contra Sámano.

El ejército de Nariño trasmonta la cordillera, y su vanguardia al mando de Cabal, derrota á Sámano en Palacé el 30 de diciembre de 1813. Las tropas republicanas ocuparon á Popayán el 31 de diciembre, y continuaron persiguiendo á Sámano y á Asín, reunidos, á quienes derrotaron el 15 de enero de 1814 en Calibío. Asín murió allí combatiendo con extraordinario valor. Sámano se retiró á Pasto.

Nariño tardó dos meses en preparar y reorganizar su ejército para la dura campaña de Pasto. Dejó á Popayán el 22 de marzo de 1814. Después de 21 días de marcha por el mortífero valle de Patía, llegó al Juanambú. El 19 de abril intentó pasar el río, pero fué rechazado con grandes pérdidas. En los días 26 y 28 sus valerosos soldados logran atrevesarlo por diversos puntos, y coronar sobre montones de cadáveres, las escarpadas alturas de la orilla opuesta, defendidas por la artillería enemiga. Virgo y Cabal se cubrieron de gloria en aquellas heroicas jornadas. El resto del ejército pasó el 2 de mayo, y desalojó el 9 á los Españoles, después de un brillante combate, de las alturas de Tacines.

Aymerich abandonó á Pasto el 10 y se acampó con todas sus fuerzas, tres leguas al sur de la ciudad, en la hacienda de Mejía.

Nariño, en el ardor de la victoria, se adelantó solo con 500 hombres hasta los ejidos de Pasto, donde fué repen-

tinamente envuelto y atacado por numerosas guerrillas enemigas que lo obligaron á contramarchar en desorden á Tacines. Los primeros fugitivos que allí llegaron llevando falsas noticias, habían esparcido el pánico, y el ejército creyendo á Nariño perdido y prisionero había contramarchado á repasar el Juanambú. Nariño se encontró solo en Tacines, y después de vagar tres días por aquellas espesas selvas, sin esperanza de ser socorrido, se descubrió á un soldado que lo condujo á Pasto. De allí fué transportado á Lima y de Lima á las prisiones de Cádiz.

¡Veleidad de la fortuna humana! Cuando Bolívar venía derrotado de Venezuela, Nariño se mostraba como el héroe del patriotismo coronado con los triunfos del sur. Si en vez de precipitarse solo sobre Pasto, derrota, como sin duda habría derrotado á Aymerich, y entra vencedor en Quito, á él y no á Bolívar le habría tocado presidir la independencia de la América del Sur.

Con la pérdida de Nariño, complemento de los desastres y derrotas de Calderón y Montúfar, toda la antigua Presidencia de Quito quedó de nuevo sometida al yugo colonial, hasta que la expedición conducida por San Martín á las costas peruanas, en septiembre de 1820, volvió á turbar la dominación española en los antiguos dominios de Atahualpa.

Animados por aquel suceso, y seguros de que los gobernantes peruanos no podrían en tales circunstancias enviar fuerzas en auxilio de los de Quito, los patriotas de Guayaquil, Escobedo, Letamendi, León Fevres Cordero, Villamil, Undaburu, Lusarraga, Llona, Peña y Noguera, resuelven adueñarse de la plaza por un atrevido golpe de mano, que admirablemente concertado con la defección del batallón Granaderos, estalló y triunfó en la noche del 9 de octubre de 1820. Al amanecer del 10 la bandera española sólo estaba enarbolada en 5 lanchas cañoneras, que mandaba en el puerto el capitán Joaquín Villalba.

Á la revolución de Guayaquil siguió la de toda la provincia y la de Cuenca; pero estos triunfos fueron de corta duración. Aymerich que se encontraba en Pasto, voló á Quito, donde formó aceleradamente una división cuyo mando confió al teniente coronel Francisco González; y aunque las fuerzas realistas apenas ascendían á 500 hombres, contra las independientes que llegaban á 1,500, éstas fueron completamente destrozadas y derrotadas en la llanura de Guachi el 22 de noviembre de 1820.

Los jefes independientes, Urdaneta y Cordero regresaron á Guayaquil con los miserables restos que pudieron salvar de esta catástrofe.

Las fuerzas victoriosas en Guachi siguieron inmediatamente contra los revolucionarios de Cuenca, á los cuales batieron y dispersaron en las alturas de Verdeloma el 20 de diciembre.

Una nueva expedición que la Junta de Gobierno de Guayaquil envió contra el interior, al mando del coronel José García, fué derrotada en Tanasigua por el coronel español don Miguel de la Piedra. García fué pasado por las armas y su cabeza enviada á Quito como trofeo de esta victoria. Tal fué el desastroso fin de la segunda revolución ecuatoriana.

Ignorando estos desastres, el general colombiano Valdés, urgido desde Venezuela por Bolívar (interesado en que se ocupara cuanto antes el mayor territorio posible de los departamentos meridionales de Colombia para la demarcación del armisticio de Trujillo), avanzó de Popayán hacia Pasto el 2 de enero de 1821; pasa el formidable Juanambú y emprende el 2 de febrero desalojar á los realistas, mandados por el coronel Basilio García, de las alturas de Jenoy; pero todo el valor de las aguerridas tropas colombianas se estrella contra la serenidad y las formidables posiciones del enemigo. Allí perecieron la mayor parte de los célebres Guías de Apure; allí rindió su vida el denodado Carvajal, el

héroe de Boyacá; allí estuvo mi padre; allí sucumbió lidiando heroicamente por nuestra independencia casi todo el batallón Albión. Recordando estos sacrificios, los Ingleses no deberían ser mirados como extranjeros en tierra colombiana.

Gracias á que en estos momentos llegaron con el general Sucre los comisionados de Morillo que venían á anunciar el armisticio de Trujillo, pudieron salvarse de completa destrucción los restos de la división Valdés.

Fijóse el curso del río Mayo como línea divisoria entre los dos campos; la banda meridional para España, la septentrional para Colombia.

El general Sucre se hizo cargo del mando en jefe del ejército del sur, y estableció su cuartel general en el Trapiche.

Aymerich no quiso incluír la provincia de Guayaquil en el armisticio, alegando que ésta no dependía de su autoridad sino de la del Perú, y que sabía oficialmente que el gobierno de la Junta la había puesto bajo la protección de San Martín. Fué un error de su parte. De esta manera Guayaquil quedó hábil como base de operaciones de la futura campaña colombiana.

Con efecto el general Sucre dejó el mando de la división del sur al general Pedro León Torres, y regresó por orden del Libertador á preparar en el valle del Cauca la expedición auxiliar de Guayaquil, de 1,000 hombres, con la cual se embarcó en la *Buenaventura* en abril de 1821, en la corbeta *Alejandro* y dos bergantines que el gobierno de Colombia había comprado al de Chile. Desde la bahía de Cupica, en el Chocó, hasta el puerto del Ancón cerca al Callao, toda la costa del Pacífico reconocía la independencia.

La Junta de Guayaquil había erigido la provincia en República independiente, reservándose, decía, decidir, cuando terminara la guerra, si se anexaría al Perú ó á Colombia. El Perú codiciaba naturalmente la adquisición de tan importante puerto y tan valioso territorio,

que reclamaba apoyándose en que bajo el régimen colonial dependía del Perú en lo militar. Sucre, lleno de prudencia y de habilidad, excusó por el momento provocar una crisis peligrosa sobre el particular, y asumió simplemente el título de « Jefe de las tropas auxiliares de Colombia », previo un convenio celebrado con la Junta en mayo de 1821.

Roto el armisticio de Trujillo por la revolución de Maracaibo, de que hablamos en el capítulo anterior, fijóse en el sur el 27 de mayo de 1821 para la renovación de las hostilidades.

El coronel don Basilio García atacó á Popayán, donde había situado su cuartel general el general Torres, el 15 de junio; pero fué rechazado y regresó á Pasto.

El 17 de julio los realistas de Guayaquil consiguieron insurreccionar las fuerzas sutiles, compuestas de 6 lanchas cañoneras y otros buques menores, las cuales enarbolaron bandera española, y se alzaron con la corbeta *Alejandro;* pero perseguidos activamente por 2 goletas y 2 falúas que pudieron equiparse, los facciosos desampararon sus buques, que fueron rescatados, excepto la corbeta *Alejandro* que el piloto Ollagüe llevó á Panamá.

En combinación con las fuerzas sutiles los comandantes Nicolás López y Bartolomé Salgado, sublevaron también un batallón de su mando el 19 de julio en Babahoyos; pero perseguidos activamente por el coronel Cestaris, apenas alcanzaron á llegar con 100 hombres á Quito.

Sucre debía trepar á la cordillera para invadir á Quito, ó Aymerich bajar á la costa para atacar á Guayaquil. El jefe español tomó la ofensiva, designando á Babahoyo para punto de reunión de sus tropas, donde debía incorporársele el batallón de 1,000 plazas que mandaba en Cuenca el coronel Francisco González.

El general Sucre penetró el plan de campaña de

Aymerich, y en los primeros días de agosto de 1821 ocupó á Babahoyo, para ponerse en aptitud de impedir la reunión del enemigo, atacando á aquel de los dos cuerpos de ejército que creyera más conveniente. Avanzóse primero hasta las llanuras de Palolargo para ofrecer batalla á la división de Quito, que venía rápidamente por el camino de Guaranda; pero Aymerich no la aceptó. Entonces Sucre, sin pérdida de tiempo, principiando á exhibir las calidades de un gran capitán, fué, por una marcha rápida de flanco, que Aymerich supo cuando ya no podía impedirlo, á salir al encuentro de la división de Cuenca, á la que encontró y batió en Yaguachi el 19 de agosto de 1821. Los Españoles se defendieron como leones; pero los soldados colombianos en cien campos gloriosos de la larga guerra de Venezuela, estaban convencidos de su invencibilidad, y esto les daba irresistible superioridad moral sobre sus contrarios. Mires, Soler, Pallares, Cestaris y Morán fueron los héroes del día. Soler rindió allí su vida. Allí peleó mi padre. El coronel González escapó apenas con 120 hombres. Los enemigos dejaron en el campo 150 muertos, más de 600 prisioneros, entre ellos el segundo en jefe Tamariz, y casi todo el armamento, municiones y bagajes de la división.

Tan rápido y preciso había sido el movimiento de Sucre, que Aymerich, que quiso picar su retaguardia estaba todavía á dos jornadas de distancia cuando supo la derrota de González.

Aymerich retrocedió en tanto desorden, que su retirada, en la que perdió gran parte de sus municiones y bagajes, y más de 400 hombres, fué una verdadera dispersión.

La victoria, como casi siempre sucede, cegó á los vencedores; y Sucre no pudiendo contener el entusiasmo y el ímpetu de sus tropas, emprendió la campaña de la cordillera sobre Quito, con un ejército todavía inferior en número y en elementos de guerra al de

Aymerich, que aun podía oponerle unos 2,500 hombres de tropas selectas, principalmente de caballería; y el 12 de septiembre se encontraron ambas divisiones en la llanura de Ambato ó de Guachi. La derrota de los republicanos fué espantosa. Los realistas tuvieron en esta jornada un completo desquite de la de Yaguachi. Todos los cuerpos de la división republicana quedaron destruídos ó prisioneros. El general Sucre escapó milagrosamente. Sólo se salvaron del campo unos 100 hombres con el comandante Cestaris. Todo el material de guerra del ejército quedó en poder del enemigo. Mi padre recibió allí cuatro heridas de gravedad, quedando prisionero, hasta que fué canjeado, en el ejército español.

Los Españoles perdieron en esta acción á los coroneles Molés y Payol.

Afortunadamente Aymerich no supo ó no pudo aprovechar la espléndida victoria de Guachi. Otro jefe más audaz habría seguido en el acto sobre Guayaquil, única base de operaciones de los independientes, y lo habría tomado; pero Aymerich se detuvo dando de sobra tiempo á que el general Sucre se rehiciera en Babahoyos, á donde dió orden que regresara la división que había mandado sobre Cuenca después de Yaguachi.

En circunstancias en que los minutos debían contarse por horas, los jefes españoles, vencedores, tardaron dos meses en expedicionar de nuevo sobre Guayaquil. Aymerich confirió el mando de las tropas á Tolrá, el mismo gobernador de Antioquia que había huído al Perú después de la victoria de Boyacá. Tolrá se puso en marcha el 10 noviembre de 1821 con 1,000 infantes y 300 jinetes bien montados y equipados; penetró sin dificultad hasta Sabaneta, pero habiéndose convencido allí de la imposibilidad de atacar á Guayaquil, limitóse á firmar el 20 de noviembre un armisticio por 90 días.

El 22 de octubre de 1821 había zarpado de Panamá la expedición que conducía el bizarro general español

don Juan de la Cruz Murgeón, nombrado y reconocido en el Istmo, Gobernador y Capitán general del Nuevo Reino de Granada, valiente, activo, generoso y humano, animado del mismo espíritu emprendedor y aventurero de los conquistadores del siglo XVI. Componíase de unos 800 hombres de los batallones Tiradores de Cádiz, Cataluña y Pardos, con dos escuadrones de caballería, desmontados. Murgeón desembarcó en el puerto de Atacames y trasmontando la cordillera por un áspero camino despoblado y cubierto de bosques seculares, llegó á Quito el 24 de diciembre; pero á su espalda los pueblos del Istmo proclamaron su independencia de España el 28 de noviembre, poniendo á la cabeza del movimiento al coronel don José de Fábrega, hijo del país, que desempeñaba la Gobernación de Panamá por nombramiento de Murgeón. El movimiento de los pueblos del Istmo fué tan general, tan simultáneo, tan rápido, que aunque el coronel Fábrega hubiera querido combatirlo, no habría podido hacerlo : él no hizo sino recibir el impulso de sus compatriotas y conformarse á él como Americano.

La posesión del Istmo era de inmensa importancia para los independientes, pues abría la comunicación rápida por mar entre las extremidades del norte y sur de la República. Las tropas situadas en Venezuela, por ejemplo, en vez de hacer la travesía por mar hasta Santamarta, remontar en champanes el Magdalena hasta Ocaña y atravesar después más de trescientas leguas de fragosos caminos de montaña, de Ocaña á Bogotá, de Bogotá á Popayán y de Popayán á Pasto y Guayaquil, podían ahora trasladarse cómoda y rápidamente por mar desde Angostura, la Guaira, Puerto Cabello ó Cartagena, á Guayaquil y al Callao.

« No es de extrañarse, dice el general O'Leary, que en semejante marcha hubiese cuerpo que perdiese la tercera parte de su fuerza, ni que al llegar á Popayán, en el hospital hubiese más enfermos que sanos en el

cuartel. Popayán, cuyo benigno clima es proverbial, se infeccionó con los gérmenes de toda suerte de enfermedades contraídas por las tropas en su prolongada marcha por regiones deletéreas, y gran número de veteranos vencedores en Boyacá y Carabobo, encontraron allí una tumba prematura. Para formar el ejército de 6,000 hombres que venció en Carabobo, la Nueva Granada sólo dió 20,000 reclutas; pero más cabal idea se tendrá del carácter destructor de esta guerra, examinando los escalafones de los diferentes cuerpos. El batallón *Rifles*, desde el día de su creación, á mediados de 1818, hasta junio de 1822, cuando llegó á Quito, había recibido 22,000 reclutas en sus filas, y en esta última fecha apenas contaba 600 hombres. »

Al recibir el general Bolívar en el valle del Cauca la importante noticia de la revolución de Panamá, envió en el acto por aquella vía una columna de 800 hombres en auxilio de Sucre, á Guayaquil, que aunque muy diezmada por las deserciones y las enfermedades en la marcha de Guayaquil al cuartel general, alcanzó á incorporarse al ejército pocos días antes de Pichincha; allí iba Córdoba.

La campaña de Sucre sobre Quito queda empequeñecida si uno se limita á estudiarla y describirla circunscribiéndola al teatro mismo en que maniobran los ejércitos; es preciso abarcar con la inteligencia todo el horizonte en que está situada : á ella concurren el genio y las miradas de Bolívar desde el Cauca, y las de San Martín desde Lima.

Los escritores colombianos, pródigos de las glorias de su país, son avaros de las de sus vecinos. Habiendo sido todos ellos actores y protagonistas del gran drama, están naturalmente inclinados á verlo y considerarlo todo desde el punto de vista en que ellos obraron, y creen además que toda otra eminencia minora la estatura del héroe colombiano. Incurren en una injusticia y sufren un error. La historia no es enseñanza, ni es cas-

tigo, ni es recompensa, sino cuando logra despojarse de todo interés, de todo sentimiento egoísta, para elevarse por una simpatía universal al amor de todo lo humano; y además, la gloria de las armas colombianas y el genio de Bolívar no tienen necesidad de que en el cielo en que están colocadas se apague la luz de otros astros para que la suya brille con resplandores inmortales. San Martín piensa desde Chacabuco y Maipú en que la última jornada del duelo á muerte con España, tiene que rendirse en el Perú, como piensa Bolívar en la misma empresa desde las selvas del Orinoco; y son las dos mitades de esta cadena de fuego y de luz las que van á fundirse bajo la espada de Sucre en las faldas del Pichincha.

La causa realista sufrió un golpe mortal á mediados de febrero de 1822 en las aguas del Pacífico. Los comandantes de las fragatas de guerra *Prueba* y *Venganza*, don José Villegas y don Joaquín Soroa, que por orden expresa del gobierno español habían venido desde Acapulco, en las costas occidentales de México, á ponerse á las órdenes de Murgeón, se entregaron junto con la corbeta *Alejandro* al gobierno del Perú, mediante un convenio que al efecto firmaron en Guayaquil con el encargado de negocios de aquella República, el 15 de febrero.

La noticia de tamaña perfidia, en los momentos en que Quito iba á ser atacado por el norte y por el sur, postró de tal manera el espíritu de Murgeón, que en breve lo condujo á la tumba. No hay que ahorrarse con ningún traidor.

El gobierno de Guayaquil declaró en 28 de enero de 1822 roto el armisticio de 20 de noviembre de 1821 celebrado con Tolrá.

La división peruana mandada por San Martín para concurrir á esta campaña, compuesta de 1,100 hombres, á las órdenes del coronel don Andrés de Santa Cruz, pasó el Macará, límite septentrional del Perú, el

20 de enero de 1822, y libertó con su sola presencia la provincia de Loja. Sucre se había movido al mismo tiempo á su encuentro por la fragosa montaña de Machalá; y el 9 de febrero, según Restrepo, el 19, según O'Leary, se juntaron en Saraguro los soldados argentinos á los de Colombia, los estandartes vencedores en Chacabuco y en Maipú á los de Carabobo y Boyacá. La cadena de unión, cuyos eslabones venía labrando Bolívar desde las bocas del Orinoco, juntóse á la que San Martín traía desde las márgenes del Plata.

Injusticia sería ocuparse sólo de las glorias militares de los combatientes, y olvidarse de los sacrificios de los pueblos. Los Ecuatorianos nada esquivaron ni ahorraron para ayudar á sus libertadores. Organizáronse por todas partes numerosas guerrillas para distraer y molestar al ejército español, y suministráronse amplia, espontánea y generosamente al ejército unido cuantos recursos necesitaba para su equipo, movilidad y subsistencia. El patriotismo de los propietarios quiteños no esquivó ningún sacrificio.

El general Bolívar había ordenado al general Sucre que amenazara á Quito por Cuenca, al mismo tiempo que él invadiría por Pasto, á fin de dividir la atención de las fuerzas españolas. En ejecución de este plan, Bolívar se movió de Popayán con una división de 2,000 hombres el 8 de marzo de 1822; pasó el Juanambú el 24, y dió el 7 de abril la sangrienta acción de Bomboná sobre las escarpadas faldas del volcán de Pasto. Las tropas españolas abandonaron el campo; pero la sangre colombiana corrió allí á torrentes. Esta victoria costó entre muertos y heridos, los dos tercios de la división de vanguardia y casi todos sus jefes. El intrépido, el pundonoroso, el denodado general Pedro León Torres murió de sus heridas. Habiendo tenido el Libertador la crueldad de deponerlo del mando en presencia de sus tropas, porque creyó que retardaba un movimiento, el general Torres le contestó : « V. E.

puede quitarme el grado militar que me ha conferido, pero no podrá impedirme que, en mi calidad de americano, combata como simple soldado por la independencia de mi país »; y así se lanzó en la pelea. Tan pírrica fué esta victoria, que el Libertador « humillado », según sus propias palabras, tuvo que repasar el Juanambú el 10 de mayo á la vista del enemigo; pero el objeto principal de su atrevido ataque sobre Pasto estaba conseguido, que era haber distraído al norte la 2.ª división española, mientras Sucre marchaba sobre Cuenca y Quito.

Con efecto, Sucre, al frente del ejército unido, había ocupado á Cuenca, de donde se retiraron las tropas españolas el 21 de febrero de 1822; el 14 de abril, después de franquear la cordillera de Azuay, concentró sus fuerzas en Alausi; y el 21, después de un brillante combate de caballería, en que fueron émulos de valor y de gloria los granaderos del Plata con los dragones de Colombia, ocupó á Riobamba.

El ejército español continuó retirándose, para cubrir la capital, que defendía en las inaccesibles gargantas de Jalupana y Vindita. Para evitarlas, Sucre hace un rápido movimiento por el flanco izquierdo del enemigo sobre las heladas cimas del Cotopaxi, y va á aparecer á su retaguardia el 16 de mayo en el valle de Chillo á cuatro leguas de Quito. Pero el enemigo que ha penetrado su intento alcanza á entrar en la ciudad aquella misma noche, viniendo en seguida á situarse en las avenidas de la serranía de Puensaguí que separa á Quito de Chillo. Sucre trasmonta esta cordillera burlando la vigilancia del enemigo, obligado ya á continuar replegándose sobre la capital. Entonces Sucre por otro movimiento tan rápido y tan hábil como el del 16, emprende el 23 una marcha nocturna sobre el flanco derecho del ejército español para ir á situarse en los ejidos del Norte de la ciudad, cortándoles de esta manera su comunicación con la división de Pasto; pero no

habiendo alcanzado á bajar durante la noche, y encontrándose á la vista del enemigo al amanecer del 24 de mayo, sobre las escarpadas faldas del Pichincha que domina la ciudad, el jefe español se precipita furioso á detenerlo, y á las nueve y media de la mañana el combate se ha hecho general.

Peruanos y Argentinos con su jefe Santa Cruz á la cabeza, los soldados de Colombia y los de Albión; todos lidian con el mismo denuedo; pero tocó al impetuoso Córdoba á la cabeza del batallón Magdalena dar la carga final y decidir la victoria á las doce del día.

Allí cayó mi padre atravesado de un balazo en el muslo derecho que lo dejó inútil por vida.

Sucre intimó verbalmente en el mismo día su rendición á Aymerich por conducto de su edecán el coronel D. F. O'Leary, ofreciéndole una honrosa capitulación, que fué convenida y ratificada el 25.

Por ella se entregaron al general Sucre la ciudad de Quito y todo el territorio dominado por las armas españolas, hasta Pasto; 1,100 prisioneros de tropa, que rindieron las armas con todos los honores de la guerra, conservando los jefes y oficiales sus espadas, caballos y equipajes; 160 jefes y oficiales; 14 piezas de artillería; 1,700 fusiles, y todos los elementos de guerra que poseía el gobierno español en el reino de Quito.

Por una rara coincidencia terminó la dominación española en Quito á los 300 años cumplidos del mismo día — 25 de de mayo de 1522 — en que Pizarro había tomado posesión del reino de Atahualpa, en nombre de Castilla.

Como un homenaje á la memoria de mi padre, que fué literalmente despedazado por el plomo español de esta campaña, en Guachi, en Yaguachi y en Pichincha, y que después fué fusilado por liberal en 1841, me hago el deber de insertar aquí, tomada de la ley colombiana

de 11 de septiembre de 1882, su hoja de servicios, y su carta de capilla que original conservo en mi poder.

¿Qué menos puedo hacer para honrar la memoria de un soldado mártir de la independencia y de la libertad de su patria?

Dicen así:

« *El Congreso de los Estados Unidos de Colombia*,

CONSIDERANDO:

1.° Que el teniente coronel José María Tadeo Galindo fué militar de la Independencia desde el año de 1819, y sirvió sin notable interrupción en la guerra de la Independencia hasta su término, y después á la República hasta el año de 1831;

2.° Que el expresado teniente coronel Galindo hizo las campañas del Magdalena, la del Sur, la de Guayaquil á órdenes de los generales Sucre y Mires, y la del Cauca después, para restablecer el imperio constitucional en 1831;

3.° Que el mismo Jefe se halló en los combates y batallas que se expresan: Playa de Barbacoas, bajo las órdenes del teniente coronel José A. Maíz; Pitayó en 6 de junio de 1820, á órdenes del general Manuel Valdés; Genois el 2 de febrero de 1821; Camino Real en junio de 1821, á órdenes del general José Mires; Yaguachi á las órdenes del Gran Mariscal, en 1821; Guachi en septiembre del mismo año, á las órdenes del mismo Gran Mariscal, habiendo recibido en este combate cuatro heridas de gravedad y sido hecho prisionero por el ejército español; Pichincha en 1822, á órdenes del Gran Mariscal y donde recibió otra herida en el muslo que lo dejó inútil; y en fin, combatió en Palmira, en febrero de 1831, á órdenes de los generalas José María Obando y José Hilario López, en el restablecimiento del imperio constitutional interrumpido,

DECRETA: etc. »

« Al joven Aníbal Galindo — Ibagué.

« Desde mi prisión en Medellín, á 4 de agosto de 1841.

« Querido Aníbal: — Pronto á concluír mi triste existencia, te pongo ésta con el fin de despedirme para siempre de ti, dejándote en estas mal formadas líneas unos cortos recuerdos del tierno amor que te profesa hasta más allá del sepulcro tu tierno padre. Tú debes ser dócil con tu querida mamá, y con la sociedad misma de la que algún día debes ser miembro: que procures ilustrarte para ser útil á la misma sociedad, y por lo mismo utilísimo á tu familia, que deseches la ociosidad, madre de todos los vicios, y que arreglando tu conducta desde tu tierna juventud, á las máximas de los filósofos de gran renombre, te hagas algún día célebre entre tus conciudadanos, éstos son los vehementes deseos de tu padre infeliz.

» Nuestra sentencia de 2.ª instancia se nos hará saber hoy, y si ella fuese confirmada, seremos víctimas el siete de éste tu tío Vezga y tu idolatrado papá; pero tú no debes afligirte, quedando persuadido que un crimen político es el que nos conduce á la muerte, y no delitos atroces, pues nunca éstos se han abrigado en el corazón de un amante de la libertad de su patria por quien ha hecho esfuerzos constantes en la guerra de su emancipación y en el sostén de sus mismas leyes.

» Dile á tu desgraciada mamá que tenga ésta por suya, que no desoiga mis consejos, que marche á Bogotá, y que unida á la mujer de tu tío Vezga, puede pasar á Cartagena, y que de aquel puerto, fácil le será conducirse á Lima, al seno de su amable familia; que con el señor doctor Atanasio Menéndez, que marcha para Bogotá, le escribiré; que con este joven, le dejo unos pesos y una visita, que no se aflija, pues el Padre de la Providencia es grande, y nunca abandona á sus criaturas, y que no hay más que conformidad en todo,

que yo moriré con el valor que he acostumbrado tener en todo riesgo, y que esto debe consolarla.

» Te encargo te despidas por mí de mí madre, tus tíos y tías, sin olvidar á mi querida Ninfa, y todos los amigos que á tu poco juicio y edad puedas conocer que sienten mi desgracia, sin olvidar á mi señora María Camacho, Blancos, Molanos y los Puentes, y con esto, si el Criador no dispone otra cosa, recibe el último y tierno afecto, que desde la mansión de la eternidad no dejará de rogar al Todopoderoso por tu conservación y felicidad.

Tu padre — TADEO GALINDO. »

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

CAMPAÑA AL SUR DEL GUAYAS

X

DE SAN LORENZO Á CHACABUCO, Á MAIPÚ, Á JUNÍN Y AYACUCHO

(9 de diciembre de 1824)

La victoria de Pichincha franqueó á Bolívar el camino de Pasto, donde entró el 8 de junio después de una honrosa capitulación, concedida al denodado jefe de la 2.ª división española coronel don Basilio García, por la cual éste entregó al presidente de Colombia todo el territorio que dominaban sus armas hasta la costa de Barbacoas.

Bolívar continuó su marcha y entró en Quito el 16 de junio. Sucre se eclipsó en los honores del triunfo. Á Sucre lo ruborizaba la victoria.

Para poner término á la disputa sobre la pretendida independencia de Guayaquil, el Libertador se trasladó á esta ciudad, donde llegó el 11 de julio. Bastó su presencia, para que se disolviera de hecho la Junta de Gobierno independiente, de la provincia y Bolívar se encargó por aclamación del gobierno político y militar de Guayaquil el 13.

Sin que se hubiera anunciado, sin que nadie lo esperara, se apareció repentinamente en Guayaquil, el 26 de julio, el general San Martín, el héroe del sur. San Martín tenía hasta entonces títulos para considerarse igual y aún superior á Bolívar. Cuando nadie conocía

aún el nombre de Bolívar, el de San Martín figuraba entre los vencedores de Bailén á las órdenes del marqués de Coupigny. Si Bolívar había libertado el Continente desde las bocas del Orinoco hasta el Guayas, San Martín había presidido á su emancipación, en guerra no menos heroica, desde la Araucania hasta el Tumbes y desde las bocas del Plata hasta las riberas amazónicas. Si Bolívar venía envuelto en el manto de Iris de Carabobo y Boyacá, San Martín venía coronado con los laureles de San Lorenzo, de Chacabuco y de Maipú. Y como el marco de la batalla de Ayacucho quedaría incompleto si no refiriésemos, aunque someramente, los principales acontecimientos de la guerra de emancipación de los Estados del Plata, de Chile y del Alto y Bajo Perú, hasta la época de esta entrevista, es éste el lugar propio de hacerlo.

I.

Buenos Aires había tenido que sostener dos guerras de independencia: una contra los ingleses y otra contra los españoles. Estando en guerra Inglaterra y España, una expedición inglesa al mando de Bereford desembarcó en Buenos Aires el 25 de junio de 1806, y se adueñó por sorpresa de la capital; pero el patriotismo improvisó jefes y ejército en número de 6,000 hombres, que al mando de Liniérs, de Alzaga, de Iglesias, de Olabarría, de Pueyrredón y de Martín hicieron capitular en La Fortaleza á los invasores el 12 de agosto rindiendo los prisioneros de guerra.

Pero una nueva expedicición de 5,600 hombres, que desembarcó el 18 de enero de 1807 en Punta Carretas, al mando de sir Samuel Anchumuti restableció la fortuna de los invasores. Españoles y Bonaerenses fueron derrotados en un primer encuentro con los Ingleses con pérdida de 600 hombres. El 12 de febrero de 1807 fué

asaltada y tomada la plaza de Montevideo, á pesar de la brillante defensa hecha por el gobernador Arce, y derrotado en seguida Elío; los Ingleses ocuparon toda la colonia del Sacramento.

Reforzados los invasores con nuevas expediciones, fuertes ya de 12,000 hombres, marcharon sobre la capital, que tomaron después de derrotar á Liniérs el 2 de marzo en los Corrales del Miserere.

Pero Liniérs, que unía al valor del soldado la tenacidad y la constancia del caudillo, y que contaba con el entusiasmo de una población que odiaba en masa á los Ingleses, pronto reparó el desastre. En pocos días reunió en nuevo ejército, con el cual volvió sobre la ciudad, donde penetró y tomó posiciones al favor de sus edificios, lado á lado de los invasores. Una serie de combates triunfales aniquilaron al ejército inglés hasta dejarlo reducido á unos pocos edificios en medio de horrorosa carnicería. Grafud se entregó con 1,200 hombres en el convento de Santo Domingo. Anchumuti se rindió á discreción en La Merced y Santa Catalina; y el 7 de julio de 1807 capituló el general en jefe Witelok. El ejército inglés evacuó en seguida el país.

Esta corta, pero heroica y gloriosa campaña, preparó á la nación para la larga lucha de independencia con España. Como en Santafé, como en Quito, como en México, el Virrey mismo presidió la junta de notables que se instaló en Buenos Aires el 22 de mayo de 1810, luego que se tuvo conocimiento de los sucesos de Bayona, para presidir el gobierno de la colonia en nombre de Fernando VII; pero el Virrey mismo arrepentido en breve de esta condescendencia, y los Españoles europeos que preveían las consecuencias del paso, desconocieron el gobierno de la Junta y se pusieron en armas contra su autoridad, apoyados en una expedición recientemente desembarcada de España al mando del general Elío. Las provincias del Paraguay, Córdoba y Chuquisaca se pronunciaron también contra el

nuevo orden de cosas, al mando de Liniérs, que en breve organizó un ejército de 2,000 hombres, con el cual asoló las cercanías de la ciudad de Córdoba; pero Ocampo, jefe de las tropas de la Junta, lo derrotó é hizo prisionero, lo mismo que á Concha, gobernador de Córdoba, y á los coroneles Allende, Moreno y Rodríguez, que fueron pasados por las armas en el monte de los Papagallos.

El ejército victorioso de Ocampo marchó al Alto Perú, donde se habían concentrado los realistas á órdenes del coronel Córdoba. Balcarce, mayor general de Ocampo, los derrotó en las jornadas de Santiago de Catagaita y Tupiza. Córdoba y Nieto que mandaban á los realistas fueron pasados por las armas. El ejército quedó por estas victorias dueño del Alto Perú hasta el Desaguadero, y cuando se preparaba á pasar la frontera, para libertar el Bajo Perú, recibió proposiciones de paz del Virrey Abascal, las cuales fueron ajustadas en un tratado de armisticio entre el general Goyeneche por parte del virrey, y Castellì, miembro de la Junta de gobierno de Buenos Aires, que acompañaba al ejército en su calidad de gobernador general del Alto Perú.

La provincia del Paraguay había instalado también su Junta de Gobierno desde junio de 1810, pero separada ó independiente de la de Buenos Aires.

Libre el gobierno de Buenos Aires de atenciones en la frontera del norte, por el armisticio celebrado con Abascal, piensa en someter á su obediencia el Paraguay; y con tal objeto despachó en octubre de 1811 una expedición de 900 hombres al mando del general Belgrano; pero los Paraguayos mandados por Yegros, derrotaron á los Argentinos en las orillas del Tebicuari. De esta victoria data la independencia de aquel Estado, que el jefe argentino se vió obligado á reconocer por un tratado en debida forma.

El Paraguay cayó desde entonces en poder de aquel monstruo de iniquidad, de sangre y de crímenes, de

aquel tirano abominable, como Tiberio, como Nerón, como Calígula, deshonra de la humanidad, que se llama en la historia el doctor Francia, hasta su muerte acaecida el 20 de septiembre de 1840; lo que prueba, con mil ejemplos más, cuán fácil es en sociedades incipientes y atrasadas, donde los ambiciosos, aliados al clero, cuentan con la base de una población ignorante y fanática, que se arraigue el despotismo de un malvado, y de cuán supremo interés para la libertad es apresurarse á extirpar la tiranía, antes de que logre extenderse por el terror y la corrupción, ahogándola en su nacimiento por todos los medios que el derecho natural de la propia defensa concede á los individuos y á la sociedad, inclusive el de la justicia popular.

Reconocida como antes dijimos, la independencia del Paraguay, la única porción del territorio argentino en armas contra el nuevo orden de cosas, era la de Montevideo ó Banda Oriental del Plata, donde gobernaba Elío con el título de capitán general. Artigas, rico propietario que se había levantado allí por la independencia desde 1811, mantenía la insurrección por medio de numerosas guerrillas, á las cuales, por orden de la Junta, fué á unirse el ejército que se retiraba del Paraguay, cuyo mando en jefe se confió á Rondeau, oficial superior de mucho mérito que se había distinguido en la guerra contra los Ingleses. Después de batir al enemigo en muchos encuentros, principalmente en la acción campal de Piedras, Rondeau y Artigas, pusieron sitio á Montevideo.

De las disensiones civiles que habían estallado en el seno de la Junta, participaban también los jefes del ejército del Alto Perú, acampado en Guaqui y en Zaicoragua. Aprovechándose Goyeneche de estas disensiones, los atacó y derrotó, de modo que el poder español, aunque molestado incesantemente por las numerosas guerrillas de Cochabamba, Chayanla y Santa Cruz de la Sierra, volvió á extender su domina-

ción por todo el Alto del Perú. El general Goyeneche manchó su nombre con todo linaje de crímenes.

Elío, sitiado en Montevideo por Rondeau y Artigas, imploró la protección de los portugueses del Brasil, que codiciaban esta provincia, quienes enviaron en el acto á Elío un cuerpo de 4,000 hombres al mando del general Souza; pero antes de su llegada, Elío se vió compelido á hacer proposiciones de paz, las cuales fueron acordadas en un convenio firmado en noviembre de 1811. Por este convenio las tropas portuguesas debían repasar la frontera, y las argentinas evacuar todo el territorio de la Banda Oriental hasta el Uruguay. Las tropas argentinas cumplieron lo pactado; pero los Portugueses, lejos de retirarse, invadieron el territorio argentino.

Casi al mismo tiempo el ejército del norte sufrió una derrota terrible en Río Nazareno, cerca de Suipacha. Esta victoria dió al general realista Tristán toda la provincia argentina de Salta. Belgrano se retiró á Tucumán; pero la contramarcha de las tropas argentinas hacia el sur, dió por resultado intimidar á los portugueses, los cuales propusieron la paz, que se firmó el 6 de junio de 1812.

Engreído Tristán con sus recientes triunfos, atacó á Belgrano en Tucumán el 24 de septiembre de 1812; pero después de sangrienta batalla vióse obligado á retirarse con pérdida de más de 1,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. El sitio de esta heroica jornada se ha llamado enfáticamente desde entonces « El campo del honor ».

Elío había sido reemplazado en el mando de las tropas reales situadas en Montevideo, por don Gaspar Vigodet. Éste, disponiendo de suficientes fuerzas navales, resolvió tomar la ofensiva, y dejando en la ciudad la guarnición estrictamente necesaria, desembarcó con el resto de sus tropas en las orillas del Paraná el 13 de febrero de 1813; pero el general San Martín le

salió ál encuentro y lo derrotó completamente en la isla de San Lorenzo. Esta espléndida victoria puso de manifiesto el genio militar de San Martín.

Por el mismo tiempo el general Belgrano, que había recibido la orden de tomar la ofensiva, dió la batalla de Salta el 20 de febrero de 1813, donde quedaron prisioneros Tristán y todo su ejército; pero Belgrano, haciendo de la causa pública una causa privada, por la íntima amistad que desde su juventud lo unía á Tristán, cometió la incalificable falta de permitir que éste y todo su ejército regresaran al Alto Perú, bajo promesa de no volver á tomar las armas contra Buenos Aires. Esta torpe conducta anuló los resultados de la victoria de Salta; pues faltando Tristán á su palabra reunió su ejército al de Pezuela, que había sustituído en el mando á Goyeneche, y ambos volvieron sobre Belgrano, á quien deshicieron y derrotaron en dos sangrientos combates al norte de Chuquisaca.

San Martín, que era el único hombre capaz, voló á reparar este desastre, que consternó á la capital y obligó al gobierno de la Junta á abdicar todos sus poderes en manos de un Dictador.

San Martín organizó en pocos días un ejército de 3,500 hombres, con el cual tomó la ofensiva contra Pezuela; pero éste, que conocía bien el valor y las aptitudes del jefe que lo atacaba, no se atrevió á esperarlo y se retiró á toda prisa delante de San Martín, dejando libre todo el territorio argentino y gran parte del Alto Perú.

Reducido Vigodet al último extremo, entregó por capitulación la plaza de Montevideo en junio de 1814, con 5,000 prisioneros y un inmenso parque de artillería.

Con esta jornada terminó la guerra de independencia del Plata, cuando apenas principiaba la de Colombia. Siguióse á ella la guerra civil entre Argentinos y Uruguayos por la independencia de la Banda Oriental, que

no es materia de este relato, hasta 1828 en que por el tratado de 27 de agosto de aquel año, Brasileros y Argentinos reconocieron la independencia del Uruguay.

El general San Martín, que nunca quiso tomar parte en las luchas intestinas de su país, proponiéndose servir únicamente á la independencia de la América española, había sido destinado á formar un ejército de observación en Mendoza al pie de los Andes chilenos.

II

Como en las otras secciones de la América española — Venezuela exceptuada — Chile recorrió los tres períodos de su transformación política : el de la revolución en nombre del Rey, el de las discordias civiles, y el de la guerra de su emancipación. Y cosa singular : Chile, sobre el cual se habían condensado más que sobre ningún otro las tinieblas de la Colonia (la primera imprenta fué importada á Santiago en 1812), fué donde el fermento revolucionario, las aspiraciones de lo desconocido, el ideal de una renovación, estalló con más vehemencia.

Era tal la inquietud de los ánimos, tal la agitación que reinaba en la capital, que para prevenir un movimiento á mano armada, el mismo alcalde de la ciudad, don Agustín Eizaguirre, no temió presentarse á declarar ante la Real Audiencia, el 12 de septiembre de 1810, « que en su concepto era llegado el momento de seguir el ejemplo de lo que se había hecho en España, constituyendo una Junta Suprema para la defensa y gobierno del reino ». Participando de esta opinión, ó mejor dicho de estos temores, el anciano presidente y capitán general, conde del Toro, convocó una Junta de notables, la cual se reunió con más de 400 personas en la sala del Consulado el 18 de septiembre, que es el día

en que Chile conmemora el aniversario de su independencia.

Bien que la junta tuviera por único objeto según los términos de la invitación « tomar medidas para la defensa del país », el primer acto del Presidente fué resignar en ella el bastón de su autoridad. Los notables no vacilaron en aceptarlo, constituyendo inmediatamente una Junta de gobierno con el nombre de « Junta provisional, gubernativa y conservadora de los derechos del Rey durante su cautiverio ».

Con excepción de la provincia de Coquimbo, todas las demás reconocieron el nuevo gobierno.

El 15 de diciembre de 1810 la Junta decretó la convocatoria de un congreso « para acordar el sistema que más conviniera á su régimen (el del país), seguridad y prosperidad durante la ausencia del Rey ».

Chile quedó vaciado desde el primer momento en el régimen aristocrático y oligárquico que aun lo gobierna, lo cual no constituye aquí una censura, sino la expresión de un hecho histórico. Las elecciones debían hacerse « citando al respectivo Cabildo, de los 25 partidos en que estaba dividida la capitanía general, á los jefes de todas las administraciones, prelados de las comunidades religiosas, y vecinos nobles de la capital ». El Congreso debía reunirse el 15 de abril de 1811.

Pero el partido español, azuzado por la Real Audiencia, que desde el principio se mantenía hosca al movimiento, no se engañaba con las promesas de fidelidad al soberano, y resolvió hacer el ensayo de una contrarevolución. El 1.° de abril de 1811, á la hora en que debían verificarse en la sala del Consulado las elecciones de Diputados al Congreso, una parte de la guarnición, seducida por el teniente coronel Tomás Figueroa, el mismo que había recibido el juramento de fidelidad á las tropas el 18 de septiembre, se lanzó en la insurrección á los gritos de « ¡viva el Rey! » pero los granaderos mandados por don Santiago Luco, y los artilleros

mandados por don Luis Correa, dispersaron y derrotaron á los amotinados, después de un corto, pero sangriento combate, en la plaza del Consulado. Figueroa fué aprehendido, sumariamente juzgado y ejecutado. Este acontecimiento obligó á diferir las elecciones y la reunión del Congreso, que no tuvo lugar hasta el 14 de julio. Como el Congreso venezolano, el de Chile se instaló después de jurar sobre los santos evangelios, en misa solemne de acción de gracias oída en la Catedral, « obedecer á Fernando VII de Borbón como su católico monarca ».

El Congreso se dividió desde el principio en dos partidos, mitad personales, mitad de ideas, mezcla confusa de aspiraciones, de doctrinas y de planes de renovación política, en un país salido repentinamente de la esclavitud á la libertad. Los más avanzados, los más impacientes, los que querían romper de una vez con el pasado, tenían por jefe á don Juan Martínez Rosas, natural de Mendoza, en Buenos Aires, pero oriundo de Chile, diputado de la Concepción, fanático patriota, sin disputa el hombre de letras más notable de la Revolución; intrigante, activo, ambicioso, pero desprovisto del valor y demás condiciones de carácter necesarias para soportar la ambición é imponerse en medio de una gran lucha; era su segundo en la Cámara el coronel don Bernardo O'Higgins, diputado de la misma provincia, carácter eminentemente serio, y destinado por su valor, su energía, su desinterés y su probidad, á representar el segundo papel en la guerra de emancipación de Chile. Los moderados, entre los cuales había muchos que de buena fe creían que no se trataba de romper con el pasado, sino simplemente de proveer á la defensa y conservación del Reino para Fernando VII, apoyados por el Ayuntamiento de la ciudad, formaban la mayoría.

Ápesar de los desesperados esfuerzos que los partidarios de Rosas hicieron para llevar á su jefe al poder,

el Congreso nombró presidente y capitán general del Reino al venerable patriota don Juan Ovalle. Rosas disgustado se retiró á la Concepción.

En estas circunstancias (31 de julio), ancló en Valparaíso el *Standart*, despachado por la regencia de Cádiz con el objeto de recoger y llevar las existencias de las administraciones de rentas, que montaban á $ 1.600,000, para atender á la guerra contra los Franceses. La minoría del Congreso, enérgicamente encabezada por O'Higgins, impidió que se entregase el dinero; pero el *Standart* traía á Chile un funesto huésped; traía á don Miguel Carrera, hermano de don Luis, el que había ayudado á sofocar la rebelión el 1.° de abril, y de don Juan José, también hombre de espada, y ambos con empleo de mando en el ejército; espíritu inquieto, turbulento, nacido para el combate y devorado por esa fiebre de la ambición de mando y de poder, que se adhiere como una Némesis implacable á sus victimas. Con el prestigio de su grado de sargento mayor ganado en la guerra de independencia de España, su prodigalidad, sus vicios, su entusiasmo, su carácter y su genio dominador, y el apoyo de sus hermanos, ganóse sin dificultad el amor de la juventud, y tomando partido con los exaltados, á reserva de tomarlo después con los moderados (los ambiciosos no tienen más ley que la pasión del momento), dió sin tardanza principio á su funesta carrera de conspiraciones y de intrigas.

Apenas había transcurrido un mes desde su llegada al país, y el 4 de septiembre de 1811 lo encontramos ya con sus hermanos al frente de un motín de cuartel, derribando al presidente Ovalle y forzando al Congreso á hacer la elección de un Ejecutivo plural entre sus parciales.

No satisfecho con este cambio, el 16 de noviembre encabezó una segunda conspiración militar, que dió por resultado el nombramiento de un nuevo directorio ejecutivo, compuesto de don Juan Martinez Rosas, de él y

de don Gaspar Marín. Por ausencia del primero, tuvo O'Higgins la debilidad de aceptar su puesto.

Pero quedaba aún de pie el Congreso, que era un estorbo para su ambición, y el nuevo Bonaparte resolvió hacer, como hizo, su 18 brumario, el 2 de diciembre, entrando con la fuerza militar en la sala de las sesiones del Congreso y disolviéndolo. Las razones alegadas por Carrera para justificar este atentado, se encuentran en una carta bozal dirigida á Rosas, y como está vaciada en la misma cartilla que ha servido á todos los ambiciosos para paliar sus crímenes contra el derecho común y la soberanía nacional, debemos dejarla en este libro. Dice así :

« Ud. se engañó fatalmente cuando provocó el Congreso en un Reino sin opinión, sin espíritu público, sin ilustración, sin virtudes civiles y aun sin conocimiento de los primeros deberes del hombre. Lo ha tocado usted mismo, y suspender este Congreso era el medio único, decente y adoptable ; y convengamos que Chile, y acaso todo el sur, sólo es compatible con un gobierno nervioso, ilustrado, que mientras provee con la mayor ejecución á su seguridad, disponga por institutos nacionales unos pueblos insensibles para que sigan al estado de hombres. » (Gay, tom. 5.°, pág. 256).

Las provincias de Concepción y de Valdivia protestaron enérgicamente contra el golpe de Estado del 2 de diciembre y aprestaron inmediatamente fuerzas para venir en auxilio del orden legal. Rosas que estaba en la Concepción, se puso á la cabeza del movimiento; Marín se separó del directorio ejecutivo, y O'Higgins, para salir de la capital, aceptó el encargo de plenipotenciario de Carrera, para buscar un acomodamiento con Rosas y las provincias disidentes; pero tan pronto como llegó á la Concepción ocupó el puesto que le correspondía como jefe de la fuerzas de la provincia, y lo escribió así á Carrera.

La estrecha faja del territorio de Chile, comprendida

entre la cordillera y el mar, está cruzada de oriente á occidente por algunos ríos de mediano caudal, que en nuestros grandes valles serían mirados como insignificantes, pero que allá forman las líneas militares del país. Cincuenta léguas al sur de Santiago, el primero de estos ríos es el Maule. Hacia él avanzaron en marzo de 1812 las fuerzas de Carrera, y las de Rosas, mandadas por O'Higgins; pero como era natural, antes de llegar al escándalo de un derramamiento de sangre, entre hombres que de un momento á otro debían ser llamados á confrontar su valor en el mismo campo, para defender la independencia de una nacionalidad aun no conquistada, por cuyo mando luchaban, se apeló á una negociación, á la cual no fué difícil llegar, á pesar de las mutuas desconfianzas. Convínose pues, en un armisticio ó suspensión de hostilidades, conservando cada uno el territorio que dominaba, mientras se elegía un nuevo Congreso, que sería convocado inmediatamente, bajo la autoridad de Carrera, quien retendría entretanto el ejercicio del Poder Ejecutivo.

Pero este convenio no alcanzó á cumplirse, porque Rosas y O'Higgins perdieron las provincias al sur del Maule que les servían de base, por dos contra-revoluciones apoyadas por los realistas, en favor de Carrera. La primera estalló en Valdivia á los gritos de « ¡viva el Rey! ¡viva la religión! ¡viva el presidente Carrera! »; y la segunda la hicieron las tropas de la Concepción el 8 de julio, apoderándose de los miembros de la Junta Provincial y remitiéndolos presos á Santiago.

Carrera, dueño absoluto del país, le otorgó una carta constitucional, que fué sometida al plebiscito, este desvergonzado sofisma de la tiranía. El eje de esta constitución, como el de todas las de su clase, era un senado conservador, mantilla ó gualdrapa de la dictadura, que era á la vez cuerpo legislativo y consejo de Estado.

Así permanecieron las cosas hasta el 26 de marzo de 1813, en que fondeó en la bahía de San Vicente, unas

tres leguas al sur de Talcahuano, que es el puerto marítimo de la Concepción, situada en la orilla derecha de la embocadura del Biobío, la expedición mandada por el virrey Abascal, á las órdenes del brigadier Pareja, anciano, pero brillante oficial de la marina española; valiente, hidalgo y humano; mandaba el *Argonauta* en Trafalgar.

Pareja ocupó á Talcahuano sin resistencia, y en seguida la Concepción, donde todas las tropas que habían hechol a contrarrevolución del 8 de julio en favor de Carrera, se pasaron al enemigo. El 4 de abril se juró en la Concepción la Constitución de Cádiz.

Carrera voló á ocupar la línea del Maule, estableciendo su cuartel general en Talca sobre la margen septentrional del río; pero teniendo en cuenta, aun en estos momentos supremos, primero sus intereses personales que los intereses públicos, organizó el ejército en 3 divisiones, cuyo mando se repartió entre él y sus dos her manos, Juan José y Luis, posponiendo á hombres como O'Higgins, Mackenna, Spano y Freire, estrellas destinadas á tachonar el cielo de Chile, lo cual causó profundo disgusto en la opinión y en el ejército.

De la ausencia de los Carreras se aprovecharon diestramente el Ayuntamiento y las corporaciones de la capital, cansadas ya de la opresión y del sistema de prodigalidad y escandaloso favoritismo de Carrera, para renovar el gobierno, confiándolo á un nuevo Ejecutivo plural, el 15 de abril, cuya elección recayó en los municipales Francisco Pérez, Agustín Eizaguirre y José Miguel Infante. Conservóse á Carrera el mando en jefe del ejército.

Pareja tomó la ofensiva y avanzó hasta Yerba Buena, muy cerca de la margen meridional del Maule, donde tuvo lugar un primer encuentro de que unos y otros reclamaron las ventajas; pero el ejército real, compuesto en su mayor parte de voluntarios de Chiloé, se resistió á pasar el río, pretestando que sólo se habían compro-

metido á defender la provincia, y Pareja sin medios de hacerse obedecer, y además gravemente enfermo, tuvo que replegarse de nuevo sobre el sur.

Carrera picó su retaguardia y lo alcanzó en el paso del Nuble, donde tuvo lugar el 13 de mayo la acción de San Carlos favorable á los independientes. Después de este combate no se sabe cuál de los dos incurrió en más grave falta militar. Los realistas, en vez de continuar su retirada sobre Talcahuano, puerto fortificado, cuya posesión les era indispensable para continuar recibiendo sus auxilios del Perú, se encerraron en Chillán, ciudad situada en medio de una llanura abierta, sobre la margen meridional del Nuble. Y Carrera, en vez de atacarlos de seguida en Chillán, sin darles tiempo de fortificarse, se fué á ocupar la Concepción y Talcahuano, donde nada lo esperaba.

Carrera y O'Higgins ocuparon la Concepción el 21 de mayo, y á Talcahuano el 28, después de un brillante y reñido combate con el coronel Texeiro que lo defendía y que no quiso capitular. En esta plaza se abasteció el ejército de abundante vestuario, parque y elementos de guerra. El apresamiento de la fragata *Thomas*, que entró engañada en el puerto, donde los republicanos dejaron ondeando el pabellón español, que venía del Callao cargada con toda especie de socorros para el ejército de Pareja, completó el equipo de las fuerzas republicanas.

Pero Carrera perdió en estas operaciones dos meses, que Sánchez, que por muerte de Pareja mandaba el ejército real, empleó activamente en fortificar y poner á Chillán en brillante estado de defensa.

Hasta el 29 de julio no se encontró Carrera en aptitud de atacar á Chillán. Ápesar del arrojo con que O'Higgins, Mackenna y Spano se batieron sobre las trincheras, los asaltantes fueron constantemente rechazados. Para colmo de males, una bala de cañón de las baterías enemigas incendió el parque, causando inmenso estrago y haciendo centenares de víctimas en el campo

republicano. Después de este espantoso desastre, Carrera se vió obligado á levantar el sitio de Chillán el 7 de agosto, replegándose de nuevo sobre La Concepción. Tampoco pudo rescatar la importante plaza de Arauco, al sur de Talcahuano, que una conspiración realista había arrebatado á los patriotas; é imposibilitado para continuar una campaña regular, se dedicó á hacer la guerra de partidas, contra las numerosas guerrillas que de todos lados lo cercaban.

La opinión, que no esperaba sino la más leve coyuntura, estalló en la capital con irresistible vehemencia contra la tiranía y la ineptitud del Dictador. La prensa, encabezada por el ardiente tribuno don Antonio José Irizarri, á quien la generación de 1845 conoció en Bogotá, pidió á voz en cuello su deposición. Baste decir que el sermón de la función religiosa del 18 de septiembre, aniversario de la independencia, predicado por el cura Arce, fué una verdadera catilinaria contra Carrera, en presencia de su hermano don Luis, á quien el generalísimo había enviado á Santiago para sostener su reputación y prevenir una catástrofe.

Bajo la impresión de estos acontecimientos formóse en la capital una Junta Suprema que se denominó Junta de Corporaciones, la cual acordó que la Junta gobernadora ó Directorio Ejecutivo se trasladara á Talca, para aproximarse al teatro de la guerra, á fin de disponer desde allí lo conveniente sobre la reorganización, disciplina y mando del ejército. Faltaba una fuerza militar para apoyar esta medida, y vino á proporcionarla el regreso del primer cuerpo auxiliar que se había enviado á Buenos Aires.

La Junta salió de la capital el 14 de octubre de 1813, y se instaló en Talca. El 9 de noviembre pasaron sus miembros un oficio á Carrera excitándolo á dimitir el mando del ejército; pero no habiendo bastado esta excitación, que Carrera pretendió eludir con diversos pretextos, la Junta expidió el 27 de noviembre un de-

creto formal exonerándolo del mando y nombrando general en jefe del ejército al coronel O'Higgins. Don Juan José fué reemplazado con Spano, y Luis, con el capitán de artillería don José Diego Valdés.

Así terminó en Chile la dominación de los Carreras, estos Clodios plebeyos de la revolución, que si no ocupaban el primer puesto, no cabían en ninguno; conspiradores eternos contra toda autoridad que no fuera la suya.

Después de dar este paso, los miembros de la Junta, no creyendo ya necesaria su permanencia en Talca, regresaron á Santiago, á fines de febrero de 1814, pero haciéndose acompañar de una fuerte escolta, que debilitó considerablemente la guarnición de la plaza y contribuyó á su pérdida.

Desde fines de enero había desembarcado en Arauco, al sur de Talcahuano, con refuerzos de Lima, el brigadier don Gavino Gainza, enviado á toda prisa por el virrey Abascal á tomar el mando del ejército de Chile, por muerte de Pareja.

Unidas las fuerzas de Gainza á las numerosas guerrillas realistas de la provincia de la Concepción, adicta en masa á la causa real, formaron un cordón de tropas tan poderoso, que dejó, por decirlo así, bloqueadas en sus acantonamientos á las dos divisiones del ejército republicano, la que mandaba O'Higgins en la Concepción, y la auxiliar argentina, mandada por Mackenna, en la hacienda del Membrillar, situada á la parte de abajo del punto en que se unen los ríos Nuble é Itata.

Ápesar del decreto de separación expedido por la Junta Gubernativa en Talca, don José Miguel y don Luis Carrera se habían quedado en el campamento, intrigando y fomentando el espíritu de sedición entre las tropas. Reconvenidos severamente por O'Higgins se pusieron en marcha para Santiago el 2 de marzo de 1814; pero apenas á un día de camino, fueron sorprendidos el 3, en Penco, por una partida del ejército

español mandada por don Clemente Lantaño, y encerrados en Chillán.

Fuera de la escolta dada á la Junta Gubernativa, el valeroso Spano, español de nacimiento, pero chileno de corazón, gobernador de Talca, tuvo la generosidad y la imprevisión de desprenderse de 90 soldados más, para custodiar un convoy de víveres que Mackenna le pedía con instancias desde el Membrillar, y que salido de Talca el 2 de marzo, dejó la guarnición reducida á unos pocos reclutas, inexpertos y mal armados. El destacamento de observación que Spano tenía en las márgenes del Maule, fué sorprendido, por la cobardía de sus jefes don Francisco Gaona y don Rafael Mate Linares que se pusieron en salvo sin dirigirse siquiera sobre Talca. Así, el denodado Spano tuvo la primera noticia del ataque con la presencia de la numerosa división española, enviada á intimarle rendición, al mando del coronel Elorriaga, el 4 de marzo de 1814.

La defensa era inútil, pero á Spano no le quedaba más recurso que sucumbir gloriosamente en ella. Embestida la plaza por fuerzas diez veces mayores, Talca fué tomado después de un heroico combate, en que sucumbió la mayor parte del puñado de valientes que la defendía. Spano cayó cubierto de heridas abrazándose á la bandera tricolor, y expiró pronunciando aquellas sublimes palabras : « Decid á Chile que muero contento por la patria de mi adopción ».

Los miembros de la Junta supieron la pérdida de Talca en las cercanías de Santiago, á cuya población ocultaron cuidadosamente esta desgracia; pero divulgada el 7 de marzo, la exaltación pública no reconoció límites á su indignación, y la Junta Gubernativa fué depuesta el mismo día en un Cabildo abierto convocado por la Municipalidad. En su lugar concentráronse todos los poderes en un Director supremo de la República, nombramiento que recayó en el gobernador de Valparaíso, coronel don Francisco de Lastra.

La toma de Talca dejaba más que nunca expuestas las dos divisiones republicanas á ser destruídas separadamente. La de O'Higgins, que era la única que podía salir en busca de la otra, abandonó la Concepción para ir á reunirse á Mackenna en el Membrillar; reunión que no se efectuó, por la inconcebible lentitud de O'Higgins, hasta el 23 de marzo. El 20 había obtenido Mackenna una brillante victoria rechazando solo el impetuoso asalto que libraron contra sus fortificaciones todas las fuerzas de Gainza. Pero pocos días después un terrible desastre de los patriotas compensó ampliamente á los realistas de la derrota de Membrillar.

El gobierno del Director Lastra se había apresurado ó organizar una división para rescartar á Talca, que en número de 1,400 hombres, en su mayor parte reclutas, puso á órdenes del teniente coronel don Manuel Blanco Encalada, á quien la tierra no debía serle tan propicia como el mar; joven pundonoroso y distinguido, que había dejado el servicio de la marina española, donde principiara su carrera, para abrazar el de la República.

Olates, que mandaba la división de Talca, marchó al encuentro de la de Blanco, á quien encontró el 27 de marzo en la llanura de Cancha Rayada, tan fatal á los patriotas de Chile, como la llanura de la Puerta á los de Venezuela. El ejército independiente quedó allí completamente deshecho por una irresistible carga á la bayoneta de los soldados españoles, con pérdida de toda su artillería, bagajes y material de guerra.

Gainza marchó resueltamente sobre esta victoria á ocupar la capital; pero O'Higgins y Mackenna con sorprendente actividad emprendieron para impedirlo una marcha casi paralela á la de Gainza. El éxito de la operación dependía del que primero pasara el Maule, río caudaloso, encajonado en estrecho y profundo cauce, y que ofrece por lo mismo pocos vados. O'Higgins venciendo insuperables obstáculos lo pasó por el vado de Queri ó de los Alarcones, casi al mismo tiempo que

Gainza lo pasaba más abajo por el de Bobadilla; pero bastó esta corta ventaja para que el ejército independiente alcanzara á posesionarse primero de las casas de la hacienda de Quecheregua en la llanura del mismo nombre, donde se fortificó. Rechazado Gainza en los costosos ataques que libró desde el 8 de abril contra las improvisadas fortalezas de O'Higgins, y falto de toldos de campaña para abrigar sus tropas en la avanzada estación de las lluvias, resolvió retirarse á tomar cuarteles de invierno en Talca.

Entre tanto la Concepción y Talcahuano habían caído en poder de los realistas.

En estas circunstancias, y cuando la suerte de la guerra se mantenía, por decirlo así, indecisa entre los combatientes, desembarcó en Valparaíso á mediados de abril, y presentóse repentinamente en Santiago, el comodoro Hillyar, comandante de la fragata inglesa *Phœbe*, con plenos poderes del virrey Abascal para negociar un tratado de paz en el territorio de Chile. El comodoro Hillyar era el mismo que pocos días antes había vencido en duelo singular á la fragata americana *Essec* en la bahía de Valparaíso. La Inglaterra y los Estados Unidos se hacían entonces la guerra.

Abultadas por Hillyar, interesado por el comercio inglés en la pacificación del país, las noticias de los triunfos de las armas españolas é inglesas en la Península, contra la invasión francesa, y del pronto envío de numerosas expediciones para someter las colonias de América; fuese por esto ó por cansancio de la guerra, que tenía asolado al país, el director Lastra y los miembros del Senado, acogieron con entusiasmo la misión de Hillyar, quien marchó al campamento de los patriotas llevando el nombramiento de Plenipotenciarios para los generales O'Higgins y Mackenna junto con las bases de un proyecto de tratado, acordado en Santiago. Gainza y el auditor de guerra don Antonio Rodríguez asumieron la Plenipotencia del campo realista en nom-

bre del virrey del Perú; y el día 3 de mayo de 1814 ajustóse en un rancho á orillas del río Lircay, á dos leguas de los campamentos de los dos ejércitos, el famoso tratado de paz, por el cual Chile, retrotrayendo las cosas al estado que tenían el 2 de diciembre de 1811, se obligaba á reconocer nuevamente por soberano á Fernando VII y á enviar los diputados que le correspondieran á las Cortes españolas; las tropas de Gainza evacuarían el territorio de Chile en el término de 30 días, dejando libres las provincias de Concepción y Valdivia; la de Chiloé continuaría como antes sujeta al virreinato del Perú; se pondría en libertad á todos los prisioneros, excepto los Carreras; se devolverían todos los bienes confiscados desde el 18 de enero de 1810; y finalmente, mientras el tratado tenía su cumplimiento, las tropas de Chile no podrían pasar al sur de Lontué, ni las tropas reales al norte del Maule.

Este singular convenio, que no puede explicarse sino como una tregua en que cada cual creía engañar á su contrario, y que ambos firmaron « reservando para sí, como dice el historiador Gay, el secreto de su buena fe ó de su astucia », redundó en definitiva en inmenso perjuicio de la causa nacional. De esta tregua se aprovechó Abascal para equipar y despachar la nueva expedición de 4,000 hombres, que al mando de Osorio desembarcó en Talcahuano el 12 de agosto de 1814. De la impopularidad que ese pacto atrajo al Gobierno, se aprovecharon los incorregibles Carreras, que por este tiempo habían fugado de Chillán, para hacer la conspiración militar del 23 de julio, sublevando la guarnición de Santiago, con la cual volvieron á instalarse en el Gobierno.

No atreviéndose don José Miguel, jefe de la facción, á asumir la Dictadura, creó un simulacro de Junta, como la de 1811, dándose por compañeros de gobierno á dos hechuras suyas, don Julián Uribe, presbítero que había ahorcado los hábitos, carácter violento y arbi-

trario, y el teniente coronel don Manuel Muñoz Ursúa.

Toda la opinión libre del país, que no estaba directamente supeditada por los Carreras, pronunciόse contra semejante atentado, que libraba los futuros destinos de la naciente República, á la desmoralización del ejército, y á todos los azares de las revoluciones de cuartel. El gobernador de Valparaíso, don Francisco Formas, rehusó ceder su puesto al que debía reemplazarlo; la municipalidad de Talca, donde estaba el cuartel general, se apresuró á protestar su desconocimiento; y los oficiales del ejército, presididos por O'Higgins, reunieron un consejo de guerra, en que casi por unanimidad se acordó la resistencia al nuevo Gobierno. Decidida ésta, el ejército principió á ponerse en marcha sobre la capital el 8 de agosto. O'Higgins salió el 12 y llegó á Maipú el 24. El 26 pasó su vanguardia el río de aquel nombre, compuesta de 400 infantes, 200 jinetes y 4 piezas de artillería. En el combate que inmediatamente se trabó á inmediaciones de la ciudad, con la vanguardia de las fuerzas de Carrera, las de O'Higgins, completamente derrotadas, viéronse compelidas á repasar el Maipú en gran desorden, en medio de la oscuridad de la noche. O'Higgins mismo tuvo su vida en gran peligro. Preparábase á renovar el ataque con todo el grueso del ejército, cuando se presentó en el campo el capitán Pasquel, portador de la orden de Osorio, que como antes hemos dicho había desembarcado en Talcahuano el 12 de agosto, notificándoles la improbación del tratado de Lircay por Abascal, é intimándoles rendición.

La respuesta de O'Higgins fué despachar inmediatamente un comisionado cerca de Carrera, para manifestarle que en presencia de este peligro toda lucha intestina estaba por su parte terminada, y excitándolo, con prescindencia de las cuestiones de amor propio, á unir sus fuerzas para la defensa común. Pocas horas después O'Higgins y Carrera paseaban juntos por las

calles de Santiago, y una proclama firmada por ambos anunciaba al país la terminación de la guerra civil y la marcha de ambos bajo el estandarte nacional.

No considerándose suficientes las fuerzas reunidas de O'Higgins y Carrera para hacer frente en campo raso al ejército de Osorio, que contaba en sus filas muchos de los aguerridos batallones vencedores en la guerra de independencia contra los Franceses—Osorio mismo había combatido con honor entre los defensores de Zaragoza — escogióse la ciudad de Rancagua para hacer la resistencia. La ciudad por sí misma, situada en la llanura abierta, carecía de toda defensa natural, y los patriotas apenas tuvieron tiempo de fortificarla con ligeras trincheras de adobe á la entrada de las calles inmediatas á la plaza.

O'Higgins se encerró en Rancagua con unos 5,000 hombres de todas armas, dejando por fuera la división de don José Miguel Carrera, fuerte de 1,200 hombres, con 7 piezas de artillería, para atacar al enemigo por la espalda. El ejército realista ascendía á unos 4,972 hombres, pero muy superior en organización, armas y disciplina á los independientes. La batalla de Rancagua fué una de las más desgraciadas, pero sin disputa una de las más sangrientas y gloriosas de la guerra de independencia de Chile.

Embistióla el ejército español el 30 de septiembre, con una bizarría y un denuedo dignos del renombrado valor castellano. El primer asalto, que duró 36 horas continuas, fué heroicamente sostenido por los sitiados, á quienes animaba además la esperanza de que la división de Carrera llegaría pronto en su auxilio ; pero éste, cobarde ó ambicioso, ambicioso antes que todo, sacrificando á la destrucción de su rival el honor de la bandera y los intereses de su país, permaneció simple espectador de la contienda. En vano O'Higgins, en una vigorosa salida, hace destrozos en el ejército español, hasta el punto de que hubo un momento en que Osorio

principió á batirse en retirada. Si Carrera hubiera acudido en auxilio de sus compañeros, la más heroica victoria habría coronado las armas de Chile. Reducidos á la última extremidad, sin vituallas ni municiones, los sitiados continuaron batiéndose, cuerpo á cuerpo, al arma blanca sobre las trincheras, hasta que desesperando de recibir ningún auxilio, se abrieron paso, sable en mano, por entre las apiñadas filas del ejército español, diezmados por la metralla, el 2 de octubre de 1814.

Carrera se había apresurado á entrar en la capital, donde permaneció hasta el 4, recogiendo los caudales públicos y la plata y alhajas de las iglesias, no para apropiárselos, sino para tener con estos caudales, que ascendían á más de un millón de pesos, medios de azuzar la discordia y conservar su dominación; pero la Providencia que velaba por los destinos de Chile, para libertarla del desenfreno de este ambicioso, lo puso en vergonzosa fuga, alcanzado por la caballería de Elorriaga en la Ladera de los Papeles, donde abandonó su tesoro, para pasar la frontera de Chile, que no debía nunca repasar.

El 9 entró Osorio en Santiago, que los patriotas abandonaron en manos del vencedor. Los restos del ejército salvado en Rancagua, y más de 2,000 emigrados, de las principales familias de Santiago, atravesaron la cordillera en busca del ejército que el general San Martín organizaba en Mendoza.

Osorio, que pertenecía á la casa de los condes de Altamira, de la más alta nobleza española, presidió en Chile una verdadera restauración monárquica, teniendo por íntimo consejero al obispo Rodríguez, de Santiago, chileno de mucho talento, y entusiasta fanático por la causa real.

Es imposible exigir de los gobiernos de combate, que en medio de una gran revolución se alzan más como centros de organización y defensa de los bandos

contendientes, que como amparo de la sociedad, moderación y justicia. Es absurdo pretender juzgarlos á la luz de las leyes y de los principios que deben reglar el ejercicio del poder público en tiempos normales; sería tanto como querer reglar el estado de guerra por el estado de paz, lo cual implica contradicción en los términos. Lo único de que á estos gobiernos debe hacerse responsables, es del innecesario abuso de la fuerza, del inútil exceso, digámoslo así, de la sevicia en la persecución de los vencidos, y de actos de crueldad ó de barbarie contra las leyes de la humanidad; y medido en este rasero, la imparcialidad nos obliga á confesar, que el capitán general Osorio no merece el nombre de tirano, con que el natural resentimiento y el odio de los que sufrieron el rigor de su poder, ha querido hacerlo pasar á la posteridad.

Teniendo que luchar contra una revolución poderosa, que fermentaba en todo el país, y contra enemigos exteriores, que de todas partes lo amenazaban, tuvo necesariamante que desplegar grande energía para allegar recursos de defensa, en un país empobrecido y asolado por la guerra, y que emplear medidas de rigor para contener á sus enemigos: fué severo, pero no fué cruel; no era sanguinario; no levantó un patíbulo. Encerró en estrechas prisiones, ó envió á las Casamatas de Lima á todos los sospechosos, y por orden del virrey Abascal, de quien dependía, envió á las playas inhospitalarias de la Isla de Fernando Po, en número de 41, á los hombres más distinguidos y respetables de los patriotas chilenos; pero imploró al mismo tiempo de su monarca el indulto de estos desgraciados, que fué otorgado á sus instancias, por real cédula de 12 de febrero de 1816. Impuso cuantiosos donativos á todos los desafectos, principalmente la contribución mensual de $ 21,000 á los pudientes de la capital; pero hizo suspender su cobro cuando se persuadió de la imposibilidad de pagarla. El cuerpo de los Talaveras, compuesto de

criminales sacados de los presidios de España, que por haber quedado reducido en Rancagua á la 6.ª compañía, se consideraba con derecho á la venganza, manchó la administración de Osorio con todo linaje de crímenes, principalmente con el asesinato alevoso de unos cuantos prisioneros, pérfidamente atraídos por ellos mismos á las esperanzas y á las intrigas de una conspiración.

Á Osorio sucedió en la capitanía general de Chile, en diciembre de 1815, el brigadier don Casimiro Marco del Pont, uno de los caracteres más menguados y viles de la especie humana. Destituído de valor personal, que Osorio poseía en alto grado, iba, como todo cobarde colocado en puesto de peligro, á ser el juguete de esas energías febriles ó mórbidas, hijas del miedo, que el terror empuja al crimen.

Viendo por todas partes conspiradores y asesinos, principió por separar del ejército y de todos los empleos á los hijos del país, por más pruebas de adhesión que hubieran dado á la causa real.

Instituyó un tribunal inquisitorial de vigilancia y seguridad pública, con ramificaciones en todas las provincias, autorizado para seguir consejos verbales, y castigar, hasta con la pena de muerte, la más leve sospecha de complicidad contra la causa del Rey.

Confiscó é hizo vender á vil precio los bienes de los patriotas.

Restableció, con cobro de lo atrasado, la antigua contribución de $ 21,000 mensuales, impuesta á los desafectos de la capital. Las familias que se atrasaban ó no podían pagarla, recibían en su casa una guardia de cuatro Talaveras, que habían de mantener, alojar y pasar, á razón de cuatro reales diarios cada uno (Gay, *Hist. de Chile*, tom. 6.° pág. 165).

El Tribunal de Vigilancia inauguró su sangrienta justicia levantando en la plaza mayor las horcas de tres mártires de la Libertad : Salinas, Hernández y Traslaviña. Al joven Ventura Lagunas, en atención á que

sólo tenía 16 años de edad, se le sentenció á presenciar la ejecución al pie de los patíbulos, y á ser deportado en seguida á Fernando Po.

Finalmente Pont, con diversos pretextos eludió el cumplimiento de la cédula de indulto de que antes hemos hablado, de 12 de febrero de 1816, en favor de los desterrados á Fernando Po, de los cuales sólo permitió regresar á seis.

O'Highins y Carrera pasaron la cordillera en busca de Mendoza, el uno cubierto de heridas y de gloria por la heroica defensa de Rancagua; el otro abrumado por el desprecio de todos. Y sin embargo, llegaba á tal punto la incorregible ambición y la fatuidad de este hombre, que así deshonrado por su conducta en el campo de Rancagua, llevó á Mendoza la singular pretensión de que allí se le reconociese y acatase como representante del Gobierno de Chile. San Martín indignado lo hizo salir con una escolta para Buenos Aires.

III

Dos años tardaron San Martín y O'Highins en organizar y disciplinar del otro lado de los Andes el ejército unido, chileno-argentino, con que debía emprenderse la reconquista de Chile, en una campaña muy semejante á aquella con que Bolívar, trasmontando desde las llanuras de Venezuela los Andes granadinos, dió después la libertad á Nueva Granada, en 1819.

No se sabe qué admirar más en San Martín, si su energía y su valor, ó su habilidad. Educado como él mismo decía en la máxima de guerra del gran Federico, « que un verdadero general debe saber revestirse con la piel del león ó con la de la zorra, según las circunstancias ». San Martín se puso primero la piel de zorra, antes de revestir la de león.

Para engañar á Pont, cuidó de que los emigrados, en su correspondencia á Santiago, divulgaran las noticias

más contradictorias sobre el punto por donde intentaba trasmontar la cordillera, para lo cual llamó ingenieros que hicieran diversos reconocimientos. Solo O'Higgins estaba en el secreto del punto designado para el paso. De esta manera, aturdido Pont con aquellos falsos amagos, y con las muchas relaciones contradictorias que de todas partes le llegaban, diseminó su ejército en una inmensa extensión : era precisamente lo que San Martín deseaba.

No contento con esto, despachó á don José Manuel Rodríguez, joven abogado, de extraordinario valor, tribuno y hombre de guerra á la vez, para que fuera á insurreccionar las provincias del norte, con el objeto de dividir más la atención de Pont y las fuerzas del ejército español. Rodríguez cumplió su encargo con tanta eficacia, que Pont puso á precio su cabeza, imponiendo la pena de muerte al que sabiendo su paradero no lo denunciase, ofreciendo indulto de cualquier delito al que lo entregara muerto ó vivo, y mil pesos de gratificación. (Gay, tomo 6.° pág. 197 — *Gaceta*, núm. 96).

Cuando todo estuvo así preparado, San Martín dejó á Mendoza el 15 de enero de 1817, al frente de 5,000 hombres, organizados en dos divisiones, para emprender el paso de la cordillera, que levanta allí sus nevadas cimas más altas que el Chimborazo. No habiendo podido impedir que San Martín dejara atrás, con hábiles maniobras, los desfiladeros donde se habían fortificado, los realistas tomaron posiciones en la cuesta de Chacabuco, que domina la llanura de Santa Rosa, en la falda occidental de la cordillera, y es punto obligado del único camino que conduce á Santiago.

San Martín, con el ojo experimentado de un verdadero general, y comprendiendo, como todos los grandes capitanes, que cuando se toma la ofensiva contra un enemigo victorioso, debe dominarse con la audacia la superioridad moral del vencedor, San Martín, sin dar tiempo á que sus soldados se contaran, y sin es-

perar la artillería, atacó á los realistas en la mañana del 12 de febrero de 1817, y después de sangriento combate, en que por ambas partes se disputó la victoria con asombroso valor, los Españoles, desalojados de sus posiciones, fueron completamente derrotados, quedando prisionero de guerra el capitán general Marco del Pont.

Algunas historias cuentan que cuando Pont, queriendo parodiar á ilustres generales, vino á entregar su espada á San Martín, éste le contestó : « Conserve Ud. ese florete, que en ninguna parte es más inofensivo que en el cinturón de Ud ». Cuesta trabajo creer que San Martín se hubiera rebajado á insultar así á un vencido; pero si le hizo fué un justo castigo impuesto á las bajezas y á los crímenes de Pont.

Entre los oficiales que más se distinguieron aquel día por su intrepidez y su bravura, estaba Necoechea, el mismo destinado á inmortalizar su nombre como jefe de las caballerías republicanas en la campaña del Perú, y á morir como los héroes de Homero en Junín. Junto con Necoechea, distinguiéronse en Chacabuco por su grande arrojo, Crámer, Las Heras, Conde, Zepiola, Melián, Salvadores, Zorrilla, el presbítero don José de Oro y el reverendo padre fray José Antonio Bausa.

El ejército libertador entró el día siguiente en la capital, de la cual había emigrado en masa toda la población española en dirección á Valparaíso. Ofrecióse, en medio del general entusiasmo, el Gobierno Supremo del país á San Martín; pero éste, que nunca fué ambicioso, tuvo además el talento de rehusarlo, comprendiendo que no hay gloria, por grande que sea, que haga perdonar á un hombre el ejercicio del poder supremo en país extranjero.

Los restos del ejército vencido en Chacabuco, á quienes O'Higgins descuidó ó no pudo perseguir, alcanzaron á embarcarse en Valparaíso, é ir al Callao, y

regresar de allí, auxiliados por el virrey Pezuela, y volver á desembarcar en Talcahuano, donde el intendente Ordóñez, verdadero hombre de guerra, valiente, astuto, infatigable, activo, organizaba la reacción.

La campaña del sur contra Ordóñez se abrió por el valiente coronel Las Heras bajo muy buenos auspicios, con la victoria de Carapaligüe y toma de la Concepción el 5 de abril de 1817. Ordóñez fué de nuevo rechazado en las alturas del Cerro de Gavilán, de donde volvió á encerrarse en Talcahuano. O'Higgins que había venido en auxilio de Las Heras, llegó en los momentos del triunfo; pero en vez de aprovecharlo para embestir á Talcahuano antes de que el enemigo se fortificara, procediendo con una lentitud que todos los críticos censuran, tomó cuarteles de invierno en la Concepción, dando tiempo á que el infatigable Ordóñez fortificara la plaza y recibiera nuevos y poderosos auxilios de Lima. El coraje, la bravura y el espíritu de disciplina y de orden eran las cualidades prominentes de O'Higgins; pero de ninguna manera la rapidez y la celeridad de acción, de que depende en su mayor parte el éxito de la guerra.

Hasta el 6 de diciembre no se encontró O'Higgins en aptitud de atacar á Talcahuano; pero temeraria é inútilmente. Ordóñez, que no había permanecido un solo momento ocioso, lo había puesto en brillante estado de defensa, circundándolo de un doble foso, protegido por fuertes parapetos y reductos. Aunque O'Higgins había pretendido adormecer y cansar la vigilancia de Ordóñez con repetidos falsos ataques, los asaltantes lo encontraron aquella noche de pie, recorriendo sus líneas y diezmándolos con la metralla en todas partes.

En vano da el intrépido Beauchef el ejemplo de pasar el primero el foso y de arrimar la primar escala. Una lluvia de fuego siembra por do quiera la muerte en medio de las tinieblas de la noche.

En pocas horas los asaltantes pierden más de

300 hombres, y O'Higgins, vencido y humillado, tiene que emprender su retirada en busca del ejército del norte.

San Martín que ya había regresado de Buenos Aires, á donde había ido después de Chacabuco en busca de recursos para la creación de una marina nacional y para concertar con Pueyrredón la expedición al Perú, dió orden de que O'Higgins se le reuniera en San Fernando 26 leguas al sur de Santiago.

La nueva expedición de 3,500 hombres despachada por el virrey Pezuela en auxilio de Ordóñez y al mando de Osorio, desembarcó en Talcahuano pocos días después de la retirada de O'Higgins, el 18 de enero de 1818. Los dos jefes con una fuerza de 4,650 hombres y 12 piezas de artillería salieron en persecución de los patriotas, pasaron el Maule y se acantonaron el 3 de marzo en Talca. Las dos divisiones de San Martín y O'Higgins formaban un efectivo de 9,000 hombres con 30 piezas de artillería. Ambos ejércitos avanzaron simultáneamente á su encuentro hasta las orillas del Lontué; pero de aquí contramarchó el español al sur, perseguido de cerca por el independiente, que en la noche del 19 de marzo acampó casi á tiro de fusil del enemigo, en el funesto campo de Cancha Rayada, á inmediaciones de Talca.

Aun no conocía bien O'Higgins, á pesar de haberlo experimentado en Talcahuano, al denodado jefe que tenía al frente; y fuese fatalidad, fuese descuido con motivo de celebrarse esa noche en el campamento el santo del general San Martín (San José), Ordóñez los sorprende y los asalta en medio de la oscuridad de la noche, poniéndoles en completa derrota y tomándoles todo su parque y material de guerra. O'Higgins arrojándose en medio del tumulto y de los mismos cuerpos republicanos que se herían unos con otros, para ver de organizar la defensa, recibió una herida de gravedad. Las Heras, haciendo prodigios de valor, logró salvar

su división. Si Ordóñez hubiera mandado en jefe el ejército español, habría completado el exterminio de los patriotas con la más activa persecución; pero Osorio decidió regresar á Talca á descansar de la victoria, dando tiempo á que el patriotismo de la capital, estimulado por el recuerdo de los dos últimos años de la pasada dominación, y por el entusiasmo y la confianza que la presencia de San Martín y O'Higgins inspiraban, improvisase en quince días un nuevo ejército. En este ejército iban hasta los niños de la Escuela militar, que apenas podían con el arma. Cuando San Martín y O'Higgins llegaron á Santiago, Rodríguez, el mismo que tanto contribuyó á la victoria de Chacabuco, había logrado con su prestigio, su valor y su palabra, contener la emigración que tomaba ya el camino de Mendoza, como en los días de Rancagua.

San Martín, desdeñando el consejo de fortificarse en Santiago, salió á situarse en la llanura de Maipú, á dos leguas de la ciudad. Allí lo encontró el enemigo, que regresaba en su busca, el 5 de abril de 1818, acompañado de O'Higgins, que por nada consintió en no partipar de la batalla, á pesar de la gravedad de sus heridas.

Terrible fué el combate. Los realistas pelearon con la jactancia y el arrojo que sus pasados triunfos les daban; los Chilenos con el sobrehumano valor de la desesperación, comprendiendo que del éxito de esta jornada pendía la suerte de su país; y nada resistió á su empuje. San Martín y O'Higgins obtuvieron allí una de las más bellas victorias de la independencia americana, en nada inferior á Boyacá, á Carabobo ó á Pichincha. La derrota del ejército español fué completa: la independencia de Chile quedó sellada en el glorioso campo de Maipú.

Los dispersos de Maipú y los realistas del sur volvieron á concentrarse en Talcahuano, donde llegó Osorio con la noticia de la derrota el 13 de abril. El ejército

vencedor en Maipú no se encontró en aptitud de perseguirlos á tanta distancia, y en agosto contaba ya Osorio con un ejército de 2,300 hombres, de los cuales dejó á Sánchez 1,600, y él se embarcó con 700 para el Callao, en busca de nuevos auxilios del virrey Pezuela.

Dividida la atención del Gobierno entre la pacificación del sur y la imperiosa necesidad de proveer cuanto antes á la formación de una escuadra para llevar la guerra al Perú, que era el arsenal de los realistas del Pacífico, y salir al encuentro de la nueva expedición española que se sabía había zarpado de Cádiz el 21 de mayo de 1818, O'Higgins consagró toda su atención á este último objeto, abandonando por el momento á sus propias fuerzas al coronel Freire, intendente de la Concepción.

Con el producto de los bienes secuestrados á los realistas y con los donativos voluntarios del comercio de Valparaíso, improvisóse en 5 meses una escuadra de 5 buques con 152 cañones, que el 9 de octubre de 1818 se encontró en aptitud de hacerse al mar, y cuyo mando se confió al joven marino don Manuel Blanco Encalada, destinado á hacer célebre su nombre en las aguas del Pacífico.

La expedición salida de Cádiz traía un cuerpo de 2,000 hombres, en 14 fragatas, parte de guerra y parte mercantes, mandadas por el capitán de navío Castillo.

La tropa que montaba la fragata *Trinidad*, disgustada con sus jefes, asesinó á éstos á la salida de Tenerife, y con el traidor don Remigio Martínez á la cabeza, hicieron proa á Buenos Aires y se entregaron allí al Gobierno.

El gobierno de Buenos Aires lo avisó inmediatamente á Valparaíso, donde se encontraba O'Higgins inspeccionando los trabajos de la Armada, y con los datos, señales y derrotero de la escuadra española, que suministró la *Trinidad*, marcharon á su encuentro. La fragata *Reina María Isabel* había entrado ya en Talca-

huano y desembarcado su tropa. La escuadra chilena hizo su estreno abordándola y apresándola el 28 de octubre. Sucesivamente cayeron en poder de la Armada las fragatas *Magdalena*, *Dolores* y *Carlota*. De los 2,000 hombres embarcados en Cádiz sólo se salvaron los 500 que desembarcó la *Reina Isabel* en Talcahuano.

Hablando de estas hazañas, dice el historiador Gay con mucha justicia : « En Maipú San Martín destruyó un ejército que podía reponerse; en el mar, Blanco Encalada puede decirse que acabó con la marina real, ó que por lo menos la imposibilitó para batirse. El uno preparó la independencia chilena; el otro la llevó á cabo preparando la del Perú con el dominio del Mar del Sur, que conquistó para la libertad ».

Entre los ilustres aventureros que la paz de Waterloo dejaba ociosos y que atraídos por el prestigio de la libertad y de la gloria vinieron á ofrecer su espada y su vida á la independencia de la América del Sur, ninguno más conspicuo, ni más romanesco que sir Thomas Cochrane, conde de Dundonald, perteneciente á una familia de aventureros y de héroes. Su tío el almirante sir Alexander Forester, había conquistado su título en aquel brillante combate que sostuvo contra 5 buques de la escuadra francesa en la bahía de Chesapeak en 1795. Siguió á lord Abercromby al Mediterráneo y fué bajo su dirección que se hizo el desembarco de las tropas inglesas en Egipto en 1799. Creado contra-almirante en 1804, contribuyó á la destrucción de la flota francesa en la bahía de Santo Domingo. Durante la guerra con los Estados Unidos intentó varias veces, aunque en vano, apoderarse de la ciudad de Washington, pero asoló en 1815 la Luisiana y Nueva Orleans. El hermano de sir Thomas, John Dundas Cochrane, llamado *el viajero pedestre*, atravesó á pie el Portugal, la España, la Francia, la Alemania, la Rusia y el Asia hasta Kamtchatka. Sir Thomas, nacido

en 1775, tenía cuarenta y tres años cuando llegó á Chile, precedido de una celebridad como marino y como ardiente demócrata que le abrió de par en par las puertas del nuevo teatro en que venía á arrojar el peso de su nombre y sus hazañas. En las guerras contra el imperio estuvo á punto de incendiar la flota francesa en Rochefort. La aristocracia inglesa lo odiaba por sus exaltadas opiniones liberales, y con tal motivo había bastado el rumor ó la prueba de encontrarse comprometido en ciertas operaciones de agiotaje, para que se le hubiese dado de baja en el escalafón de la marina inglesa en 1814. Tal era el hombre que en noviembre de 1818 se presentó en Valparaíso á ofrecer sus servicios á la causa americana. Dotado de una de esas naturalezas de fuego que arden al impulso de todas las pasiones, lord Cochrane poseía como nadie la audacia, el valor y la intrepidez que el soldado de mar necesita en más alto grado que el de tierra, para desafiar los peligros, á despecho del rayo, de la tormenta y de las olas; pero poseía estas virtudes mezcladas con todos los vicios del disoluto. La pasión del lucro, la sed de oro, se sobreponían en él al lustre mismo de la gloria, que es cuanto puede decirse. Ante el prestigioso nombre del ilustre aventurero todos enmudecieron. Blanco Encalada que era el único que hubiera podido quejarse, fué el primero en dar con noble desprendimiento, ejemplo de sumisión, poniéndose á las órdenes de Cochrane, y desde que él se inclinaba, todos obedecieron. Lord Cochrane fué aclamado vice-almirante de Chile, enarbolando su pabellón en la *Reina María Isabel*.

El 14 de enero de 1819 salió lord Cochrane de Valparaíso al frente de una división compuesta de un navío y tres fragatas con 174 cañones, á llevar la guerra al Perú.

Esta primera expedición se contentó con merodear en la costa norte del Perú y regresó después de seis meses á Valparaíso sin un solo laurel.

La segunda expedición destinada á incendiar los buques españoles del Callao, se hizo á la vela el 12 de septiembre de 1819, compuesta de *la O'Higgins*, *el San Martín*, *la Lautaro*, *el Galvarino*, *el Arauco* y el *Pueyrredón*, de dos transportes brulotes, y la fragata *Independencia*, de 28 cañones. Llegaron al Callao el 28.

Del 1.° al 5 de octubre, lord Cochrane ensayó cuantos ataques le sugirieron su temeridad y su valor para incendiar la escuadra española por medio de brulotes y cohetes á la Congreve, pero sin resultado, por la calma que paralizó sus embarcaciones, y por la mala calidad de los cohetes que reventaban á la mitad de la distancia. Burlado en sus esperanzas se hizo á la vela para Arica el 7 de octubre.

No pudiendo regresar en tan triste situación á Valparaíso, donde tenía ya muchos enemigos, concibe, durante el viaje, el temerario proyecto de ir á apoderarse por sorpresa de la plaza de Valdivia, esa Cartagena del mar del sur. Preséntase el 18 de enero de 1820 delante de la plaza con pabellón español. Por medio de esta estratagema logra apoderarse de un oficial y cuatro marineros que le sirvan de guías, con los cuales fué á Talcahuano á ponerse de acuerdo con Freire, ese soldado sin miedo, ese Páez chileno que no retrocedía ante nada.

Un cerco de terribles fortalezas defiende á Valdivia. Sobre la isla de Mansera, situada en el centro de la bahía, está el fuerte de este nombre. Al norte están los de Niebla y del Piojo, y al sur los de « Aguada del Inglés, » « San Carlos » y « Chorocamayo, » todos dominados por la gran fortaleza del « Corral. »

Freire auxilió á Cochrane con 250 hombres al mando de Beauchef y Miller, que ellos solos valían por todos sus soldados. El 3 de febrero se presentó la escuadra delante de Valdivia. Beauchef y Miller desembarcaron al amparo de los fuegos de un cañón giratorio del *Intrépido*, que barría la playa enemiga. Á las nueve de

la noche se habían apoderado de la Aguada; á las nueve y media de San Carlos; á las diez y media de Amargos; á las once y media de Chorocamayo; y á la una de la mañana del Corral. Hay en la historia de las guerras marítimas pocas hazañas comparables á la toma de Valdivia: aquello fué un verdadero portento de valor y de audacia.

Después de esta brillante victoria podía pensarse ya en organizar la expedición que debía llevar la guerra al Perú. Su jefe natural é indisputable era el general San Martín; pero Cochrane orgulloso de sus triunfos, y desconociendo que su condición de extranjero no le permitiría nunca asumir el papel de caudillo político de los países libertados, pretendió que se le diera el mando. O'Higgins no podía complacerlo, y nombró á San Martín; pero esto llenó de celos y de envidia el corazón de Cochrane, y fué la causa de sus futuras discordias.

La tripulación de la escuadra, desde el jefe hasta los marineros, se componía de aventureros de todos los países, como los condottieros de Italia ó los mercenarios de la antigua Cartago. Sólo el prestigio y el terror que inspiraba el nombre de Cochrane, podía imponer respeto á aquella muchedumbre.

La expedición principió á embarcarse el 19 de agosto de 1820. Se componía de 4,500 hombres de desembarco, conducidos en 16 transportes, escoltados por 8 buques de guerra; pero provistos de parque suficiente para armar 15,000 soldados.

La desavenencia de los dos jefes principió á notarse desde la salida de la expedición, pues en vez de embarcarse, para obrar de concierto, en un mismo buque, Cochrane se embarcó en la *San Martín*, y éste en la *O'Higgins*. La expedición desembarcó en Pisco, 58 leguas al sur de Lima, el 7 de septiembre. Á pesar de que el Virrey, libre de complicaciones en la frontera del Plata, por las disensiones civiles que destrozaban ya aquel Estado, podía disponer de un ejército de

23,000 hombres para la defensa del país, Pezuela comprendía que pronto, si no lo estaba ya, sólo quedaría él haciendo frente á todas las fuerzas revolucionarias de la América del Sur, desde el mar de las Antillas hasta el estrecho de Magallanes. La victoria de Boyacá había reconquistado el Nuevo Reino de Granada y paralizado los ejércitos de Morillo en Venezuela. Las fuerzas del Plata y Chile unidas eran las que invadían su territorio; y finalmente, la revolución española de la isla de León había dispersado el numeroso ejército destinado á la reconquista de América, el último que podía venir en su auxilio. No pudiendo, pues, disimularse la gravedad de su situación, y conociendo las francas opiniones monarquistas de San Martín, Pezuela resolvió apelar á la diplomacia entablando negociaciones de paz con el general patriota. San Martín las aceptó inmediatamente; pero partiendo los negociadores de puntos diametralmente opuestos, los Españoles de que las provincias de América jurasen la Constitución liberal de Cádiz, como partes integrantes de la monarquía española, y los Americanos de que España reconociera la independencia de los nuevos Estados, rompiéronse las conferencias de Miraflores, que no alcanzaron á durar ocho días, sin el menor resultado.

El coronel Arenales, enviado con una fuerte división á revolucionar las provincias del interior, batió en Nasca á Químper, cogiéndole todos sus bagajes, municiones y banderas. De Ica siguió Arenales á Huamanga con 1,200 hombres, y San Martín con el resto del ejército fué á desembarcar al Ancón, seis leguas al norte de Lima.

Al pasar frente al Callao dióse al vice-almirante orden de quedarse en aquellas aguas, para bloquear el puerto, con la *O'Higgins*, la *Lautaro*, la *Independencia* y el *Arauco;* pero era imposible que el alma de Cochrane pudiera resignarse á semejante papel, y en la noche del 5 de noviembre de 1820 inmortalizó su nom-

bre con una hazaña, en su género más atrevida, más audaz y más portentosa que la toma de Valdivia. Embarcándose en 13 botes, con Guise por segundo, caen por asalto en la oscuridad de la noche sobre la fragata *Esmeralda*, de 44 cañones, colocada bajo los fuegos de las formidables fortalezas del Callao, y rodeada de 5 buques de guerra. Abordarla, Cochrane á estribor y Guise á babor, acuchillar la tripulación, que muere sin saber lo que le pasa, cortar los cables, desplegar las velas del bauprés, y sacarla del puerto en medio del fuego de las fortalezas y de los otros buques de la escuadra enemiga, á quienes ya se había dado el alarma, fué, puede decirse, obra de pocos momentos. Los hechos más portentosos de la antigua fábula, apenas son comparables á semejante atrevivimiento.

Después de esta victoria, San Martín dejó el Ancón y fué á desembarcar el 9 de noviembre de 1820 en Huancho, 28 leguas al norte de Lima, para acampar en el valle de Haura, con lo cual quedaba interceptada la comunicación de la capital con las grandes poblaciones del norte.

El 3 de diciembre se pasó á los patriotas — lo recibió el coronel Alvarao que andaba en persecución de Valdés por la costa de Chancay — el famoso batallón Numancia, compuesto casi en su totalidad de pardos de Venezuela, el mismo que Morillo había enviado al Perú en 1817 en reemplazo de las tropas de la expedición que llevaba Canterac para el sur, y que Morillo tomó en Cumaná para la desgraciada campaña de Margarita. El paso de este batallón, fuerte de 800 plazas, uno de los más aguerridos y disciplinados del ejército español, fué un golpe terrible para su causa.

El intrépido coronel Arenales, á quien dejamos en Ica después de su victoria de Nasca, trasmontó la cordillera por Huancavélica, para descender al valle de Jauja, que corre entre los dos grandes ramales de los Andes peruanos. Remontó el valle, de Jauja á Tarma,

pasó por la misma llanura de Junín en que cuatro años después debía preludiarse allí la gran victoria de Ayacucho, y continuó rodeando el lago de Chinchaycocha, que dejaba á su izquierda, en busca del brigadier O'Reilly, á quien atacó y venció el 6 de diciembre de 1820, al pie del Cerro de Pasco. Bastó una carga de frente dada por Deza, mientras Aldunate los amenazaba de frente, para que la división O'Reilly, fuerte de 1,400 hombres, fuese completamente derrotada, quedando prisionera en manos del vencedor. Entre los prisioneros estaba el teniente coronel don Andrés de Santacruz, que desde entonces pasó al servicio de la independencia, y á quien hemos contado ya entre los vencedores en Pichincha.

Un fuerte partido de oposición, principalmente militar, que censuraba la ineptitud de Pezuela (todo el que pierde es inepto), se aprovechó de este desastre para obligarlo á renunciar el mando y poner á la cabeza del virreinato al viejo general Laserna, el 29 de enero 1821.

No tuvieron mejor éxito que las primeras, las nuevas negociaciones de paz que se abrieron en la hacienda de Punchanca, cinco leguas al norte de Lima, con el comisionado enviado por la revolución española, capitán de fragata don Manuel Abréu y los plenipotenciarios nombrados por el Virrey para buscar un avenimiento. Aunque San Martín propuso — tales eran sus ideas, que nunca las ocultó—el establecimiento de una monarquía, con un príncipe de la casa real, el Virrey no se creyó autorizado para aceptarlo, y después de 52 días de armisticio volvieron á romperse las hostilidades.

Con la revolución de Trujillo, y con la de Guayaquil, de que hablamos en capítulo anterior, San Martín quedó dueño de todo el norte del Perú hasta río Chancay. Para apoderarse del sur, ó al menos para cortar á Lima de Arequipa, donde estaba la división Ramírez,

San Martín había enviado, desde antes de las conferencias de Punchanca, una expedición de 600 soldados de desembarco, regidos por Miller, bajo las órdenes de Cochrane. La expedición desembarcó en Pisco, 58 leguas al sur de Lima; pero no habiendo podido sostenerse allí por la epidemia de las fiebres, remontó hasta Arica, 180 leguas al sur, dejando ya á Arequipa 58 leguas al norte. De Arica se movió Miller sobre Taona, 12 leguas al norte de Arica, y continuó su marcha al norte en la vía de Moquegua, camino de Arequipa, para salir al encuentro de las primeras fuerzas enviadas á detenerlo, al mando del coronel Las Heras, á quien batió con pérdida de 250 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Después de esta pequeña victoria, Miller avanzó hasta Moquegua, pero temiendo que cortasen su retirada las numerosas guerrillas y fuerzas realistas que lo rodeaban, se aprovechó del armisticio de las negociaciones de Punchanca, que terminaba el 15 de julio de 1821, para regresar á Arica y de allí á Pisco, donde desembarcó el 1.° de agosto. Ningún resultado militar produjo, pues, esta expedición, que debía, según el plan de Cochrane, batir á Ramírez en Arequipa, hacer en seguida una diversión de flanco al Cuzco y correrse de allí por detrás del ejército de Laserna, que de este modo quedaría encerrado en el valle de Jauja.

Sin embargo, sin que este movimiento hubiera podido efectuarse, era ya tan crítica la situación de Laserna en Lima, por la agitación del populacho, por la hostilidad del Cabildo, y principalmente por las numerosas defecciones que en torno suyo se efectuaban, que el 6 de julio abandonó la capital, dejándola encomendada con más de 1,000 enfermos y heridos en las ambulancias, á las leyes de la guerra y á la generosidad de San Martín.

El 7 tomó posesión de Lima un destacamento de caballería; el 8 hizo su entrada el ejército; y el 9 San Martín, de incógnito, para evitar, como tenía costumbre de

hacerlo, el bullicio y las adulaciones de los recibimientos oficiales, que aquel carácter eminentemente serio, despreciaba profundamente. No así lord Cochrane, que entró el 17, cual convenía á su gallarda figura, á sus aventuras legendarias, y á su alma apasionada por todas las sensualidades de la gloria, montado en un hermoso caballo, que le envió el Cabildo de la ciudad, y embriagado entre las aclamaciones del numeroso concurso que acudía á conocer al héroe del Mar del Sur.

Las banderas chilenas cogidas en Rancagua se conservaban en la iglesia de Santo Domingo. San Martín fué en persona á buscarlas y las envió con gran solemnidad á Chile.

Como un viajero que siguiera por un ameno valle contemplando las majestuosas cimas de una gran cordillera, ó el curso de un caudaloso río, y que de repente encontrase cortada á pico esta cordillera, ó sumido en la tierra el curso de este río, así sucede al historiador con la carrera del general San Martín. Al llegar á Lima, su genio y su valor se pierden para no reaparecer jamás. Los móviles de las acciones humanas se ocultan en las más hondas profundidades de la conciencia; el hombre los vela con todos los artificios del disimulo y de la hipocresía. La cobardía se viste de prudencia; la más ruin, la más innoble venganza vierte lágrimas de compasión sobre el suplicio de sus víctimas, sacrificadas, dice, á los más terribles deberes de la justicia; la generosidad es avaricia; el desprendimiento, calculado egoísmo, hasta que el tiempo, que todo lo remueve, viene á poner de manifiesto les misterios que los actores del gran drama de la historia creyeron llevarse consigo á la impenetrable oscuridad de la tumba. Algún día una carta confidencial de San Martín escrita á un amigo íntimo ó á una mujer amada, y que la casualidad hará descubrir en ignorado rincón del mundo, vendrá á revelarnos lo que pasaba en el alma del general San Martín cuando él se decidió á abandonar, irrevocable-

mente, el servicio de la causa americana, á la que había consagrado toda su vida, y que á tan alto puesto lo había elevado por el camino del honor y de la gloria. Mas parécenos que no hay necesidad de ese descubrimiento : los antecedentes y los consiguientes de la vida del general San Martín, dan la explicación perfecta del suceso, con más seguridad del que pudieran darnos pruebas de otra especie, á tantas contingencias sujetas.

El general San Martín nunca fué ambicioso. Vencedor en San Lorenzo, jamás aspiró al ejercicio del poder en su propio país. Vencedor en Chacabuco y en Maipú, rehusó hasta con desdén la primera magistratura de Chile. La conquista lo obligaba ahora á presidir la administración peruana con el nombre de « Protector de la libertad del Perú », habiendo prometido solemnemente que resignaría el mando, para que la Nación se constituyera y gobernara libremente, tan pronto como las circunstancias de la guerra lo permitiesen; pero la caída de Pueyrredón en Buenos Aires, su amigo y su aliado, bajo cuya liberal y munificente protección se había hecho la invasión á Chile, y que tanto había contribuído á la presente invasión del Perú; los apasionados ataques de que ya era objeto O'Higgins en Santiago, y las dificultades y molestias que á todas horas le proporcionaba la rivalidad y el carácter indisciplinado y rencoroso de Cochrane; todo esto unido á la tristeza que sin duda se apoderó de su espíritu, por el espectáculo de la anarquía, de la ambición y de las facciones, que en su cuna ahogaban ya á las nacientes repúblicas de la América del Sur, apagaron sin duda en el alma del *Protector* la esperanza y la fe, sin las cuales no puede tenderse el vuelo á ningún ideal. No hay otra explicación que se compagine con el carácter del hombre, con los antecedentes de su vida entera, y con la irrevocable é inquebrantable firmeza con que llevó á cabo su resolución.

Los principios de este cambio datan de su entrada en Lima. Aniquilado, postrado, desmoralizado como estaba por las defecciones y la derrota el ejército de Laserna y Canterac, nada habría sido más fácil que terminar la campaña por medio de una activa persecución. Sin embargo, á despecho de Cochrane, San Martín lo deja pasar á su vista para encerrarse en el Callao, y volver á salir de esta plaza, donde pudo proveerse de cuanto necesitaba, y pasar el Rimac, contentándose con mandar al valiente general Las Heras á que picara su retaguardia, pero sin comprometer batalla, hasta nueve leguas de Lima.

Sólo el alma de Cochrane ni se rompía contra ningún obstáculo ni se entristecía por ninguna decepción, ni retrocedía ante ningún peligro. Desde el apresamiento de la *Esmeralda*, los buques españoles se mantenían guardados en el fondo de la bahía circundados de un cordón de cadenas. Sin embargo, Cochrane que ha descubierto una abertura por donde puede penetrarse en aquel recinto, dispone un nuevo asalto, que sus capitanes Crosbic y Morguell ejecutan con pasmoso valor apresando ó incendiando todos los buques que quedaban á la marina real en las aguas del Pacífico.

Por consecuencia de esta victoria y de las negociaciones entabladas por San Martín y Cochrane, la plaza del Callao se entregó el 9 de septiembre de 1821. La rindió por capitulación su gobernador el general Lamar, natural de Cuenca, pero peruano de origen y de afectos, que enrolado en las banderas de la independencia, encontraremos ya unido á todas las glorias que aun quedan por segar en los campos de batalla de esta magna lucha.

En desquite de estas pérdidas, los realistas obtuvieron un gran triunfo en las cercanías de Ica, 50 leguas al sur de Lima. Deseando el general San Martín conservar el prestigio de los nobles, y de los grandes señores peruanos, como base de una aristocracia terri-

torial para sus planes de organización monárquica, incurrió en la gravísima falta de conferir á muchos de estos magnates, incapaces de batirse, ni de soportar las fatiguas de una campaña, ni de contribuír siquiera á la organización y disciplina de las tropas, grados militares y altos empleos de mando en el ejército. Uno de estos agraciados, el general don Domingo Tristán, enviado con una división de 3,000 hombres á ocupar los valles de Pisco é Ica, dejóse sorprender vergonzosamente en la noche del 6 al 7 de abril de 1822 por el general Canterac, que había salido desde Jauja, á más de 55 leguas de distancia, atravesando la cordillera, para esta operación. La derrota de Tristán fué completa, quedando en poder de Canterac 1,000 prisioneros, los 3,000 fusiles, y todo el material de guerra de la división republicana.

Pocos días después — 24 de mayo de 1822 — fué la victoria de Pichincha, que sirvió á San Martín para esparcirla en numerosas proclamas y disipar con ellas las tristes impresiones del desastre de Ica.

Tal era la situación de la guerra de independencia del Perú : — los patriotas dominando el norte; los Españoles el valle de Jauja y todas las provincias andinas desde el Cuzco hasta los confines de Buenos Aires — cuando el general San Martín resolvió ir al encuentro del general Bolívar en Guayaquil, donde los dejamos el 26 de julio de 1822.

Las conferencias entre los dos ilustres caudillos fueron completamente secretas, y ninguno de los dos las reveló jamás; pero los sucesos posteriores han hablado por ellos : se ve, se palpa, se oye lo que allí pasó. El futuro Dumas que haga el romance de esta historia, escribirá el diálogo entre San Martín y Bolívar sin equivocarse en una palabra.

Los dos hombres se midieron, y San Martín tuvo que encontrarse más pequeño que Bolívar; no que San Martín, como dice el general O'Leary, hubiera podido

ser el primer general de Bolívar. Ambos eran caudillos, y ninguno de los dos habría consentido en encerrarse dentro del pensamiento ni la esfera de acción del otro; los dos no cabían en un mismo teatro, y uno de ellos debía abandonarlo. Lo abandonó San Martín, á quién Bolívar excedía por la ambición, por la imaginación, por la elocuencia, en una palabra, por el genio. Después, los dos héroes hablarían naturalmente sobre lo que debía hacerse con los países libertados. San Martín propondría á Bolívar, que esas eran sus francas y sinceras convicciones, el establecimiento de una monarquía constitucional, si no en Colombia y Chile por lo menos, en el Perú. Bolívar no la aceptaría, aunque no fuera por otra razón sino por la de que él no podía ser el segundo en ninguna parte.

San Martín debía irse y se fué; Bolívar debía quedarse y se quedó.

El 21 de agosto volvió á encargarse el general San Martín del mando supremo en Lima; pero únicamente para convocar el Congreso Peruano, que se reunió el 20 de septiembre, ante el cual hizo el Protector solemne é irrevocable dimisión del mando.

El Congreso, después de rogarle en vano que desistiera de la renuncia, se vió obligado á aceptarla, expidiendo en su honor dos decretos; el uno honrando sus servicios; el otro nombrándolo Generalísimo del ejército peruano. Una numerosa comisión del Congreso fué á presentarle estos actos en su casa de campo de la Magdalena, junto con un riquísimo uniforme de Capitán general. San Martín aceptó el primero y dió las gracias rehusando el segundo. Para que los diputados se convencieran de la irrevocabilidad de su resolución, cuentan las crónicas, que después de firmar la respuesta tomó con la mayor calma el tintero y lo derramó sobre los riquísimos bordados del uniforme. Esa misma noche se embarcó para Chile, dejando á los Peruanos esta hermosa proclama de despedida.

« ¡Peruanos! Presencié la declaración de independencia de los Estados de Chile y del Perú; existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

» Mis promesas están cumplidas : hacer la independencia y dejar á los pueblos la elección de sus gobiernos.

» La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es siempre peligrosa para los Estados que se constituyen.

» La Magdalena, septiembre 20 de 1822

José de San Martín. »

De Chile siguió á Europa, fijó su residencia en Francia y falleció en Boulogne-Sur-Mer, rodeado del respeto de todos, en 1840, sin que nunca hubiera vuelto á tomar la más leve participación en los asuntos de la América del Sur.

Antes de que Bolívar empuñe la espada de Capitán General para la dirección de la campaña del Perú, que la abdicación de San Martín deja en sus manos, refiramos brevemente lo que había pasado en Chile mientras sus hijos combatían por la libertad en la tierra del Sol.

La toma de Valdivia se completó con la victoria que Beauchef obtuvo sobre los realistas, á las márgenes del Toro, el 6 de marzo de 1820.

La provincia de la Concepción fué el Pasto de Chile. Diversos jefes de guerrillas, teniendo á los indios salvajes, azuzados por el clero, como auxiliares de las armas reales, entre ellos al célebre Benavides, prolongaron la guerra de montoneras y de posiciones hasta diciembre de 1821, en que Benavides fué derrotado por Prieto en la acción de la Vega de Saldia. Acosado por

la toma de Arauco, que siguió á esta victoria, vióse el intrépido guerrillero obligado á embarcarse solo, con su mujer, que siempre lo acompañó en todos los peligros, su secretario Artiga, el alférez José María Jaramillo, tres soldados y el genovés Malco Martelli, que hacía de piloto, en una chalupa, en la cual pretendían llegar desde las extremidades de Chile, al Callao, para incorporarse al ejército de Laserna. Á la altura de Topocalma, extenuados de fatiga y próximos á morir de hambre y de sed, enviaron á tierra al soldado González, en busca de agua y víveres; pero como sucede en semejantes casos, el mercenario los denunció. Atado de pies y manos, Benavides fué conducido á Santiago en compañía de sus subalternos, y ahorcado en la plaza de la Independencia el 23 de enero de 1822. Los crímenes atroces de que se había hecho culpable, y que las leyes de la guerra ni justifican ni toleran, le reservaban ese castigo; pero su extraordinario valor, los episodios verdaderamente legendarios de su azarosa vida, la desesperación que lo empujó al crimen, y el crimen mismo que asumió en él proporciones épicas, habrían podido perdonarlo, mejor dicho, habrían debido compadecerlo.

Hijo del carcelero de Quirihüe, Benavides, como Boves, principió por servir bajo las banderas republicanas; pero sin que ningún juez lo hubiera perseguido, á su regreso de la expedición de Buenos Aires desertó, pasándose al ejército real con el grado de sargento. Peleó en el Membrillar contra Mackenna, y en el sitio de Rancagua, donde, á despecho de las preocupaciones fué ascendido á capitán. Se halló en la sorpresa de Cancha Rayada y en la gran batalla de Maipú, donde cayó prisionero junto con su hermano Timoteo.

Condenado á muerte infamante por desertor, San Martín se la conmutó por la de presidio en las calles de Santiago, cuando un día acierta á pasar junto á ellos don Hilarión de la Quintana, que en ausencia de O'Hig-

gins ejercía accidentalmente el directorio ó mando supremo, é indignado porque no estaban trabajando como los otros presidiarios, los hizo prender y los mandó fusilar en el campo de Maipú con una escolta de cuatro soldados. Fuese que en la marcha se hubieran deslizado las balas de los dos fusiles destinados á don Vicente, ó que éstas pasasen sin tocarlo, Benavides cayó vivo en la oscuridad de la noche al lado del cadáver de su hermano; pero sin sospecharlo, uno de los soldados, para despenarlo, le dió un sablazo en el cuello. Eran las dos de la mañana cuando la escolta se retiró dejándolo por muerto en el lugar de la ejecución. Benavides se levantó de allí, vendó como mejor pudo su herida, y sosteniéndose la cabeza con ambas manos, alcanzó á entrar en Santiago y á esconderse en casa de su mujer antes de que el día aclarara.

En aquella espantosa noche, el alma de Benavides ha debido realmente descender al infierno, pero no como Orfeo en busca de un amor, sino en busca de las Furias para vengarse.

Pocos meses después el arcabuceado en Maipú se incorporaba de nuevo á sus banderas en la Concepción, y puesto por Sánchez al frente de las tribus salvajes que hacían la guerra á los patriotas, no dió cuartel á nadie.

Veámos ahora lo que había pasado en el Perú después del 20 del septiembre de 1822 en que el general San Martín abandonó sus playas.

El Congreso confió el gobierno á un Directorio Ejecutivo compuesto de tres miembros de su seno, que lo fueron el general Lamar, don Felipe Antonio Alvarado y el conde de Vista Florida, al cual se dió el nombre de Junta Gubernativa.

Disgustada la división auxiliar colombiana, que como resultado de las conferencias de Guayaquil se había enviado al Perú, al mando del general Manuel Valdés,

y de los generales de brigada Jacinto Lara y José María Córdoba, por el descuido con que se la trataba, y por los celos y rivalidades de que era objeto, pidió conforme á las instrucciones que había recibido, su regreso á Colombia, y desembarcó en la isla de Puná en enero de 1823.

Después de su salida sólo quedaron en Lima 2,000 soldados reclutas. Los veteranos de San Martín habían seguido con el general Alvarado á hacer la campaña del sur contra la división española mandada por el general don Jerónimo Valdés, estacionada en Arequipa. Alvarado desembarcó en Arica, pero fueron tales sus vacilaciones para atacar á Valdés, que dió tiempo á que Canterac llegara en su auxilio desde Huancayo en el valle de Jauja, á más de 150 leguas de distancia; y á pesar de su brillante comportamiento, fué primero rechazado con graves pérdidas en las alturas de Totorá el 19 de enero de 1823, y después completamente derrotado en Moquegua el 21, con perdida de 3,000 hombres, entre muertos heridos y prisioneros, y de todo el material de guerra de aquella brillante división. Semejante desastre ponía de nuevo al Perú á merced de las armas reales, si las de Colombia victoriosas no hubieran estado á la mano para reponerlo.

La derrota de Moquegua obligó á la Junta Gubernativa á abdicar el mando, y á fin de dar vigor y unidad á las operaciones, el Congreso concentró los poderes en una sola persona, nombrando Presidente al coronel Riva Agüero. Éste despachó inmediatamente al general don Mariano Portocarrero á Guayaquil en busca de nuevos auxilios colombianos. Bolívar los concedió sin demora; la causa era común, y era mucho más político, más inteligente, y más guerrero, defender á Colombia en el Perú, que esperarse á defenderla de nuevo contra los Españoles victoriosos, en las arruinadas provincias del sur de la República. En consecuencia, firmado el Convenio de auxilios el 14 de marzo, el 18 se

embarcaron para el Callao 3,000 soldados colombianos á órdenes del general Manuel Valdés. Sucre los acompañaba como ministro Plenipotenciario cerca del gobierno del Perú.

Pocos días después — el 26 de abril — arribaron á Guayaquil nuevos comisionados del Gobierno peruano, trayendo la ratificación del convenio del 14 de marzo, y no ya en busca de más tropas, sino del vencedor en Carabobo y Boyacá para dirigir la campaña. Eran don Francisco Mendoza y el marqués de Villafuerte. Bolívar contestó que se pondría en marcha tan pronto como recibiera el permiso del Congreso.

Antes de que regresaran los comisionados, el Congreso peruano ratificó el llamamiento hecho á Bolívar, por un decreto de 4 de mayo, en el más alto grado honorífico para el Libertador.

Entre tanto el presidente Riva Agüero, el general Santacruz, que desde el año anterior había regresado con la división que combatió en Pichincha, y el ministro de la guerra, Herrera, trabajaban sin descanso, y en poco tiempo organizaron una división de 5,000 hombres, que al mando de Santacruz salió del Callao entre el 14 y el 25 de mayo, para volver á llevar la guerra al sur.

En Lima quedaron las tropas colombianas y los restos de los veteranos chilenos y argentinos salvados en Mouqegua.

Canterac y Valdés tenían á espaldas de Lima, detrás de la cordillera, en el hermoso y rico valle de Jauja, 8,000 soldados aguerridos y orgullosos de sus recientes triunfos. Al saber el embarco de la expedición del sur, trasmontaron la cordillera y amenazaron á Lima. No pudiendo los independientes oponerles un ejército mayor de 5,000 hombres, abandonaron la capital y se encerraron en el Callao. Los Españoles ocuparon á Lima el 18 de junio de 1823.

En tan críticas circunstancias, el Congreso peruano

por decretos de 19 y 21 de junio exoneró de la presidencia á Riva Agüero reemplazándolo con don Francisco Valdivieso, y nombró general en jefe á Sucre con facultades extraordinarias para dirigir la guerra. En ausencia de Santacruz, el nico que habría podido aspirar al mando en jefe del ejército era el general Lamar; pero éste se mostró siempre exento de envidias vulgares: no sólo no era ambicioso, sino eminentemente modesto; jamás durante la guerra, prestó su nombre á las facciones ni sirvió de obstáculo á la subordinación y disciplina del ejército. No así Riva Agüero que no obedeció el decreto de separación, y marchó á Trujillo, donde se alzó después con las tropas que le eran adictas en abierta rebelión contra el Congreso.

Reorganizado el ejército en el Callao, Sucre despachó á fines de junio una expedición de 3,400 hombres — colombianos, chilenos y peruanos — en auxilio de Santacruz, al mando del general Jacinto Lara y de los generales Alvarado, Pinto y Miller, el gallardo compañero de Cochrane, la cual desembarcó en Chala, 65 leguas al sur del Callao.

La gran desventaja de los Españoles en esta campaña había sido la pérdida completa de su marina de guerra. Lord Cochrane la había destruído. No teniendo un solo buque, mientras los republicanos se movían rápidamente por la costa, ellos tenían que afrontarlos por medio de largas, costosas y penosísimas marchas en el interior del país. Así, para oponerse á las dos expediciones enviadas al sur, el general español Valdés tuvo que hacer una marcha de 385 leguas en 55 días.

No pudiendo adelantar nada contra las fortalezas del Callao, Canterac después de sacar de Lima cuanto pudo, llevándose hasta la plata labrada de los templos, abandonó la capital volviéndose á Jauja el 17 de julio. Ese mismo día volvieron á ocuparla los patriotas; y el 19 se embarcó Sucre en el Callao para Chala, á dirigir la campaña.

Una tercera comisión del seno del Congreso peruano, que continuaba sus sesiones en Trujillo, llegó á Guayaquil á fines de julio, no ya á invitar, ni á instar, sino á llevarse á Bolívar para dirigir la guerra. El célebre Olmedo, el que después había de inmortalizar su nombre en el canto á Junín, que la presidía, le dirigió la palabra en estos términos: « Todos los elementos de ataque y defensa acumulados en el Perú, sólo esperan una voz que los una, una mano que los dirija, y un genio que los lleve á la victoria ».

Obtenido el permiso del Congreso colombiano, Bolívar se embarcó en Guayaquil el 6 de agosto de 1823 en el bergantín *Chimborazo*, é hizo su entrada de Lima el 1.° de septiembre.

Por mucho que Bolívar se hubiera exagerado los peligros que corría la causa de la Independencia en el Perú después de las derrotas de Totorá y de Moquegua, puede afirmarse que nunca se imaginó que aun le estuviese reservada la mayor, la más difícil prueba á que el destino debía someter los recursos de su genio, su tenacidad y su constancia. Ni en San Mateo, ni en La Puerta, ni en Ocumare, ni en Güiria se había encontrado Bolívar en una situación como la que los primeros reveses de la guerra le reservaban en el Perú.

Riva Agüero por un decreto de 19 de julio había disuelto el Congreso, apoyado en una división de tropas que le era adicta. Los Representantes expulsados de Trujillo, se trasladaron á Lima, que como hemos visto había vuelto á ser ocupada por los patriotas el 17 de julio; allí reinstalaron el Congreso y nombraron presidente interino de la República á don José Bernardo Tagle.

Tal era el estado de los negocios cuando Bolívar llegó á Lima el 1.° de septiembre. El primer acto del Congreso, al día siguiente no más, fué autorizarlo para transigir ó poner término á las escandalosas disensiones de Riva Agüero, y por otro decreto expedido el

10 lo invistió de la suprema potestad militar en todo el territorio de la República.

En Lima sólo encontró Bolívar dos batallones de infantería y un regimiento de granaderos de Buenos Aires, dos cuadros de infantería del Perú y un escuadrón de la Guardía peruana, que todos juntos no llegaban á 1,000 hombres. El grueso del ejército — colombianos, peruanos, chilenos y argentinos — en número de 9,000, había marchado al sur en las dos expediciones conducidas por Santacruz y por Sucre; y el resto era el que Riva Agüero había reducido y mantenía en Trujillo para apoyar su rebelión.

Por el momento, pues, la suerte de la guerra pendía del resultado de la campaña del sur en las márgenes del Desaguadero; pero éste debía ser tan fatal para Sucre como había sido para Miller, bajo San Martín, en julio de 1821, y para Alvarado, bajo Riva Agüero, en Totorá y en Moquegua.

El general Santacruz, salido del Callao á mediados de mayo, había pasado el Desaguadero, esta corriente que va del lago Titicaca al lago Aullagas, y maniobraba sobre La Paz y Oruro contra Olañeta encargado de la defensa del Alto Perú; pero procediendo con una lentitud y una suprema ineptitud, dió tiempo á que Valdés y Laserna, que habían tenido que caminar 385 leguas desde Lima, pasaran el Desaguadero sin oposición y fueran á unirse más allá de Oruro, en Sarasora, con Olañeta que traía 3,000 hombres desde el Potosí. Entonces Santacruz no pudo ya pensar sino en retirarse (septiembre 12); pero aquella retirada, activamente perseguido por el ejército español, fué en pequeño una dispersión tan desastrosa como la retirada de Rusia.

El 22 de septiembre repasaron el Desaguadero los restos del ejército peruano, que el brigadier español La Hera acabó de dispersar en Santa Rosa. Perdió la artillería, el armamento, los parques, y todo el material

del ejército, sin combatir, sólo por efecto de las rápidas marchas y hábiles maniobras de los jefes españoles; sólo llegaron á Moquegua unos 1,300 hombres desorganizados y sin prendas de soldado.

La expedición del general Sucre que había salido del Callao á fines de junio, unos 40 díasdespués de la de Santacruz, apenas había podido llegar á Puno sobre la Costa occidental del lago Titicaca el 18 de septiembre. Allí lo sorprendió la dispersión del ejército de Santacruz, y gracias á la disciplina de sus soldados, á la calidad de los jefes que los mandaban, á su prestigio y serenidad, y á que el general Miller protegió su retirada con 200 caballos, que resistieron, sacrificándose en gran parte, las cargas del enemigo, pudo el general Sucre llegar con toda su división al pequeño puerto de Quilca, frente á Arequipa, y embarcarse allí para Pisco. La caballería siguió por tierra á Lima; la infantería fué por órdenes de Bolívar á desembarcar á Barrancas, al norte de Callao.

Y como las desgracias y los desastres se encadenan fatalmente unos á otros, aconteció que la nueva expedición que enviaba Chile en auxilio del Perú, compuesta de 2,500 hombres, llegó á Arica, donde creía poderse incorporar ya al ejército independiente, y sabiendo allí la pérdida completa de las tropas de Santacruz, regresó á Chile, después de haberse visto obligada á degollar y botar al mar 300 magníficos caballos que traía para remontar los regimientos de granaderos. Sólo llegaron al puerto de Santa 300 hombres con el coronel Aldunate.

Abandonado el Libertador á sus propios recursos, volvió los ojos á Colombia, y envió hasta Bogotá á su edecán Diego Ibarra, con una nota fechada en Trujillo á 22 de diciembre de 1823, dando cuenta de los peligros que amenazaban la independencia del Perú, y pidiendo con instancia un pronto envío de 12,000 hombres, auxilio imposible de mandar en el estado de postración

y de ruina en que se hallaban todas las provincias de la República después de tan larga guerra: acababa apenas de salirse de la costosa y cruda campaña sobre Maracaibo y Puerto-Cabello que dejamos relatada en el capítulo VIII.

Dadas todas las disposiciones para la concentración y reorganización del ejército en Trujillo, Bolívar vino á situarse en Pativilca, pequeña población á las márgenes de un precioso riachuelo, que forma como un oasis de verdura en medio de las áridas costas del Perú, á unas 30 leguas al norte de Lima; pero la tensión de espíritu, los sufrimientos morales de aquella terrible situación, y las penalidades físicas de las largas marchas por los arenales de aquellas ardientes costas, lo postraron de una fiebre cerebral, que durante los ocho primeros días del año de 1824 puso en peligro su vida. Fué allí donde durante su convalecencia recibió la visita histórica en que tan gráficamente lo ha descrito el señor Joaquín Mosquera, y que sería imperdonable no copiar en este relato:

« Estaba, dice el señor Mosquera, sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de güín, que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas y sus piernas descarnadas: su voz hueca y débil y su semblante cadavérico. »

— ¿Y qué piensa usted hacer ahora? preguntó el señor Mosquera.

— Triunfar, contestó Bolívar.

— ¿Y qué piensa usted hacer para triunfar?

— He mandado levantar una numerosa caballería en los departamentos del norte; se fabrican herraduras en Cuenca, en Guayaquil y en Trujillo; se han tomado para el servicio militar todos los caballos útiles del país, y se han embargado todos los alfalfares para mantenerlos gordos. Si los Españoles bajan de la cordillera, los derroto con esta caballería, y si no bajan, dentro de

tres meses me hallaré en situación de ir á buscarlos y batirlos en la sierra.

Habíamos olvidado decir, y ojalá no tuviéramos que hablar de estos sucesos, que una contra revolución hecha en Trujillo por el coronel don Antonio Gutiérrez de la Fuente, que mandaba uno de los mejores cuerpos de las tropas de Riva Agüero, había libertado al Perú de esta facción. Riva Agüero en su despecho — á semejantes abismos conduce siempre la ambición de mando — trataba con Laserna para entregar el país á los Españoles. Adquiridas las pruebas patentes, por la correspondencia interceptada, de esta traición, marchó Bolívar sobre Trujillo en noviembre de 1823 para someter á Riva Agüero, cuando supo en Atunhuailas el golpe de mano dado por el patriota coronel la Fuente en la mañana del 25 de noviembre. Riva Agüero y sus compañeros, rendidos y presos sin resistencia, fueron enviados á Guayaquil.

Era difícil imaginar cómo pudiera agravarse una situación que sólo á la grandeza de alma de Bolívar no podía acobardar. Los 7,000 soldados colombianos habían quedado reducidos á 4,000, por la muerte, las enfermedades y la deserción. El ejército peruano se había disipado como el humo en el Desaguadero. Los Chilenos habían vuelto á su país, sin esperanza de regreso. Calculando todas las probabilidades, sólo había elementos para reunir unos 8,000 hombres, contando con los nuevos cuerpos peruanos que se organizaban en Trujillo, de los cuales debían emplearse 3,000 en la defensa del Callao mientras que los Españoles podían oponerle de pronto 12,000 hombres, y reuniendo todas sus fuerzas desde el Alto Perú, 22,000 de los mejores soldados del mundo.

Y sin embargo, aun debía contarse por nada lo que había sucedido.

Hay un cuento pérsico, referido en magníficos versos ingleses, que dice, que cuando el Príncipe de las tinie-

blas reunió su *Pandemonium* para enviar la muerte y la destrucción á la tierra, ofreciéronse de mensajeros la Calumnia, la Envidia, los Celos y la Venganza, hasta que se presentó la Indiferencia, que fué aceptada. Sí, terrible, espantosa es la Indiferencia, contra la cual toda voluntad se rompe, todo esfuerzo se aniquila, toda esperanza se abate; pero si se hubiera presentado la Traición á competir con la Indiferencia, el Demonio habría vacilado mucho en la elección. Si la una mata el alma de cansancio, la otra la mata de desencanto, de pesar, de tristeza; sólo que en el un caso, la venganza y la cólera pueden devolver las fuerzas al alma prosternada, mientras que en el otro no hay contra quien combatir, porque el enemigo que nos aniquila es una negación; es el vacío, es la nada.

Pues bien : sobre las derrotas debía venir la traición, que se ocultaba, no en el pueblo del Perú, sino en el alma menguada de muchos de esos marqueses plebeyos, sin hazañas propias, sin progenitores ilustres, sin pasado que venerar ni que deshonrar, y sin otro cuartel que el del oro en los escudos colgados á las puertas de sus casas señoriales : magnates que se apresuraron á traicionar al Rey porque todo lo creyeron perdido para él después de Maipú y de Pichincha, y que ahora se apresuraban á traicionar á la República, porque todo lo creían perdido para ella después de Totorá, de Moquegua y del Desaguadero.

Queriendo el Libertador ganar tiempo por medio de la negociación, solicitó pasaporte para enviar al campo á don Juan Berindoaga, antiguo marqués de San Donas, ministro de la guerra del presidente, marqués de Torre Tagle, pero ambos, que ya habían concebido el plan de una traición, se aprovecharon de este paso para tratar con Canterac, á efecto de establecer en el Perú la autoridad real.

El 5 de febrero de 1824 las tropas argentinas que guarnecían el Callao, encabezadas por el sargento Dá-

maso Moyano, se sublevan, amarran á su jefe el general Alvarado y enarbolan en las fortalezas el pabellón real. Ignórase si este suceso coincidió con, ó fué ya el resultado de las negociaciones secretas de Torre Tagle; pero éste botó la máscara y consumó su traición, declarándose partidario del Rey y llamando á los Españoles para que ocupasen á Lima, por medio de una proclama infame, en que denunciaba á Bolívar y á las tropas auxiliares de Colombia como los únicos enemigos del Perú. Con efecto, los Españoles ocuparon á Lima, de la cual se retiró el bravo Necoechea con unos 400 hombres, el 27 de febrero, y al Callao el 29. Moyano fué ascendido á coronel efectivo en premio de su traición.

El general don Mariano Portocarrero también se pasó al enemigo. Un regimiento de granaderos de Buenos Aires, enviado á observar los movimientos de Rodil, se unió á los traidores del Callao. Los comandantes Navajas y Ezeta defeccionan con sus escuadrones estacionados en Supe y van á buscar á Lima el premio de su traición.

En medio de la consternación producida por tamañas calamidades, el Congreso del Perú, que conservaba el Paladión de la patria, por decreto de 10 de febrero confirió á Bolívar la dictadura, que aquél aceptó por medio de una enérgica proclama dirigida á la nación, el 13, en la cual se encuentran estas magníficas palabras.

« ¡Peruanos! la República está expirando, pero no ha muerto.

« En cinco meses hemos experimentado cinco traiciones; pero os quedan contra millón y medio de enemigos, 14 millones de Americanos libres que os cubrirán con sus armas. »

Perdida Lima, Bolívar se replegó sobre el norte, haciendo de Trujillo su cuartel general.

Pero si la traición había entrado en el campo republicano, la discordia y los celos habían entrado en el campo realista. El general don Pedro Antonio Olañeta

que mandaba en el Alto Perú, resolvió alzarse con el gobierno de aquellas provincias, sustrayéndose abierta y completamente á la obediencia del Virrey. Olañeta paliaba los resentimientos que tenia con Laserna y Canterac, alegando que éstos abrigaban el plan de constituír el Perú en un imperio independiente de España, y que además habían cesado ó debido cesar en el ejercicio de sus empleos, después del restablecimiento del poder absoluto de Fernando VII, y en virtud del decreto expedido por éste en el puerto de Santa María á 1.° de octubre de 1823, declarando abolido é insubsistente cuanto se hubiera hecho durante el tiempo en que rigió la Constitución de 1812.

El virrey Laserna en vez de hacer de la necesidad virtud, entrando en un acomodamiento con su rival que ofrecía reconocerlo como virrey de Lima, siempre que él reconociera su autoridad independiente en el Alto Perú, ordenó, á estilo español, que Olañeta y sus cómplices comparecieran en el Cuzco para ser juzgados, es decir, para ser ahorcados conforme á las leyes, y mandó á su mejor general, á don Jerónimo Valdés con 4,000 hombres para someterlo. La guerra entre los dos virreyes, como de antiguo entre los Almagros y Pizarros, y no menos sangrienta que aquélla, principió á mediados de junio.

Tan pronto como el general Bolívar tuvo noticia de estos sucesos, resolvió abrir la campaña tomando la ofensiva sin esperar los auxilios pedidos á Colombia. Para comprender esta campaña, la más célebre de la guerra de Independencia de la América del Sur, es preciso formarse, aunque sea á vuelo de pájaro, una idea general de la topografía del territorio en que va á pasar.

La gran cordillera de los Andes rómpese en el Cuzco, á 3,468 metros de altura en dos grandes ramales, que corren próximamente paralelos, hasta volverse á unir en el cerro de Pasco, dejando en medio,

en una longitud de 115 leguas geográficas, los profundos, espaciosos y mortíferos valles por donde corren, de Pasco al sur el Jauja, y de Cuzco al norte, el caudaloso Apurimac, tributario del Ucayali y del Amazonas. En el valle de Jauja tendrá lugar Junín. Del Apurimac á las cimas de la cordillera occidental, la que corre paralela á la costa, tendrá lugar Ayacucho.

Componíase el ejército unido de once batallones de infantería (siete colombianos y cuatro peruanos), y de dos regimientos y cinco escuadrones de caballería, formando un total de 9,500 hombres (8,300 infantes y 1,200 jinetes), organizados en 3 divisiones. Regía la 1.ª el general Lara; la 2.ª Córdoba; y la 3.ª compuesta de los batallones peruanos, Lamar. Carvajal mandaba la caballería colombiana; Miller la peruana; y era general en jefe de ambas el bravo Necoechea; jefe de Estado Mayor general, Santa Cruz; y Sucre general en jefe bajo las órdenes de Bolívar.

Canterac mandaba en Jauja el ejército que debía oponerse á Bolívar, compuesto de 8 batallones y 9 escuadrones, con una fuerza total de 7,000 hombres, disminuída á esta cifra por las guarniciones del Callao y de Lima y por los 4,000 hombres destacados contra Olañeta á órdenes de Valdés.

Tendiendo Bolívar su mirada de águila desde la costa norte del Perú, escogió á Pasco, este altísimo nudo de la cordillera que cierra al norte el valle de Jauja (donde estaba el ejército español), para concentrar el suyo. Vino pues á situarse en una eminencia á 4,352 metros de altura, de todo punto inaccesible á los ataques del enemigo, quedando á su voluntad bajar á buscarlo en la llanura, donde su arma de caballería era superior á la española. El ejército unido principió á moverse desde sus acantonamientos de Trujillo y Cajamarca, en junio, teniendo los cuerpos más distantes que hacer una marcha de 200 leguas al través de la zona atlántica y de los escarpados flancos de la gran

cordillera. Estuvo reunido en Pasco á fines de julio; y el 2 de agosto lo revistaba Bolívar en la pampa del Sacramento con esta hermosa proclama :

« ¡Soldados! los enemigos que debéis destruír se jactan de catorce años de triunfos; son pues dignos de medir sus armas con las vuestras.

» ¡Soldados! el Perú y la América aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria, y la Europa liberal os contempla con orgullo, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. »

En la batalla de Valmy dijimos que no entraba en el plan de esta obra dar una descripción propiamente militar de las batallas, y menos engolfarnos en sus detalles; y ni aun aquí saldremos de ese propósito. La batalla es en este libro un símbolo y no un cuadro; un paisaje y no un grabado.

Extiéndese al pie del gran nudo de Pasco el lago de Junín, que mide ocho leguas de largo por tres de ancho, y de cuya costa occidental sale el Jauja. Bolívar descendió de Pasco por este costado occidental del lago, para tomar la banda derecha del río. Canterac se movió por la ribera opuesta, camino real de Tarma, y avanzó por la costa oriental del lago hasta Carhuamayo el 5 de agosto. Entonces Bolívar pasó el río por la boca de Conacancha, y siguió de occidente á oriente por el pie del lago para ir á cortar por la espalda al ejército español en el pueblo de Reyes, sobre el camino que había seguido. Al saber Canterac que Bolívar ha pasado el río, contramarcha rápidamente para no ser cortado; de tal manera que cuando Bolívar llegó á Reyes, sólo con la caballería, ya había pasado de ese punto el ejército español, cuya retaguardia cubría la suya : eran las dos de la tarde del 6 de agosto de 1824. Entonces Bolívar, tan incontenible como siempre á la vista del enemigo, se precipita en su alcance; y á las cinco de la tarde 1,200 jinetes españoles y 900 colombianos y peruanos, se encontraron en la estrecha lla-

nura de Junín, que es todavía un desfiladero, entre la extremidad S. E. del lago y los contrafuertes que descienden de la cordillera oriental.

Tres cuartos de hora duró el choque de aquellos formidables escuadrones, durante el cual no se disparó un solo tiro. « La carga que dió la caballería española, dirigida por Canterac en persona, dice Restrepo, fué maestra y terrible. » Nada pudo en el primer momento resistir su empuje. El bravo Necoechea cayó cubierto de heridas, y los escuadrones republicanos que la recibieron fueron desordenados y acuchillados; pero uno de los escuadrones peruanos, al mando de Suárez, que había conservado su formación, ataca denodadamente por la espalda á los Españoles, empeñados en la persecución de los patriotas, y restablece el combate. Síguenlo Miller, con Silva, Carvajal y Bruix, y la victoria se convierte en derrota, á pesar de que los jefes y oficiales españoles hacen prodigios de valor para conservar la palma del triunfo.

Las pérdidas materiales del ejército real, que apenas ascendieron á unos 340 muertos y á unos 80 prisioneros, fueron nada en comparación del efecto moral de la derrota. Los jefes españoles, que venían en la confianza de que bastaba su presencia para poner en fuga las montoneras de Colombia y del Perú, como ellos las llamaban, ó su primera carga para derrotarlas, asombráronse de encontrarse en Junín con soldados que en valor, en organización, en disciplina y en táctita, no cedían en nada á los suyos, y á los cuales era preciso respetar.

Fué tal la impresión moral causada por este combate, que el ejército español, que puede decirse estaba intacto, no volvió á hacer frente al republicano, emprendiendo una retirada desastrosa hacia el Cuzco, hasta pasar el caudaloso Apurimac, en la cual perdió 2,000 hombres, 700 fusiles y una porción considerable de sus parques y provisiones de guerra.

Dos grandes ríos recorren el valle al norte del Cuzco : el caudaloso Apurimac, que va á formar el Ucayali y el Amazonas ; y el Pampas, que corre paralelo al primero, hasta el grado 13 de latitud austral, y allí tuerce en ángulo recto al Oriente para entrar en el Apurimac. La campaña de Ayacucho tiene por teatro las márgenes del Pampas en el trayecto de unas 25 leguas, distancia geográfica, en que dicho río corre rectamente al norte paralelo al Apurimac.

Hecha esta explicación topográfica, permítasenos una advertencia histórica. Nosotros no nos hemos creído autorizados para seguir á ninguno de los muchos eruditos del arte militar, que ahora han venido á descubrir en la campaña de Ayacucho, movimientos estratégicos, y en el campo de batalla, operaciones tácticas, de que los héroes de la epopeya no hacen mención : nosotros nos atenemos contra todos ellos al simple parte militar del general Sucre, y es el que hemos seguido.

Contra el dictamen del general Sucre (O'Leary, *Narración*, tomo 2.° pág. 285), el general Bolívar hizo avanzar el ejército 100 leguas geográficas al sur, hasta Chalhuanca, que demora unas 30 leguas al S. O. del Cuzco, con el Apurimac de por medio; es decir, que dando frente al norte, el ejército unido tenía el Pampas á su izquierda ú occidente y el Apurimac á su derecha ú oriente.

Hallándose en esta situación, un día — 7 de octubre — resolvió repentinamente el general Bolívar separarse del mando del ejército, por decirlo así en presencia del enemigo (nuestras avanzadas llegaban hasta las márgenes del Apurimac), dejándolo confiado al general Sucre, y regresar, como regresó ese mismo día, en asocio del general Santacruz, al norte del Perú.

Tanto el señor Restrepo como el general O'Leary dan por razón de este gravísimo suceso la necesidad que había de ir á vigilar la llegada de las tropas que

se esperaban de Guyaquil, en presencia de la nueva escuadra española que había entrado en el Pacífico.

El asunto no podía ser más importante; pero no es de ninguna manera suficiente para explicar que un hombre como Bolívar, prendado, enamorado de la guerra, que desde el Orinoco venía persiguiendo la corona de Libertador de la América del Sur en el Perú, viniera, en el momento de realizar ese sueño, á trasferir á otras manos y á otras sienes, por la comisión de un intendente ó de un ministro, la palma de ese triunfo, la corona inmortal de esa victoria.

Menos es admisible una mala razón de abogado á saber: que la ley colombiana de 28 de julio de 1824, derogatoria de la de 9 de octubre de 1821, que concedía facultades extraordinarias al Presidente de la República en campaña, sobre los departamentos que fueran teatro de la guerra, le había retirado también por su artículo final el mando del ejército; porque aun suponiendo que el general Bolívar se hubiera creído obligado á obedecer dicha ley en territorio extranjero, ella á lo sumo lo privaría del mando directo de la división auxiliar colombiana, pero no podía quitarle el mando supremo del ejército unido, ni la dirección de la guerra, que le correspondía como á jefe de la República peruana; y porque además el general Bolívar no recibió dicha ley sino el 24 de octubre en Huancayo, á los 17 días de su partida y á más de 80 leguas de distancia del cuartel general. (O'Leary, *Narración*, tomo 2.° pág. 288.)

Hay pues que buscar otra explicación al hecho, verdaderamente extraordinario, de la separación del general Bolívar del mando del ejército, en vísperas de la batalla final que debía decidir de la suerte de la América del Sur; y no hay otra (á menos de que no hubiera ninguna, lo cual es inadmisible), sino la que supe de boca de nuestro malogrado amigo el señor Soffia, ministro plenipotenciario de Chile, pocos días antes de su

muerte en Bogotá. « Es extraño, me dijo una noche en que leíamos uno de los capítulos de este libro, que ustedes no sepan en Colombia lo que pasó á este respecto; nosotros lo sabemos perfectamente en el sur por el testimonio de O'Higgins. Valdés regresaba á marchas forzadas (llegó al Cuzco el 11 de octubre), con los 5,000 hombres empeñados en la guerra con Olañeta.

Con este ingreso, el ejército de Laserna podía ascender á unos 12,000 hombres de todas armas, mientras que el republicano no llegaba á 6,000, y á tiempo que éste se había avanzado imprudentemente hasta las cercanías del Cuzco, de donde tenía que retirarse. En estas circunstancias, me dijo el señor Soffia, convocóse un consejo de guerra de oficiales generales (Sucre, Lamar, Santa Cruz, Lara, Córdoba, Miller, Gamarra) al cual assistió O'Higgins, que estaba en la costa, y á quien se mandó llamar con este objeto; y este consejo, más grande que el que celebraban los dioses para decidir de la suerte de Troya en la Ilíada de Homero, dijo al Libertador : « Señor, tenemos que emprender una retirada peligrosa en presencia de un enemigo aguerrido y valiente, que cuenta dos veces nuestro número, y que combatir, no sabemos dónde ni en qué circunstancias. Si por desgracia fuésemos derrotados, lo que no es probable, pero no imposible, ¿quién, si á V. E. cubriera también el deshonor de esta derrota, quedaría de pie para llamar de nuevo los pueblos á la guerra? El consejo es de opinión que el general Bolívar debe retirarse de este campamento, para servir de reserva á la América; y V. E. sabe que militarmente el mando de toda reserva se confiere el día de la batalla, al más digno y al más valiente. »

Y Bolívar más grande en Chalhuanca que en Boyacá y en Junín, obedeció y se fué.

Lo demás lo sabe todo el mundo.

El 11 de noviembre emprendió Sucre su retirada

hacia el norte por la margen derecha del Pampas; y el 13 llegó á Andahuilas. El ejército español que marchaba por el lado opuesto, entre la margen izquierda del río y el pie de la cordillera occidental, se le adelantó muchas leguas, pues el 16 ocupó á Huamanga, 22 leguas al norte de Andahuilas, siempre con el Pampas de por medio. La operación estratégica de Laserna y Canterac, que Sucre burló con su extraordinaria vigilancia y su prodigiosa actividad, debía consistir en adelantarse á Sucre, pero pasando á la banda derecha del Pampas, para cortarlo de su base de operaciones con las provincias libres del norte, y de Bolívar. Con efecto, el 30 de noviembre la división Valdés pasó el río por Uchubamba; pero Sucre pasó también, casi en el mismo momento, á la margen izquierda, y mientras la división Valdés volvió á repasarlo, Sucre adelantó su marcha hasta Matará. Ambos ejércitos estaban ya en la izquierda del Pampas; pero el de Sucre había tomado la delantera para cubrir su retaguardia ó sea su comunicación con Bolívar.

Siendo desventajosas las posiciones que el ejército independiente ocupaba en Matará (ya sobre la cordillera), continuó su retirada al norte; pero el 3 de diciembre, al pasar los desfiladores de la quebrada de Corpahuaico, 5 batallones y 4 escuadrones enemigos que allí se habían emboscado, cayeron bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedor y Rifles que cubrían la retaguardia, al mando del general Lara, y los despedazaron. « Este desgraciado encuentro, dice el parte, costó al ejército libertador más de 300 hombres, todo nuestro parque, que fué enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artillería; pero él es el que ha valido al Perú su libertad ».

¿Por qué?

Sucre no lo dice, porque para decirlo tendría que elogiarse, y Sucre era incapaz de hacerlo. La respuesta es esta : porque ese desastre lo obligó á parar la retirada,

á hacer frente al enemigo y combatir; pero fría, serena, calmadamente, como si nada hubiera pasado, para inspirar confianza á sus soldados; y en esto estriba su grandeza, como la de Dumouriez en Valmy. Si el general Bolívar hubiera estado en Corpahuaico, con la ardentía de su genio, imposible que hubiera podido contenerse; se habría lanzado sobre el enemigo para reparar y vengar el desastre en el mismo día, y muy probablemente habría sido derrotado; y si el general Sucre se deja impresionar por esta desgracia y continúa la retirada, ésta se habría convertido en dispersión.

Resolvió pues combatir tomando posiciones en el campo de Ayacucho, donde al fin se encontraron, sin poderse ya evitar, el 9 de diciembre de 1824, los dos pendones y las dos divisas, la Colonia y la Independencia, la Monarquía y la República, y donde todos, Españoles y Americanos ofrendaron generosamente su vida en defensa de su causa; pero donde la suerte de las armas le fué infiel á la altiva y valerosa España.

No conozco sino dos proclamas inmortales en los fastos militares del mundo : la de Nelson en Trafalgar y la de Sucre en Ayacucho.

« La Inglaterra espera que cada uno en este día cumplirá con su deber. »

« ¡Soldados! del esfuerzo de hoy pende la suerte de la América del Sur. »

Pero no hay sino una sola voz de mando que deba atravesar los siglos, y fué la inventada por Córdoba al recibir la orden de cargar las masas aún desordenadas del centro enemigo : « Armas á discreción y paso de vencedores ».

« Aunque la posición del enemigo, dice el general Sucre en el parte de la batalla, podía reducirlo á una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores á los rendidos que vencieron 14 años en el Perú, y la estipulación fué ajustada sobre el campo de batalla en los términos que

verá U. S. por el tratado adjunto. Por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares, y la plaza del Callao con sus existencias. »

Combatieron en Ayacucho 4,500 Colombianos, 1,200 Peruanos y 80 Argentinos.

He aquí la lista de los soldados de aquella jornada, recomendados por Sucre á la admiración de la posteridad y á la gratitud de la América : Córdoba, Lamar, Lara, Miller, Gamarra, Moran, Plaza, González, Benavides, Suárez (el mismo de Junín). Sandes, Duxbury, Urquiola, Oliva, Colmenares, Ramírez, Bonilla, Sevilla, Prieto, Ramonet, Silva, León, Blanco, Leal, Torres, Zornoza, Guasch, Galindo, Jiménez, Coquis, Doronsoro, Brown, Gil, Córdoba, Ureña, Infante, Silva, Suárez, Vallarino, Otálora, French, Galindo, Chabur, Rodríguez, Molave, Terán, Pérez, Calle, Marquina, Paredes, Landaeta, Troyano, Alcalá, Doronsoro, Granados, Miro, Pazaga, Ariscum, Sabino, Otálora, Suárez, Ornas, Miranda, Montoya, Isa, Alvarado, Castilla, Gerardino, Moreno y Piedraita.

Existen aún en Bogotá, donde escribo estas páginas, dos de los gloriosos soldados de aquella jornada, con cuya amistad me honro : el teniente Manuel Antonio López, Colombiano, hoy general de la República, y el alférez Mariano Muñoz, del Alto Perú, hoy sargento mayor.

Al recibir Bolívar la noticia de la victoria de Ayacula esparció al mundo en esta magnífica proclama :

« ¡Soldados colombianos! ¿En dónde no habéis vencido? Un mundo entero está lleno con los trofeos de vuestras victorias; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todas. »

FIN.

ÍNDICE

	Página.
Explicación	VIII
Batalla de Marathón	1
Batalla de Siracusa	5
Batalla de Arbela	10
Batalla del Metauro	16
Batalla de Arminius	18
Batalla de Châlons sur Marne	31
Batalla de Tours	35
Batalla de Hastings	37
Batalla de Orleáns	48
Batalla de Lepanto	58
Batalla del Boyne	84
Batalla del Blenheim	103
Batalla de Valmy	130
Batalla de Bailén	155
Batalla de Ayacucho	182
I. La Colonia y la Revolución	183
II. Campaña mexicana	178
Campaña al norte del Guayas. — III. Miranda. — IV. La guerra á muerte. — V. Nueva Granada ; La Federación. — VI. De Ocumare á Guayana. — VII. De Guayana á Boyacá. — VIII. De Boyacá á Carabobo, á Maracaibo y á Puerto Cabello. — XI. De Carabobo á Pichincha	205
Campaña al sur del Guayas. — X. De San Lorenzo á Chacabuco, á Maipú, á Junín y Ayacucho	315

BIBLIOTECA
Universidad Eafit
6200000204422

ANOS, 6, rue des Saints-Pères.



COLECCIÓN
PILAR MORENO

COLECC
PILAR MO

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD EAFIT
Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

Patrimonio Documental
UNIVERSIDAD DE CHILE